

Quinta parte

La doctrina de la aplicación de la redención

Gracia común

¿Cuáles son las bendiciones no merecidas que Dios da a todas las personas, creyentes e incrédulos?

EXPLICACIÓN Y BASES BÍBLICAS

A. Introducción y definición

Cuando Adán y Eva pecaron, se hicieron dignos de castigo eterno y de separación de Dios (Gn 2:17). De la misma manera, cuando los seres humanos pecan hoy se hacen merecedores de la ira de Dios y del castigo eterno: «La paga del pecado es muerte» (Ro 6:23). Esto quiere decir que una vez que las personas pecan, la justicia de Dios requiere solo una cosa: Que queden eternamente separados de Dios, alejados de la posibilidad de experimentar sus cosas buenas y que vivan para siempre en el infierno, recibiendo solo la ira divina para siempre. De hecho, esto es lo que les sucedió a los ángeles que pecaron, y nos podría haber sucedido a nosotros también: «Dios no perdonó a los ángeles cuando pecaron, sino que los arrojó al abismo, metiéndolos en tenebrosas cavernas y reservándolos para el juicio» (2 P 2:4).

Pero en realidad Adán y Eva no murieron de inmediato (aunque la sentencia de muerte *empezó* a cumplirse en sus vidas a partir del día que pecaron). La plena ejecución de la sentencia de muerte quedó demorada por muchos años. Además, millones de sus descendientes aun hasta el día de hoy no mueren y van al infierno tan pronto como pecan, sino que continúan viviendo por muchos años, disfrutando de innumerables bendiciones en este mundo. ¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo puede continuar Dios dando bendiciones a pecadores que merecen la muerte, no solo a aquellos que al final serán salvos, sino también a millones que nunca lo serán, cuyos pecados nunca serán perdonados?

La respuesta a estas preguntas es que Dios otorga *gracia común*. Podemos definir la gracia común de la siguiente manera: *La gracia común es la gracia de Dios mediante la cual él da a las personas innumerables bendiciones que no son parte de la salvación*. Se le llama *común* porque es común a todas las personas y no está restringido a los creyentes ni a los elegidos.

Para distinguirla de la gracia común, la gracia de Dios que trae salvación a las personas la identificamos con frecuencia como «gracia salvadora». Por supuesto, cuando hablamos de «gracia común» y «gracia salvadora» no estamos indicando que haya dos clases de gracia en Dios, sino es solo la gracia de Dios que se manifiesta a sí misma en el mundo en dos formas diferentes. La gracia común es diferente de la gracia salvadora en sus *resultados* (no produce salvación), en sus *receptores* (la

reciben por igual los creyentes y los incrédulos), y en su fuente (no fluye directamente de la obra expiatoria de Cristo, puesto que la muerte de Cristo no gana ninguna medida de perdón para los incrédulos y, por tanto, tampoco hace que tengan mérito las bendiciones de la gracia común para ellos). Sin embargo, sobre este último punto debiéramos decir que la gracia común fluye *indirectamente* de la obra redentora de Cristo, debido al hecho de que Dios no juzgó al mundo de una vez cuando entró el pecado debido primaria y quizá exclusivamente a que planeaba salvar al final a algunos pecadores a través de la muerte de su Hijo.¹

B. Ejemplos de gracia común

Si miramos al mundo a nuestro alrededor y lo contrastamos con el fuego del infierno que el mundo se merece, podemos ver inmediatamente la evidencia abundante de la gracia común de Dios en miles de ejemplos de la vida diaria. Podemos distinguir varias categorías específicas en las que vemos esa gracia común.

1. En la esfera física. Los incrédulos continúan viviendo en este mundo únicamente a causa de la gracia común de Dios. Cada vez que las personas respiran es por la gracia de Dios, porque la paga del pecado es muerte, no vida. Además, la tierra no solo produce cardos y espinos (Gn 3:18) ni permanece como un desierto calcinado, sino que por la gracia de Dios produce alimentos y materiales para hacer vestidos y albergues, con frecuencia con gran abundancia y diversidad. Jesús dijo: «Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen, para que sean hijos de su Padre que está en el cielo. Él *hace que salga el sol sobre malos y buenos, y que llueva sobre justos e injustos*» (Mt 5:44-45). Aquí Jesús está apelando a la abundante gracia común de Dios como un estímulo para que sus discípulos también concedan amor y oraciones por bendiciones para los incrédulos (cf. Lc 6:35-36). Del mismo modo, Pablo les dice a las personas en Listra: «En épocas pasadas él permitió que todas las naciones siguieran su propio camino. Sin embargo, no ha dejado de dar testimonio de sí mismo haciendo el bien, *dándoles lluvias del cielo y estaciones fructíferas, proporcionándoles comida y alegría de corazón*» (Hch 14:16-17).

El Antiguo Testamento también habla de la gracia común de Dios que viene sobre los incrédulos así como también sobre los creyentes. Un ejemplo específico es Potifar, el capitán egipcio de la guardia del faraón que compró a José como esclavo: «*El Señor bendijo la casa del egipcio Potifar a partir del momento en que puso a José a cargo de su casa y de todos sus bienes. La bendición del Señor se extendió sobre todo lo que tenía el egipcio, tanto en la casa como en el campo*» (Gn 39:5). David habla de una forma mucho más general acerca de todas las criaturas que Dios ha hecho: «El Señor es bueno con todos; él se compadece de toda su creación... Los ojos de todos se posan en ti, y a su tiempo les das su alimento. Abres la mano y sacias con tus favores a todo ser viviente» (Sal 145:9, 15-16).

¹Debiéramos notar que he puesto este capítulo sobre la gracia común en la parte 5 de este libro, «La doctrina de la aplicación de la redención», no porque la gracia común fluya directamente de la obra redentora de Cristo (no lo hace), sino porque tiene un papel en la preparación y en asistir a la obra de Dios de la aplicación de la redención a los creyentes.

Estos versículos son otro recordatorio de que el bien que encontramos en toda la creación es a causa de la bondad y de la compasión de Dios.

Vemos incluso evidencias de la gracia común de Dios en la belleza del mundo natural. A pesar de que la naturaleza misma está sometida a la «esclavitud de corrupción» y «fue sujeta a vanidad» (Ro 8:21, 20) debido a la maldición de la Caída (Gn 3:17-19), todavía queda mucha belleza en el mundo natural. La belleza multicolor de las flores, de los campos y de los bosques, de los ríos, lagos, montañas y mares, todavía nos recuerdan como un testimonio diario de la continua gracia común de Dios. Los incrédulos no merecen disfrutar de nada de esta belleza, pero por la gracia de Dios pueden disfrutar mucho de ella a lo largo de toda su vida.

2. En la esfera intelectual. Satanás es «el padre de la mentira» (Jn 8:44), porque él está completamente entregado a la maldad y a la irracionalidad y comprometido con la falsedad que acompaña al mal radical. Pero los seres humanos en el mundo de hoy, incluso los incrédulos, no están totalmente entregados a la mentira, la irracionalidad y la ignorancia. Todas las personas pueden tener alguna percepción de la verdad; y en verdad algunos tienen gran inteligencia y entendimiento. Esto también debe verse como un resultado de la gracia de Dios. Juan se refiere a Jesús y dice «Esa luz verdadera, la que *alumbr*a a todo ser humano, venía a este mundo» (Jn 1:9), porque en su papel como creador y sustentador del universo (no particularmente en su papel como redentor) el Hijo de Dios permite que la iluminación y el entendimiento vengan a todas las personas en el mundo.²

La gracia común de Dios en la esfera intelectual la vemos en el hecho de que todas las personas tienen un cierto conocimiento de Dios: «A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias» (Ro 1:21). Esto quiere decir que hay un sentido de la existencia de Dios y con frecuencia hambre por conocer a Dios que él permite que permanezca en el corazón de las personas, aun cuando eso con frecuencia resulta en muchas religiones de creación humana. Por tanto, Pablo, aun cuando estaba hablando a personas que sostenían ideas religiosas falsas, podía encontrar un punto de contacto en cuanto al conocimiento de la existencia de Dios, como cuando lo hizo al dirigir la palabra a los filósofos atenienses: «¡Ciudadanos atenienses! Observo que ustedes son sumamente religiosos en todo lo que hacen. ... Pues bien, eso que ustedes adoran como algo desconocido es lo que yo les anuncio» (Hch 17:22-23).

²Puesto que el contexto de Juan 1 es el de hablar acerca de la venida de Cristo al mundo, es mejor tomar la frase «venía a este mundo» como modificadora de la luz verdadera, Cristo, más bien que «todo ser humano», aunque ambas son gramaticalmente posibles. En cualquier caso, el versículo todavía dice que Cristo *alumbr*a a todo hombre. Aunque algunos han argumentado que este alumbramiento es solo el brillo de la luz de la presencia encarnada de Cristo en el mundo (como dice D.A. Carson, *The Gospel According to John*, pp. 123-24), es más probable que esta iluminación es la luz de la revelación general que todas las personas reciben, la habilidad para observar y entender muchos hechos verdaderos acerca de Dios y del universo (así piensa Leon Morris, *The Gospel According to John*, pp. 94-95). Esto es porque (1) cuando Juan especifica que Cristo «alumbra a todo ser humano» está sugiriendo que esta iluminación tiene lugar para cada individuo, lo que sería cierto de un conocimiento general, pero no del conocimiento de Cristo. (2) Este sentido permite que la palabra «alumbrar» hable de un *alumbramiento real*, no simplemente de un alumbramiento potencial de Cristo. (3) Este sentido señala en contraste irónico de los vv. 9-10 de que aunque Cristo da conocimiento a todos los hombres, y aunque ha creado a todos los hombres, pero no obstante no le conocen ni le reciben.

La gracia común de Dios en la esfera intelectual resulta también en la capacidad de percibir la verdad y distinguirla del error, y experimentar crecimiento en un conocimiento que puede ser usado en la investigación del universo y en la tarea de sojuzgar la tierra. Esto significa que toda la ciencia y tecnología que desarrollan todos los que no son cristianos es un resultado de la gracia común, lo que les permite hacer descubrimientos e invenciones increíbles para desarrollar los recursos de la tierra en muchos bienes materiales, para producir y distribuir esos recursos y tener habilidad en su trabajo productivo. En un sentido práctico esto significa que cada vez que entramos en un supermercado o manejamos un automóvil, o entramos en una casa debíamos recordar que estamos experimentando los resultados de la abundante gracia común de Dios derramada para el enriquecimiento de la humanidad.

3. La esfera moral. También mediante la gracia común, Dios refrena a las personas para que no sean todo lo malas que podían ser. Una vez más la esfera demoníaca, dedicada totalmente a la maldad y a la destrucción, nos provee de un contraste claro con la sociedad humana en la que el mal está claramente restringido. Si las personas persisten en entregarse al mal y siguen continuamente pecando a lo largo del tiempo, Dios al final dejará que se hundan cada vez más en el pecado (cf. Sal 81:12; Ro 1:24, 26, 28), pero en el caso de la mayoría de los seres humanos no caen en esas profundidades a las que el pecado las llevaría si se lo permitieran, porque Dios interviene y pone limitaciones en su conducta. Una de las restricciones más eficaces es la fuerza de la conciencia. Pablo dice: «De hecho, cuando los gentiles, que no tienen la ley, cumplen por naturaleza lo que la ley exige, ellos son ley para sí mismos, aunque no tengan la ley. *Éstos muestran que llevan escrito en el corazón lo que la ley exige, como lo atestigua su conciencia*, pues sus propios pensamientos algunas veces los acusan y otras veces los excusan» (Ro 2:14-15).

Ese sentido interno de lo que es bueno y malo que Dios da a todas las personas significa que ellos frecuentemente van a aprobar las normas morales que reflejan muchos de los principios morales de las Escrituras. Pablo dice que aun aquellos que se han entregado al pecado «saben bien que, según el justo decreto de Dios, quienes practican tales cosas merecen la muerte» (Ro 1:32). Y en otros muchos casos este sentido interno de la conciencia lleva a las personas a establecer leyes y costumbres en la sociedad que son, en términos de comportamiento externo que ellos aprueban o prohíben, bastante semejantes a las leyes morales de las Escrituras: Las personas a menudo establecen leyes o tienen costumbres que respetan la santidad del matrimonio y de la familia, protegen la vida humana, y prohíben el robo y la falsedad al hablar.³ A causa de esto, las personas con frecuencia viven en formas que están directa y exteriormente en conformidad con los principios morales de las Escrituras. Aunque su comportamiento moral no puede ganar méritos con Dios (puesto que las Escrituras dicen claramente «que por la ley nadie es justificado delante de Dios», Gá 3:11, y «todos se han descarriado, a una se han

³Por supuesto, el funcionamiento de la conciencia nunca es perfecto en las personas pecadoras en esta vida (como Pablo nos indica en Ro. 2:15), de modo que las sociedades van a variar en el grado en el que ellos aprueban diferentes aspectos de las leyes morales de Dios. No obstante, encontramos una importante semejanza en las leyes y costumbre de cada sociedad con las leyes morales de las Escrituras.

corrompido. No hay nadie que haga lo bueno; ¡no hay uno solo!» Ro 3:12), no obstante, en algún sentido, menos el de ganar méritos o la aprobación eterna de Dios, los incrédulos hacen «el bien». Jesús nos lo indica cuando dice: «¿Y qué mérito tienen ustedes al hacer bien a quienes les hacen bien? *Aun los pecadores actúan así*» (Lc 6:33; cf. 2 R 12:2 y 2 Cr 24:2, donde se dice que Joás hizo cosas buenas durante su gobierno como rey, con 2 Cr 24:17-25, donde se dice que hizo tales cosas malas que daba la apariencia de no tener fe salvadora en su vida). Por supuesto, en regiones donde el evangelio ha tenido gran influencia y la iglesia es fuerte, habrá una influencia moral más fuerte que en lugares donde el evangelio nunca ha llegado, o donde hay poca influencia restrictiva (por ejemplo, en sociedades caníbales, o incluso en sociedades modernas occidentales donde la creencia en el evangelio y los principios morales absolutos han sido abandonados por la cultura dominante).

Dios también demuestra su gracia común dando *advertencias del juicio final en el funcionamiento del mundo natural*. Dios ha ordenado de tal manera el mundo que vivir conforme a sus principios morales muy a menudo trae recompensas en la esfera natural, y violar las normas morales de Dios con frecuencia trae destrucción para las personas, lo que indica en ambos casos la dirección última del juicio final. La honradez, la diligencia en el trabajo, mostrar amor y bondad hacia otros, la fidelidad en el matrimonio y la familia traerá (excepto en las sociedades más corrompidas) traerá muchas más recompensas materiales y emocionales en esta vida que la deshonestidad, la pereza, la crueldad, la infidelidad marital, y otras conductas erróneas como la embriaguez, el abuso de drogas, el robo y cosas semejantes. Estas consecuencias normales del pecado o de la rectitud debieran servirnos de advertencia del juicio que viene, y, en este sentido, son también ejemplos de la gracia común de Dios.

4. La esfera de la creatividad. Dios ha permitido una buena medida de habilidad en esferas artísticas y musicales, así como también en otros campos en las que se pueden expresar la creatividad y la destreza, tales como el atletismo, el arte culinario, la escritura y cosas similares. Además, Dios no da la capacidad de apreciar la belleza en muchas esferas de la vida. En esto como también en el campo físico e intelectual, las bendiciones de la gracia común son a veces derramadas sobre los incrédulos con más abundancia aun que sobre los creyentes. Pero en todos los casos es un resultado de la gracia de Dios.

5. La esfera de las relaciones sociales. La gracia de Dios es también evidente en la existencia de varias organizaciones y estructuras de la sociedad humana. Lo vemos primeramente en la familia humana, evidenciado en el hecho de que Adán y Eva permanecieron como marido y mujer después de la Caída y entonces tuvieron hijos, tanto hijos como hijas (Gn 5:4). Los hijos de Adán y Eva también se casaron y formaron sus propias familias (Gn 4:17, 19, 26). La familia humana persiste hoy, no simplemente como una institución para los creyentes, sino para todas las personas.

El gobierno humano es también un resultado de la gracia común. Fue instituido en principio por Dios después del diluvio (vea Gn 9:6), y en Romanos 13:1 se dice claramente que fue dado por Dios: «No hay autoridad que Dios no haya dispuesto, así que las que existen fueron establecidas por él». Es evidente que el

gobierno es un don de Dios para la humanidad en general, porque Pablo dice que el gobernante «está al servicio de Dios para tu bien» y que «si haces lo malo debes temer, entonces debes tener miedo ... pues está al servicio de Dios para impartir justicia y castigar al malhechor (Ro 13:4). Uno de los recursos primarios que Dios usa para restringir el mal en el mundo es el gobierno humano. Las leyes humanas, la fuerza de la policía y el sistema judicial proveen de elementos disuasorios poderosos para las acciones malas, y estos son necesarios, porque hay mucho mal en el mundo que es irracional y que solo puede contenerse mediante la fuerza, porque no se logra detener mediante la razón y la educación. Por supuesto, la pecaminosidad del hombre también puede afectar a los gobernantes mismos, de forma que llegan a corromperse y estimular en realidad el mal en vez de alentar el bien. Esto es solo para decir que el gobierno humano, como todas las otras bendiciones de la gracia común que Dios da, se pueden usar lo mismo para propósitos buenos o malos.

Otras organizaciones en la sociedad humana incluyen las instituciones educativas, las empresas y corporaciones, las asociaciones voluntarias (tales como las dedicadas a la beneficencia o grupos de servicios públicos), e innumerables ejemplos de fraternidades humanas comunes. Todas estas funcionan con el propósito de producir bienestar a los seres humanos, y todas son expresiones de la gracia común de Dios.

6. La esfera religiosa. Aun en la esfera de la religión humana, la gracia común de Dios trae algunas bendiciones a las personas incrédulas. Jesús dijo: «Amen a sus enemigos y *oren por quienes los persiguen*» (Mt 5:44), y puesto que no hay limitación en el contexto de orar por su salvación, y puesto que el mandamiento de orar por los que nos persiguen va unido al mandamiento de amarlos, parece razonable concluir que Dios tiene la intención de responder a las oraciones que hacemos aun por los que nos persiguen en relación a muchas cuestiones de la vida. De hecho, Pablo manda específicamente que oremos por «los gobernantes y por todas las autoridades» (1 Ti 2:1-2). Cuando procuramos el bien de los incrédulos eso es coherente con la práctica de Dios de hacer «que salga el sol sobre malos y buenos y que llueva sobre justos e injustos» (Mt 5:45) y es también coherente con la práctica de Jesús durante su ministerio terrenal cuando sanaba a todas las personas que acudían a él (Lc 4:40). No hay ninguna indicación de que requiriera de ellos que creyeran en él o que estuvieran de acuerdo en que era el Mesías antes de concederles salud física.

¿Responde Dios a las oraciones de los incrédulos? Aunque Dios no ha prometido responder a las oraciones de los incrédulos como lo ha hecho en cuanto a las oraciones de los que acuden en el nombre de Jesús, y aunque no tiene obligación de responder a las oraciones de los incrédulos, Dios puede en razón de su gracia común escuchar y conceder las peticiones de los incrédulos, demostrando de ese modo su misericordia y su bondad en otra manera (cf. Sal 145:9, 15; Mt 7:22; Lc 6:35-36). Este es al parecer el sentido de 1 Timoteo 4:10, que dice que «el Dios viviente, [es] el Salvador de todos, especialmente de los que creen». Aquí «Salvador» no puede ser restringido a significar «aquel que perdona pecados y da vida eterna», porque esas cosas no las reciben los que no creen; «Salvador» debe tener aquí un sentido más general, es decir, «aquel que nos rescata de la aflicción, aquel

que libera». En situaciones de dificultad o aflicción, Dios con frecuencia escucha las oraciones de los incrédulos y en su compasión los libera de la dificultad. Además, aun los incrédulos tienen con frecuencia cierto sentido de gratitud hacia Dios por los bienes de la creación, por la liberación del peligro y por las bendiciones de la familia, el hogar, las amistades y el país. Además, los incrédulos que llegan a estar en estrecho contacto con la iglesia y quizá se asocian con ella por un tiempo pueden tener algunas experiencias religiosas que parecen estar muy cerca de las experiencias de los que son salvos (vea He 6:4-6; Mt 7:22-23).⁴

Por último, incluso la proclamación del evangelio a aquellos que al final no lo aceptan es una prueba evidente de la misericordia y de la gracia de Dios, que da testimonio claro del hecho de que Dios no se complace en la muerte o condenación de ninguna de sus criaturas (cf. Ez 33:11; 1 Ti 2:4).

7. La gracia común y la gracia especial se influyen la una a la otra. La gracia común, por supuesto, influye y enriquece a la iglesia, puesto que aparte de la gracia común de Dios dada a los albañiles, carpinteros y otros artesanos no habría templos; aparte de la gracia común dada a los impresores y encuadernadores (e incluso a los que trabajan en las empresas que fabrican el papel y los leñadores que cortan los árboles en el bosque para hacer el papel), no tendríamos Biblias. La iglesia se beneficia de la gracia común de muchas maneras en las actividades diarias.

Por otro lado, la gracia especial que Dios da a los que son salvos trae más bendiciones de gracia común a los incrédulos que viven en la esfera de influencia de la iglesia. Los incrédulos se benefician de los ejemplos de vida cristiana que ven en la sociedad, desde las oraciones y acciones de misericordia que los cristianos hacen por la comunidad, desde el conocimiento de las enseñanzas de las Escrituras y su sabiduría en las que ellos encuentran beneficios morales e intelectuales, y por la influencia de las leyes, costumbres y creencias de una sociedad que vienen por medio de las actividades sociales y políticas de los cristianos. Históricamente la presencia poderosa de aquellos cuyas vidas fueron cambiadas por el evangelio ha sido con frecuencia lo que ha resultado en la liberación de los esclavos (en las colonias británicas y en los Estados Unidos), los derechos de las mujeres, la extensión de la educación pública, el progreso científico y tecnológico, el aumento de la productividad en la economía, el alto valor que tiene el trabajo, el ahorro y la honradez, y otras cosas así.

8. La gracia común no salva a las personas. A pesar de todo esto, debemos entender que la gracia común es diferente de la gracia salvadora. La gracia común no cambia el corazón humano ni lleva a las personas al arrepentimiento genuino y a la fe, y, por tanto, no puede salvar a las personas (aunque en la esfera intelectual y moral puede proporcionar algo de preparación para hacer que las personas estén más dispuestas a aceptar el evangelio). La gracia común restringe el pecado, pero

⁴Vea el amplio estudio de He. 6:4-6 en el capítulo 40, pp. 837-42.

no cambia la disposición fundamental de nadie hacia el pecado, ni en ninguna medida significativa purifica la naturaleza humana caída.⁵

Debemos reconocer también que las acciones de los incrédulos llevadas a cabo en virtud de la gracia común no tienen en sí mismas ningún mérito para conseguir la aprobación o favor de Dios. Estas acciones no son fruto de la fe («Y todo lo que no proviene de fe, es pecado», Ro 14:23, RVR 1960), ni tampoco están motivadas por el amor a Dios (Mt 22:37), sino más bien por el amor a sí mismo en alguna forma u otra. Por tanto, aunque podemos tener la inclinación a decir que las obras de los incrédulos que se conforman externamente a las leyes de Dios son «buenas» en algún sentido, ellos, no obstante, no son buenos en términos de tener méritos para ganar la aprobación divina o hacer que Dios esté obligado hacia el pecador en algún sentido.

Por último, debiéramos reconocer que los incrédulos reciben con frecuencia más gracia común que los creyentes, pues pudieran ser más hábiles, más diligentes, más inteligentes, más creativos o tener más de los beneficios materiales que esta vida puede proporcionar. Esto no indica en lo absoluto que Dios los favorece más ni que van a ganar alguna participación en la salvación eterna, sino solo que Dios distribuye las bendiciones de la gracia común en varias maneras, y concede a menudo bendiciones muy importantes a los incrédulos. En todo esto, ellos debieran, por supuesto, reconocer la bondad de Dios (Hch 14:17), y debieran reconocer que la voluntad revelada de Dios es que la «bondad» de Dios los lleve al arrepentimiento (Ro 2:4).

C. El porqué de la gracia común

¿Por qué confiere Dios gracia común a pecadores que no se lo merecen y que nunca buscarán la salvación? Podemos sugerir al menos cuatro razones.

1. Para redimir a los que serán salvos. Pedro dice que el día del juicio y la ejecución final del castigo se está demorando porque todavía quedan personas que se salvarán: «El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con ustedes, *porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan*. Pero el día del Señor vendrá como un ladrón» (2 P 3:9-10). En realidad, esta razón es cierta desde el comienzo de la historia humana, porque si Dios quería rescatar a alguna gente de entre toda la humanidad pecadora, no podía destruir a todos los pecadores inmediatamente (porque entonces no hubiera quedado raza humana). Decidió por tanto permitir que vivieran por un

⁵El punto de vista de la gracia común presentado en el capítulo es coherente con la perspectiva reformada y calvinista del libro como un todo, una perspectiva que ha sido argumentada más específicamente durante el estudio de la soberanía de Dios (capítulo 13, pp. 218-25), la providencia de Dios (capítulo 16, el pecado (capítulo 24), y la elección, el llamamiento del evangelio y la regeneración (capítulos 32-34). Debíamos notar, sin embargo, que el entendimiento arminiano de la gracia común es diferente en cuanto a este punto; debiéramos decir que la gracia común da a cada persona la *capacidad* de volverse a Dios en fe y arrepentimiento, y de hecho *influye* al pecador para hacerlo a menos que él o ella se resistan específicamente a hacerlo. Por tanto, desde el entendimiento arminiano, la gracia común tiene una función que se relaciona más claramente con la gracia salvadora; en realidad, la gracia común es simplemente una expresión temprana de la totalidad de la gracia salvadora. Esta posición (que la capacidad de arrepentirse y creer se da a todas las personas) se considera en el capítulo 32 sobre la elección y en los capítulos 33 y 34 sobre el llamamiento de evangelio y la regeneración.

tiempo los humanos pecadores y que tuvieran hijos, para permitir que las subsiguientes generaciones vivieran y pudieran escuchar el evangelio y arrepentirse.

2. Para demostrar la bondad y la misericordia de Dios. La bondad y la misericordia de Dios no solo se ven en la salvación de los creyentes, sino también en las bendiciones que él da a los pecadores que no se las merecen. Cuando Dios «es bondadoso con los ingratos y malvados» (Lc 6:35), su bondad se revela en el universo, para su gloria. David dice: «El Señor es bueno con todos; él se compadece de toda su creación» (Sal 145:9). En el relato de la conversación de Jesús con el joven rico, leemos: «Jesús lo miró con *amor*» (Mr 10:21), a pesar de que el hombre era un incrédulo y en un momento le daría la espalda a causa de sus grandes posesiones. Berkhof dice que «Dios derrama innumerables bendiciones sobre todos los hombres y también indica claramente que son expresiones de la disposición favorable de Dios, que, sin embargo, no llega a la volición positiva de personar sus pecados, levantar su sentencia y concederles salvación».⁶

No es injusto que Dios demore la ejecución del castigo sobre el pecado y derrame bendiciones temporales sobre los seres humanos, porque no olvida el castigo, sino que solo lo aplaze. Al demorar el castigo, Dios muestra claramente que no se complace en ejecutar el castigo definitivo, sino que más bien se deleita en la salvación de hombres y mujeres. «Tan cierto como que yo vivo, afirma el Señor omnipotente, [es] que no me alegro con la muerte del malvado, sino con que se convierta de su mala conducta y viva» (Ez 33:11); «pues él quiere que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad» (1 Ti 2:4). En todo esto la demora del castigo nos da una clara evidencia de la misericordia, el amor y la bondad de Dios.

3. Para demostrar la justicia de Dios. Cuando Dios invita repetidas veces a los pecadores a que acudan con fe y cuando estos rechazan continuamente su invitación, se ve más claramente la justicia de Dios al condenarlos. Pablo advierte a los que persisten en la incredulidad que lo que están haciendo es acumulando ira en contra de ellos: «Por tu obstinación y por tu corazón empedernido sigues acumulando castigo contra ti mismo para el día de la ira, cuando Dios revelará su justo juicio» (Ro 2:5). En el día del juicio todo el mundo callará y quedará convicto delante de Dios (Ro 3:19) y nadie tendrá derecho a objetar que Dios ha sido injusto.

4. Para demostrar la gloria de Dios. Por último, la gloria de Dios aparece en muchas maneras por medio de las actividades de los seres humanos en todas las esferas en las que la gracia común se manifiesta. Al desarrollar y ejercer dominio sobre la tierra, los hombres y las mujeres demuestran y reflejan la sabiduría de su Creador, demuestran cualidades semejantes a las de Dios y virtud y autoridad moral sobre el universo, y cosas por el estilo. Aunque todas estas actividades están empañadas por motivos pecaminosos, reflejan, no obstante, la excelencia de nuestro Creador y, por tanto, glorifican a Dios, no de una manera completa y perfecta, pero sí en forma significativa.

⁶Berkhof, *Systematic Theology*, p. 445.

D. Nuestra respuesta a la doctrina de la gracia común

Al pensar en las varias clases de bondad que vemos en la vida de los incrédulos a causa de la abundante gracia común de Dios, debíamos tener en mente tres cosas:

1. La gracia común no significa que los que las reciben se salvarán. Ni siquiera excepcionalmente grandes cantidades de gracia común implica que los que la reciben se salvarán. Aun las personas más inteligentes, más acaudaladas e influyentes del mundo necesitan el evangelio de Jesucristo o se condenarán por toda la eternidad. Aun los vecinos más amables y decentes necesitan el evangelio de Cristo Jesús o se condenarán por toda la eternidad. Puede parecernos mirándolos desde fuera que no tienen necesidades, pero las Escrituras nos dicen que los incrédulos son «enemigos de Dios» (Ro 5:10; cf. Col 1:21; Stg 4:4) y están en «contra» de Cristo (Mt 12:30). «Se comportan como enemigos de la cruz de Cristo», «solo piensan en lo terrenal» (Fil 3:18-19) y son «por naturaleza objetos de la ira de Dios» (Ef 2:3).

2. Debemos ser cuidadosos en no rechazar como totalmente malas las cosas que los incrédulos hacen. Mediante la gracia común, los incrédulos *hacen algún bien*, y debíamos ver la mano de Dios en ello y estar agradecidos por la gracia común al verla funcionar en cada amistad, en cada amabilidad, en cada forma de proporcionar bendiciones a otros. Todo esto —aunque el incrédulo no lo sabe— viene en última instancia de parte de Dios y él merece la honra y la gloria por ello.

3. La doctrina de la gracia común debiera estimularnos a ser mucho más agradecidos a Dios. Cuando vamos caminando por una calle y vemos casas, jardines y familias que viven con seguridad, o cuando negociamos en el mercado y vemos los resultados abundantes del progreso tecnológico, o cuando caminamos por los bosques y las praderas y contemplamos la belleza de la naturaleza, o cuando vivimos protegidos por el gobierno,⁷ o cuando somos educados con los amplios conocimientos humanos, debíamos darnos cuenta no solo de que Dios en su soberanía es en última instancia el que concede todas estas bendiciones, sino también que Dios las concede a pecadores que no las merecen *en lo absoluto*. Estas bendiciones que vemos en el mundo no solo la evidencia del poder y la sabiduría de Dios, sino también una manifestación continua de su *gracia* abundante. Darnos cuenta de esta realidad debiera llenar de gratitud nuestros corazones hacia Dios en cada actividad de la vida.

PREGUNTAS DE APLICACIÓN PERSONAL

1. Antes de leer este capítulo, ¿tenía usted un punto de vista diferente sobre si los incrédulos se merecen los beneficios comunes del mundo que los rodea? ¿En qué sentido ha cambiado su perspectiva, si es que lo ha hecho?
2. ¿Conoce usted ejemplos en los que Dios ha respondido a las oraciones de los incrédulos que estaban en dificultades, o a sus oraciones por las necesidades

⁷Pablo nos dice explícitamente que elevemos a Dios «acciones de gracias... por los gobernantes y por todas la autoridades» (1 Ti. 2:1-12).

de un amigo incrédulo? ¿Ha provisto eso de una oportunidad para hablar del evangelio? ¿Llegó el incrédulo al final a una experiencia de salvación en Cristo? ¿Cree usted que Dios usa a menudo las bendiciones de la gracia común como un medio para preparar a las personas para recibir el evangelio?

3. ¿En qué formas esta doctrina cambiará su manera de relacionarse con sus vecinos o amigos incrédulos? ¿Le hará eso más agradecido por el bien que ve en sus vidas? ¿Cree usted que eso afectará sus relaciones con esas personas en un sentido general?
4. Al mirar usted a su alrededor en el lugar donde está en este momento, ¿puede mencionar al menos veinte diferentes ejemplos de gracia común que puede ver? ¿Cómo lo hace sentirse eso?
5. ¿Ha cambiado este capítulo la manera en que ve las actividades creativas como la música, el arte, la arquitectura o la poesía o (algo que es muy similar) la creatividad expresada en las actividades atléticas?
6. Si usted es amable con un incrédulo y este nunca llega a aceptar a Cristo, ¿ha hecho eso algún bien a los ojos de Dios (vea Mt 5:44-45; Lc 6:32-36)? ¿Qué bien ha hecho? ¿Por qué piensa usted que Dios es bueno con aquellos que nunca se salvarán, y en qué sentido sirve eso a sus propósitos en el universo? ¿Piensa usted que tenemos una obligación de hacer mejores esfuerzos para hacer el bien a los creyentes que a los incrédulos? ¿Puede usted mencionar algunos pasajes de las Escrituras que ayudan a responder esta pregunta?

TÉRMINOS ESPECIALES

gracia común
gracia especial

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1297-1306.). Nota: Este tema por lo general no se lo trata en una sección separada en las teologías sistemáticas, pero ver las siguientes secciones en las obras siguientes:

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)
 - 1930 Thomas, 210-14
5. Luterana
 - 1934 Mueller, 242-54
6. Reformada (o presbiteriana)
 - 1871-73 Hodge, 2:654-74
 - 1937-66 Murray, CW 2:93-119
 - 1938 Berkhof, 432-46

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

1. Católica Romana: tradicional

1955 Ott, 238-42

Otras obras

Hoekema, Anthony A. «The Restraint of Sin». En *Created In God's Image*. Eerdmans, Grand Rapids, y Paternoster, Exeter, 1986, pp. 187-202.

Hughes, P. E. «Grace». En *EDT* pp. 479-82.

Kearsley, R. «Grace». En *NDT* pp. 280-81.

Van Til, Cornelius. *Common Grace and the Gospel*. Presbyterian and Reformed, Nutley, N. J., 1972.

Van Til, Cornelius. In *Defense of the Faith* vol. 5: *An Introduction to Systematic Theology*. n. l. : Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1976, pp. 75-99, 253-62.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

Lucas 6:35-36: *Ustedes, por el contrario, amen a sus enemigos, háganles bien y denles prestado sin esperar nada a cambio. Así tendrán una gran recompensa y serán hijos del Altísimo, porque él es bondadoso con los ingratos y malvados. Sean compasivos, así como su Padre es compasivo.*

HIMNO

«Cantad alegres, cantad a Dios»

Cantad alegres, cantad a Dios,
habitantes de toda la tierra.
Servid a Dios con alegría;
Servir a Dios con regocijo.

Reconoced que Jehová es Dios,
Él nos hizo y no nosotros mismos;
Pueblo suyo, suyos somos
y ovejas de su prado.

Entrad por sus puertas con acción de gracias,
por sus atrios con cantos de alabanza;
Alabadle con canciones,
benedicid su santo nombre.

Porque Jehová, Jehová es bueno,
para siempre su misericordia,
Y su verdad permanece
por todas las generaciones.

AUTOR: BASADO EN EL SALMO 100
(TOMADO DE CELEBREMOS SU GLORIA, # 634)

Elección y reprobación

¿Cuándo y por qué Dios nos ha elegido?

¿Son algunos no elegidos?

En capítulos anteriores hablamos de la realidad de que todos hemos pecado y merecemos el castigo eterno de parte de Dios, y del hecho de que Cristo murió y *ganó* nuestra salvación. Pero ahora en esta unidad (capítulos 32-43) vamos a examinar la manera en que Dios *aplica* esa salvación a nuestra vida. Empezamos en este capítulo con la obra de Dios en la elección, es decir, su decisión de elegirnos para ser salvos desde antes de la fundación del mundo. Esta acción de elegir no es, por supuesto (hablando estrictamente) parte de la *aplicación* de la salvación a nosotros, puesto que sucedió antes de que Cristo ganara nuestra salvación cuando murió en la cruz. Pero tratamos la elección en este momento porque es cronológicamente el *comienzo* de los tratos de Dios con nosotros en una forma bondadosa. Por tanto, es correcto pensar en ello como el primer paso en el proceso de recibir la salvación de Dios individualmente.¹

Otros pasos en la obra de Dios de aplicar la salvación a nuestra vida incluye el oír el llamamiento del evangelio, el ser regenerados por el Espíritu Santo, nuestra respuesta en fe y arrepentimiento, el perdón de Dios de nuestros pecados y que él nos haga miembros de su familia, como también el concedernos crecimiento en la vida cristiana y mantenernos fieles a él a lo largo de toda la vida. Al final de nuestra vida morimos y vamos a su presencia, y luego, cuando Cristo regrese, recibiremos cuerpos de resurrección, y así se completará el proceso de adquirir la salvación.

Varios teólogos han dado nombres específicos a varios de estos eventos, y los han mencionado en un orden específico en el cual creen que han ocurrido en nuestra vida. Esa lista de los sucesos en la cual Dios nos aplica la salvación es conocida como el *orden de la salvación*, y nos referimos a ella en ocasiones mediante la frase latina, *ordo salutis*, que significa «orden de la salvación». Antes de empezar a examinar estos elementos en la aplicación de la salvación en nuestra vida, podemos mencionar aquí una lista completa de los elementos que trataremos en los siguientes capítulos:

¹Este capítulo se podría haber puesto en alguna otra parte en la secuencia de los temas tratados. Lo podía haber puesto inmediatamente después del capítulo 16, sobre la providencia de Dios, puesto que la elección es otro aspecto más del control providencial de Dios de este mundo. O podía haberlo puesto en el capítulo 25, como parte del tratamiento del pacto de gracia entre Dios y el hombre. O podía haberlo puesto en el capítulo 40, como parte del estudio de la perseverancia, especialmente relacionado con la cuestión de la seguridad de la salvación, puesto que la decisión de Dios de elegirnos para ser salvos nos da gran seguridad de que Él cumplirá sus propósitos. Pero he preferido ponerlo aquí al principio de los capítulos que estudian el trato de Dios con nosotros en gracia. (Note la organización similar de los temas por Pablo en Romanos 8:29-30.)

«El orden de la salvación»

1. Elección (Dios escoge a personas para que sean salvas)
2. El llamamiento del evangelio (proclamación del mensaje del evangelio)
3. Regeneración (nacer de nuevo)
4. Conversión (fe y arrepentimiento)
5. Justificación (posición legal correcta)
6. Adopción (llegar a ser miembros de la familia de Dios)
7. Santificación (conducta correcta en la vida)
8. Perseverancia (permanecer como cristianos)
9. Muerte (ir a vivir con el Señor)
10. Glorificación (recibir un cuerpo resucitado)

Debemos notar aquí que los pasos 2—6 y parte del 7 están todos incluidos en el proceso de «llegar a ser cristiano». Los números 7 y 8 tienen lugar en esta vida, el número 9 sucede al final de esta vida, y el número 10 ocurre cuando Cristo regrese.²

Empezamos nuestro estudio del orden de la salvación con el primer elemento: La elección. En relación con esto examinaremos al final de este capítulo la cuestión de la «reprobación», la decisión de Dios de pasar por alto a los que no serán salvos, y castigarlos por sus pecados. Como explicaré más abajo, la elección y la condenación son diferentes en varios aspectos importantes, y es importante distinguirlos a fin de que no pensemos de manera equivocada acerca de Dios o lo que hace.

El término *predestinación* aparece también con frecuencia en este estudio. En este libro de texto, y en la teología reformada en general, *predestinación* es un término amplio e incluye los dos aspectos de la elección (de los creyentes) y la reprobación (de los incrédulos). Sin embargo, el término *doble predestinación* no ayuda mucho porque da la impresión que la elección y la reprobación Dios las realiza en la misma forma y que no hay diferencias esenciales entre ellas, lo que absolutamente no es cierto. Por tanto, los teólogos reformados no usan generalmente la expresión *doble predestinación*, aunque se usa a veces para referirse a la enseñanza reformada aquellos que la critican. No usaremos, pues, en este libro la expresión *doble predestinación* para referirnos a la elección y la condenación, puesto que oscurece las distinciones entre ellas y no aporta una indicación exacta de lo que en realidad se está enseñando.

EXPLICACIÓN Y BASES BÍBLICAS

Podemos definir la elección de la siguiente manera: *La elección es un acto de Dios antes de la creación mediante el cual él elige a algunas personas para ser salvas, no en base de méritos previsibles en ellos, sino porque ese es su soberano deseo.*

²Para un estudio del orden de los sucesos en esta lista, vea John Murray, *Redemption Accomplished and Applied* (Grand Rapids: Eerdmans, 1955), pp. 79-87. Encontramos un nuevo abordamiento a una síntesis de los temas paulinos en el orden de la salvación en Vern Poythress, «Using Multiple Thematic Centers in Theological Synthesis: Holiness as a Test Case in Developing a Pauline Theology» (un manuscrito no publicado disponible en Campus Bookstore, Westminster Theological Seminary, P. Bo. Box 27009, Philadelphia, PA, 19118).

Ha habido mucha controversia en la iglesia y mucho malentendido acerca de esta doctrina. Muchas de las cuestiones controversiales relacionadas con la voluntad y la responsabilidad del hombre y en lo concerniente a la justicia de Dios con respecto a las decisiones humanas ya las hemos considerado con cierta amplitud en relación con la providencia de Dios (capítulo 16). Nos enfocaremos ahora aquí solo en aquellas cuestiones adicionales que se aplican específicamente al asunto de la elección.

Nuestro plan en este capítulo será antes que nada citar una serie de pasajes del Nuevo Testamento que tienen que ver con la elección. Luego intentaremos entender el propósito de Dios que los autores del Nuevo Testamento ven en la doctrina de la elección. Por último, intentaremos clarificar lo que entendemos de esta doctrina y responder a algunas objeciones, y también considerar la doctrina de la reprobación.

A ¿Enseña el Nuevo Testamento la predestinación?

Varios pasajes en el Nuevo Testamento parecen afirmar con bastante claridad que Dios ordenó de antemano los que serían salvos. Por ejemplo, cuando Pablo y Bernabé empezaron a predicar a los gentiles en Antioquía de Pisidia, Lucas escribe: «Al oír esto, los gentiles se alegraron y celebraron la palabra del Señor; y *creyeron todos los que estaban destinados a la vida eterna*» (Hch 13:48). Es significativo que Lucas menciona el hecho de la elección casi de pasada. Es como si eso fuera algo muy normal cuando se predicaba el evangelio. ¿Cuántos creyeron? «Todos los que estaban destinados a la vida eterna».

En Romanos 8:28-30, leemos:

Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, *los que han sido llamados de acuerdo con su propósito. Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados según la imagen de su Hijo*, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. *A los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó.*³

En el siguiente capítulo, cuando Pablo habla acerca de que Dios eligió a Jacob en vez de Esaú, dice que no fue por alguna cosa que Jacob hubiera hecho y Esaú no, sino solo para que pudiera continuar el propósito de la elección divina.

Antes de que los mellizos nacieran, o hicieran algo bueno o malo, y *para confirmar el propósito de la elección divina*, no en base a las obras sino al llamado de Dios, se le dijo a ella: «El mayor servirá al menor.» Y así está escrito: «Amé a Jacob, pero aborrecí a Esaú.» (Ro 9:11-13)

³Clark Pinnock dice que este texto no habla de predestinación para salvación, sino más bien de un cierto privilegio, el de ser conformado a la imagen de Cristo Jesús. «No hay predestinación para la salvación o condenación en la Biblia. Hay solo una predestinación para los que ya son hijos de Dios con respecto a ciertos privilegios que tienen por delante» (p. 18). Pero esa opinión no hace justicia con Ro. 8:29-30, porque los que se dice que están predestinados en este versículo no son todavía hijos de Dios, porque Pablo está aquí hablando de la predestinación antes del llamamiento o justificación. Además, el privilegio de ser conformados a la imagen de Cristo no es solo para algunos cristianos, sino para todos.

En cuanto al hecho de que algunos del pueblo de Israel fueron salvos, pero otros no, Pablo dice: «¿Qué concluiremos? Pues que Israel no consiguió lo que tanto deseaba, *pero sí lo consiguieron los elegidos*. Los demás fueron endurecidos» (Ro 11:7). Pablo indica aquí de nuevo que había dos grupos distintos dentro del pueblo de Israel. Los «elegidos» obtenían la salvación que habían buscado, mientras que los no elegidos habían sido «endurecidos».

Pablo habla explícitamente sobre la elección divina de creyentes desde antes de la creación del mundo al comienzo de Efesios.

«Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad, para alabanza de su gloriosa gracia, que nos concedió en su Amado» (Ef 1:4-6)

Pablo está escribiendo aquí a creyentes y dice específicamente que Dios «nos escogió» en Cristo, refiriéndose a los creyentes en general. En una forma similar, varios versículos más tarde, dice: «*A fin de que nosotros, que ya hemos puesto nuestra esperanza en Cristo, seamos para alabanza de su gloria*» (Ef 1:12).

Al escribir a los tesalonicenses, dice: «Hermanos amados de Dios, sabemos que *él los ha escogido*, porque nuestro evangelio les llegó no sólo con palabras sino también con poder, es decir, con el Espíritu Santo y con profunda convicción» (1 Ts 1:4-5).

Pablo está diciendo que el hecho de que los tesalonicenses *creyeran* al evangelio cuando él se lo predicó («porque nuestro evangelio les llegó no sólo con palabras sino también con poder, es decir, con el Espíritu Santo y con profunda convicción») *es la razón por la que él conoce que ellos fueron escogidos*. Cuando abrazaron la fe Pablo concluyó que Dios los había escogido hacía mucho según y, por tanto, ellos habían creído cuando él les predicó. Más tarde escribe a esa misma iglesia: «Nosotros, en cambio, siempre debemos dar gracias a Dios por ustedes, hermanos amados por el Señor, *porque desde el principio Dios los escogió para ser salvos*, mediante la obra santificadora del Espíritu y la fe que tienen en la verdad» (2 Ts 2:13).

Aunque el siguiente versículo no menciona específicamente la elección de seres humanos, es interesante notar también en este punto lo que Pablo dice acerca de los ángeles. Cuando él da un mandamiento solemne a Timoteo, escribe: «Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, y *de sus ángeles escogidos*, que guardes estas cosas sin prejuicios, no haciendo nada con parcialidad» (1 Ti 5:21, RVR 1960). Pablo está consciente de que hay ángeles buenos que son testigos de su mandamiento y también de la respuesta de Timoteo, y está tan seguro que es un acto de elección de Dios que ha afectado a cada uno de esos ángeles buenos que puede llamarlos «*ángeles escogidos*».

Cuando el apóstol habla acerca de la razón por la que Dios nos ha salvado y nos ha llamado, niega explícitamente que sea debido a nuestras obras, sino que señala más bien al propósito mismo de Dios y a su gracia inmerecida en la eternidad pasada. Dice: «Dios nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestras propias obras, *sino por su propia determinación y gracia. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo*» (2 Ti 1:9).

Cuando Pedro escribe una epístola a cientos de creyentes en muchas iglesias en Asia Menor, les dice: «Pedro, apóstol de Jesucristo, a los elegidos, extranjeros dispersos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia» (1 P 1:1). Más tarde dice que ellos «son linaje escogido» (1 P 2:9).

En la visión de Juan en Apocalipsis, los que no se rinden a la persecución y empiezan a adorar a la bestia son personas cuyos nombres están escritos en el libro de la vida desde el comienzo de la creación del mundo: «Se le concedió hacer guerra contra los santos y vencerlos; y se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. Y la adorarán todos los que moran en la tierra, cuyos nombres no han sido escritos, desde la fundación del mundo, en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado» (Ap 13:7-8, LBLA).⁴ En una forma similar, leemos acerca de la bestia en el fondo del abismo en Apocalipsis 17: «La bestia que has visto es la que antes era pero ya no es, y está a punto de subir del abismo, pero va rumbo a la destrucción. Los habitantes de la tierra, *cuyos nombres, desde la creación del mundo, no han sido escritos en el libro de la vida*, se asombrarán al ver a la bestia, porque antes era pero ya no es, y sin embargo reaparecerá» (Ap 17:8).

B. ¿Cómo presenta el Nuevo Testamento la enseñanza de la elección?

Después de leer esta lista de versículos sobre la elección, es importante que veamos esta doctrina en la manera en que el mismo Nuevo Testamento la ve.

1. Como un consuelo. Los autores del Nuevo Testamento presentan a menudo la doctrina de la elección como un consuelo para los creyentes. Cuando Pablo asegura a los creyentes en Roma que «Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito» (Ro 8:28), menciona la obra de Dios de la predestinación como algo por lo que podemos estar seguros de esta verdad. Lo explica en el siguiente versículo: «Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados según la imagen de su Hijo. A los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó» (Ro 8:29-30). Lo que Pablo está diciendo es que Dios siempre ha actuado para el bien de aquellos que ha llamado. Si Pablo extiende su mirada al pasado distante de antes de la creación del mundo, ve que Dios conoció de antemano y predestinó a sus hijos para que fueran transformados conforme a la imagen de su Hijo.⁵ Si mira hacia el pasado reciente encuentra que Dios llamó y justificó a sus hijos que había predestinado. Y si

⁴Gramaticalmente la frase «desde la creación del mundo» puede modificar tanto a «cuyos nombres no han sido escritos» o «Cordero que fue sacrificado». Pero la expresión paralela en Ap. 17:8, «cuyos nombres, *desde la creación del mundo*, no han sido escritos en el libro de la vida». Parece decisiva, y allí solo es posible un sentido (el paralelismo entre las palabras en el texto griego es asombroso, puesto que los dos versículos comparten las mismas once palabras acerca de las personas cuyos nombres están escritos en el libro de la vida). Además, la traducción de la RVR-60 y otras no tiene mucho sentido aquí cuando habla del «Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo», una declaración que sencillamente no es correcta en ningún sentido literal, pues en ninguna parte las Escrituras hablan de que Cristo fue inmolado desde el principio de la creación, porque Cristo no fue inmolado hasta que no murió en la cruz. Por tanto la lectura de este versículo debe ser interpretado como queriendo decir algo como: «Dios planeó desde el comienzo de la creación que Cristo fuera inmolado», pero eso no es lo que el texto traducido dice en ninguna de las versiones.

⁵Vea el estudio más adelante (pp. 709-10) sobre el significado de «conocimiento anticipado» aquí.

entonces mira hacia el futuro a cuando Cristo regrese, ve que Dios ha determinado dar a los que creen en Cristo cuerpos perfectos y glorificados. Desde la eternidad Dios ha actuado teniendo en mente el bien de sus hijos. Pero si Dios ha actuado *siempre* pensando en nuestro bien, Pablo razona, ¿no obrará también en *nuestras presentes circunstancias* para que redunden en nuestro bien? En este sentido se ve la predestinación como un consuelo para los creyentes en los sucesos diarios de la vida.

2. Como motivo para alabar a Dios. Pablo dice: «Nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad, *para alabanza de su gloriosa gracia*, que nos concedió en su Amado» (Ef 1:5-6). Del mismo modo, dice: «A fin de que nosotros, que ya hemos puesto nuestra esperanza en Cristo, *seamos para alabanza de su gloria*» (Ef 1:12).

Pablo les dice a los cristianos de Tesalónica: «Siempre damos gracias a Dios por todos ustedes cuando los mencionamos en nuestras oraciones. ... Hermanos amados de Dios, *sabemos que él los ha escogido*» (1 Ts 1:2, 4). Pablo da gracias a Dios por los cristianos tesalonicensés porque sabe que Dios es en última instancia el que da la salvación y los ha escogido para que sean salvos. Esto queda aún más claro en 2 Tesalonicenses 2:13: «Nosotros, en cambio, *siempre debemos dar gracias a Dios por ustedes*, hermanos amados por el Señor, porque desde el principio *Dios los escogió para ser salvos*». Pablo se sentía obligado a dar gracias a Dios por los cristianos en Tesalónica porque sabía que en definitiva la salvación de estos se debía a que Dios los había escogido. Por tanto, era apropiado que Pablo diera gracias a Dios por ellos en vez de alabarlos a ellos por la propia fe salvadora que tenían.

Entendida de esta manera, la doctrina de la elección hace que aumente nuestra alabanza a Dios por nuestra salvación y disminuya de veras cualquier orgullo que podamos sentir si pensamos que nuestra salvación se debe a algo bueno que hay en nosotros o a algo que se nos debe reconocer.

3. Como un estímulo para la evangelización: Pablo dice: «Todo lo soporto por el bien de los elegidos, para que también ellos alcancen la gloriosa y eterna salvación que tenemos en Cristo Jesús» (2 Ti 2:10). Sabe que Dios ha elegido a algunas personas para que sean salvas, y ve esto como un estímulo para predicar el evangelio, incluso si eso significa soportar grandes sufrimientos. La elección es la garantía de Pablo de que habrá éxito en la evangelización, porque sabe que algunas de las personas con las que habla serán elegidas, y creerán en el evangelio y serán salvas. Es como si alguien nos invitara a ir de pesca con él y nos dijera: «Le garantizo que pescaré algunos peces, pues estos están hambrientos y esperando».

C. Malentendidos en cuanto a la doctrina de la elección

1. La elección no es fatalista ni mecánica. A veces los que objetan la doctrina de la elección dicen que es «fatalismo» o que presenta un «sistema mecanicista» del universo. Tenemos aquí dos objeciones que son de alguna forma diferentes. «Fatalismo» es un sistema en el que las elecciones y decisiones humanas no sirven

prácticamente para nada. En el fatalismo, no importa lo que nosotros hagamos, las cosas van a terminar sucediendo como han sido previamente ordenadas. Por tanto, es inútil intentar influenciar el resultado de los acontecimientos de nuestra vida haciendo algunos esfuerzos o haciendo elecciones significativas, porque no van a servir para nada a fin de cuentas. Por supuesto, en un sistema fatalista auténtico, que nuestra humanidad quede destruida no significa en realidad nada, y queda eliminada la motivación para la responsabilidad moral.

En un sistema mecanicista la imagen es la de un universo impersonal en el que todas las cosas que suceden han sido determinadas inflexiblemente hace mucho tiempo por una fuerza impersonal, y el universo funciona en una forma mecánica de manera que los seres humanos son más máquinas o robots que persona genuinas. Aquí también la personalidad humana genuina quedaría reducida al nivel de una máquina que solo funciona de acuerdo a planes predeterminados y en respuesta a causa e influencias predeterminadas.

Contrario a la imagen mecanicista, el Nuevo Testamento presenta todo el proceso de nuestra salvación como algo que nos trae un Dios *personal* en relación con criaturas *personales*. Dios «nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad» (Ef 1:4-5, RVR 1960). El acto de elección de Dios no fue impersonal ni mecánico, sino que estuvo impregnado de amor personal hacia aquellos a quienes escogió. Además, el cuidado personal de Dios por sus criaturas, aun incluso por las que se rebelan en contra suya, lo vemos claramente en la petición de Dios por medio de Ezequiel: «Diles: Tan cierto como que yo vivo afirma el Señor omnipotente, *que no me alegro con la muerte del malvado, sino con que se convierta de su mala conducta y viva. ¡Convíértete, pueblo de Israel; conviértete de tu conducta perversa! ¿Por qué habrás de morir?»* (Ez 33:11).

Cuando habla acerca de nuestra respuesta a la oferta del evangelio, la Biblia siempre nos ve no como criaturas mecánicas o robots, sino como *personas genuinas*, criaturas personales que toman decisiones por voluntad propia para aceptar o rechazar el evangelio.⁶ Jesús invita a cada uno: «*Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso*» (Mt 11:28). Y leemos la invitación al final de Apocalipsis: «El Espíritu y la novia dicen: “¡Ven!”; y el que escuche diga: “¡Ven!” El que tenga sed, venga; y *el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida*» (Ap 22:17). Esta invitación y muchas otras como esta son dirigidas a personas auténticas que son capaces de oír la invitación y responder a ella mediante una decisión voluntaria. En cuanto a aquellos que no aceptarán a Jesús, él enfatiza claramente el endurecimiento de su corazón y su rechazo obstinado de no acudir a él: «Sin embargo, ustedes *no quieren venir* a mí para tener esa vida» (Jn 5:40). Y Jesús exclama con dolor y tristeza en cuanto a la ciudad que lo había rechazado: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, *pero no quisiste!*» (Mt 23:37).

⁶Vea el capítulo 16, pp. 333-35, 348, 355-62, para una estudio más amplio de cómo podemos ser personas genuinas y hacer elecciones reales cuando Dios ha ordenado de antemano lo que nosotros hacemos.

En contraste con la acusación de fatalismo, vemos también un cuadro muy diferente en el Nuevo Testamento. No solo que hacemos elecciones por propia voluntad como *personas que somos*, sino que también esas elecciones son *auténticas elecciones* porque afectan el curso de los acontecimientos en el mundo. Afectan nuestras vidas y también la vida y destino de otros. De modo que «*el que cree en él no es condenado, pero el que no cree ya está condenado* por no haber creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios» (Jn 3:18). La decisión que hacemos de creer o no creer en Cristo tiene consecuencias eternas en nuestra vida, y las Escrituras están muy dispuestas a hablar acerca de nuestra decisión de creer o no creer como el factor que determina nuestro destino eterno.

La implicación de todo esto es que debemos ciertamente predicar el evangelio, y el destino eterno de las personas depende de si nosotros lo proclamamos o no. Por tanto, cuando el Señor le habló a Pablo una noche y le dijo en una visión: «No tengas miedo; sigue hablando y no te calles, pues estoy contigo. Aunque te ataquen, no voy a dejar que nadie te haga daño, *porque tengo mucha gente en esta ciudad*» (Hch 18:9-10), el apóstol no sacó la conclusión de que esa «mucha gente» que pertenecía a Dios se salvaría independientemente de si él se quedaba allí o no. Más bien «*se quedó allí un año y medio*, enseñando entre el pueblo la palabra de Dios» (Hch 18:11), esta fue la estadía más larga de Pablo en una ciudad, excepto en Éfeso durante sus tres viajes misioneros. Cuando Pablo escuchó que Dios tenía mucho pueblo escogido en Corinto, él se quedó más tiempo y se dedicó a predicar a fin de que aquellas personas elegidas pudieran ser salvas. Pablo nos dice con mucha claridad que a menos que los creyentes proclamen las buenas noticias del evangelio otros no se salvarán:

Ahora bien, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán si no hay quien les predique? ... Así que la fe viene como resultado de oír el mensaje, y el mensaje que se oye es la palabra de Cristo. (Ro 10:14, 17)

¿Sabía Pablo antes de ir a una ciudad a quiénes había elegido Dios para salvación y a quiénes no? No, no lo sabía. Eso es algo que Dios nunca nos lo muestra por adelantado. Pero una vez que las personas aceptan a Cristo por la fe, podemos estar seguros de que Dios los había escogido con antelación para la salvación. Esa es exactamente la conclusión de Pablo en cuanto a los tesalonicenses: dice que sabía que Dios los había elegido a ellos porque cuando les predicó, el evangelio les llegó con poder y gran convicción: «*Hermanos amados de Dios, sabemos que él los ha escogido, porque nuestro evangelio les llegó no sólo con palabras sino también con poder, es decir, con el Espíritu Santo y con profunda convicción*» (1 Ts 1:4-5). Lejos de decir que no importaba lo que él hiciera, y que los elegidos de Dios serían salvos ya fuera que él predicara o no, Pablo soportó una vida llena de dificultades a fin de llevar el evangelio a aquellos que Dios había escogido. Al final de una vida llena de sufrimiento, dijo: «*Así que todo lo soporto por el bien de los elegidos, para que también ellos alcancen la gloriosa y eterna salvación que tenemos en Cristo Jesús*» (2 Ti 2:10).

2. La elección no está basada en el conocimiento anticipado de Dios de nuestra fe. Con bastante frecuencia las personas están de acuerdo en que Dios predestina a algunos para que sean salvos, pero luego dicen que Dios hace esto mirando al futuro y viendo quién creerá en Cristo y quién no. Si él ve que una persona llegará a la experiencia de la fe salvadora, la predestinará para que sea salva, *basado en el conocimiento anticipado que tiene de la fe de esa persona*. Pero si ve que una persona no llegará a la fe salvadora, no la predestina para que sea salva. De esa manera, se piensa, la razón definitiva por la que algunos se salvan y otros no, está *dentro de las personas mismas*, no con Dios. Todo lo que Dios hace en su trabajo de predestinación es confirmar la decisión que él sabe las personas van a hacer por sí mismas. El versículo que comúnmente se usa para apoyar este punto de vista es Romanos 8:29: «A los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados según la imagen de su Hijo».⁷

a. Conocimiento anticipado de personas, no de hechos: Pero este versículo difícilmente lo podemos usar para demostrar que Dios basó su predestinación en el conocimiento anticipado del *hecho de que una persona creería*. Mas bien habla de personas que Dios conoció de antemano («a los que Dios conoció de antemano»), no que él conoció algunas *cosas acerca de ellas*, como el hecho de que creerían. De lo que se habla aquí es de un conocimiento personal, relacional: Dios, mirando al futuro, vio a ciertas personas en una relación salvadora con él, y en ese sentido él los «conoció de antemano» desde hacia mucho tiempo. Ese es el sentido en el cual Pablo puede hablar de que Dios «conoce» a alguien, por ejemplo, en 1 Corintios 8:3: «Pero el que ama a Dios *es conocido por él*». De igual manera, dice: «Pero ahora que conocen a Dios, o más bien que Dios *los conoce a ustedes*» (Gá 4:9). Cuando en las Escrituras se dice que las personas *conocen* a Dios, o que Dios *los conoce* a ellos, se está refiriendo a un conocimiento personal que implica una relación salvadora. Por tanto, en Romanos 8:29, «a los que Dios *conoció de antemano*», se entiende mejor en el sentido de que «desde hacía tiempo los *veía en una relación salvadora con él*». El texto no dice nada acerca de que Dios conociera de antemano ni que previera que ciertas personas creerían, ni tampoco se menciona esa idea en ningún otro texto de las Escrituras.⁸

A veces las personas dicen que Dios elige *grupos* de personas para la salvación, pero no a individuos. En algunos puntos de vista arminianos, Dios eligió a la iglesia como un grupo, mientras que el teólogo suizo Karl Barth (1886-1968) dijo que Dios eligió a Cristo, y a todas las personas en Cristo. Pero Romanos 8:29 habla de ciertas personas que Dios conoció de antemano («a los que Dios conoció de antemano»), no a grupos indefinidos. Y en Efesios Pablo habla de ciertas personas que Dios eligió, y entre ellas *él mismo*: «Dios nos escogió en él antes de la creación del

⁷Jack W. Cottrell argumenta la idea de que la predestinación está basada en el conocimiento anticipado de Dios de los que creerían en «Condicional Elección» en *Grace Unlimited*, pp. 51-73. Cottrell dice: «Por medio de su conocimientos anticipado Dios ve a los que creerán en Cristo Jesús como Salvador y Señor, y se unirán a Él en el bautismo cristiano; entonces aun desde antes de la creación del mundo Él predestina a esos creyentes para participar en la gloria del Cristo resucitado» (p. 62).

⁸Romanos 11:2 habla también del conocimiento anticipado que Dios tiene de las *personas*, no de hechos acerca de personas o del hecho de que ellos creerían: «Dios no rechazó a su pueblo, *al que de antemano conoció*».

mundo» (Ef 1:4). Hablar de que Dios elige a un grupo sin personas no es una elección bíblica. Pero hablar de que Dios elige a un grupo de personas significa que él elige a determinados individuos que constituyen ese grupo.⁹

b. Las Escrituras nunca hablan de nuestra fe como la razón de la elección divina: Además, cuando miramos más allá de estos pasajes específicos que hablan del conocimiento anticipado y examinamos versículos que hablan de la *razón* por la que Dios nos escoge, encontramos que las Escrituras nunca hablan de nuestra fe ni del hecho de que llegaríamos a creer en Cristo como la razón por la que Dios nos escoge. En realidad, Pablo parece excluir explícitamente la consideración de lo que las personas harían en la vida de su comprensión de la elección que Dios hizo de Jacob en vez de Esaú, a este respecto dice: «Sin embargo, antes de que los mellizos nacieran, o hicieran algo bueno o malo, y *para confirmar el propósito de la elección divina*, no en base a las obras sino al llamado de Dios, se le dijo a ella: “El mayor servirá al menor.” Y así está escrito: “Amé a Jacob, pero aborrecí a Esaú”» (Ro 9:11-13). Nada que Jacob o Esaú hicieran en la vida influyó la decisión de Dios; fue todo a fin de que pudiera continuar su propósito de la elección.

Cuando habla acerca de los judíos que habían llegado a la fe en Cristo, Pablo dice: «Así también hay en la actualidad un remanente escogido por gracia. Y si es por gracia, ya no es por obras; porque en tal caso la gracia ya no sería gracia» (Ro 11:5-6). Aquí de nuevo Pablo enfatiza la gracia de Dios y la ausencia completa del mérito humano en el proceso de la elección. Alguien podría objetar que la fe no se ve como «obras» en las Escrituras y, por tanto, debiera ser excluida de la cita arriba («ya no es por obras»). Basados en esta objeción, Pablo podría en realidad querer decir: «Pero si es por gracia, no es en base de obras, sino sobre la base de si alguien creería». Sin embargo, esto es improbable en este contexto. Pablo no está contrastando la fe humana y las obras humanas; está contrastando la elección soberana de Dios de las personas con *cualquier* actividad humana, y señala que la soberanía divina será en última instancia la base para la elección de Dios de que los judíos acudan a Cristo.

Del mismo modo, cuando Pablo habla acerca de la elección en Efesios, no se menciona para nada ningún conocimiento de antemano del hecho de que nosotros creeríamos, ni que hubiera algo digno o meritorio en nosotros (tal como una tendencia a creer) que fuera la razón por la que Dios nos haya elegido. Más bien, Pablo dice: «Nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, *según el buen propósito de su voluntad*, para alabanza de *su gloriosa gracia*, que nos *concedió* en su Amado» (Ef 1:5-6). Si la gracia de Dios es la razón de la elección, y no ninguna disposición humana a creer o decisión de creer, una vez más encaja más con Pablo no mencionar nada de la fe humana, sino solo mencionar la actividad de predestinación de Dios, su propósito y su voluntad, y la gracia que otorga libre y gratuitamente.

⁹En respuesta a la opinión de Barth de que todos son elegidos en Cristo, vea el estudio abajo sobre la condenación (el hecho de que algunos no son escogidos), y el capítulo 7, pp. 119-21, y capítulo 56, pp. 1212-16, sobre el hecho de que los que no crean en Cristo no serán salvos.

En 2 Timoteo Pablo dice de nuevo que «Dios nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestras propias obras, *sino por su propia determinación y gracia*. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo» (2 Ti 1:9). Una vez más se ve el propósito soberano de Dios como la razón primordial de nuestra salvación, y Pablo relaciona esto con el hecho de que Dios nos da su gracia en Cristo Jesús desde antes del comienzo del tiempo, lo que es otra forma de expresar la verdad de que Dios concede su favor de escoger sin ninguna referencia a ningún mérito o valor previsto en nosotros.

c. La elección basada en algo bueno en nosotros (nuestra fe) sería el comienzo de la salvación por méritos. Otra clase de objeción que puede plantearse en contra de la idea de que Dios nos escoge porque él sabía de antemano que creeríamos en Cristo. Si el factor determinante y decisivo en si seremos salvos o no es nuestra decisión de aceptar a Cristo, estaremos más inclinados a pensar que merecemos algo de crédito por el hecho de que fuimos salvos. A diferencia de otras personas que continuaron rechazando a Cristo, fuimos suficientemente sabios en nuestro juicio o suficientemente buenos en nuestras tendencias morales o suficientemente perspicaces en nuestras capacidades espirituales para decidimos a creer en Cristo. Pero una vez que empezamos a pensar de esa manera disminuimos seriamente la gloria que merece Dios por nuestra salvación. Nos sentimos incómodos hablando como Pablo que dice que Dios «nos predestinó... *según el buen propósito de su voluntad*, para alabanza de su gloriosa gracia» (Ef 1:5-6), y empezamos a pensar que «Dios nos predestinó... porque sabía que nosotros tendríamos suficientes buenas tendencias hacia la bondad y la fe dentro de nosotros que llegaríamos a creer». Cuando pensamos de esa manera no empezamos a sonar muy diferente de cuando el Nuevo Testamento habla de elección o predestinación. Por el contrario, si la elección está solo basada en la complacencia de Dios y en su decisión soberana de amar a pesar de la falta de bondad o mérito, tenemos sin duda un sentido de aprecio hacia una salvación que no la merecemos en absoluto y estaremos dispuestos para siempre a alabarle por «su gloriosa gracia» (Ef 1:6).

En última instancia, la diferencia entre estas dos perspectivas de la elección la podemos ver en la manera en que responden a una sencilla pregunta. Dado el hecho de que a la postre algunas personas elegirán aceptar a Cristo y otras personas no lo harán, la pregunta es «¿qué hace a las personas diferir?» Es decir, ¿qué es lo que al *final* marca la diferencia entre los que creen y los que no creen? Si nuestra respuesta es que está en definitiva basada en algo que Dios hace (esto es, su decisión soberana de los que serán salvos), vemos que la salvación en su nivel más fundamental está basada *solo en la gracia*. Por otro lado, si respondemos que la diferencia determinante entre los que son salvos y los que no la establece algo *en el hombre* (una tendencia o disposición a creer o no creer), la salvación depende en última instancia de una combinación de la gracia y de la habilidad humana.¹⁰

¹⁰El hecho de que la posición arminiana hace que en última instancia sea algo del hombre el factor determinante en si las personas se salvan o no lo vemos claramente en la declaración de I. Howard Marshall: «El efecto del llamamiento de Dios es colocar al hombre es una posición donde él puede decir “sí” o “no” (lo cual no podía hacer antes de que Dios le llamara; hasta ese momento estaba en una actitud continua de “no”) (“Predestination in the

d. La predestinación basada en el conocimiento anticipado no le da a las personas decisión libre. La idea de que la predestinación de Dios de que algunos crean está basada en el conocimiento anticipado que tiene de su fe se enfrenta todavía a otro problema: si lo analizamos, este sistema resulta en que tampoco le da al hombre verdadera libertad. Porque si Dios puede mirar al futuro y ver que la persona A *llegará* a la fe en Cristo, y que la persona B *no llegará* a la fe en Cristo, entonces esos hechos están ya *fijados*, ya están *determinados*. Si damos por sentado que el conocimiento de Dios del futuro es *cierto* (que debe serlo), entonces es absolutamente seguro que la persona A va a creer y la persona B no va a creer. No hay forma de que sus vidas sean diferentes de eso. Por tanto, es correcto decir que el destino de estas está *determinado*, porque no puede ser de otra forma. ¿Pero *qué* es lo que determina ese destino? Si está determinado por Dios mismo, ya no tenemos la elección basada en última instancia en el conocimiento anticipado de la fe, sino más bien en la voluntad soberana de Dios. Pero si ese destino no lo determina Dios, ¿quién o que los determina? Sin duda ningún cristiano va a decir que hay otro ser poderoso, aparte de Dios, que pueda controlar el destino de las personas. Por tanto, parece que la otra única posible solución es que está determinado por alguna fuerza impersonal, alguna clase de suerte o hado, que funciona en el universo, y que hace que las cosas resulten como las vemos. ¿Pero qué ganamos con eso? Hemos entonces sacrificado la elección por amor de un Dios personal por cierto determinismo de una fuerza impersonal y Dios no recibe reconocimiento por nuestra salvación.

e. Conclusión: La elección es incondicional: Parece mejor, por las cuatro razones anteriores, rechazar la idea de que la elección está basada en el conocimiento anticipado de Dios de nuestra fe. En su lugar concluimos que la elección se debe simplemente a una determinación soberana de Dios: «nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos» (Ef 1:5). Dios nos eligió simplemente porque decidió derramar su amor sobre nosotros. No fue porque viera de antemano alguna fe o mérito en nosotros.

Este concepto de la elección ha sido llamado tradicionalmente «elección incondicional».¹¹ Es «incondicional» porque no está *condicionada* por nada que Dios vea en nosotros que nos haga dignos de su elección.¹²

New Testament”, en Grace Unlimited, p. 140). En esta declaración de Marshall vemos que la determinación final de si las personas son salvas o no está en si ellos dice sí o no al llamamiento de Dios y, por tanto, la salvación depende en última instancia de algo que hay en el hombre, una habilidad o tendencia dentro de él que le persuade a decir sí en vez de no.

¹¹La elección incondicional es la “U” en las siglas TULIP, que representan «los cinco puntos del calvinismo». Las otras letras representan Total Depravity (vea capítulo 24, pp. 520-21), Limited atonement (vea capítulo 27, pp. 624-34), Irresistible grace (vea capítulo 34, p. 734), y Perseverance of the saints (vea capítulo 40, pp. 828-44). Vea también p. 626, n. 35.

¹²En cuanto a la doctrina de la elección ha habido una controversia en los círculos reformados (los que sostienen la elección como la presentamos aquí) entre dos posiciones conocidas como *supralapsarianism* e *infralapsarianism*. La diferencia tiene que ver con lo que ocurrió en la mente de Dios antes de la creación del mundo. No tiene que ver con algo que sucedió en el tiempo, sino con el orden *lógico* de los pensamientos de Dios. La cuestión es si, en orden lógico, (a) Dios decidió primero que salvaría a *algunas personas* y segundo que Él *permitiría el pecado* en el mundo de manera que pudiera salvar a las personas del pecado (la posición *supralapsarian*), o si sucedió de la otra manera, de modo que (b) Dios primero decidió *permitir* que el pecado entrara en el mundo y segundo decidió que *salvaría a algunas personas* del pecado (la posición *infralapsarian*). La palabra *supralapsarian* significa «antes de la caída» y la palabra *infralapsarian* significa «después de la caída». La polémica es compleja y muy especulativa

D. Objeciones a la doctrina de la elección

Debemos decir que la doctrina de la elección como la presentamos aquí no está bajo ningún concepto aceptada universalmente en la iglesia cristiana, ni dentro del catolicismo ni del protestantismo. Hay una larga historia de aceptación de la doctrina como aparece aquí presentada, pero muchos otros también la han rechazado. Entre los actuales evangélicos, los que pertenecen a la mayoría de los círculos reformados o calvinistas (denominaciones presbiterianas conservadoras, por ejemplo) aceptarán esta perspectiva, como también muchos luteranos y anglicanos (episcopales) y un buen número de bautistas y creyentes de iglesias independientes. Por otro lado, será rechazada completamente por casi todos los metodistas, así como otros muchos bautistas, anglicanos e iglesias independientes.¹³ Si bien algunas de las objeciones a la elección son formas más específicas de objeción a la doctrina de la providencia presentada en el capítulo 16, y que ya han sido respondidas allí más en detalle, unas pocas objeciones debemos mencionar aquí.

1. La elección significa que no tenemos una opción para escoger si aceptamos a Cristo o no. Según esta objeción, la doctrina de la elección niega todas las invitaciones del evangelio que apelan a la voluntad del hombre y piden a las personas tomar decisiones en cuanto a responder a la invitación de Cristo o no. En respuesta a esto, debemos afirmar que la doctrina de la elección puede muy bien acomodarse a la idea de que tenemos la posibilidad de escoger y tomar decisiones en cuanto a aceptar o rechazar a Cristo. Nuestras decisiones son voluntarias porque son lo que queremos hacer y lo que decidimos hacer.¹⁴ Esto no quiere decir que nuestras decisiones son totalmente libres, porque (como expliqué en el capítulo 16, sobre la providencia), Dios puede trabajar soberanamente a través de nuestros deseos de

porque hay muy poca información bíblica directa que nos ayude en esto. Se han aportado buenos argumentos a favor de ambas posiciones, y hay probablemente algo de verdad en cada parte. Pero en el último análisis parece más sabio que las Escrituras no nos den suficiente información para sondear en este sistema, y, además, no parece que sea muy edificante hacerlo.

De hecho he decidido mencionar la polémica en este libro de texto en este punto solo porque las palabras «supralapsarian» y «infralapsarian» se usan a veces en los círculos teológicos como símbolos de las discusiones teológicas más abstractas y oscuras, y a mí me parece apropiado informar solo a los lectores de la naturaleza de esta polémica y del significado de estos términos. Para los que estén interesados, encontrarán un estudio más amplio en la obra de Berkhof, *Systematic Theology*, pp. 118-25.

¹³Para un estudio amplio de las objeciones sobre la elección, el lector puede referirse a dos recientes colecciones de ensayos sobre lo que es conocido como la perspectiva «arminiana», una perspectiva que rechaza la interpretación de la elección que defendemos en este libro, vea Clark H. Pinnock, ed. *Grace Unlimited* (Mnneapolis: Bethany Fellowship, 1975), y Clark H. Pinnock, ed. *The Grace of God, the Will of Man: A Case for Arminianism*. En respuesta a estos dos libros. Tom Schreiner y Bruce Ware han editado una cantidad sustancial de ensayos de eruditos reformados, con el título propuesto de *The Grace of God, the Bondage of the Will: A Case for Calvinism* (que fue publicado por Baker Book House, Grand Rapids, en 1995).

¹⁴Grant R. Osborne, señala varias veces en «Exegetical Notes on Calvinist Texts» en *Grace Unlimited*, pp. 167-89, la evidencia de la voluntad humana o de la elección humana involucrada en el contexto inmediato de los textos que hablan acerca de la elección o predestinación. Un ejemplo representativo lo tenemos en la p. 175, donde Osborne analiza Hechos 13:48: «y creyeron todos los que estaban destinados a la vida eterna». Osborne responde: «Si bien estamos de acuerdo en que la dirección divina básica es la elección, esto no niega la presencia de la voluntad humana, como vemos en el contexto» (p. 175). Una respuesta así parece dar por supuesto que el punto de vista reformado niega la voluntad o decisión humana. Pero debemos responder que la posición reformada como se argumenta tradicionalmente permite ciertamente la voluntad humana o libre albedrío en las decisiones que se toman, y decimos simplemente que Dios es tan sabio que Él ordena que nosotros respondamos voluntariamente. Osborne no se identifica directamente con esta posición.

garantizar que nuestras decisiones terminan resultando lo que él ha ordenado, pero esto todavía puede entenderse como una verdadera elección porque Dios nos ha creado y ha ordenado que esa elección sea real. En resumen, podemos decir que Dios hace que nosotros elijamos a Cristo voluntariamente. La suposición equivocada subyacente en esta objeción es que una decisión debe ser absolutamente libre (esto es, en ningún sentido causada por Dios) a fin de que sea una elección humana genuina.

2. Basados en esta definición de la elección, nuestras opciones no son reales.

Continuando con el estudio del párrafo anterior, alguien podría objetar que si una decisión esta causada por Dios, puede parecernos a nosotros que es algo voluntario y que queremos hacer, pero no es una elección genuina o real, porque no es absolutamente libre. De nuevo debemos responder negando la suposición de que una decisión debe ser absolutamente libre a fin de que sea genuina o válida. Si Dios nos hace a nosotros en una cierta manera y nos dice que nuestras decisiones voluntarias son reales y genuinas, entonces debemos estar de acuerdo en que lo son. Dios es la definición de lo que es real y genuino en el universo. Por el contrario, podríamos preguntar dónde dicen las Escrituras que nuestras decisiones tienen que ser libres de la influencia o control de Dios a fin de que sean reales o genuinas. No parece que las Escrituras hablen alguna vez de ello.

3. La doctrina de la elección nos convierte en marionetas o robots, no en personas verdaderas.

Según esta objeción, Si Dios de verdad causa todo lo que nosotros elegimos en relación con la salvación, no somos personas auténticas. De nuevo debemos responder que Dios nos ha creado y debemos dejar que sea él el que defina lo que es de verdad ser persona. La analogía de una «marioneta» o «robot» nos reduce a la categoría infrahumana de cosas creadas por el hombre. Pero los seres humanos genuinos son muy superiores a las marionetas o robots, porque tenemos una voluntad genuina y tomamos decisiones voluntarias basadas en nuestras propias preferencias y deseos. De hecho, esta habilidad de tomar decisiones voluntarias es una de las cosas que nos distinguen de muchos de los seres inferiores de la creación. Somos personas verdaderas creadas a la imagen de Dios, y Dios nos ha permitido hacer elecciones genuinas que tienen efectos reales en nuestra vida.

4. La doctrina de la elección significa que los incrédulos nunca tuvieron la oportunidad de creer.

Esta objeción a la elección dice que si Dios había decretado desde la eternidad que algunas personas no creerían, no hay para ellos una posibilidad verdadera de creer, y todo el sistema funciona injustamente. Podemos dar dos respuestas a esta objeción. Primera, debemos notar que la Biblia no nos permite decir que los incrédulos no tengan la posibilidad de creer. Cuando las personas rechazan a Jesús, él siempre puso la responsabilidad en la propia decisión de ellos de hacerlo, no en algún decreto de Dios el Padre. «¿Por qué no entienden mi modo de hablar? Porque no pueden aceptar mi palabra. Ustedes son de su padre, el diablo, cuyos deseos quieren cumplir» (Jn 8:43-44). Y a Jerusalén le dice: «¿Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, pero

no quisiste!» (Mt 23:37). Les dijo a los judíos que le rechazaron: «Ustedes no quieren venir a mí para tener esa vida» (Jn 5:40). Romanos 1 deja bien en claro que todas las personas se enfrentan a una revelación de parte de Dios con tanta claridad «de modo que nadie tiene excusa» (Ro 1:20). Esta es la pauta coherente de las Escrituras: Las personas que permanecen en la incredulidad lo hacen porque no están dispuestas a acudir a Dios, y la culpa de esa incredulidad siempre la tienen los incrédulos mismos, nunca Dios.

En un segundo nivel, la respuesta a esta pregunta debe ser sencillamente la de Pablo a una objeción similar: «Respondo: ¿Quién eres tú para pedirle cuentas a Dios? ¿Acaso le dirá la olla de barro al que la modeló: “¿Por qué me hiciste así?”» (Ro 9:20).

5. La elección es injusta. En ocasiones las personas consideran la doctrina de la elección como injusta, puesto que enseña que Dios elige a algunos para ser salvos y pasa por alto a otros, a quienes decide no salvar. ¿Cómo puede ser eso justo?

A esto podemos darle dos respuestas. Primera, debemos recordar que *sería perfectamente justo que Dios no salvara a nadie*, de la misma manera que hizo con los ángeles: «Dios no perdonó a los ángeles cuando pecaron, sino que los arrojó al abismo, metiéndolos en tenebrosas cavernas y reservándolos para el juicio» (2 P 2:4).¹⁵ Lo que sería perfectamente justo para Dios sería hacer con los seres humanos lo que hizo con los ángeles, esto es, no salvar a ninguno de los que pecaron y se rebelaron en contra de él. Pero decidir salvar *a algunos de ellos*, es una demostración de gracia que va más allá de los requerimientos de la equidad y de la justicia.

Pero en un nivel más profundo esta objeción diría que no es justo que Dios creara a algunas personas que sabía que pecarían y serían eternamente condenadas, y a quienes él no redimiría. Pablo plantea esta objeción en Romanos 9. Después de decir que «Dios tiene misericordia de quien él quiere tenerla, y endurece a quien él quiere endurecer» (Ro 9:18),¹⁶ el apóstol entonces plantea esta precisa objeción: «Pero tú me dirás: “Entonces, ¿por qué todavía nos echa la culpa Dios? ¿Quién puede oponerse a su voluntad?» (Ro 9:19). Aquí encontramos la esencia de la «injusticia» de esta objeción en contra de la doctrina de la elección. Si el destino último de cada persona lo determina Dios, no la persona misma (esto es, aun cuando las personas toman decisiones que determinan si serán salvas o no, si Dios está en realidad detrás de esas decisiones haciendo que de alguna manera ocurran), ¿cómo puede ser eso justo?

¹⁵Vea el capítulo 19, p. 421, para un estudio del hecho de que sería justo para Dios no salvar a ninguno.

¹⁶Jack Cottrell da una interpretación arminiana de este versículo. Él argumenta que Romanos 9:18, «Dios tiene misericordia de quien él quiere tenerla, y endurece a quien él quiere endurecer», no se refiere a la elección de Dios de personas para salvación, sino a la elección de Dios de personas para ciertas clases de servicios: «Él elige a quien quiere para servir, no para salvación» («The Nature of Divine Sovereignty», en *The Grace of God, the Will of Man*, p. 114). Sin embargo, esta no es una interpretación convincente, porque todo el contexto se refiere claramente a la salvación. Pablo dice: «Me invade una gran tristeza y me embarga un continuo dolor. Desearía yo mismo ser maldecido y separado de Cristo por el bien de mis hermanos, los de mi propia raza.» (Ro. 9:2-3), no porque los judíos no estuvieran elegidos para alguna clase de servicio, sino porque no eran salvos. En el versículo 8 no habla de los que fueron escogidos para algún servicio y de los que no fueron escogidos, sino de los que son «hijos de Dios» y de los que no lo son. Y en el versículo 22 habla de los que pierden una oportunidad para servir, sino de los «que eran objeto de su castigo y estaban destinados a la destrucción». De salvación es de lo que se habla en todo este contexto.

La respuesta de Pablo no es una que apela a nuestro orgullo, ni tampoco intenta darnos una explicación filosófica de por qué es esto justo. Pablo simplemente invoca los derechos de Dios como el Creador omnipotente:

¿Quién eres tú para pedirle cuentas a Dios? ¿Acaso le dirá la olla de barro al que la modeló: “¿Por qué me hiciste así?” ¿No tiene derecho el alfarero de hacer del mismo barro unas vasijas para usos especiales y otras para fines ordinarios? ¿Y qué si Dios, queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha paciencia a los que eran objeto de su castigo y estaban destinados a la destrucción? ¿Qué si lo hizo para dar a conocer sus gloriosas riquezas a los que eran objeto de su misericordia, y a quienes de antemano preparó para esa gloria? Ésos somos nosotros, a quienes Dios llamó no sólo de entre los judíos sino también de entre los gentiles. (Ro 9:20-24)¹⁷

Lo que Pablo dice es que hay un punto más allá del cual no le podemos responder a Dios ni cuestionar su justicia. Él ha hecho lo que ha hecho conforme a su voluntad soberana. Él es el Creador; nosotros somos sus criaturas, y no tenemos a fin de cuentas ninguna base para acusarle de imparcialidad o injusticia.¹⁸ Cuando leemos estas palabras de Pablo nos enfrentamos a la decisión de si aceptamos o no lo que Dios dice aquí, y lo que él hace, solo en base a que él es Dios y nosotros no lo somos. Es una cuestión que va profundamente al concepto que tenemos de nosotros mismos como criaturas y de nuestra relación con Dios como Creador.

Esta objeción de injusticia toma una forma ligeramente diferente cuando las personas dicen que *es injusto que Dios salve a algunas personas y no salve a otras*. Esta objeción está basada en una idea de justicia entre los seres humanos que nosotros sentimos intuitivamente. Nosotros reconocemos en los asuntos humanos que es correcto tratar a personas iguales en una forma igual. Por tanto, nos parece intuitivamente apropiado decir que si Dios va a salvar a *algunos* pecadores debiera hacerlo con *todos* los pecadores. Pero en respuesta a esta objeción debemos decir que no tenemos ningún derecho de imponer sobre Dios nuestro sentido intuitivo de lo que es apropiado entre los seres humanos. Siempre que las Escrituras empiezan a considerar esta cuestión vuelven a la soberanía de Dios como Creador y dicen que él tiene el derecho de hacer lo que place con su creación (vea Ro 9:19-20, citado

¹⁷James D. Strauss, «God's Promise and Universal History: The Theology of Romans 9», en *Grace Unlimited*, argumenta que en Romanos 9 «a los que eran objeto de su castigo y estaban destinados a la destrucción» debiera leerse como «se hicieron a sí mismos para la ira» (p. 200). Pero él no da ningún ejemplo de un auténtico uso reflexivo del verbo *katartizo*, que sería necesario aquí. BAGD, pp. 417-18, note que el pasivo se puede usar en la forma intransitiva (como aquí traducimos «destinados a la destrucción», pero no dan ejemplos de este verbo en voz activa o media que se use sin un complemento directo. La sugerencia de Strauss, «se hicieron a sí mismos para la ira», no encajaría realmente en la imagen de un alfarero creando vasijas de varias clases, porque las vasijas no se hacen a sí mismas, sino que son creación del alfarero.

Otra objeción planteada por Strauss es que la imagen del alfarero y el barro en Romanos 9:20-23 se deriva de pasajes del Antiguo Testamento que enfatizan el llamamiento de Dios a las personas para que elijan libremente el arrepentimiento y la fe. Él dice que eso niega la idea de la predestinación soberana de parte de Dios (p. 199). Pero en este caso Strauss malentendiendo sencillamente la posición reformada, que nunca niega la responsabilidad humana o la disposición humana para tomar decisiones.

¹⁸Para más estudio del tema, vea John Piper, *The Justification of God: An Exegetical and Theological Study of Romans 9:1-23* (Baker, Grand Rapids, 1983).

arriba).¹⁹ Si en definitiva Dios decide crear algunas criaturas para que sean salvas y otras para que no lo sean, esa fue su decisión soberana, y no tenemos ninguna base moral ni bíblica sobre la que podamos insistir que no sea justo.

6. La Biblia dice que Dios quiere que todos sean salvos. Otra objeción a la doctrina de la elección es que contradice ciertos pasajes de las Escrituras que dicen que Dios quiere que todos se salven. Pablo escribe acerca de Dios nuestro Salvador que *«quiere que todos sean salvos y lleguen a conocer la verdad»* (1 Ti 2:4). Y Pedro dice: *«El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan»* (2 P 3:9). ¿No contradicen estos pasajes la idea de que Dios ha escogido solo a ciertas personas para ser salvos?

Una solución común a esta cuestión (desde la perspectiva reformada que defendemos en este libro) es decir que estos versículos hablan de la *voluntad revelada* de Dios (que nos dice lo que debemos hacer), no de su voluntad oculta (su plan eterno para lo que ocurrirá).²⁰ Estos versículos solo nos están diciendo que Dios invita y manda a cada persona que se arrepienta y acuda a Cristo para obtener salvación, pero no dicen nada acerca de los decretos secretos de Dios sobre quiénes serán salvos.

El teólogo arminiano Clark Pinnock no acepta la idea de que Dios tenga una voluntad secreta y otra revelada, y dice que es «una idea excesivamente paradójica la de dos voluntades divinas en cuanto a la salvación».²¹ Pero Pinnock nunca en realidad responde a la pregunta de por qué no son todos salvos (desde una perspectiva arminiana). En definitiva los arminianos *también* deben decir que Dios *quiere* algo con más fuerza que la salvación de todas las personas, *porque en realidad no todos son salvos*. La afirmación arminiana de que no todos son salvos porque Dios quiere preservar el libre albedrío humano *más de lo que quiere que todos se salven*. ¿Pero no es esto también hacer una distinción en dos aspectos de la voluntad de Dios? Por un lado Dios quiere que todos sean salvos (1 Ti 2:5-6; 2 P 3:9). Pero por el otro lado quiere preservar el total libre albedrío del hombre. De hecho, él quiere lo segundo *más que* lo primero. Pero esto significa que los arminianos también deben decir que 1 Timoteo 2:5-6 y 2 Pedro 3:9 no dice que Dios quiere la salvación de todos en una forma absoluta o incondicional: también tienen que decir que estos versículos solo se refieren a un tipo o a un aspecto de la voluntad de Dios.

Aquí podemos ver con claridad la diferencia entre la concepción reformada y arminiana de la voluntad de Dios. Tanto calvinistas como arminianos concuerdan en que los mandamientos de Dios en las Escrituras revelan lo que Dios quiere que hagamos, y ambos están de acuerdo en que los mandamientos en las Escrituras

¹⁹I. Howard Marshall, «Predestination in the New Testament», (en *Grace Unlimited*, p. 136), dice específicamente: «No puedo ver cómo se puede salvar arbitrariamente a un pecador culpable y no a otro». Pero ese parece ser precisamente la enseñanza de Pablo en Ro. 9:18-20: Dios salva a algunos y decide no salvar a otros, y nosotros no tenemos derecho, como criaturas, a decir que eso es injusto.

²⁰Para un estudio de las diferencias entre la voluntad revelada de Dios y su voluntad secreta, vea capítulo 13, pp. 220-21; también el capítulo 16, pp. 341-44. Vea también John Piper, «Are There Two Wills in God? Divine Election and God's Desire for All to Be Saved», en *The Grace of God, the Bondage of the Will*, ed. Tom Schreiner y Bruce Ware.

²¹Clark Pinnock, «Introduction», en *Grace Unlimited*, p. 13.

nos invitan a que nos arrepintamos y confiemos en Cristo en cuanto a la salvación. Por tanto, en un sentido ambos están de acuerdo en que Dios quiere que seamos salvos. Esa es la voluntad que él nos revela explícitamente en la invitación del evangelio.

Pero ambas partes deben también decir que hay algo más que Dios considera más importante que salvar a todos. Los teólogos reformados dicen que Dios considera *su gloria* más importante que salvarnos a todos, y que (según Ro 9) la gloria de Dios es también promovida por el hecho de que algunos no son salvos. Los teólogos arminianos también dicen que hay algo que es más importante para Dios que la salvación de todas las personas: la preservación del *libre albedrío del hombre*. De modo que en el sistema reformado el valor supremo de Dios es su gloria, y en el sistema arminiano el valor supremo de Dios es el libre albedrío del hombre. Estas son dos concepciones distintivamente diferentes de la naturaleza de Dios, y parece ser que la posición reformada tiene un apoyo bíblico mucho más explícito que el que tiene la posición arminiana en este asunto.²²

E. La doctrina de la reprobación

Cuando entendemos la elección como la decisión soberana de Dios de que algunas personas sean salvas, hay necesariamente otro aspecto de esa decisión: la decisión soberana de Dios de pasar por alto a otros y no salvarlos. Esta decisión de Dios en la eternidad pasada es lo que llamamos reprobación. *La reprobación es la decisión soberana de Dios desde antes de la creación de pasar por alto a algunas personas, decidiendo con tristeza no salvarlos, y castigarlos por sus pecados, y de esa manera manifestar su justicia.*

En muchos sentidos la doctrina de la condenación es la más difícil de todas las enseñanzas de las Escrituras para pensar en ella y aceptarla, porque tiene que ver con consecuencias tan horribles y eternas para los seres humanos creados a la imagen de Dios. El amor que Dios nos da por nuestros semejantes y el amor que él nos manda tener hacia nuestro prójimo nos lleva al rechazo de esta doctrina, y está bien que sintamos de esa forma al pensar en ella.²³ Es algo en lo que no quisiéramos creer, y no creeríamos, a menos que las Escrituras lo enseñen claramente.

Pero ¿hay pasajes de las Escrituras que hablan de una decisión de Dios como esa? Ciertamente hay algunos. Judas habla de algunas personas «que *desde hace mucho tiempo han estado señalados para condenación*». Son impíos que cambian en libertinaje la gracia de nuestro Dios y niegan a Jesucristo, nuestro único Soberano y Señor» (Jud 4).

²²Vea el capítulo 15, pp. 281-83, y capítulo 21, pp. 460-61, sobre el hecho de que Dios nos creó y a todo el universo para su propia gloria. Un arminiano puede objetar a que pongamos la diferencia de esta manera, y puede decir que Dios es más glorificado cuando nosotros le elegimos a Él como fruto de nuestro libre albedrío, pero esa es simplemente un suposición dudosa basada en la intuición o la analogía humana, pero que no tiene apoyo específico de parte de las Escrituras. Además, para ser coherentes parece que los arminianos debieran tener en cuenta a los millones que no eligen a Dios, y tendrían que decir que Dios es también más glorificado por las decisiones libre de millones que se deciden libremente en contra de Dios, o si no, ¿por qué les permite Dios persistir en esa decisión libre de rebelión?

²³Juan Calvino mismo dice de la condenación: «Confieso que el decreto es desde luego espantoso». *Institución de la religión cristiana*, 2.23.7 (2:955); pero debiera notarse que su palabra latina *horribilis* no significa «odioso», sino más bien «aterrador».

Además, Pablo, en el pasaje arriba referido, habla de la misma manera del faraón y de otros:

Porque la Escritura le dice al faraón: «Te levante precisamente para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea proclamado por toda la tierra.» Así que Dios tiene misericordia de quien él quiere tenerla, y endurece a quien él quiere endurecer. ... ¿Y qué si Dios, queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha paciencia a los que eran objeto de su castigo y estaban destinados a la destrucción? (Ro 9:17-22).

En cuanto a los resultados del hecho de que Dios no va a escoger a todos para salvación, Pablo dice: «Israel no consiguió lo que tanto deseaba, pero sí lo consiguieron los elegidos. Los demás fueron endurecidos» (Ro 11:7). Y Pedro dice de los que rechazan el evangelio: «Tropiezan al desobedecer la palabra, para lo cual estaban destinados» (1 P 2:8).²⁴

A pesar del hecho de que no nos gusta esta doctrina, debemos ser cuidadosos en cuanto a nuestra actitud hacia Dios y hacia estos pasajes de las Escrituras. Nunca debemos empezar a desear que la Biblia se hubiera escrito de otra manera, o que no contuviera esos versículos. Además, si estamos convencidos de que estos versículos enseñan condenación, estamos obligados a creerlos y a aceptar que es justo de parte de Dios, aunque nos hace temblar de horror pensar en ello. En este contexto puede sorprendernos ver que Jesús da gracias a Dios por ocultar el conocimiento de la salvación de algunos y por revelarlo a otros. Jesús declaró: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños. Sí, Padre, porque esa fue tu buena voluntad» (Mt 11:25-26).

Además, debemos reconocer que de alguna manera, en la sabiduría de Dios, el hecho de la condenación y la eterna condenación de algunos mostrarán la justicia de Dios y también redundará en gloria suya. Pablo dice: «¿Y qué si Dios, queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha paciencia a los que eran objeto de su castigo y estaban destinados a la destrucción?» (Ro 9:22). Pablo también nota que el hecho de tal castigo de los «destinados a la destrucción» sirve para mostrar la grandeza de la misericordia de Dios hacia nosotros: Dios hace esto «para dar a conocer sus gloriosas riquezas a los que eran objeto de su misericordia, y a quienes de antemano preparó para esa gloria?» (Ro 9:23).

También debemos recordar que *hay diferencias importantes entre la elección y la condenación tal como aparecen en la Biblia*. La elección para salvación se ve como una causa para regocijarse y alabar a Dios, quien es digno de alabanza y de recibir todo el crédito por nuestra salvación (vea Ef 1:3-6; 1 P 1:1-3). A Dios se le ve escogiéndonos activamente para salvación, y haciéndolo con amor y deleite. Pero la reprobación se ve como algo que le causa tristeza a Dios, no deleite (vea Ez 33:11), y la causa de la reprobación se atribuye siempre a las personas o ángeles que se

²⁴Vea el estudio de este versículo en la obra de Wayne Grudem, *1 Peter*, pp. 107-10. Este versículo no dice solo que Dios destinó el *hecho* de que aquellos que desobedecen tropezarán, sino que habla más bien de Dios destinando a ciertas *personas* a desobedecer y tropezar: «para lo cual estaban destinados». (El verbo griego *etethesan*, «estaban destinados» requiere un sujeto plural.

rebelan, nunca sobre Dios (vea Jn 3:18-19; 5:40). De modo que en la presentación que las Escrituras hacen Dios es el origen de la elección, pero el hombre es la causa de la reprobación. Otra diferencia importante es que la base para la elección es la gracia de Dios, mientras que la base de la reprobación es la justicia de Dios. Por consiguiente, la «doble predestinación» no es una frase útil o exacta, porque no tiene en cuenta estas diferencias entre la elección y la reprobación.

La tristeza de Dios por la muerte de los pecadores («no me alegro con la muerte del malvado, sino con que se convierta de su mala conducta y viva», Ez 33:11) nos ayuda a entender cuán apropiado era que Pablo mismo sintiera gran tristeza cuando pensaba en la suerte de los judíos incrédulos que habían rechazado a Cristo. Pablo dice:

Digo la verdad en Cristo; no miento. Mi conciencia me lo confirma en el Espíritu Santo. *Me invade una gran tristeza y me embarga un continuo dolor.* Desearía yo mismo ser maldecido y separado de Cristo por el bien de mis hermanos, los de mi propia raza, el pueblo de Israel... (Ro 9:1-4)

Nosotros también debemos sentir esta gran tristeza cuando pensamos en la suerte de los incrédulos.

Pero se podría objetar en este momento que si Dios siente genuinamente tristeza por el castigo de los malvados, ¿por qué lo permite e incluso decreta que eso suceda? La respuesta debe ser que Dios sabe que esto al final resultará en una mayor gloria para él. Mostrará su poder, su ira, su justicia y misericordia en una manera que de otra forma no podría ser demostrado. Ciertamente en nuestra experiencia humana es posible hacer algo que nos causa mucha tristeza, pero que sabemos que a la larga causará un mayor bien. Por tanto, después de esta apagada analogía humana, podemos quizá entender que Dios puede decretar algo que le causa tristeza pero que a la postre resultará para gloria suya.

F. Aplicación práctica de la doctrina de la elección

En términos de nuestra relación con Dios, la doctrina de la elección tiene aplicaciones prácticas importantes. Cuando pensamos en la doctrina bíblica sobre la elección y la reprobación, es apropiado que lo apliquemos a nuestra vida individualmente. Es correcto que cada cristiano se pregunte: «¿Por qué soy cristiano? ¿Por qué en definitiva Dios habrá decidido salvarme?»

La doctrina de la elección nos dice que soy cristiano porque Dios en la eternidad pasada decidió derramar su amor sobre mí. ¿Pero por qué decidió hacerlo? No por algo bueno que hubiera en mí, sino simplemente porque quiso amarme a mí. No hay ninguna otra razón para ello.

Pensar de esa manera nos ayuda a ser humildes delante de Dios. Nos permite darnos cuenta que no tenemos ningún derecho a la gracia divina. Nuestra salvación se debe solo y totalmente a la gracia de Dios. Nuestra única y apropiada respuesta es darle a él eterna alabanza.

PREGUNTAS DE APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Piensa que Dios le eligió a usted individualmente para ser salvo desde antes de la creación del mundo? ¿Piensa que lo hizo basado en el hecho de que él sabía que usted iba a creer en Cristo, o fue una «elección incondicional», no basada en nada que él viera de antemano que le hiciera a usted digno de su amor? No importa cómo responda a la anterior pregunta, explique cómo le hace sentirse su respuesta cuando piensa de sí mismo en relación con Dios.
2. ¿Le da la doctrina de la elección consuelo o seguridad acerca del futuro?
3. Después de leer este capítulo, ¿siente usted sinceramente que le gustaría darle gracias a Dios o alabarle por haberle elegido para ser salvo? ¿Siente usted algún tipo de injusticia en que Dios no decidió salvar a todos?
4. Si usted está de acuerdo con la doctrina de la elección tal como aparece en este capítulo, ¿le disminuye eso su sentido de persona individual o le hace sentirse de alguna manera como un robot o una marioneta en las manos de Dios? ¿Cree que debiera hacerle sentir de esa manera?
5. ¿Qué efecto piensa usted que va a tener este capítulo en su motivación para la evangelización? ¿Es este un efecto positivo o negativo? ¿Puede usted pensar en formas en las que la doctrina de la elección puede ser un estímulo positivo para la evangelización (vea 1 Ts 1:4-5; 2 Ti 2:10)?
6. Ya sea que usted adopte una perspectiva reformada o arminiana de la doctrina de la elección, ¿puede usted pensar en algunos beneficios positivos en la vida cristiana que aquellos que sostienen la posición *opuesta* a la suya parecen experimentar y usted no? Aunque usted no esté de acuerdo con la otra posición, ¿puede mencionar algunas cosas útiles o verdades prácticas acerca de la vida cristiana que usted podría aprender de esa posición? ¿Hay algo que los calvinistas y los arminianos podrían hacer para generar un mayor entendimiento y menos división sobre esta cuestión?

TÉRMINOS ESPECIALES

condenación

Conocimiento previo

determinismo

elección

predestinación

reprobación

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1297-1306.)

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)
1930 Thomas, 236-57
1882-92 Litton, 351-63
2. Arminiana (wesleyana o metodista)

- 1847 Finney, 481-515
- 1875-76 Pope, 2:363-67
- 1892-94 Miley, 2:254-308
- 1940 Wiley, 2:335-57
- 1983- Cottrell, 2:331-502
- 3. Bautista
 - 1767 Gill, 1:251-88, 300-306
 - 1887 Boyce, 341-67
 - 1907 Strong, 779-90
 - 1917 Mullins, 338-358
 - 1976-83 Henry, 6:76-107
 - 1983-85 Erickson, 907-28
- 4. Dispensacional
 - 1947 Chafer, 3:165-82
 - 1949 Thiessen, 257-63
 - 1986 Ryrie, 310-18
- 5. Luterana
 - 1917-24 Pieper, 3:473-506
 - 1934 Mueller, 585-612
- 6. Reformada (o presbiteriana)
 - 1559 Calvin, 2:920-86 (3. 21-24)
 - 1861 Heppe, 150-89
 - 1871-73 Hodge, 2:313-53
 - 1878 Dabney, 223-46
 - 1887-1921 Warfield, BTS 270-333; SSW 1:103-11, 285-98; BD 3-70; PS 13-112
 - 1937-66 Murray, CW 1:119-23; CW 2:123-31; RAA 79-87
 - 1938 Berkhof, 109-25
 - 1962 Buswell, 2:133-56
- 7. Renovada (o carismática o pentecostal)
 - 1988-92 Williams, 2:13-22

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

- 1. Católica Romana: tradicional
 - 1955 Ott, 242-46
- 2. Católica Romana: Post Vaticano II
 - 1980 McBrien (ninguna consideración explícita)

Otras obras

- Basinger, David, y Randall Basinger, eds. *Predestination and Free Will*. InterVarsity Press, Downers Grove, Ill., 1985.
- Berkouwer, G. C. *Divine Election*. Trad. por Hugo Bekker. Eerdmans, Grand Rapids, 1960.
- Carson, D. A. *Divine Sovereignty and Human Responsibility: Biblical Perspectives in Tension*. John Knox Press, Atlanta, 1981.

- Coppedge, Allan. *John Wesley in Theological Debate*. Wesley Heritage Press, Wilmore, Ky., 1987.
- Feinberg, John S. «God Ordains All Things. » En *Predestination and Free Will: Four Views of Divine Sovereignty and Human Freedom*. David Basinger y Randall Basinger, eds. InterVarsity Press, Downers Grove, Ill., 1986.
- Godfrey, William R. «Predestination». En *NDT* pp. 528–30.
- Klein, William W. *The New Chosen People: A Corporate View of Election*. Zondervan, Grand Rapids, 1990.
- Klooster, F. H. «Elect, Election. » En *EDT* pp. 348–49.
- Nettles, Thomas. *By His Grace and for His Glory: A Historical, Theological and Practical Study of the Doctrines of Grace in Baptist Life*. Baker Book House, Grand Rapids, 1986.
- Packer, J. I. «Election. » En *IBD* Vol. 1, pp. 435–38.
- Pinnock, Clark H., ed. *Grace Unlimited*. Bethany, Minneapolis, 1975.
- _____. *The Grace of God, the Will of Man: A Case for Arminianism*. Zondervan, Grand Rapids, 1989.
- Piper, John. *The Justification of God: An Exegetical and Theological Study of Romans 9:1–23*. Baker, Grand Rapids, 1983.
- Poythress, Vern. «Using Multiple Thematic Centers in Theological Synthesis: Holiness as a Test Case in Developing a Pauline Theology». Manuscrito no publicado disponible en Campus Bookstore, Westminster Theological Seminary, P. O. Box 27009, Philadelphia, PA, 19118. (Estudio sobre temas paulinos usados para describir la aplicación de la redención).
- Reid, W. S. «Reprobation». En *EDT* p. 937.
- Schreiner, Thomas, y Bruce Ware, editores. *The Grace of God, the Bondage of the Will: A Case for Calvinism* (título sugerido). 2 vols. Aparecerá: Baker, Grand Rapids: proyectado para 1995.
- Shank, R. *Elect in the Son: A Study of the Doctrine of Election*. Westcott, Springfield, Mo., 1970.
- Sproul, R. C. *Chosen by God*. Tyndale, Wheaton, Ill., 1986.
- Steele, David N. and Curtis C. Thomas. *The Five Points of Calvinism—Defined, Defended, Documented*. International Library of Philosophy and Theology: Biblical and Theological Studies, ed. J. Marcellus Kik. Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, N. J., 1963.
- Storms, C. Samuel. *Chosen for Life: An Introductory Guide to the Doctrine of Divine Election*. Baker, Grand Rapids, 1987.
- Warfield, B. B. *The Plan of Salvation*. Eerdmans, Grand Rapids, 1942.
- _____. «Predestination». En *Biblical and Theological Studies*. Presbyterian and Reformed, Philadelphia, 1952.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

Efesios 1:3–6: *Alabado sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en las regiones celestiales con toda bendición espiritual en Cristo. Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad, para alabanza de su gloriosa gracia, que nos concedió en su Amado.*

HIMNO

«Escogido fui de Dios»

Este himno recalca especialmente el hecho de que nuestra elección no se basa en algo bueno que tengamos nosotros mismos, sino en la pura gracia de Dios.

Escogido fui de Dios en el Amado.
En lugares celestiales su bendición me dio.
Antes de la creación el plan fue hecho,
por su santa voluntad.

Coro:
Escondido en Cristo estoy, nadie me apartará.
Y las fuerzas de este mundo no me podrán dañar.
Vivo y ando en esta vida con seguridad,
porque me escogió mi Dios.

Tengo un sello que el Espíritu me ha dado.
Cuando mi confianza puse sólo en mi Salvador.
Prenda que el Señor me dio de vida eterna,
Escogido fui de Dios.

Me escogió para alabanza de su gloria,
Y sentóme en las alturas con Cristo mi Señor.
Grande fue la admiración al ver su gracia,
cuando me escogió mi Dios.

AUTOR: VÍCTOR GARRIDO (TOMADO DE HIMNOS DE FE Y ALABANZA #242)

Capítulo 33

El llamamiento del evangelio y el llamamiento eficaz

*¿Cuál es el mensaje del evangelio?
¿Cómo llega a ser eficaz?*

EXPLICACIÓN Y BASES BÍBLICAS

Cuando Pablo habla acerca de la manera en que Dios trae la salvación a nuestra vida, dice: «A los que *predestinó*, también los *llamó*; a los que *llamó*, también los *justificó*; y a los que *justificó*, también los *glorificó*» (Ro 8:30). Aquí Pablo nos indica un orden definido en el cual nos vienen las bendiciones de la salvación. Aunque hace mucho tiempo, antes de la creación del mundo, Dios nos «predestinó» para ser sus hijos y para ser transformados conforme a la imagen de su Hijo, Pablo señala el hecho que en el momento de la realización de su propósito en nuestra vida Dios nos «llamó» (aquí en este contexto, es Dios el Padre el que está claramente a la vista). Luego Pablo inmediatamente menciona la justificación y la glorificación, mostrando que estas vienen después del llamamiento. Pablo nos dice que hay un orden definido en el propósito salvador de Dios (aunque no se menciona aquí cada aspecto de nuestra salvación). De modo que empezaremos nuestro estudio de las diferentes partes de nuestra experiencia de la salvación con el tema del llamamiento.

A. UN LLAMAMIENTO EFICAZ

Cuando Pablo dice: «A los que *predestinó*, también *los llamó*; a *los* que *llamó*, también los *justificó*» (Ro 8:30), está indicando que ese llamamiento es un acto de Dios. Es específicamente un acto de Dios el Padre, porque él es el que predestina a las personas para «ser transformados según la imagen de su Hijo» (Ro 8:29). Otros versículos describen de forma más completa lo que es este llamamiento. Cuando Dios llama a las personas en esta forma poderosa, las llama «de las tinieblas a luz admirable» (1 P 2:9); los llama a «tener comunión con su Hijo Jesucristo» (1 Co 1:9; cf. Hch 2:39) y a «su reino y a su gloria» (1 Ts 2:12; cf. 1 P 5:10; 2 P 1:3). Las personas que Dios ha llamado son «llamados a ser de Jesucristo» (Ro 1:6, RVR 1960). Han sido «llamados a ser santos» (Ro 1:7; 1 Co 1:2), y han entrado en un reino de paz (1 Co 7:15; Col 3:15), libertad (Gá 5:13), esperanza (Ef 1:18; 4:4), santidad (1 Ts 4:7), sufrimiento paciente (1 P 2:20-21; 3:9), y vida eterna (1 T. 6:12).

Estos versículos indican que este no es un simple llamamiento humano desprovisto de poder. Este llamamiento es más bien una especie de «convocatoria» de parte del Rey del universo y tiene tanto poder que puede obtener la respuesta que

está pidiendo en el corazón de las personas. Es un acto de Dios que *garantiza* una respuesta, porque Pablo especifica en Romanos 8:30 que los que fueron «llamados» fueron también «justificados».¹ Este llamamiento tiene la capacidad de sacarnos del reino de las tinieblas y llevarnos al reino de Dios de forma que podamos estar unidos en completa comunión con él: «Fiel es Dios, quien los ha llamado a tener comunión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor» (1 Co 1:9).²

Nos referimos con frecuencia a este acto poderoso de Dios como *llamamiento eficaz*, para distinguirlo de la invitación general del evangelio que es para todas las personas y que algunas personas rechazan. Con esto no queremos decir que la proclamación humana del evangelio no participa. De hecho, el llamamiento eficaz de Dios viene *por medio* de la predicación humana del evangelio, porque Pablo dice: «Para esto Dios los llamó *por nuestro evangelio*, a fin de que tengan parte en la gloria de nuestro Señor Jesucristo» (2 Ts 2:14). Por supuesto, hay muchos que oyen el llamamiento general del mensaje del evangelio y no responden. Pero en muchos casos el llamamiento del evangelio se hace tan eficazmente mediante la obra del Espíritu Santo en el corazón de las personas que estas responden, y podemos decir que han recibido un «llamamiento eficaz».³

Podemos definir el llamamiento eficaz de la siguiente manera: *El llamamiento eficaz es un acto de Dios el Padre, por medio de la proclamación humana del evangelio, en el que convoca a las personas a que acudan a él de manera tal que responden en fe salvadora.*

Es importante que no demos la impresión de que las personas serán salvas por el poder de este llamamiento *aparte* de una respuesta voluntaria de ellas al evangelio (vea el capítulo 35 sobre la fe personal y el arrepentimiento que son necesarios para la conversión). Aunque es cierto que el llamamiento eficaz despierta y genera una respuesta en nosotros, debemos insistir siempre en que esta respuesta tiene que ser una respuesta voluntaria, espontánea, en la que la persona individualmente pone su confianza en Cristo.

Por eso es tan importante la oración para una evangelización eficaz. A menos que Dios obre en el corazón de las personas para hacer eficaz la proclamación del evangelio, no habrá una respuesta salvadora genuina. Jesús dijo: «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió, y yo lo resucitaré en el día final» (Jn 6:44).

Un ejemplo del llamamiento del evangelio eficaz lo vemos en la primera visita de Pablo a Filipos. Mientras Lidia escuchaba el mensaje del evangelio «el Señor *le abrió el corazón* para que respondiera al mensaje de Pablo» (Hch 16:14).

A diferencia del llamamiento eficaz, que es por completo un acto de Dios, podemos hablar en general del *llamamiento del evangelio* el cual viene por medio de la comunicación humana. Este llamamiento del evangelio se ofrece a todas las personas, incluso a aquellos que no lo aceptan. A veces nos referimos a este llamamiento del evangelio como el *llamamiento externo* o el llamamiento general. Por el

¹Vea el estudio sobre la justificación en el capítulo 36.

²1 Tesalonicenses 2:12 habla de Dios nos «llama a su reino y a su gloria», pero el sentido sería aun más cercano al pasaje paralelo de 1 Co 1:9 si adoptamos la bien probada variante textual *kalesantos* (un participio aoristo) y traducido como «que los ha llamados a ustedes a su reino y gloria».

³El término más antiguo usado para «llamamiento eficaz» era el de «effectual calling», pero el término *effectual* no es de uso común en el inglés de hoy.

contrario, el llamamiento eficaz de Dios que es el que en realidad genera una respuesta espontánea en la persona que lo oye se le llama a veces *llamamiento interno*. El llamamiento del evangelio es general y externo y con frecuencia lo rechazan, mientras que el llamamiento eficaz es particular, interno y *siempre* es eficaz. Sin embargo, esto no disminuye la importancia del llamamiento del evangelio, porque es el medio que Dios ha establecido a través del cual vendrá el llamamiento eficaz. Sin el llamamiento del evangelio, nadie podría responder y ser salvo. «¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán si no hay quien les predique?» (Ro 10:14). Por tanto, es importante que entendamos exactamente lo que es el llamamiento del evangelio.

B. Los elementos del llamamiento del Evangelio

En la predicación humana del evangelio deben aparecer tres elementos importantes:

1. Una explicación de los hechos concernientes a la salvación. Todo el que acude a Cristo para obtener salvación debe tener al menos un entendimiento básico de quién es Cristo y de cómo satisface nuestras necesidades de Salvación. Por tanto, una explicación de los hechos concernientes a la salvación debe incluir al menos lo siguiente:

1. Todas los seres humanos son pecadores (Ro 3:23).
2. La paga por el pecado es la muerte (Ro 6:23).
3. Jesucristo murió para pagar el castigo por nuestros pecados (Ro 5:8)

Pero entender estos hechos e incluso estar de acuerdo en que son ciertos no es suficiente para que la persona sea salva. Debe haber una invitación para una respuesta de parte del individuo a fin de que se arrepienta de sus pecados y confíe personalmente en Cristo.

2. Una invitación para responder a Cristo de forma personal en arrepentimiento y fe. Cuando el Nuevo Testamento habla de personas que alcanzan la salvación lo hace en términos de una respuesta personal a una invitación de Cristo mismo. Esta invitación está bellamente expresada, por ejemplo, en las palabras de Jesús:

Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su alma. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana (Mt 11:28-30).

Es importante dejar bien en claro que estas no son solo palabras pronunciadas hace mucho tiempo por un líder religioso del pasado. Se debe animar a cada oyente que no es cristiano que escucha estas palabras a tomar esas palabras como palabras de Cristo Jesús que él está pronunciando *en ese mismo momento*, y que lo está haciendo individualmente. Cristo Jesús es un Salvador que está ahora vivo en el cielo, y cada persona que no es cristiana debiera pensar que Jesús le está hablando, y diciéndole: «Vengan a mí todos ustedes... y yo les daré descanso» (Mt 11:28).

Esta es una invitación *personal* genuina que busca una respuesta personal de cada uno que la escucha.

Juan también habla acerca de la necesidad de una respuesta personal cuando dice: «Vino a lo que era suyo, pero los suyos no lo recibieron. Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios» (Jn 1:11-12). Al enfatizar la necesidad de «recibir» a Cristo, Juan también apunta a la necesidad de una respuesta individual. A los que se encuentran dentro de una iglesia tibia que no se dan cuenta de su ceguera espiritual el Señor Jesús vuelve a extender su invitación que requiere una respuesta personal: «Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré, y cenaré con él, y él conmigo» (Ap 3:20).

Por último, solo a cinco versículos de donde termina toda la Biblia, hay otra invitación de parte del Espíritu Santo y de la iglesia a acudir a Cristo: «El Espíritu y la novia dicen: “¡Ven!”; y el que escuche diga: “¡Ven!” El que tenga sed, venga; y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida» (Ap 22:17).

¿Pero qué es lo que está involucrado en la respuesta de acudir a Cristo? Aunque eso lo explicaremos de forma más completa en el capítulo 35, es suficiente que notemos aquí que si nosotros vamos a Cristo y confiamos en él para salvarnos de nuestros pecados, no podemos seguir aferrándonos al pecado, sino que debemos estar dispuestos a renunciar al pecado en sincero arrepentimiento. En algunos casos en las Escrituras se menciona juntos el arrepentimiento y la fe cuando se están refiriendo a la conversión inicial de un individuo. (Pablo dijo que él dedicaba su tiempo a «A judíos y a griego les he instando a *convertirse* a Dios y a *creer* en nuestro Señor Jesucristo» Hch 20:21). Pero en otras ocasiones solo se habla de arrepentimiento de pecados y se da por supuesta la fe salvadora como el factor acompañante («en su nombre se predicarán el arrepentimiento y el perdón de pecados a todas las naciones» [Lc 24:47; cf. Hch 2:37-38; 3:19; 5:31; 17:30; Ro 2:4; 2 Co 7:10; et al.]). Por tanto, toda proclamación genuina del evangelio debe incluir una invitación a tomar la decisión consciente de renunciar a los pecados personales y acudir a Cristo con fe en busca de perdón por los pecados. Si se descuida cualquiera de ellas —la necesidad de arrepentirse de los pecados o la necesidad de confiar en Cristo en cuanto al perdón—, no hay una verdadera y completa proclamación del evangelio.⁴

¿Pero qué es lo que se les promete a los que acuden a Cristo? Este es el tercer elemento del llamamiento del evangelio.

3. Una promesa de perdón y de vida eterna. Aunque las palabras de invitación personal que pronunció Cristo contienen una promesa de descanso y de poder para llegar a ser hijos de Dios, y de participación en el agua de la vida, es bueno hacer bien claro lo que Jesús promete a los que acuden a él en arrepentimiento y fe. Lo primero que encontramos prometido en el mensaje del evangelio es la promesa de perdón de pecados y de vida eterna con Dios: «Porque tanto amó Dios al

⁴Vea el capítulo 35, pp. 748-53, para un estudio más completo de la necesidad de tener tanto un arrepentimiento genuino como una fe genuina, y un estudio de la cuestión de si alguien puede ser salvo si «acepta a Jesús como Salvador, pero no como Señor».

mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él *no se pierda, sino que tenga vida eterna*» (Jn 3:16). Y en la predicación que Pedro hace del evangelio, dice: «Por tanto, *para que sean borrados sus pecados*, arrepíentanse y vuélvanse a Dios» (Hch 3:19; cf. 2:38).

Junto con la promesa del perdón y de la vida eterna está la seguridad de que Cristo aceptará a todos los que acuden a él en arrepentimiento y fe sinceras buscando salvación: «Al que a mí viene, no lo rechazo» (Jn 6:37).

C. La importancia del llamamiento del evangelio

La doctrina del llamamiento del evangelio es importante porque si no hubiera ese llamamiento del evangelio nadie podría ser salvo: «¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído?» (Ro 10:14).

El llamamiento del evangelio es importante también porque por medio de él Dios se dirige a nosotros en la plenitud de nuestra humanidad. Él no nos salva «automáticamente» sin buscar una respuesta de todo nuestro ser. Más bien, dirige el llamamiento del evangelio a nuestro intelecto, nuestras emociones y nuestra voluntad. Habla a nuestro intelecto explicando los hechos de la salvación en su Palabra. Habla a nuestras emociones dirigiéndonos una sentida invitación personal para que respondamos. Habla a nuestra voluntad pidiéndonos que oigamos su invitación y respondamos voluntaria y espontáneamente en arrepentimiento y fe, a que nos decidamos a volvernos de nuestros pecados y recibir a Cristo como Salvador y descansar nuestros corazones en él para salvación.

PREGUNTAS DE APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Puede usted recordar la primera vez que oyó el evangelio y respondió a él? ¿Puede describir lo que sintió en el corazón? ¿Piensa usted que el Espíritu Santo estaba obrando para hacer eficaz el llamamiento del evangelio en su vida? ¿Lo resistió en esa ocasión?
2. En su explicación a las personas del llamamiento del evangelio, ¿han estado ausentes algunos elementos? Si es así, ¿en qué ayudarán el que usted añada esos elementos a su explicación del evangelio? ¿Piensa usted que esos elementos son importantes para añadirlos? ¿Qué es lo que más necesita para hacer que su proclamación del evangelio sea más eficaz?
3. Antes de leer este capítulo, ¿se imaginaba a Jesús en el cielo pronunciando personalmente las palabras de invitación del evangelio a las personas incluso hoy? Si los que no son cristianos empezaran a pensar que es Jesús el que les está hablando de esta manera, ¿cómo piensa usted que afectaría eso su respuesta al evangelio?
4. ¿Entiende usted estos elementos del evangelio con suficiente claridad para presentarlos a otros? ¿Podría usted abrir la Biblia y encontrar con facilidad cuatro o cinco versículos apropiados que explicarían el llamamiento del evangelio claramente a las personas? (Memorizar los elementos del llamamiento del evangelio y estos versículos que lo explican debiera ser una de las primeras disciplinas en la vida de cada cristiano.)

TÉRMINOS ESPECIALES

llamamiento eficaz
llamamiento externo

llamamiento interno
llamamiento del evangelio

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1297-1306.)

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)
 - 1882-92 Litton, 239-55
2. Arminiana (wesleyana o metodista)
 - 1875-76 Pope, 336-57
 - 1940 Wiley, 2:334-57
 - 1960 Purkiser, 269-78
3. Bautista
 - 1767 Gill, 1:530-37; 2:121-31
 - 1887 Boyce, 367-73
 - 1907 Strong, 790-93
 - 1917 Mullins, 365-68
 - 1983-85 Erickson, 929-33
4. Dispensacional
 - 1947 Chafer, 3:210-24, 371-93
 - 1949 Thiessen, 257-63
 - 1986 Ryrie, 324-25, 335-39
5. Luterana
 - 1917-24 Pieper, 2:423-26, 502; 3:220-52
 - 1934 Mueller, 364-65, 470-85
6. Reformada (o presbiteriana)
 - 1559 Calvin, 1:537-42 (3. 1)
 - 1861 Heppe, 510-42
 - 1871-73 Hodge, 2:639-732
 - 1878 Dabney, 553-79
 - 1937-66 Murray, CW 1:124-34, 143-65; CW 2:161-66; CW 4:113-32; RAA 88-94
 - 1938 Berkhof, 454-64
 - 1962 Buswell, 2:157-68
7. Renovada (o carismática o pentecostal)
 - 1988-92 Williams, 2:13-33

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

1. Católica Romana: tradicional
 - 1955 Ott (ninguna consideración explícita)
2. Católica Romana: Post Vaticano II
 - 1980 McBrien (ninguna consideración explícita)

Otras obras

- Aldrich, Joseph C. *Life-Style Evangelism: Crossing Traditional Boundaries to Reach the Unbelieving World*. Multnomah, Portland, 1981.
- Alleine, Joseph. *Sure Guide to Heaven. Banner of Truth*, Carlisle, Pa., 1978. Publicado primero en 1672 como *An Alarm to the Unconverted*.
- Baxter, Richard. *A Call to the Unconverted to Turn and Live*. Reimpresión: Zondervan, Grand Rapids, 1953.
- Coleman, Robert E. *The Master Plan of Evangelism*. Revell, Old Tappan, N. J., 1963.
- Hoekema, Anthony A. *Saved by Grace*. Eerdmans, Grand Rapids, y Paternoster, Exeter, 1989, pp. 68-92.
- Kevan, Ernest F. *Salvation*. Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, N. J., 1973.
- Little, Paul. *How to Give Away Your Faith*. Revisado por Marie Little. InterVarsity Press, Downers Grove, Ill., 1988.
- Kennedy, D. James. *Evangelism Explosion*. 3d ed. Tyndale, Wheaton, Ill., 1983.
- MacArthur, John F., Jr. *The Gospel According to Jesus*. Zondervan, Grand Rapids, 1988.
- Murray, John. «Effectual Calling». En *Redemption Accomplished and Applied*. Eerdmans, Grand Rapids, 1955, pp. 88-94.
- Packer, J. I. «Call, Calling». En *EDT* p. 184.
- . *Evangelism and the Sovereignty of God*. InterVarsity Press, Downers Grove, Ill., 1961.
- Wells, David F. *God the Evangelist: How the Holy Spirit Works to Bring Men and Women to Faith*. Eerdmans, Grand Rapids, 1987.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

Mateo 11:28-30: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su alma. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana».

HIMNO

«Oí la voz del Salvador»

Oí la voz del Salvador decir con tierno amor:
 «Oh ven a mí, descansarás, cargado pecador».
 Tal como fui, a mi Jesús cansado yo acudí,
 y luego dulce alivio y paz por fe de Él recibí.

Oí la voz del Salvador decir: «Venid, bebed;
 Yo soy la fuente de salud que apaga toda sed».
 Con fe de Dios, del vivo Dios, busqué a mi Emmanuel,
 Lo hallé, mi sed Él apagó, y ahora vivo en Él.

Oí su dulce voz decir: «Del mundo soy la luz;
miradme a Mí y salvos sed; por ti morí en la cruz».
Mirando a Cristo, luego en Él mi norte y sol hallé;
Y en esa luz de vida yo por siempre viviré.

AUTOR: HORACIO BONAR, TRAD. DESCONOCIDO
(TOMADO DE HIMNOS DE LA VIDA CRISTIANA # 103)

La regeneración

¿Qué significa nacer de nuevo?

EXPLICACIÓN Y BASES BÍBLICAS

Podemos definir la regeneración de la siguiente manera: *La regeneración es el acto secreto de Dios mediante el cual nos imparte una vida espiritual nueva.* Esto es lo que también se conoce como «nacer de nuevo» (usando el lenguaje de Juan 3:3-8).

A. La regeneración es obra de Dios de principio a fin

En algunos de los elementos de la aplicación de la redención que estudiaremos en los capítulos subsiguientes, tenemos una parte activa (esto es cierto, por ejemplo, de la conversión, la santificación y la perseverancia). Pero en la obra de la regeneración no tenemos una participación activa. Es por completo la obra de Dios. Vemos esto, por ejemplo, cuando Juan habla acerca de aquellos a quienes Dios les dio la potestad de ser hechos hijos de Dios: «Éstos no nacen de la sangre, ni por deseos naturales, ni por voluntad humana, sino que nacen de Dios» (Jn 1:13). Juan especifica aquí que los hijos de Dios son aquellos que «nacen de Dios» y nuestra «voluntad humana» no tiene parte ni arte en esta clase de nacimiento.

El hecho de que seamos pasivos en la regeneración es también evidente cuando las Escrituras se refieren a ello con expresiones como «nos hizo nacer» o «nacer de nuevo» (cf. Stg 1:18; 1 P 1:3; Jn 3:3-8). Nosotros no escogimos que nos hicieran vivir físicamente y no escogimos nacer: es algo que nos sucedió. Del mismo modo, estas analogías en las Escrituras sugieren que somos enteramente pasivos en la regeneración.

La soberanía de Dios obrando en la regeneración estaba también predicha en la profecía de Ezequiel. Dios nos prometió por medio del profeta que habría un tiempo en el futuro en el que daría nueva vida espiritual a su pueblo:

Les daré *un nuevo corazón*, y les infundiré *un espíritu nuevo*; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en ustedes, y haré que sigan mis preceptos y obedezcan mis leyes. (Ez 36:26-27)

¿Qué miembro de la Trinidad está encargado de producir la regeneración? Cuando Jesús habla de «nacer del Espíritu» (Jn 3:8), está indicando que es especialmente Dios el Espíritu Santo el que produce la regeneración. Pero otros versículos también indican la participación de Dios el Padre en la regeneración. Pablo especifica que es Dios quien «nos dio vida con Cristo» (Ef 2:5; cf. Col 2:13). Y Santiago dice que es el «Padre de las luces» el que nos hace nacer: «Por su propia voluntad

nos hizo nacer mediante la palabra de verdad, para que fuéramos como los primeros y mejores frutos de su creación» (Stg 1:17-18).¹ Por último, Pedro dice que Dios «por su gran misericordia, nos ha hecho nacer de nuevo mediante la resurrección de Jesucristo» (1 P 1:3). Podemos concluir que tanto Dios el Padre como el Espíritu Santo producen la regeneración.

¿Cuál es la relación entre el llamamiento eficaz² y la regeneración? Como veremos más tarde en este capítulo, las Escrituras indican que la regeneración debe venir antes de que podamos responder al llamamiento eficaz con fe salvadora. Por tanto, podemos decir que la regeneración viene antes del *resultado* de un llamamiento eficaz (nuestra fe). Pero es más difícil especificar las relaciones exactas en el tiempo entre la regeneración y la proclamación humana del evangelio por medio de la cual Dios lleva a cabo su llamamiento eficaz. Al menos dos pasajes sugieren que Dios nos regenera al mismo tiempo que nos habla en el llamamiento eficaz. Pedro dice: «Pues ustedes han nacido de nuevo, no de simiente perecedera, sino de simiente imperecedera, mediante la palabra de Dios que vive y permanece... Y esta es la palabra del evangelio que se les ha anunciado a ustedes» (1 P 1:23, 25). Y Santiago dice: «Por su propia voluntad nos hizo nacer mediante la palabra de verdad, para que fuéramos como los primeros y mejores frutos de su creación» (Stg 1:18). Al tiempo que el evangelio llega a nosotros, Dios nos habla por medio de este para convocarnos a su presencia (llamamiento eficaz) y darnos una nueva vida espiritual (regeneración) de manera que estemos capacitados para responder en fe. El llamamiento eficaz es la acción del Padre *hablándonos con poder*, y la regeneración es la obra de Dios el Padre y Dios el Espíritu Santo *obrando poderosamente* en nosotros, para darnos vida nueva. Estas dos cosas debieron haber sucedido simultáneamente cuando Pedro estaba predicando el evangelio en el hogar de Cornelio, porque mientras que él estaba predicando «el Espíritu Santo descendió sobre todos los que escuchaban el mensaje» (Hch 10:44).

En ocasiones la expresión *gracia irresistible*³ se usa en relación con esto. Se refiere al hecho de que Dios llama eficazmente a las personas y les da también la regeneración, y ambas acciones garantizan que nosotros responderemos en fe salvadora. Sin embargo, la expresión *gracia irresistible* está sujeta a ser mal entendida, puesto que *parece* implicar que las personas no toman una decisión voluntaria y espontánea al responder al evangelio, lo cual es una idea y un entendimiento equivocados de la expresión *gracia irresistible*. Esa expresión nos preserva, sin embargo, algo valioso, porque indica que la obra de Dios penetra en nuestros corazones para

¹Cuando Santiago dice «nos hizo nacer» está usando un lenguaje que se aplica en general al nacimiento físico (nos hacen nacer sacándonos del vientre de la madre y trayéndonos al mundo) y se aplica también al nacimiento espiritual.

²Vea capítulo 33, pp. 725-27, sobre el llamamiento eficaz.

³Esta es la «I» (Irresistible grace) en las siglas TULIP, que representan «los cinco puntos del calvinismo». Las otras letras representan Total Depravity (vea capítulo 24, pp. 520-21), Unconditional election (vea capítulo 32, pp. 709-13), Limited atonement (vea capítulo 27, pp. 623-34), y Perseverance of the saints (vea capítulo 40, pp. 828-32). Vea también p. 626, n. 35.

producir una respuesta que es absolutamente cierta... aunque respondemos voluntariamente.⁴

B. La exacta naturaleza de la regeneración es un misterio para nosotros

Lo que sucede exactamente en la regeneración es algo misterioso para nosotros. Sabemos que de alguna manera a nosotros, que estábamos espiritualmente muertos (Ef 2:1), Dios nos hizo renacer y en un sentido muy real hemos «nacido de nuevo» (Jn 3:3, 7; Ef 2:5; Col 2:13). Pero no entendemos cómo sucede esto ni qué hace Dios exactamente para darnos esta nueva vida espiritual. Jesús dice: «El viento sopla por donde quiere, y lo oyes silbar, aunque ignoras de dónde viene y a dónde va. Lo mismo pasa con todo el que nace del Espíritu» (Jn 3:8).

Las Escrituras ven la regeneración como algo que nos afecta en todo nuestro ser. Por supuesto, «el espíritu vive» para Dios después de la regeneración (Ro 8:10), pero eso es sencillamente porque nosotros como *personas completas* quedamos afectados por la regeneración. No es que solo nuestro espíritu estuviera antes muerto, sino que nosotros estábamos muertos para Dios en nuestros delitos y pecados (vea Ef 2:1). Y no es correcto decir que lo único que sucede en la regeneración es que nuestro espíritu vuelve a vivir (como algunos enseñan),⁵ porque *cada parte de nosotros* queda afectada por la regeneración: «Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!» (2 Co 5:17).

Debido a que la regeneración es una obra de Dios dentro de nosotros en la cual nos da vida nueva, es correcto concluir que es un *suceso instantáneo*. Ocurre solo una vez. En un momento estamos espiritualmente muertos, y al momento siguiente tenemos nueva vida espiritual en Dios. No obstante, no sabemos siempre con exactitud cuándo ocurre este cambio instantáneo. Especialmente los niños que crecen en un hogar cristiano, o las personas que asisten a los cultos de una iglesia o a un grupo de estudio bíblico durante un tiempo y van creciendo gradualmente en su comprensión del evangelio, puede que no haya una situación de crisis dramática con un cambio radical de comportamiento que convierte a un «pecador endurecido» en un «cristiano santo», pero, no obstante, en algún momento tiene lugar ese cambio instantáneo, cuando Dios por medio del Espíritu Santo, en una manera invisible, despierta la vida espiritual dentro de nosotros. El cambio se *hará evidente* a lo largo del tiempo en las formas de comportamiento y deseos que ahora son gratos a Dios.

⁴Algunas personas objetarán aquí que Dios no puede *garantizar* una respuesta que es todavía voluntaria y espontánea por parte nuestra. Pero esta objeción está insertando dentro del estudio una definición de «voluntaria» y «espontánea» que no están apoyadas por las Escrituras; vea el estudio en el capítulo 16, pp. 333-36, 334, 354-62, sobre la providencia de Dios en relación con nuestra decisión voluntaria.

⁵Esta forma de ver la regeneración depende en general de que veamos al hombre como una tricotomía o que consiste de tres partes (cuerpo, alma y espíritu), una posición que estudiamos arriba en el capítulo 23 (pp. 494-507). Pero si rechazamos la tricotomía y vemos el «alma» y el «espíritu» como sinónimos en la Biblia cuando habla de la parte inmaterial de nuestra naturaleza, entonces esa explicación no es persuasiva. Aun los que aceptan la tricotomía, las Escrituras que hablan de nosotros como una nueva creación y dicen que «nacimos de nuevo» (no solo nuestro espíritu), esa debiera ser una buena razón para ver en la regeneración algo más que solo hacer que renazca nuestro espíritu.

En otros casos (en realidad, probablemente en la mayoría de ellos cuando los adultos se hacen cristianos) la regeneración tiene lugar en un momento claramente reconocible en el que la persona se da cuenta de que antes se encontraba separada de Dios y espiritualmente muerta, pero que inmediatamente después tenía clara conciencia de una nueva vida espiritual dentro de ella. Los resultados pueden verse de una vez: Una auténtica confianza en Cristo en cuanto a su salvación, una seguridad del perdón de sus pecados, un deseo de leer la Biblia y de orar (y un sentido de que estas son actividades espirituales significativas), se deleita en la adoración, siente el deseo de la comunión cristiana, un deseo sincero de ser obediente a la Palabra de Dios según la encuentra en las Escrituras, y un deseo de hablarles a otros acerca de Cristo. Las personas pueden decir algo así: «No sé exactamente qué ha ocurrido, pero antes de este momento yo no confiaba en Cristo en cuanto a mi salvación. Todavía cuestionaba las cosas y tenía preguntas en mi mente. Pero después de ese momento me di cuenta de que confiaba en Cristo y que él era mi Señor. Algo ha sucedido en mi corazón». ⁶ No obstante, aun en estos casos no estamos del todo seguros de lo que exactamente ha ocurrido. Es como Jesús dijo acerca del viento: escuchamos su sonido y vemos los resultados, pero en realidad no podemos ver el viento en sí. Así sucede con la obra del Espíritu Santo en nuestro corazón.

C. En este sentido de «regeneración», ésta tiene lugar antes de la fe salvadora

Usando los versículos que hemos citado arriba, hemos definido la regeneración como el acto de Dios que despierta vida espiritual dentro de nosotros, y nos lleva de la *muerte* espiritual a la *vida* espiritual. En base de esta definición es natural entender que la regeneración viene antes de la fe salvadora. Es en realidad esta obra de Dios la que nos *capacita* para responder a Dios en fe. Sin embargo, cuando decimos que viene «antes» que la fe salvadora, es importante recordar que generalmente vienen tan cerca una de la otra que por lo común las vemos como que están sucediendo al mismo tiempo. En el momento que Dios nos dirige su llamamiento eficaz del evangelio, nos regenera y nosotros respondemos en fe y arrepentimiento a ese llamamiento. De manera que *desde nuestra perspectiva* resulta difícil decir que haya alguna diferencia en cuanto al tiempo, especialmente porque la regeneración es una obra espiritual que nosotros no podemos percibir con nuestros ojos y tampoco entender con nuestras mentes.

Con todo, hay varios pasajes que nos dicen que esta obra de Dios secreta y oculta en nuestro espíritu viene en realidad antes de que nosotros respondamos a Dios en fe salvadora (aunque con frecuencia puede venir solo unos segundos después de que nosotros respondemos). Cuando hablaba acerca de la regeneración con Nicodemo, Jesús dijo: «Quien no nazca de agua y del Espíritu, *no puede entrar en el reino de Dios*» (Jn 3:5). Ahora bien, nosotros entramos en el reino de Dios cuando nos hacemos cristianos en la conversión. Pero Jesús dice que tenemos que «nacer del

⁶C. S. Lewis cuenta la experiencia de su propia conversión: «Sé muy bien cuándo, pero apenas cómo, tuvo lugar el último paso. Iba manejando hacia Whipsnade una mañana soleada. Cuando me puse en marcha yo no creía que Jesucristo era el Hijo de Dios, y cuando llegamos al Zoológico yo lo creía. No obstante, no me había pasado el camino pensando. Tampoco en gran emoción» (*Surprised by Joy* [Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1955], p. 237).

Espíritu» antes de que podamos hacer eso.⁷ Nuestra incapacidad para acudir a Cristo por nosotros mismos, sin la obra inicial de Dios dentro de nosotros, queda también enfatizada cuando Jesús dice: «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió» (Jn 6:44), y «Por eso les dije que nadie puede venir a mí, a menos que se lo haya concedido el Padre» (Jn 6:65). Esta acción interna de regeneración queda bellamente descrita cuando Lucas dice de Lidia: «Mientras escuchaba, *el Señor le abrió el corazón* para que respondiera al mensaje de Pablo» (Hch 16:14). Primero el Señor abrió su corazón, luego ella estuvo en condiciones de prestar atención a la predicación de Pablo y responder en fe.

Por el contrario, Pablo nos dice: «El que no tiene el Espíritu no acepta lo que procede del Espíritu de Dios, pues para él es locura. No puede entenderlo, porque hay que discernirlo espiritualmente» (1 Co 2:14). También dice acerca de las personas alejadas de Cristo: «No hay nadie que entienda, nadie que busque a Dios» (Ro 3:11).

La solución para esta muerte espiritual e incapacidad para responder solo viene cuando Dios nos da la nueva vida interior: «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros, nos dio vida con Cristo, *aun cuando estábamos muertos en pecados*» (Ef 2:4-5). Pablo también dice: «Antes de recibir esa circuncisión, *ustedes estaban muertos en sus pecados*. Sin embargo, *Dios nos dio vida en unión con Cristo*, al perdonarnos todos los pecados» (Col 2:13).⁸

⁷Cuando Jesús habla aquí acerca de «nacer de agua», la interpretación más probable es que se está refiriendo a la *purificación espiritual del pecado*, que Ezequiel profetizó cuando dijo: «Los rociaré con agua pura, y quedarán purificados. Los limpiaré de todas sus impurezas e idolatrías. Les daré un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne» (Ez 36:25-26). Aquí el agua simboliza limpieza espiritual del pecado, así como el nuevo corazón y espíritu hablan de la nueva vida espiritual que Dios nos dará. Ezequiel está profetizando que Dios nos dará una purificación interna de la contaminación del pecado en el corazón al mismo tiempo que despierta la nueva vida espiritual dentro de las personas. El hecho de que estas dos ideas están relacionadas tan estrechamente en esta bien conocida profecía de Ezequiel, y el hecho de que Jesús da por supuesto que Nicodemo debe entender esta verdad («Eres tú maestro de Israel, ¿y no entiendes estas cosas?» [Jn 3:10]), junto con el hecho de que a lo largo de la conversación Jesús está hablando intensamente acerca de preocupaciones espirituales, todo sugiere que esta es probablemente la comprensión correcta de este pasaje. Otra sugerencia ha sido que «nacer de agua» se refiere al nacimiento físico y al «agua» (o líquido amniótico) que lo acompaña, pero es difícil pensar que a Jesús le fuera necesario especificar que uno tiene que haber nacido de esa manera cuando él está hablando de nacimiento espiritual, y es cuestionable que los judíos del primer siglo hubieran entendido la frase de esa manera. Otra interpretación es que Jesús se está refiriendo aquí al agua del bautismo, pero el bautismo no aparece aquí para nada o ninguna otra ceremonia similar (y hubiera sido un poco anacrónico que Jesús hablara del bautismo cristiano en este momento, puesto que eso no empezó hasta Pentecostés); además, esto hubiera significado hacer que Jesús hablara del acto físico del bautismo como necesario para la salvación, algo que estaría contradiciendo el énfasis del Nuevo Testamento de la salvación solo por fe como necesario para la salvación, y algo que, si fuera cierto, esperaríamos encontrarlo enseñado de una forma más explícita en otros pasajes del Nuevo Testamento que tratan claramente con el bautismo (vea capítulo 49 sobre el bautismo).

⁸Algunas versiones de la Biblia traducen Col 2:13 con una cláusula de relativo: «Y ustedes, que *estaban muertos en pecados* y en la circuncisión de la carne, Dios les dio vida en unión con Cristo», pero el texto griego no tiene pronombre de relativo (*hous*), que Pablo podía haber usado con facilidad, sino que tiene una frase de participio con el presente de participio *ontas*, «ser», dando un matiz de actividad continua que ocurre al mismo tiempo que la acción del verbo principal («dar vida») tiene lugar. De modo que la NVI expresa el sentido apropiado: En el tiempo cuando estábamos en un estado continuo de muerte en nuestros pecados, Dios no dio vida. No importa si traducimos el participio como causativo, o expresando una circunstancia que acompaña, o con cualquier otro sentido posible de participio, el matiz temporal del tiempo simultáneo con el verbo principal estaría también presente. No obstante, al traducirlo la NVI como un participio temporal explícito («estaban muertos en sus pecados») parece que ofrece la mejor traducción del sentido de ese versículo.

La idea de que la regeneración viene antes de la fe salvadora no es algo que los evangélicos de hoy siempre entienden. A veces las personas llegan incluso a decir algo como: «Si usted cree en Cristo como su Salvador, entonces (después que usted cree) nace de nuevo». Pero las Escrituras mismas nunca dicen eso. Las Escrituras ven el nuevo nacimiento como algo que Dios hace dentro de nosotros con el fin de capacitarnos para creer.

La razón por la que los evangélicos piensan con frecuencia que la regeneración viene después de la fe salvadora es que *ven los resultados* (amor por Dios y por su Palabra, y apartarse del pecado) *después* que las personas llegan a la fe, y piensan que la regeneración debe, por tanto, venir después de la fe salvadora. No obstante, aquí debemos decidir en base de lo que las Escrituras nos dicen, porque la regeneración misma no es algo que nosotros veamos o sepamos de ella directamente: «El viento sopla por donde quiere, y lo oyes silbar, aunque ignoras de dónde viene y a dónde va. Lo mismo pasa con todo el que nace del Espíritu» (Jn 3:8).

Debido a que los cristianos tienden con frecuencia a enfocarse en *los resultados* de la regeneración, más bien que en la misma acción espiritual oculta de Dios, algunas declaraciones de fe evangélicas han contenido redacciones que sugieren que la regeneración viene después de la fe salvadora. Por ejemplo, la declaración de fe de la Iglesia Evangélica Libre de los Estados Unidos (la cual ha sido adoptada por algunas otras organizaciones evangélicas) dice:

Creemos que la iglesia verdadera está compuesta de todas aquellas personas que *por medio de la fe salvadora en Cristo Jesús han sido regenerados por el Espíritu Santo* y están unidos juntos en el cuerpo de Cristo del cual él es la Cabeza (párrafo 8).

Aquí la palabra «regeneración» se refiere aparentemente a la *evidencia externa de la regeneración* que se ve en una vida cambiada, evidencia que ciertamente viene después de la fe salvadora. De manera que «nacer de nuevo» no se ve en términos de la recepción inicial de una vida nueva, sino en términos del *cambio total de la vida* que resulta de ello. Si el término «regeneración» se entiende de esa forma, sería cierto que la regeneración viene después de la fe salvadora.

Sin embargo, si es que vamos a usar un lenguaje que se conforme al máximo con la redacción real de las Escrituras, sería mejor limitar el sentido de la palabra «regeneración» a la obra *inicial* e instantánea de Dios en la que él nos imparte la vida espiritual. Entonces podemos enfatizar que nosotros no vemos la regeneración en sí, sino solo los resultados de ella en nuestra vida, y que la fe en Cristo para la salvación es el primer resultado que vemos. De hecho, nunca podemos saber que hemos sido regenerados hasta que vamos en fe a Cristo, porque esa es una evidencia exterior de esa obra interior y oculta de Dios en nosotros. Una vez que acudimos a Cristo con fe salvadora, sabemos que hemos nacido de nuevo.

Con propósito de aplicación, debíamos comprender que la explicación del mensaje del evangelio en las Escrituras no toma la forma de un mandamiento: «Nace de nuevo y serás salvo», sino más bien, «cree en el Señor Jesucristo y serás

salvo».⁹ Esto es el modelo coherente en la predicación del evangelio que encontramos en el libro de Hechos, y también en la descripción del evangelio que aparece en las epístolas.

D. La regeneración genuina debe traer resultados en la vida

En una sección anterior vimos un bello ejemplo del primer resultado de la regeneración en la vida de una persona cuando Pablo le comunicó el mensaje del evangelio a Lidia y, «mientras escuchaba, el Señor le abrió el corazón para que respondiera al mensaje de Pablo» (Hch 16:14; cf. Jn 6:44, 65; 1 P 1:3). Del mismo modo, Juan dice: «Todo el que cree que Jesús es el Cristo, *ha nacido de Dios*» (1 Jn 5:1).¹⁰ Pero hay también otros resultados de la regeneración, muchos de los cuales aparecen especificados en la primera epístola de Juan. Por ejemplo, Juan dice: «Ninguno que haya nacido de Dios practica el pecado, porque la semilla de Dios permanece en él; *no puede practicar el pecado*, porque ha nacido de Dios» (1 Jn 3:9). Juan nos está explicando aquí que una persona que ha nacido de nuevo tiene una «semilla» espiritual (ese poder que genera vida y la hace crecer) dentro de ella, y que eso lleva a la persona a vivir una vida libre de continuar pecando. Eso no significa, por supuesto, que el creyente va a tener una vida perfecta, sino solo que su estilo de vida no va a ser el de estar viviendo continuamente en el pecado. Cuando se les pregunta a las personas que caractericen la vida de una persona regenerada, el adjetivo que viene a la mente no debiera ser el de «pecador», sino más bien el de «obediente a Cristo» u «obediente a las Escrituras». Debiéramos notar que Juan dice esto es cierto de todo el que es nacido de nuevo: «*Ninguno* que haya nacido de Dios practica el pecado». Otra manera de verlo es diciendo que «todo el que practica la justicia ha nacido de él» (1 Jn 2:29).

Un amor genuino como el de Cristo dará un resultado específico en la vida: «El amor viene de Dios, y todo el que ama ha nacido de él y lo conoce» (1 Jn 4:7). Otro efecto del nuevo nacimiento es que el creyente vence al mundo: «En esto consiste el amor a Dios: en que obedezcamos sus mandamientos. Y éstos no son difíciles de cumplir, porque todo el que ha nacido de Dios vence al mundo» (1 Jn 5:3-4). Juan nos explica aquí que la regeneración nos da la capacidad de vencer las presiones y tentaciones del mundo que de otra manera nos van a impedir obedecer los mandamientos de Dios y seguir sus pisadas. Juan dice que podemos vencer estas presiones y que los mandamientos de Dios no «son difíciles de cumplir», sino que, él implica, será más bien una experiencia gozosa. Sigue explicando que el proceso mediante el cual obtenemos la victoria sobre el mundo en continuar en la fe: «Ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe» (1 Jn 5:4).

⁹Es cierto que Jesús le dijo a Timoteo que necesitaba nacer de nuevo (Jn 3:7: «No te sorprendas de que te haya dicho: “Tienes que nacer de nuevo”»), pero esto no es un mandamiento para que Nicodemo haga algo que nadie puede hacer (esto es, darse a sí mismo nueva vida espiritual). Es una oración de indicativo, no de imperativo. Es la declaración de un hecho designado para indicarle a Nicodemo que tiene una necesidad espiritual y que carece de la capacidad por sí mismo para entrar en el reino de Dios. Un poco después, cuando Jesús empieza a hablar de la respuesta que se esperaba de Nicodemo, Él habla acerca de la respuesta personal de fe que es lo que se necesita: «Así también tiene que ser levantado el Hijo de Dios, para que todo el que crea en él tenga vida eterna» (Jn 3:14-15).

¹⁰El participio perfecto que se traduce aquí como «ha nacido» podría ser traducido de forma más explícita como «ha nacido y continúa en la nueva vida que es el resultado de ese suceso».

Por último, Juan nos indica que otro resultado de la regeneración es que *nos protege de Satanás* mismo: «Sabemos que el que ha nacido de Dios no está en pecado: Jesucristo, que nació de Dios, lo protege, y *el maligno no llega a tocarlo*» (1 Jn 5:18). Aunque pueden venir ataques de Satanás, Juan les asegura a sus lectores que «el que está en ustedes es más poderoso que el que está en el mundo» (1 Jn 4:4), que el poder superior del Espíritu Santo dentro de nosotros nos mantendrá a salvo del daño espiritual que el maligno se proponga hacernos.

Debemos darnos cuenta que Juan enfatiza que estos son resultados *necesarios* en la vida de quienes han nacido de nuevo. Si hay una regeneración genuina en la vida de una persona creyente, creerá que Jesús es el Cristo y se *abstendrá* de una vida de continuación en el pecado, y amará a su hermano, *vencerá* las tentaciones del mundo y será *conservado* a salvo de daño espiritual definitivo del maligno. Estos pasajes muestran que es imposible que una persona sea regenerada y no esté verdaderamente convertida.¹¹

Otros resultados de la regeneración los encontramos mencionados cuando Pablo habla del *«fruto del Espíritu»*, que es el resultado que viene a la vida cuando el poder del Espíritu Santo está presente y obrando dentro de cada creyente. «El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio» (Gá 5:22-23). Si hay una verdadera regeneración, estos elementos del fruto del Espíritu serán cada vez más evidentes en la vida de la persona. Por el contrario, los que son incrédulos, incluyendo a los que dicen ser creyentes, pero no lo son, carecerán claramente de estos rasgos de carácter en sus vidas. Jesús les dijo a sus discípulos:

Cuidense de los falsos profetas. Vienen a ustedes disfrazados de ovejas, pero por dentro son lobos feroces. Por sus frutos los conocerán. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los cardos? Del mismo modo, todo árbol bueno da fruto bueno, pero el árbol malo da fruto malo. Un árbol bueno no puede dar fruto malo, y un árbol malo no puede dar fruto bueno. Todo árbol que no da buen fruto se corta y se arroja al fuego. Así que por sus frutos los conocerán. (Mt 7:15-20)

Ni Jesús ni Pablo ni Juan señalan que la actividad de la iglesia o los milagros sean evidencias de regeneración. Más bien señalan a los rasgos de carácter en la vida. De hecho, inmediatamente después de los versículos citados arriba Jesús advierte que en el día del juicio muchos le dirán: «Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios e hicimos muchos milagros?» Entonces les diría claramente: *«Jamás los conocí. ¡Aléjense de mí, hacedores de maldad!»* (Mt 7:22-23). La profecía, el exorcismo, muchos milagros y señales extraordinarias en el nombre de Jesús (para no mencionar otras muchas clases de intensa actividad de iglesia en el poder y habilidad de la carne a lo largo quizá de varias décadas de vida personal) no proporcionan evidencia convincente de que una persona haya de veras nacido de nuevo. Al parecer todo esto se puede producir en el

¹¹Puesto que indicamos arriba que una persona es primero regenerada, y luego a continuación viene a la fe salvadora, habrá un tiempo breve en el cual alguien es regenerado y los resultados (fe, amor, etc.) no se ven todavía. Pero Juan está diciendo que los resultados seguirán; son inevitables una vez que la persona ha nacido de nuevo.

hombre natural mediante sus propias fuerzas, o incluso con la ayuda del maligno. Pero el amor genuino por Dios y por su pueblo, la obediencia sincera a sus mandamientos, y los rasgos de carácter semejantes a los de Cristo que Pablo llama el fruto del Espíritu, demostrado coherentemente a lo largo de la vida de la persona, no pueden producirlos Satanás ni ningún hombre o mujer natural por sus propias fuerzas. Eso solo viene mediante la obra del Espíritu Santo dentro de la persona y la nueva vida que le da.

PREGUNTAS DE APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Ha nacido usted de nuevo? ¿Hay evidencias del nuevo nacimiento en su vida? ¿Recuerda usted un momento específico cuando la regeneración ocurrió en su vida? ¿Puede usted describir cómo supo usted que algo había ocurrido?
2. Si usted (o el amigo que le acompaña) no está seguro de haber nacido de nuevo, ¿qué es lo que la Biblia le anima a hacer a fin de obtener una mayor seguridad (o verdaderamente nacer de nuevo por primera vez)? (Nota: Encontrará un estudio más completo sobre el arrepentimiento y la fe salvadora en el capítulo siguiente.)
3. ¿Había pensando usted antes que la regeneración antecede a la fe salvadora? ¿Está convencido ahora de ello o hay todavía algunas preguntas en su mente?
4. ¿Qué piensa usted acerca del hecho que su regeneración fue totalmente la obra de Dios, y que usted no contribuyó para nada a que sucediera? ¿Cómo le hace eso sentirse en cuanto a usted mismo? ¿Cómo le hace sentirse en cuanto a Dios? Por analogía, ¿cómo se siente acerca del hecho de que cuando usted nació usted no tuvo ni parte ni arte en la decisión?
5. ¿Hay facetas de su vida donde los resultados de la regeneración no se ven con claridad? ¿Piensa usted que es posible que un creyente sea regenerado y luego se estanque espiritualmente de forma que muestra muy poco crecimiento? ¿Qué circunstancias puede vivir una persona que le llevarían al estancamiento y falta de crecimiento (si eso es posible) aun incluso si la persona de verdad nació de nuevo? ¿Hasta qué punto la clase de iglesia a la que asiste, la enseñanza que recibe, el compañerismo cristiano que tiene, y la regularidad de su propia vida de lectura de la Biblia y oración afectan la vida y el crecimiento del creyente?
6. Si la regeneración es por completo la obra de Dios y el ser humano no puede hacer nada para que se produzca, ¿de qué sirve la predicación del evangelio? ¿Es de alguna manera absurdo o aun cruel predicar el evangelio y pedir a una persona que responda cuando sabemos que no puede responder porque está espiritualmente muerta? ¿Cómo resuelve usted esta cuestión?

TÉRMINOS ESPECIALES

gracia irresistible
nacido de nuevo
nacido del agua

nacido del Espíritu
regeneración

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1297-1306.)

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)

1882-92 Litton, 320-28

2. Arminiana (wesleyana o metodista)

1847 Finney, 282-364

1892-94 Miley, 2:327-36

1960 Purkiser, 292-97

3. Bautista

1767 Gill, 2:107-21

1887 Boyce, 373-82

1907 Strong, 809-29

1917 Mullins, 385-89

1983-85 Erickson, 932-33, 942-46

4. Dispensacional

1947 Chafer, 6:104-21

1949 Thiessen, 271-76

1986 Ryrie, 325-26

5. Luterana

1917-24 Pieper, 2:498-501

1934 Mueller, 363-64

6. Reformada (o presbiteriana)

1559 Calvin, 1:592-621 (3. 3)

1724-58 Edwards, 543-65, 849-55

1861 Heppe, 518-27

1871-73 Hodge, 2:682-732; 3:3-40

1878 Dabney, 579-99

1887-1921 Warfield, BTS 351-74; SSW 2:321-24

1889 Shedd, 2b, 490-528

1937-66 Murray, CW 2:167-201; RAA 95-105

1938 Berkhof, 465-79

1962 Buswell, 2:168-75

7. Renovada (o carismática o pentecostal)

1988-92 Williams, 2:35-59

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

1. Católica Romana: tradicional
1955 Ott, 219-49
2. Católica Romana: Post Vaticano II
1980 McBrien, 2:991-1005

Otras obras

- Hoekema, Anthony A. «Regeneration». In *Saved by Grace*. Eerdmans, Grand Rapids, y Paternoster, Exeter, 1989, pp. 93-112.
- Kevan, E. F. *Salvation*. Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, N. J., 1973.
- Packer, J. I. «Regeneration». En *EDT* pp. 924-26.
- Toon, Peter. *Born Again: A Biblical and Theological Study of Regeneration*. Baker, Grand Rapids, 1987.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

Juan 3:5-8: *Yo te aseguro que quien no nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios —respondió Jesús—. Lo que nace del cuerpo es cuerpo; lo que nace del Espíritu es espíritu. No te sorprendas de que te haya dicho: «Tienen que nacer de nuevo.» El viento sopla por donde quiere, y lo oyes silbar, aunque ignoras de dónde viene y a dónde va. Lo mismo pasa con todo el que nace del Espíritu.*

HIMNO

«Lejos de mi Padre Dios»

Este himno expresa hermosamente gracias a Dios por el hecho de que, aunque nosotros no lo sabíamos, él nos buscó, obró en nuestros corazones de una manera misteriosa, y nos capacitó para creer, antes de que llegáramos a confiar en él.

1. Lejos de mi padre Dios por Jesús fui hallado,
Por su gracia y por su amor fui por él salvado.

Es Jesús, el Señor, mi esperanza eterna;
Él me amó y me salvó en su gracia tierna.

2. En Jesús mi Salvador pongo mi confianza;
Toda mi necesidad suple en abundancia.

3. Cerca de mi buen Pastor vivo cada día;
Toda gracia en su Señor halla el alma mía.

AUTOR: FANNY J. CROSBY, TRAD. TOMÁS GARCÍA
(TOMADO DE HIMNARIO BAUTISTA #356)

La conversión (Fe y arrepentimiento)

*¿Qué es el verdadero arrepentimiento?
¿Qué es fe salvadora? ¿Pueden las personas aceptar
a Jesús como Salvador y no como Señor?*

EXPLICACIÓN Y BASES BÍBLICAS

Los últimos dos capítulos han explicado cómo Dios mismo (por medio de la predicación de la Palabra) nos extiende el llamamiento del evangelio, y mediante la obra del Espíritu Santo nos regenera impartiendo nueva vida espiritual dentro de nosotros. En este capítulo vamos a examinar nuestra respuesta al llamamiento del evangelio. Podemos definir la conversión de la siguiente manera: *La conversión es nuestra respuesta voluntaria al llamamiento del evangelio, mediante la cual nos arrepentimos sinceramente de nuestros pecados y ponemos nuestra confianza en Cristo para salvación.*

La palabra *conversión* significa «volverse», y aquí denota volverse espiritualmente, volverse *del* pecado *a* Cristo. Podemos examinar cada uno de estos elementos de la conversión, y en cierto sentido no importa cuál de ellos estudiamos primero, porque ninguno de ellos puede suceder sin el otro, y tienen que suceder juntos cuando tiene lugar la verdadera conversión. Conforme al propósito de este capítulo, examinaremos primero la fe y luego el arrepentimiento.

A. La fe salvadora verdadera incluye conocimiento, aprobación y confianza personal

1. El conocimiento solo no es suficiente. La fe salvadora personal, en la forma en que las Escrituras lo entienden, involucra más que el simple conocimiento. Por supuesto, *es necesario que tengamos cierto conocimiento de quién es Cristo y de lo que él ha hecho*, porque «¿cómo creerán en aquel de quien no han oído?» (Ro 10:14). Pero el conocimiento acerca de los *hechos* de la vida, muerte y resurrección de Cristo por nosotros no es suficiente, porque las personas pueden conocer los hechos, pero rebelarse en contra de ellos o no gustarles. Por ejemplo, Pablo nos dice que muchas personas conocen las leyes de Dios, pero no las quieren: «Saben bien que, según el justo decreto de Dios, quienes practican tales cosas merecen la muerte; sin embargo, no sólo siguen practicándolas sino que incluso aprueban a quienes las practican» (Ro 1:32). Incluso los demonios saben quién es Dios y conocen los hechos acerca de la vida de Jesús y de su obra salvadora, porque Santiago dice: «¿Tú crees que hay un solo Dios? ¡Magnífico! También los demonios lo creen y tiemblan»

(Stg 2:19). Pero ciertamente ese conocimiento no quiere decir que los demonios se vayan a salvar.

2. El conocimiento y la aprobación no son suficientes. Además, conocer simplemente los hechos y *aprobarlos* o estar de *acuerdo* en que son verdaderos no es suficiente. Nicodemo sabía que Jesús había venido de Dios, porque él dijo: «Rabí, sabemos que eres un maestro que ha venido de parte de Dios, porque nadie podría hacer las señales que tú haces si Dios no estuviera con él» (Jn 3:2). Nicodemo había evaluado la situación, incluyendo las enseñanzas de Jesús y sus extraordinarios milagros, y había sacado una conclusión correcta de esos hechos: Jesús era un maestro que había venido de Dios. Pero eso solo no significaba que Nicodemo tuviera una fe salvadora, porque todavía tenía que poner su confianza en Cristo como salvador; todavía tenía que «creer en él». El rey Agripa nos es otro ejemplo de conocimiento y aprobación sin tener fe salvadora. Pablo se dio cuenta de que Agripa conocía y que al parecer veía con aprobación las Escrituras judías (lo que hoy conocemos como el Antiguo Testamento). Cuando Pablo estaba compareciendo en juicio delante de él, le dijo a Agripa: «Rey Agripa, ¿cree usted en los profetas? ¡A mí me consta que sí!» (Hch 26:27). Pero no tenía fe salvadora, porque le respondió a Pablo: «Un poco más y me convences a hacerme cristiano» (Hch 26:28).

3. Yo debo decidir y depender de Jesús para salvarme personalmente. Además del conocimiento de los hechos del evangelio y de la aprobación de esos hechos, a fin de ser salvo, yo debo decidir depender de Jesús para salvarme. Al hacerlo paso de ser un observador interesado de los hechos de la salvación y de las enseñanzas de la Biblia a ser alguien que entra en una nueva relación con Cristo Jesús como una persona viviente. Podemos, por tanto, definir, la gracia salvadora de la siguiente manera: *La fe salvadora es confianza en Cristo Jesús como una persona viviente para el perdón de los pecados y la vida eterna con Dios.*

Esta definición hace hincapié en que la fe salvadora no es solo una creencia en ciertos datos, *sino la confianza personal en Jesús* como salvador. Como explicaremos en los capítulos siguientes, la salvación es mucho más que solo el perdón de los pecados y la vida eterna, pero cuando alguien inicialmente acude a Cristo rara vez se da cuenta de la amplitud de las bendiciones de salvación que vienen. Además, podríamos resumir correctamente las dos preocupaciones principales de la persona que confía en Cristo como el «perdón de los pecados» y la «vida eterna con Dios». Por supuesto, la vida eterna con Dios incluye asuntos como la declaración de justicia delante de Dios (parte de la justificación, como se explica en el capítulo siguiente), la adopción, la santificación y la glorificación, pero estas cosas pueden ser entendidas en detalle más tarde. Lo que más le preocupa a un incrédulo que acude a Cristo es el hecho de que el pecado le ha separado de la comunión con Dios para la que fuimos creados. El incrédulo acude a Cristo buscando que el pecado y la culpa sean eliminados y entre en una relación genuina con Dios que perdure para siempre.

La definición recalca la *confianza personal* en Cristo, no solo creer los hechos acerca de Cristo. Debido a que la fe salvadora en las Escrituras involucra esta

confianza personal, la palabra «confianza» es un término mejor para usarlo en la cultura contemporánea que la palabra «fe» o «creencia». La razón es que nosotros podemos «creer» que algo es verdad sin que haya un compromiso personal o dependencia involucrado en ello. Yo puedo *creer* que Canberra es la capital de Australia, o que 7 multiplicado por 6 da 42, pero sin que haya un compromiso personal o dependencia de nadie por el solo hecho de creerlo. La palabra *fe*, por otro lado, se usa en ocasiones hoy para referirse a un compromiso casi irracional a algo a pesar de la fuerte evidencia que existe en contra, una clase de decisión irracional a creer algo que estamos bastante seguros que *no* es verdad. (Si su equipo de fútbol favorito sigue perdiendo partidos, alguien puede intentar animarlo a usted a «tener fe» a pesar de que todos los hechos apuntan en la dirección opuesta.) En estos dos sentidos populares, las palabras «creer» y «fe» tienen un sentido contrario al sentido bíblico.¹

La palabra *confianza* está más cerca del concepto bíblico, puesto que estamos familiarizados con confiar en personas cada día. Mientras más llegamos a conocer a una persona, y más vemos en esa persona un estilo de vida que justifica confianza, más nos sentimos animados a poner nuestra confianza en que esa persona cumplirá lo que promete, o actuará en formas en las que podamos confiar. El sentido pleno de la confianza personal lo encontramos en varios pasajes de las Escrituras en los cuales la fe salvadora inicial se expresa en términos muy personales, usando con frecuencia analogías sacadas de las relaciones personales. Juan dice: «Mas a cuantos lo *recibieron*, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios» (Jn 1:12). Juan habla de recibir a Cristo de la misma manera que recibimos a un invitado en nuestro hogar.

Juan 3:16 dice: «... para que todo el que *cree en él* no se pierda, sino que tenga vida eterna». Juan usa aquí una frase sorprendente cuando no simplemente dice: «todo el que le cree» (esto es, creer que lo que dice es verdad y es digno de confianza), sino que más bien dice, «todo el que cree en él». La frase griega *pisteuo eis auton* podría traducirse como «creer dentro de él» con el sentido de confianza que va dentro y descansa en Jesús como persona. Leon Morris puede decir: «La fe, para Juan, es una actividad que saca a los hombres de sí mismos y hace de ellos uno con Cristo». Entiende la frase griega *pisteuo eis* como una indicación significativa de que la fe del Nuevo Testamento no es solo un asentimiento intelectual sino que incluye un «elemento moral de confianza personal».² Una expresión así era rara o quizá inexistente en el mundo secular griego fuera del Nuevo Testamento, pero era muy apropiada para expresar la confianza personal en Cristo que está involucrada en la fe salvadora.

¹Por supuesto, las palabras *creencia*, *creer* y *fe* aparecen con frecuencia en la Biblia, y no debemos abandonar por completo su uso en un sentido bíblico apropiado solo porque nuestra cultura les da a veces un sentido incorrecto. Lo que quiero decir es solo que cuando le expliquemos el evangelio a un incrédulo, la palabra *confiar* parece que transmite hoy mejor el sentido bíblico.

²Leon Morris, *The Gospel According to John*, p. 336, con referencia al amplio estudio de C. H. Dodd, *The Interpretation of the Fourth Gospel* (Cambridge: Cambridge University Press, 1953), pp. 179-86, y note que Dodd no encuentra paralelismo en el griego secular para usar *pisteuo* seguido de la preposición *eis*, para referirse a confiar en una persona. La expresión es más bien la traducción literal de la expresión «creer en» del hebreo del Antiguo Testamento.

Jesús habla de «ir a él» en varios lugares. Él dice: «Todos los que el Padre me da *vendrán a mí*; y al que a mí viene, no le rechazo» (Jn 6:37). También dice: «¡Si alguno tiene sed, que *venga a mí* y beba!» (Jn 7:37). De un modo semejante, dice: «*Vengan a mí* todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su alma. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana» (Mt 11:28-30). En estos pasajes tenemos la idea de ir a Cristo en busca de aceptación, agua de vida para beber, y descanso e instrucción. Todo esto nos facilita una imagen intensamente personal de lo que encierra la fe salvadora. El autor de Hebreos nos pide que recordemos que Jesús está vivo en el cielo y listo para recibirnos: «Por eso también puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, *ya que vive siempre* para interceder por ellos» (He 7:25). Jesús aparece aquí (como muchas veces en el Nuevo Testamento) como alguien que está ahora vivo en el cielo, siempre capaz de ayudar a los que acuden a él.

El teólogo reformado J. I. Packer cita los siguientes párrafos del escrito puritano británico John Owen que describen la invitación de Cristo a que respondamos en fe personal.

Esto es algo de la palabra que él os habla a vosotros: ¿Por qué morir? ¿Por qué perecer? ¿Por qué no tienes compasión de tu propia alma? ¿Podrá tu corazón aguantar, o podrán tus manos ser fuertes, en el día de la ira que se acerca?

... Ven a mí y sé salvo; ven a mí y te aliviaré de todos tus pecados, tristezas, temores, cargas y daré descanso a tu alma. Ven, te suplico, deja toda la indecisión, toda la demora; no lo dejes más para otro día; la eternidad está a tu puerta. No me odies hasta el punto de que quieras perecer antes que aceptar mi liberación.

Estas cosas y otras semejantes son las que el Señor Jesucristo declara continuamente, proclama, ruega e insta a las almas de los pecadores. ... Lo hace mediante la predicación de la Palabra, como si estuviera presente contigo, como si estuviera entre nosotros, y habla personalmente a cada uno. ... Él ha nombrado a los ministros del evangelio para que aparezcan delante de ti y se relacionen contigo en su nombre, y te extiendan la invitación que ellos dan en su nombre. (2 Co 5:19-20)³

Con este concepto de la fe verdadera del Nuevo Testamento en mente, podemos ahora apreciar que cuando una persona acude a Cristo confiando en él, los tres elementos deben estar presentes. Debe haber algo de conocimiento básico o *entendimiento* de las verdades del evangelio. Debe haber también *aprobación* de esas verdades, o estar de acuerdo con ellas. Ese acuerdo incluye la convicción de que lo que dice el evangelio es verdadero, especialmente el hecho de que soy un pecador en necesidad de salvación y que Cristo es el único que ha pagado el castigo por mi pecado y me ofrece salvación. También incluye la conciencia de que necesito confiar en Cristo para la salvación y que él es el único camino a Dios y el único medio provisto para mi salvación. Esta aprobación de las verdades del evangelio involucrá también el deseo de ser salvo por medio de Cristo. Pero todo esto todavía no llega a la fe salvadora. Eso viene solo cuando uno toma la decisión por voluntad

³J. I. Packer, *Evangelism and the Sovereignty of God*, p. 104.

propia de depender de Cristo y poner su *confianza* en él como Salvador. Esta decisión personal de poner la confianza en Cristo es algo que uno hace con el corazón, la facultad central de todo el ser que hace los compromisos de uno como persona.

4. La fe debiera aumentar a medida que aumenta nuestro conocimiento. Contrario al actual concepto secular de la «fe», la fe verdadera del Nuevo Testamento no es algo que se hace más fuerte mediante la ignorancia ni por creer en contra de la evidencia. Más bien, la fe salvadora es coherente con el conocimiento y con el verdadero entendimiento de los hechos. Pablo dice: «Así que la fe viene como resultado de oír el mensaje, y el mensaje que se oye es la palabra de Cristo» (Ro 10:17). Cuando las personas cuentan con verdadera información acerca de Cristo, están en mejores condiciones de poner su confianza en él. Además, cuanto más sabemos acerca de él y acerca del carácter de Dios que encontramos revelado en Cristo, tanto más somos capaces de poner nuestra confianza en él. De modo que la fe no se debilita con el conocimiento, sino que debe aumentar con el verdadero conocimiento.

En el caso de la fe salvadora en Cristo, nuestro conocimiento de él viene por creer en un testimonio confiable sobre él. Aquí, el testimonio confiable que creemos son las palabras de las Escrituras. Puesto que están formadas con las mismas palabras de Dios, son completamente confiables, y obtenemos un verdadero conocimiento de Cristo por medio de ellas. Por esto es por lo que «la fe viene como resultado de oír el mensaje, y el mensaje que se oye es la palabra de Cristo» (Ro 10:17). En nuestra vida diaria llegamos a creer muchas cosas cuando oímos el testimonio de una persona confiable o digna de confianza. Esta clase de decisión está aun más justificada aquí, cuando las palabras de Dios nos dan ese testimonio y nosotros lo creemos.

B. La fe y el arrepentimiento deben aparecer juntos

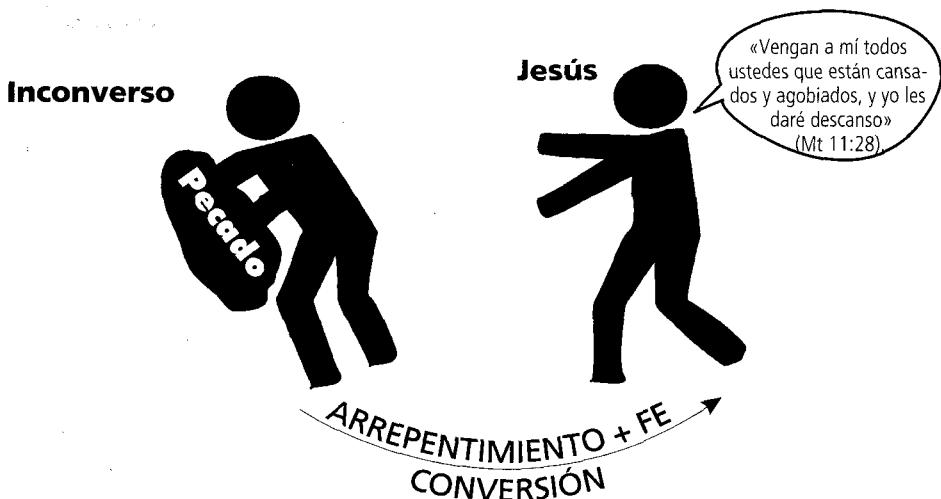
Podemos definir el arrepentimiento de la siguiente manera: *El arrepentimiento es una tristeza sentida de corazón por causa del pecado, una renuncia al pecado, y un propósito sincero de olvidarlo y caminar en obediencia a Cristo.*

Esta definición indica que el arrepentimiento es algo que sucede en un momento específico en el tiempo, y no es equivalente a una demostración de cambio en el estilo de vida de la persona. El arrepentimiento, lo mismo que la fe, es un *entendimiento* intelectual (que el pecado es malo), una *aprobación* emocional de las enseñanzas de las Escrituras en cuanto al pecado (una tristeza por el pecado y un aborrecimiento del pecado), y una *decisión personal* de alejarse de él (una renuncia al pecado y la decisión de que se olvidará de ello y que en su lugar llevará una vida de obediencia a Cristo). No podemos decir que uno tiene que vivir ese cambio de vida por un tiempo antes de que el arrepentimiento pueda ser genuino porque de lo contrario el arrepentimiento se convertiría en una clase de obediencia que podríamos cultivar para merecer la salvación por nosotros mismos. Por supuesto, el arrepentimiento genuino resultará en una vida cambiada. Una persona de verdad arrepentida empezará de una vez a vivir una vida cambiada, y nosotros podemos llamar ese cambio de vida el fruto del arrepentimiento. Pero no debiéramos nunca tratar de requerir que haya un período de tiempo en el cual una persona vive una vida cambiada antes de que

podamos asegurarle el perdón. El arrepentimiento es algo que ocurre en el corazón e involucra a toda la persona en una decisión de alejarse del pecado.

Es importante darse cuenta que la simple tristeza por nuestras acciones, o aun el remordimiento profundo por nuestras acciones, no constituye un arrepentimiento genuino a menos que vaya acompañado por una decisión sincera de olvidarse del pecado que se ha estado cometiendo contra Dios. Pablo nos dice: «A judíos y a griegos les he instado a convertirse a Dios y a creer en nuestro Señor Jesús» (Hch 20:21). Dice que se regocijaba por la experiencia de los corintios «no porque se hayan entristecido sino porque su tristeza los llevó al arrepentimiento. ...La tristeza que proviene de Dios produce el arrepentimiento que lleva a la salvación, de la cual no hay que arrepentirse, mientras que la tristeza del mundo produce la muerte» (2 Co 7:9-10). Una tristeza mundana puede involucrar gran dolor por las acciones cometidas y probablemente también temor por el castigo, pero no una renuncia genuina por el pecado ni un propósito firme de olvidarse de él en la vida. Hebreos 12:17 dice que Esaú lloró a consecuencia de sus acciones, pero no se arrepintió de verdad de lo hecho. Además, como indica 2 Corintios 7:9-10, aun la tristeza verdadera es solo un factor que lleva al arrepentimiento genuino, pero esa tristeza no es en sí misma una decisión sincera del corazón en la presencia de Dios que habla de un arrepentimiento genuino.

Las Escrituras ponen el arrepentimiento y la fe juntos como aspectos diferentes del acto de acudir a Cristo en busca de salvación. No es que una persona primero se vuelve del pecado y a continuación confía en Cristo, ni que primero confía en Cristo y luego se aleja del pecado, sino que ambas cosas suceden al mismo tiempo. Cuando acudimos a Cristo en busca de salvación de nuestros pecados, simultáneamente nos estamos alejando de esos pecados de los cuales le estamos pidiendo a Cristo que nos salve. Si no es así, el acudir a Cristo en busca de salvación de nuestros pecados es improbable que seamos sinceros al acudir a él o confiar en él.



LA CONVERSIÓN ES UNA ACCIÓN ÚNICA DE VOLVERSE DEL PECADO EN ARREPENTIMIENTO Y ACUDIR A CRISTO EN FE

Cuadro 35.1

El hecho de que el arrepentimiento y la fe son dos lados diferentes de la misma moneda, o dos aspectos diferentes del mismo suceso de la conversión, lo podemos ver con claridad en el cuadro 35.1.

En este diagrama, la persona que genuinamente acude a Cristo en busca de salvación debe al mismo tiempo soltarse del pecado al cual ha estado aferrándose y alejarse de ese pecado a fin de acercarse a Cristo. De modo que ni el arrepentimiento ni la fe vienen primero; tienen que aparecer juntos. John Murray habla de la «fe penitente» y del «arrepentimiento creyente».⁴

Por tanto, es claramente contrario a la evidencia del Nuevo Testamento hablar acerca de la posibilidad de tener verdadera fe salvadora sin haber tenido ningún arrepentimiento del pecado. Es también contrario al Nuevo Testamento hablar de la posibilidad de que alguien acepte a Cristo «como Salvador», pero no «como Señor», si eso simplemente significa depender de él para salvación pero no proponerse alejarse del pecado y ser obediente a Cristo a partir de ese momento.

Algunas voces prominentes dentro del cristianismo evangélico difieren de este punto de vista, y argumentan que una presentación del evangelio que requiere el *arrepentimiento* y fe es en realidad una predicación de salvación por obras. Argumentan que la perspectiva que defendemos en este capítulo, que el arrepentimiento y la fe deben ir juntas, es un evangelio falso de «salvación de señorío». Dice que la fe salvadora solo demanda confiar en Cristo como Salvador, y que someterse a él como Señor es un paso opcional que se da después pero que no es necesario para la salvación. Para muchos que enseñan este punto de vista, la fe salvadora solo requiere estar intelectualmente de acuerdo con las verdades del evangelio.⁵

⁴John Murray, *Redemption Accomplished and Applied*, p. 113.

⁵Lewis Sperry Chafer es aparentemente la fuente de esta perspectiva del evangelio, especialmente en su *Systematic Theology*, vol. 3, donde dice: «El Nuevo Testamento no impone el arrepentimiento sobre las personas no salvadas como una condición para la salvación» (p. 376). Chafer reconoce que hay muchos versículos que invitan a las personas al arrepentimiento, pero él simplemente define el arrepentimiento como un «cambio de mente» que no incluye tristeza por el pecado o alejarse del pecado (pp. 372-375). De modo que él puede decir: «El arrepentimiento, que es un cambio de mente, está incluido en el creer» (p. 375). Argumenta que «la demanda añadida de que la persona no salva debe dedicarse a sí misma a hacer la voluntad de Dios en su vida diaria, así como creer en Cristo» es una intromisión confusa en la doctrina de que la salvación depende de creer» (p. 384). Chafer provee una base para la perspectiva de que la persona primero debe aceptar a Cristo como Salvador, y más tarde como Señor, cuando dice que el predicador tiene la obligación de «predicar el señorío de Cristo a los cristianos exclusivamente, y la salvación en Cristo a los que no son salvos» (p. 387). El defensor contemporáneo más conocido de esta perspectiva ha sido Zabe C. Hodges, profesor en el Seminario Teológico de Dallas. Vea su libro *The Gospel Under Siege* (Dallas: Rendición Viva, 1981).

Pero no todos en el Seminario Teológico de Dallas o dentro de la teología dispensacionalista sostienen este punto de vista. Surgió una controversia dentro del movimiento evangélico en los Estados Unidos cuando John MacArthur, que él mismo es un dispensacionalista, publicó su libro *El evangelio según Jesucristo* (El Paso: CBP, 1991). Este excelente libro (que incluye comentarios entusiastas de parte de J. I. Packer y James Montgomery Boice) criticaba fuertemente los puntos de vista de escritores como Chafer y Hodges sobre la evangelización y la naturaleza de la fe salvadora. MacArthur argumenta muy convincentemente que, basado en muchos pasajes del Nuevo Testamento, uno no puede aceptar de verdad a Cristo como Salvador sin aceptarle también como Señor o, en otras palabras, no puede haber verdadera fe salvadora si no hay también genuino arrepentimiento. Dice también que cualquier otra interpretación presenta un evangelio muy barato que les ofrece a personas no convertidas una falsa seguridad, diciéndoles que están salvos solo porque están de acuerdo con los hechos del evangelio o hacen una oración, pero no se han arrepentido de verdad y hay cambio real en su vida. MacArthur argumenta que ese tipo de evangelización tan poco bíblico nunca ha sido la enseñanza de la iglesia a lo largo de la historia, y que ese evangelio tan debilitado que se escucha tanto hoy ha resultado en toda una generación de cristianos que dicen que creen pero que sus vidas no se diferencian de la cultura que los rodea y que no están salvados para nada. Hodges respondió rápidamente a MacArthur con otro libro, *Absolutely Free! A Biblical Reply to Lordship Salvation* (Dallas: Rendición Viva, y Grand Rapids: Zondervan, 1989).

Cuando Jesús dice a los pecadores: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso», inmediatamente agrega: «Carguen con mi yugo y aprendan de mí» (Mt 11:28-29). Acudir a él incluye tomar su yugo sobre nosotros, someternos a su dirección, aprender de él y serle obediente. Si no estamos dispuestos a hacer ese tipo de compromiso, no hemos puesto de verdad nuestra confianza en él.

Cuando las Escrituras hablan de confiar en Dios o en Cristo, frecuentemente relacionan esa confianza con el arrepentimiento genuino. Por ejemplo, Isaías da un testimonio elocuente que es típico del mensaje de muchos de los profetas del Antiguo Testamento:

Busquen al Señor mientras se deje encontrar,
llámenlo mientras esté cercano.
Que abandone el malvado su camino,
y el perverso sus pensamientos.
Que se vuelva al Señor, a nuestro Dios,
que es generoso para perdonar,
y de él recibirá misericordia. (Is 55:6-7)

Aquí encontramos mencionados tanto el arrepentimiento del pecado como el volverse a Dios para recibir perdón. En el Nuevo Testamento, Pablo resume así su ministerio de proclamación del evangelio: «A judíos y a griegos les he instado a *convertirse* a Dios y a *creer* en nuestro Señor Jesús» (Hch 20:21). El autor de Hebreos incluye como los dos primeros elementos en una lista de doctrina básica «el arrepentimiento de las obras que conducen a la muerte, la fe en Dios» (He 6:1).

Por supuesto, a veces se menciona solo la fe como lo que es necesario para ir a Cristo en busca de salvación (vea Jn 3:16; Hch 16:31; Ro 10:9; Ef 2:8-9, et al.). Estos son pasajes conocidos y hacemos hincapié en ellos a menudo cuando explicamos el evangelio a otras personas. Pero de lo que no nos damos cuenta con frecuencia es del hecho de que hay otros muchos pasajes donde se menciona *solo el arrepentimiento*, porque se da por supuesto que el verdadero arrepentimiento involucra también la fe para el perdón de los pecados. Los autores del Nuevo Testamento entendieron tan bien que el arrepentimiento y la fe genuinos tienen que ir juntos que a menudo mencionan solo el arrepentimiento sabiendo que la fe va también

Como he argumentado en este capítulo, para mí es evidente que MarArthur está en lo correcto al mantener que la verdadera fe salvadora en términos del Nuevo Testamento es mucho más que un simple asentimiento intelectual a los hechos; debe incluir acudir sinceramente a Cristo en dependencia personal de Él para la salvación, combinado con un sincero arrepentimiento del pecado. Crea confusión llamar a esta enseñanza «Lordship salvation» (salvación señoría) como si fuera una nueva doctrina, o como si hubiera alguna forma de salvación. MacArthur está enseñando lo que ha sido la posición histórica del cristianismo ortodoxo en este asunto, como lo demuestra en un apéndice a su libro (pp. 221-27). Esta posición no es salvación por obras, sino sencillamente declara el evangelio de la gracia gratuita, y de la salvación por gracia por medio de la fe en toda su plenitud bíblica. El cambio de vida que resultará de una conversión genuina no nos salva, pero ciertamente será el resultado si nuestra fe es genuina, «así también por sí sola, si no tiene obras, es muerta» (Stg. 2:17).

Los Sandemanians fueron un pequeño grupo de iglesias evangélicas que enseñaron una interpretación similar a la Zane Hodges en Inglaterra y Estados Unidos desde 1725 hasta que desaparecieron alrededor del 1900; vea R. E. D. Clarl, «Sandemanians», en *NIDCC*, p. 877.

incluida, porque apartarse *del* pecado en una forma genuina es imposible sin volverse genuinamente *a* Dios. Por tanto, poco antes de que Jesús ascendiera al cielo, les dijo a sus discípulos: «Esto es lo que está escrito: que el Cristo padecerá y resucitará al tercer día, y en su nombre se predicarán el *arrepentimiento* y el perdón de pecados a todas las naciones» (Lc 24:46-47). La fe salvadora está implícita en «el perdón de pecados», aunque no aparece mencionada explícitamente.

La predicación que encontramos recogida en el libro de Hechos muestra esta misma pauta. Después del sermón de Pedro en Pentecostés, los oyentes preguntaron «a Pedro y a los otros apóstoles: “Hermanos, ¿qué debemos hacer?” [A lo que Pedro respondió:] “*Arrepiéntanse* y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados”» (Hch 2:37-38).⁶ En su segundo sermón Pedro habló a sus oyentes de una forma similar: «Para que sean borrados sus pecados, *arrepiéntanse* y vuélvanse a Dios, a fin de que vengan tiempos de descanso de parte del Señor» (Hch 3:19). Más tarde cuando los apóstoles estaban siendo enjuiciados delante del Sanedrín, Pedro habló de Cristo, diciendo: «Por su poder, Dios lo exaltó como Príncipe y Salvador, para que diera a Israel *arrepentimiento* y perdón de pecados» (Hch 5:31). Y cuando Pablo estaba predicando en el Areópago de Atenas a una asamblea de filósofos griegos, les dijo: «Dios pasó por alto aquellos tiempos de tal ignorancia, *pero ahora manda a todos, en todas partes, que se arrepientan*» (Hch 17:30). También dice en sus epístolas: «¿No ves que desprecias las riquezas de la bondad de Dios, de su tolerancia y de su paciencia, al no reconocer que su bondad quiere llevarte al *arrepentimiento*?» (Ro 2:4), y habla del «arrepentimiento que lleva a la salvación» (2 Co 7:10).

Vemos también que cuando Jesús se entrevista con hombres y mujeres les requiere que se vuelvan de sus pecados antes de seguirle a él. Ya sea que hable con un hombre joven y rico y le pida que deje sus posesiones (Lc 18:18-30), o que entre a la casa de Zaqueo y le hable de la salvación que había llegado a su casa en aquel día porque Zaqueo había tomado la decisión de dar la mitad de sus bienes a los pobres y devolver todo lo que había robado (Lc 19:1-10), o hable con la mujer en el pozo de Jacob y pidiéndole que llamara a su esposo (Jn 4:16), o con Nicodemo y le reprendiera por su incredulidad rabínica y orgullo en su propio conocimiento (Jn 3:1-21), Jesús siempre pone el dedo en la cuestión de pecado que es más notorio en la vida de esa persona. De hecho, podemos preguntar si alguien en los evangelios llegó alguna vez a la fe sincera en Cristo sin arrepentirse de sus pecados.

Cuando nos damos cuenta de que la fe salvadora genuina debe ir acompañada del sincero arrepentimiento del pecado, eso nos ayuda a comprender por qué algunos predicadores del evangelio tienen hoy resultados tan inadecuados. Si no se menciona la necesidad de arrepentirse de los pecados, en ocasiones el mensaje del evangelio se reduce a «cree en Cristo Jesús y serás salvo» sin ninguna mención del arrepentimiento para nada.⁷ Pero esta versión aguada del evangelio no demanda un compromiso firme y sincero con Cristo; y un compromiso con Cristo, si es

⁶Vea el capítulo 49, pp. 1025-27, 1033-34, sobre la cuestión de si el bautismo es necesario para la salvación.

⁷Es cierto que Pablo le dice al carcelero filipense en Hechos 16:31: «Cree en el Señor Jesús; así tú y tu familia serás salvos». Sin embargo, aun esa frase incluye un reconocimiento de que Jesús es «Señor» y, además, la frase siguiente deja bien en claro que Pablo le dijo mucho más a aquel hombre de esta frase breve, porque leemos: «Luego les expusieron la palabra de Dios a él y a todos los demás que estaban en su casa» (Hch 16:32).

genuino, debe incluir la decisión a renunciar al pecado. Predicar la necesidad de fe sin arrepentimiento es predicar solo la mitad del evangelio. Puede resultar en que muchas personas queden confundidas y engañadas, pensando que han escuchado el evangelio cristiano y lo han probado, pero no ha sucedido nada. Puede que incluso digan algo como: «He aceptado a Cristo como Salvador muchas veces, pero no me ha servido de nada». Sin embargo, nunca recibieron de verdad a Cristo como su Salvador, porque él viene a nosotros en majestad y nos invita a que le recibamos tal como él es, el que merece ser, y demanda que le reconozcamos también como el Señor absoluto de nuestra vida.

Por último, ¿qué diremos acerca de la práctica común de pedir a las personas que *oren* para recibir a Cristo como su Salvador personal y Señor? Dado que la fe en Cristo de una persona debe incluir una auténtica decisión de la voluntad, es con frecuencia de mucha ayuda *expresar* esa decisión en voz alta, y eso puede tomar de manera muy natural la forma de una oración a Cristo mediante la cual le hablamos de nuestro pesar por el pecado, nuestro propósito de renunciar al pecado y nuestra decisión firme de poner nuestra confianza en él. Una oración de esa clase expresada en voz alta no tiene poder para salvarnos en sí misma, pero la actitud del corazón que representa constituye una verdadera conversión, y la decisión de expresar esa oración puede con frecuencia ser el momento en que la persona llega a la experiencia de la fe en Cristo.

C. Tanto la fe como el arrepentimiento continúan a lo largo de la vida

Aunque hemos estado considerando la fe inicial y el arrepentimiento como dos de los aspectos de la conversión que aparecen al principio de la vida cristiana, es importante darnos cuenta que la fe y el arrepentimiento no están limitados al comienzo de la vida cristiana. Son más bien actitudes del corazón que continúan a lo largo de nuestra vida como cristianos. Jesús les dijo a sus discípulos que oraran a diario diciendo: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores» (Mt 6:12), una oración que, si es sincera, implicará tristeza diaria por el pecado y genuino arrepentimiento. Y el Cristo resucitado le dice a la iglesia en Laodicea: «Yo reprendo y disciplino a todos los que amo. Por lo tanto, sé fervoroso y *arrepíentete*» (Ap 3:19; cf. 2 Co 7:10).

En relación con la fe, Pablo nos dice: «Ahora, pues, permanecen estas tres virtudes: la fe, la esperanza y el amor. Pero la más excelente de ellas es el amor» (1 Co 13:13). Sin duda se está refiriendo a que estas tres permanecen a lo largo de esta vida, y probablemente también quiere decir que continúan por toda la eternidad. Si fe es confiar en Dios para todas nuestras necesidades, esta actitud nunca cesará, ni siquiera en la vida venidera. Pero de todos modos, se indica claramente que la fe continúa a lo largo de esta vida. Pablo también dice: «Lo que ahora vivo en el cuerpo, *lo vivo por la fe en el Hijo de Dios*, quien me amó y dio su vida por mí» (Gá 2:20).

Por tanto, aunque es cierto que la fe salvadora *inicial* y el arrepentimiento *inicial* ocurren una sola vez en nuestra vida, y que cuando tienen lugar constituyen la conversión verdadera, las actitudes del corazón de arrepentimiento y fe solo comienzan en la conversión. Estas mismas actitudes deben continuar a lo largo del curso de nuestra vida cristiana. Cada día debiera haber un arrepentimiento sincero

de todos los pecados que hemos cometido, y la fe en Cristo de que él suplirá nuestras necesidades y nos fortalecerá para vivir la vida cristiana.

PREGUNTAS DE APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Ha llegado usted a confiar personalmente en Cristo, o está usted todavía en el paso del conocimiento intelectual y de la aprobación emocional de la realidad de la salvación sin haber puesto personalmente su confianza en Cristo? ¿Si usted todavía no ha puesto su confianza en Cristo, ¿qué es lo que piensa que le está haciendo vacilar?
2. ¿Le ayudó este capítulo a pensar en la fe en Cristo en unos términos más personales? Si es así, ¿cómo podría incrementar su nivel de fe? ¿Piensa usted que es más fácil para los niños que para los adultos confiar en Jesús que confiar en una *persona* de carne y hueso que está viva hoy? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Qué le dice esto acerca de la manera en que los padres cristianos deberían enseñar a sus hijos acerca de Jesús?
3. Si su conocimiento acerca de Dios ha aumentado por medio de la lectura de este libro, ¿ha aumentado también su fe junto con ese conocimiento? ¿Por qué sí o por qué no? Si su fe no ha aumentado junto con su conocimiento, ¿qué puede hacer para estimular su fe a que crezca más de lo que lo ha hecho?
4. En términos de relaciones humanas, ¿confía usted en una persona más cuando usted no conoce a esa persona muy bien o después de haberla llegado a conocer bastante bien (suponiendo que esa persona es digna de confianza)? ¿Qué le dice a usted ese hecho acerca de cómo su confianza en Dios podría aumentar? ¿Qué cosas podría usted hacer durante el día para llegar a conocer a Dios mejor, y llegar a conocer a Jesús y al Espíritu Santo?
5. ¿Sintió usted una tristeza sincera por sus pecados cuando acudió a Cristo por primera vez? ¿Puede usted describir cómo se sintió? ¿Le llevó eso a un propósito auténtico de renunciar al pecado? ¿Cuánto tiempo pasó antes de darse cuenta de que había habido un cambio en su estilo de vida?
6. ¿Se ha arrepentido verdaderamente alguna vez del pecado, o piensa usted que le han enseñado un evangelio aguado que no incluye el arrepentimiento? ¿Piensa que es posible confiar en Cristo en cuanto al perdón de sus pecados sin haberse arrepentido genuinamente de ellos? ¿Piensa que el arrepentimiento genuino involucra por lo general solo un sentimiento sincero de pesar por el pecado en general, o involucra un pesar genuino por pecados específicos, y apartarse de esos pecados?
7. ¿Permanecen la fe y el arrepentimiento como una parte continua de su vida cristiana, o se han debilitado esas actitudes en su vida? ¿Cuál ha sido el resultado en su vida cristiana?

TÉRMINOS ESPECIALES

arrepentimiento
confianza
fe

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1297-1306.)

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)
 - 1882-92 Litton, 288-300
2. Arminiana (wesleyana o metodista)
 - 1847 Finney, 364-82
 - 1875-76 Pope, 2:367-85
 - 1940 Wiley, 2:357-78
 - 1983 Carter, 1:496-99
3. Bautista
 - 1767 Gill, 2:131-41
 - 1887 Boyce, 373-94
 - 1907 Strong, 829-49
 - 1917 Mullins, 368-85
 - 1983-85 Erickson, 933-42
4. Dispensacional
 - 1947 Chafer, 3:371-93
 - 1949 Thiessen, 264-70
 - 1986 Ryrie, 324-27
5. Luterana
 - 1917-24 Pieper, 2:422-503
 - 1934 Mueller, 319-66
6. Reformada (o presbiteriana)
 - 1559 Calvin, 1:340-67, 423-28 (2. 6-7, 9; 3. 2-5), 542-684
 - 1724-58 Edwards, 2:578-96
 - 1861 Heppe, 526-42
 - 1871-73 Hodge, 3:41-113
 - 1878 Dabney, 600-612, 651-60
 - 1887-1921 Warfield, *BTS* 375-403; *SSW* 1:267-82; *SSW* 2:655-59; *BD* 467-510
 - 1889 Shedd, 2b:529-37
 - 1937-66 Murray, *CW* 2:235-74; *RAA* 106-16
 - 1938 Berkhof, 480-509
 - 1962 Buswell, 2:175-86
7. Renovada (o carismática o pentecostal)
 - 1988-92 Williams, 2:28-31

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

1. Católica Romana: tradicional
1955 Ott, 252-54
2. Católica Romana: Post Vaticano II
1980 McBrien, 1:31-46

Otras obras

- Berkouwer, G. C. *Faith and Justification*. Trad. por Lewis B. Smedes. Eerdmans, Grand Rapids, 1954.
- Boice, James Montgomery. *Christ's Call to Discipleship*. Moody, Chicago, 1986.
- Chantry, Walter. *Today's Gospel: Authentic or Synthetic?* Banner of Truth, Carlisle, Pa., 1970.
- Hodges, Zane C. *Absolutely Free! A Biblical Reply to Lordship Salvation*. Redención Viva, Dallas, y Zondervan, Grand Rapids, 1989.
- _____. *The Gospel Under Siege: A Study on Faith and Works*. Redención Viva, Dallas, 1981.
- Hoekema, Anthony A. *Saved by Grace*. Eerdmans, Grand Rapids, y Paternoster, Exeter, 1989, pp. 113-51.
- Kromminga, C. G. «Repentance». En EDT pp. 936-37.
- MacArthur, John F., Jr. *The Gospel According to Jesus*. Zondervan, Grand Rapids, 1988.
- Machen, J. Gresham. *What Is Faith?* Eerdmans, Grand Rapids, 1925.
- Morris, Leon. «Faith». En IBD. Vol. 1, pp. 496-98.
- Murray, John. «Faith and Repentance». En *Redemption Accomplished and Applied*. Eerdmans, Grand Rapids, 1955, pp. 106-16.
- _____. «Repentance». En *The New Bible Dictionary*. Ed. por J. D. Douglas. Tyndale Press, London, y Eerdmans, Grand Rapids, 1962, pp. 1083-84.
- Packer, J. I. «Evangelicals and the Way of Salvation: New Challenges to the Gospel—Universalism and Justification by Faith». En *Evangelical Affirmations*. Ed. por Kenneth S. Kantzer y Carl F. H. Henry. Zondervan, Grand Rapids, 1990, pp. 107-36.
- _____. *Evangelism and the Sovereignty of God*. Inter-Varsity Press, London, 1961.
- _____. «Faith». En EDT pp. 399-402.
- Ryrie, Charles C. *So Great Salvation: What It Means to Believe in Jesus Christ*. Scripture Press, Wheaton, Ill., 1989.
- Watson, Thomas. *The Doctrine of Repentance*. Banner of Truth, Carlisle, Pa., 1987.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

Juan 3:16: Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna.

HIMNO

«Tal Como Soy»

Tal como soy, de pecador,
Sin más confianza que tu amor,
Ya que me llamas, acudí;
Cordero de Dios, heme aquí.

Tal como soy, buscando paz
En mi desgracia y mal tenaz,
Conflicto grande siento en mí;
Cordero de Dios, heme aquí.

Tal como soy, me acogerás;
Perdón, alivio me darás;
Pues tu promesa ya creí;
Cordero de Dios, heme aquí.

Tal como soy, tu compasión
Vencido ha toda oposición,
Ya pertenezco sólo a ti;
Cordero de Dios, heme aquí.

AUTORA: CHARLOTTE ELLIOT, TRAD. T. M. WESTRUP
(TOMADO DE HIMNOS DE FE Y ALABANZA, # 344)

La justificación (La situación legal correcta delante de Dios)

¿Cómo y cuándo obtenemos una situación legal correcta delante de Dios?

EXPLICACIÓN Y BASES BÍBLICAS

En los capítulos anteriores hablamos del llamamiento del evangelio (mediante el cual Dios nos llama a confiar en Cristo para salvación), la regeneración (mediante la cual Dios nos imparte nueva vida espiritual), y la conversión (mediante la cual nosotros respondemos al evangelio con arrepentimiento de pecado y fe en Cristo para salvación). Pero, *¿qué de la culpa de nuestro pecado?* El evangelio nos invita a confiar en Cristo en cuanto al perdón de nuestros pecados. La regeneración hace posible que respondamos a esa invitación. En la conversión respondimos, confiando en Cristo para el perdón de los pecados. El siguiente paso ahora en el proceso de aplicación de la redención es que Dios debe responder a nuestra fe y hacer lo que prometió, esto es, declarar que nuestros pecados quedan perdonados. Esta debe ser una *declaración legal* concerniente a nuestra relación con las leyes de Dios, estableciendo que estamos completamente perdonados y que ya no estamos sujetos a ningún castigo.

Una comprensión correcta de la justificación es absolutamente esencial para toda la fe cristiana. Una vez que Martín Lutero se dio cuenta cabal de la verdad de la justificación solo por la fe, se convirtió en cristiano y se sintió rebosar con el gozo recién encontrado del evangelio. El asunto primario de la reforma protestante fue la controversia con la Iglesia Católica Romana sobre la justificación. Si vamos a salvaguardar la verdad del evangelio para futuras generaciones, debemos entender la verdad de la justificación. Incluso hoy, un entendimiento correcto de la justificación es la línea que divide el evangelio bíblico de la salvación de solo por la fe y todos los evangelios falsos de salvación basados en las buenas obras.

Cuando Pablo nos da una perspectiva general del proceso mediante el cual Dios nos aplica la salvación, menciona explícitamente la justificación: «A los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también glorificó» (Ro 8:30). Como explicamos en el capítulo anterior, la palabra *llamó* aquí se refiere al llamamiento eficaz del evangelio, que incluye la regeneración y produce de nuestra parte la respuesta de arrepentimiento y fe (o conversión). Después del llamamiento eficaz y de la respuesta que inicia de nuestra parte, el paso siguiente en la aplicación de la redención es la «justificación». Pablo menciona aquí que esto es algo que Dios mismo hace: «A los que llamó, a éstos también justificó».

Además, Pablo enseña con bastante claridad que esta justificación viene *después* de nuestra fe y es la *respuesta de Dios a nuestra fe*. Él dice que Dios es «el que justifica a los que tienen fe en Jesús» (Ro 3:26), y que «todos somos justificados por fe, y no por las obras que la ley exige» (Ro 3:28). Él dice: «Justificados mediante la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Ro 5:1). Además, «nadie es justificado por las obras que demanda la ley, sino por la fe en Jesucristo» (Gá 2:16).

¿Qué es, pues, la justificación? La podemos definir de la manera siguiente: *La justificación es un acto legal instantáneo de parte de Dios mediante el cual él (1) declara que nuestros pecados están perdonados y que la justicia de Cristo nos pertenece, y (2) nos declara justos ante sus ojos.*

Al explicar los elementos de esta definición, consideraremos primero la segunda parte de la misma, el aspecto de la justificación mediante el cual Dios «nos declara justos ante sus ojos». Tratamos estos elementos en orden inverso porque el énfasis del Nuevo Testamento en el uso de la palabra justificación y los términos relacionados está en la segunda parte de la definición: la declaración legal de Dios. Pero también hay pasajes que muestran que esta declaración está basada en el hecho de que Dios primero declara la justicia que nos pertenece. De modo que ambos aspectos deben ser considerados, aun cuando los términos del Nuevo Testamento que denotan justificación se enfocan en la declaración legal de Dios

A. La justificación incluye una declaración legal de parte de Dios

El uso de la palabra *justificar* en la Biblia indica que la justificación es una declaración legal de Dios. El verbo *justificar* en el Nuevo Testamento (gr. *dikaioo*) tiene una gama de significados, pero el sentido más común es el de «declarar justo». Por ejemplo, leemos: «Y todo el pueblo y los publicanos, cuando lo oyeron, *justificaron* a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan» (Lc 7:29, RVR 1960). Por supuesto, el pueblo y los recaudadores de impuestos no *hicieron* a Dios justo: sería imposible que alguno de nosotros pudiera hacerlo. Más bien ellos *declararon* que Dios era justo. Este es también el sentido del término en pasajes donde el Nuevo Testamento habla acerca de que nosotros hemos sido declarados justos por Dios (Ro 3:20, 26, 28; 5:1; 8:30; 10:4; Gá 2:16; 3:24). Este sentido es particularmente evidente, por ejemplo, en Romanos 4:5: «Mas al que no obra, sino cree en aquel que *justifica al impío*, su fe le es contada por justicia (RVR 1960)». Pablo no puede estar diciendo que Dios «hace que los impíos sean justos» (al cambiarlos en su interior y hacerlos moralmente perfectos), porque entonces ellos tendrían méritos u obras propias de las que depender. Más bien, él quiere decir que Dios declara que los impíos son justos ante sus ojos, no en base de sus buenas obras, sino en respuesta a su fe.

La idea de que la justificación es una declaración legal es también bastante evidente cuando se contrasta la justificación con la condenación. Pablo dice: «¿Quién acusará a los que Dios ha escogido? Dios es el que *justifica*. ¿Quién es el que condenará?» (Ro 8:33-34). «Condenar» a alguien es declarar que esa persona es culpable. Lo opuesto a la condenación es la justificación, que, en este contexto, debe significar «declarar que alguien no es culpable». Esto es también evidente en el hecho de que el acto de Dios de justificar se da al responder Pablo a la posibilidad de que

alguien presente acusaciones o cargos en contra del pueblo de Dios. Una declaración así de culpabilidad no puede sostenerse ante la realidad de la declaración de Dios de justicia.

Algunos ejemplos en el Antiguo Testamento de la palabra justificar (gr. *dikaoo* en la Septuaginta, cuando se traduce *tsadak*, «justificar») da apoyo a este entendimiento. Por ejemplo, leemos de jueces que deciden un caso «absolviendo [justificando] al inocente y condenando al culpable» (Dt 25:1). De manera que en este caso «justificar» debe significar «declarar que es justo o no culpable», del mismo modo que «condenar» significa «declarar culpable». No tendría sentido decir que «justificar» aquí significa «hacer que alguien sea interiormente bueno», porque los jueces no hacen, ni pueden hacerlo, que alguien sea bueno dentro de su ser. Como tampoco la acción del juez de condenar al impío hace que esa persona sea mala en su interior; simplemente está declarando que esa persona es culpable con respecto a un delito en particular que ha sido presentado ante el tribunal (cf. Éx 23:7; 1 R 8:32; 2 Co 6:23). Del mismo modo, Job rehúsa decir que sus amigos que le consolaban tuvieran razón en lo que le decían: «Jamás podré admitir que ustedes tengan razón» (Job 27:5, usando los mismos términos en hebreo y griego que se traduce «justificar»). La misma idea la encontramos en Proverbios: «Absolver al culpable y condenar al inocente son dos cosas que el Señor aborrece» (Pr 17:15). Aquí la idea de la declaración legal es especialmente fuerte. Desde luego no sería una abominación para el Señor si «justificar» significara «hacer a alguien bueno o justo en su ser interior». En ese caso, «justificar al impío» sería algo muy bueno a los ojos del Señor. Pero si «justificar» significara «declarar justo», está perfectamente claro por qué el que «justifica al impío» es una abominación para el Señor. Del mismo modo, Isaías condena «a los que *justifican* al impío mediante cohecho» (Is 5:23); de nuevo, «justificar» significa «declarar que es justo» (usado aquí en el contexto de una declaración legal).

Pablo usa con frecuencia la palabra en este sentido de «*declarar ser justo*» o «*declarar no ser culpable*» cuando habla de que Dios nos justifica, su declaración de que nosotros, aunque pecadores convictos, somos, no obstante, justos ante sus ojos. Es importante enfatizar que esta declaración legal no cambia por sí misma para nada nuestra naturaleza o carácter interior. En este sentido de «justificar», Dios hace una declaración legal acerca de nosotros. Esta es la razón por la que los teólogos han dicho también que la justificación es *forense*, y esta palabra denota lo que «tiene que ver con procedimientos legales».

John Murray hace una distinción importante entre regeneración y justificación:

La regeneración es algo que Dios hace en nosotros; la justificación es un juicio de Dios con respecto a nosotros. Esa diferencia es semejante a la diferencia entre lo que hace un cirujano y lo que hace un juez. Cuando el cirujano nos extirpa un cáncer interno hace algo dentro de nosotros. Eso no es lo que hace el juez: el juez da un veredicto en cuanto a nuestra posición judicial. Si somos inocentes, así lo declara.

La pureza del evangelio está ligada al reconocimiento de esta diferencia. Si se confunde la justificación con la regeneración o santificación, queda abierta la

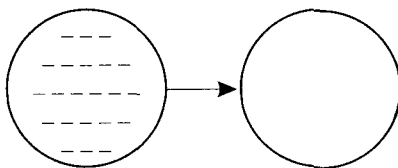
puerta para la perversión del evangelio en su esencia. La justificación es todavía el artículo sobre el cual se mantiene o cae la iglesia.¹

B. Dios declara que somos justos ante sus ojos

En la declaración legal de Dios de la justificación, declara específicamente que somos justos *ante sus ojos*. Esta declaración abarca dos aspectos. Primero, significa que declara que no tenemos que pagar un castigo por el pecado, incluyendo los pecados pasados, presentes y futuros. Después de una larga reflexión sobre la justificación solo por la fe (Ro 4:1—5:21), y una reflexión parentética sobre la permanencia del pecado en la vida cristiana, Pablo regresa a su argumento principal en el libro de Romanos y dice lo que es cierto de los que han sido justificados por la fe: «Por lo tanto, *ya no hay ninguna condenación* para los que están unidos a Cristo Jesús» (Ro 8:1). En este sentido los que están justificados ya no tienen ningún castigo que pagar por el pecado. Esto quiere decir que no estamos sujetos a ninguna acusación de culpabilidad o condenación: «¿Quién acusará a los que Dios ha escogido? Dios es el que *justifica*. ¿Quién condenará?» (Ro 8:33-34).

La idea de un perdón completo de los pecados es prominente cuando Pablo habla de la justificación solo por la fe en Romanos 4. Cita a David cuando pronuncia una bendición sobre «aquel a quien Dios le atribuye justicia sin la mediación de las obras». Después recuerda cuando David dice: «¡Dichosos aquellos a quienes se les perdonan las transgresiones y se les cubren los pecados! ¡Dichoso aquel cuyo pecado el Señor no tomará en cuenta!» (Ro 4:6-8). Tal justificación, por tanto, incluye claramente el perdón de los pecados. David habla de la misma forma en el Salmo 103:12: «Tan lejos de nosotros echó nuestras transgresiones como lejos del oriente está el occidente» (cf. v. 3).

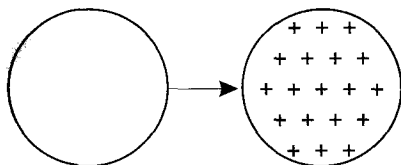
Pero si Dios solo declarara que estamos *perdonados de nuestros pecados*, no resolvería nuestros problemas del todo, porque eso solo nos haría moralmente neutros delante de Dios. Estaríamos en el estado en que Adán se encontraba antes de que hubiera hecho algo bueno o malo ante los ojos de Dios: no era culpable ante Dios, pero tampoco tenía un historial de justicia ante Dios. Este primer aspecto de la justificación, en el cual Dios declara que nuestros pecados están perdonados, lo podemos representar mediante la figura 36.1, en la que los signos de menos representan pecados en nuestra cuenta que han sido completamente perdonados en la justificación.



EL PERDÓN DE PECADOS ES UNA PARTE DE LA JUSTIFICACIÓN
Figura 36.1

¹John Murray, *Redemption Accomplished and Applied*, p. 121.

Sin embargo, ese movimiento no es suficiente para que obtengamos el favor de Dios. Debemos movernos más bien desde un punto de neutralidad moral a otro punto en el que tengamos una justicia positiva delante de Dios, la justicia de una vida de perfecta obediencia a él. Nuestra necesidad la podemos representar, por tanto, como en la figura 36.2, en la que el signo de más indica un registro de justicia delante de Dios.



LA ADJUDICACIÓN DE LA JUSTICIA DE CRISTO A NUESTRO FAVOR ES LA OTRA PARTE DE LA JUSTIFICACIÓN

Figura 36.2

Por tanto, el segundo aspecto de la justificación es que Dios debe declarar que no somos solo *neutrales* ante sus ojos, sino que somos *justos* ante sus ojos. De hecho, él debe declarar que tenemos los méritos de la perfecta justicia ante él. El Antiguo Testamento a veces presenta a Dios como dando esa justicia a su pueblo aun cuando este no la ha ganado por sí mismo: «Me deleito mucho en el Señor; me regocijo en mi Dios. Porque él me vistió con ropas de salvación y me cubrió con el manto de la justicia» (Is 61:10). Pero Pablo habla más específicamente acerca de esto en el Nuevo Testamento. Como solución para nuestra necesidad de justicia, el apóstol nos dice que «ahora, sin la mediación de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, de la que dan testimonio la ley y los profetas. Esta justicia de Dios llega, mediante la fe en Jesucristo, a todos los que creen» (Ro 3:21-22). Él dice: «Creyó Abraham a Dios, y esto se le tomó en cuenta como justicia» (Ro 4:3, citando Gn 15:6). Esto sucedió gracias a la obediencia de Cristo, porque Pablo dice al final de esta amplia reflexión sobre la justificación por la fe que «por la obediencia de uno solo muchos serán *constituidos justos*» (Ro 5:19). Entonces, el segundo aspecto de la declaración de Dios en la justificación es que tenemos los méritos de la perfecta justicia delante de él.

Pero surge la pregunta: ¿Cómo puede Dios declarar que no tenemos castigo que pagar por el pecado, y que tenemos los méritos de la perfecta justicia, si en realidad somos pecadores culpables? ¿Cómo puede Dios declarar que no somos culpables sino justos cuando en realidad somos injustos? Estas preguntas nos llevan al siguiente punto.

C. Dios puede declarar que somos justos porque nos atribuye la justicia de Cristo

Cuando decimos que Dios nos atribuye la justicia de Cristo queremos decir que Dios ve la justicia de Cristo como nuestra, o considera que nos pertenece a nosotros. Él lo acredita en nuestra cuenta. Leemos: «Creyó Abraham a Dios, y esto se le tomó en cuenta como justicia» (Ro 4:3, citando Gn 15:6). Pablo explica: «Al que

no trabaja, sino que cree en el que justifica al malvado, *se le toma en cuenta la fe como justicia*. David dice lo mismo cuando habla de la dicha de aquel a quien Dios le *atribuye justicia sin la mediación de las obras*» (Ro 4:5-6). De esta manera la justicia de Cristo viene a ser nuestra. Pablo dice que nosotros somos «los que reciben en abundancia la gracia y el don de la justicia» (Ro 5:17).

Esta es la tercera vez al estudiar las doctrinas de las escrituras que nos hemos encontrado con la idea de *atribuir* culpa o justicia a alguien. Primero, cuando Adán pecó, su culpa nos fue imputada a nosotros; Dios el Padre lo vio como que nos pertenecía y, por tanto, lo hizo.² Segundo, cuando Cristo sufrió y murió por nuestros pecados, nuestro pecado le fue *imputado* a Cristo; Dios lo vio como que le pertenecía, y Jesús pagó el castigo correspondiente.³ Ahora vemos en la doctrina de la justificación algo similar por tercera vez. La justicia de Cristo es *adjudicada* a nosotros, y, por tanto, Dios *considera* que nos pertenece. No es nuestra propia justicia sino la justicia de Cristo la que nos acreditan. Por eso Pablo puede decir que Dios hizo que Cristo fuera hecho «nuestra sabiduría, es decir, nuestra *justificación*, santificación y redención» (1 Co 1:30). Y Pablo dice que su meta es ser encontrado en Cristo, pues no quiere su «propia justicia que procede de la ley, sino la que se obtiene mediante la fe en Cristo, la *justicia que procede de Dios*, basada en la fe» (Fil 3:9). El apóstol sabe que la justicia que tiene delante de Dios no está basada en algo que él haya hecho; es la justicia de Dios que nos viene por la fe en Cristo Jesús (cf. Ro 3:21-22).⁴

Es fundamental para la esencia del evangelio insistir en que Dios nos declara justos no en base a nuestra condición real de justicia o santidad, sino más bien sobre la base de la justicia perfecta de Cristo, que según él nos pertenece. Esta fue la esencia de la diferencia entre el protestantismo y el catolicismo romano en el tiempo de la Reforma. El protestantismo desde el tiempo de Martín Lucero ha insistido en que la justificación *no* nos cambia interiormente y no es una declaración basada en ninguna manera en bondad alguna que tengamos en nosotros. Si la justificación nos cambiara en nuestro ser interno y entonces nos declarara justos basado en cuán buenos éramos, (1) nunca podríamos ser declarados perfectamente justos en esta vida, porque el pecado permanece siempre en nuestra vida, y (2) no habría provisión para el perdón de los pecados pasados (que cometimos antes de haber sido cambiados interiormente), y, por tanto, nunca podríamos tener seguridad de estar en una situación correcta con Dios. Perderíamos la seguridad que Pablo tiene cuando dice: «*Ya que hemos sido justificados mediante la fe*, tenemos paz con Dios por

²Vea el capítulo 24, pp. 517-19, sobre la idea del pecado de Adán que es imputado a nosotros.

³Vea el capítulo 27, pp. 601-02, sobre el hecho de que nuestra culpa le fue imputada a Cristo. Pablo dice: «Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en él recibiéramos la justicia de Dios» (2 Co 5:21).

⁴A veces oímos la explicación popular de que justificado significa «como si yo nunca hubiera pecado». Esa definición es un hábil juego de palabras y contiene un elemento de verdad (porque la persona justificada, como la persona que nunca ha pecado, no tiene castigo que pagar por el pecado). Pero la definición es engañosa en otras dos formas porque (1) no menciona nada acerca del hecho de que la justicia de Cristo es imputada a mi favor cuando soy justificado; para hacer esto tendría que decir también «así como he vivido una vida de perfecta obediencia». (2) Pero lo que es más importante, no puede representar adecuadamente el hecho de que *nunca* estaré en un estado de «así como nunca he pecado», porque yo *estaré* siempre consciente del hecho de que *he* pecado y que no soy una persona inocente sino una persona culpable que ha sido perdonada. Esto es muy diferente de «así como yo nunca había pecado». Además, es diferente de «así como yo había vivido una vida de perfecta justicia», porque siempre conoceré que *no he* vivido una vida de perfecta justicia, sino que he recibido la justicia de Cristo como un don de la gracia de Dios.

medio de nuestro Señor Jesucristo» (Ro 5:1).⁵ Si pensamos que la justificación está basada en lo que somos interiormente, nunca tendríamos la confianza de decir con Pablo: «Ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús» (Ro 8:1). No tendríamos seguridad de perdón con Dios, ni confianza de poder acercarnos a él «con corazón sincero y con la plena seguridad que da la fe» (He 10:22). No podríamos hablar de la abundante «gracia y el don de la justicia» (Ro 5:17), o decir que «la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Ro 6:23).

La interpretación tradicional católica romana de la justificación es muy diferente. La Iglesia Católica Romana entiende la justificación como algo que nos cambia en nuestro interior y nos hace más santos por dentro. «Según la enseñanza del Concilio de Trento, la justificación es “santificación y renovación del hombre interior”». ⁶ Con el fin de que la justificación empiece, uno debe empezar siendo bautizado y luego (como un adulto) continuar teniendo fe: «La causa instrumental ... de la primera justificación es el sacramento del bautismo». ⁷ Pero «la justificación del adulto no es posible sin fe... En cuanto a lo que tiene que ver con el contenido de la fe que justifica, la llamada fe fiduciaria no es suficiente. Lo que se demanda es una fe dogmática o teológica (fe confesional) que consiste de la aceptación firme de las verdades divinas de la revelación». ⁸ De manera que el bautismo es el medio a través del cual se obtiene primero la justificación, y entonces la fe es necesaria si el adulto va a recibir la justificación o continuar en el estado de justificación. Ott explica que «la llamada fe fiduciaria» no es suficiente, lo que quiere decir que la fe que simplemente confía en Cristo para el perdón de los pecados no es suficiente. Debe ser una fe que acepta el contenido de la enseñanza de la Iglesia Católica, «una fe dogmática o teológica».

Podemos decir que según el concepto católico la justificación no está basada en la justicia *adjudicada* sino en la justicia *infundida*, esto es, la justicia que Dios en realidad *pone en nosotros* y que nos cambia en nuestro ser interior y en términos de nuestro carácter moral real. Entonces nos da varias medidas de justificación conforme a la medida de la justicia que él ha infundido o puesto en nosotros.

El resultado de esta interpretación católica romana de la justificación es que las personas no pueden estar seguras de si están en un «estado de gracia» donde experimentan la completa aceptación y favor de Dios. La Iglesia Católica enseña que las personas no pueden estar seguras de que están en un «estado de gracia» a menos que reciban a este efecto una revelación especial de parte de Dios. El Concilio de Trento declaró:

⁵El participio pasivo aoristo *dikaiothes* puesto delante del verbo principal transmite el sentido de un suceso completado antes del tiempo presente del verbo principal, «tenemos paz», dando el sentido de que «puesto que hemos sido justificados por la fe, tenemos paz».

⁶Ludwig Ott, *Fundamentals of Catholic Dogma*, p. 257, también citado con permiso en la p. 250. Debemos indicar que Ott representa un catolicismo más tradicional, anterior al Concilio Vaticano II, y que muchos católicos romanos contemporáneos han buscado un entendimiento de la justificación que está más cerca de la perspectiva protestante.

⁷Ibid., p. 251.

⁸Ibid., pp. 252-53.

Si uno considera su propia debilidad y su disposición defectuosa, bien puede que esté temeroso o ansioso en cuanto a su estado de gracia, pues nadie conoce con seguridad de fe, que no permite error, que haya alcanzado la gracia de Dios.

Ott comenta en cuanto a esta declaración:

Esta incertidumbre del estado de gracia se debe a esto, que sin una revelación especial nadie puede con certeza de fe saber si ha cumplido o no todas las condiciones que son necesarias para alcanzar la justificación. La imposibilidad de de la certidumbre de fe, sin embargo, no excluye bajo ningún concepto una elevada certidumbre moral respaldada por el testimonio de la conciencia.⁹

Además, puesto que la Iglesia Católica Romana ve la justificación como incluyendo algo que Dios hace dentro de nosotros, le sigue que las personas pueden experimentar varios grados de justificación. Leemos: «El grado de gracia justificadora no es idéntico en todos los justos» y «la gracia puede aumentarse mediante las buenas obras».¹⁰ Ott explica cómo este punto de vista católico difiere del de los reformadores protestantes: «Como los reformadores consideraron erróneamente la justificación como solo la adjudicación externa de la justicia de Cristo, se vieron también obligados a sostener que la justificación es idéntica en todos los hombres. El Concilio de Trento, sin embargo, declaró que la medida de la gracia de la justificación recibida varía en la persona que es justificada, conforme a la medida de la libre distribución de Dios y de la disposición y de la cooperación del recipiente mismo».¹¹

Por último, la consecuencia lógica de esta perspectiva de la justificación es que nuestra vida eterna con Dios no está basada solo en la gracia de Dios, sino también parcialmente en nuestros propios méritos: «Para el justificado la vida eterna es tanto un don de gracia prometido por Dios como una recompensa por sus propias buenas obras y méritos... Las obras beneficiosas son, al mismo tiempo, dones de Dios y acciones meritorias del hombre».¹²

Para apoyar esta perspectiva de la justificación con las Escrituras, Ott combina repetidas veces pasajes del Nuevo Testamento que hablan no solo de la justificación, sino también de otros muchos aspectos de la vida cristiana, como la regeneración (que Dios obra en nosotros), la santificación (que es un proceso en la vida cristiana y que, por supuesto, varía de un individuo a otro), la posesión y uso de varios dones espirituales en la vida cristiana (lo cual difiere de individuo a individuo) y la recompensa eterna (que también varía según cada individuo). Clasificar todos estos pasajes bajo la categoría de «justificación» solo hace borroso el asunto y al final hace el perdón de los pecados y nuestra posición legal delante de Dios un asunto de mérito propio, no de un regalo de Dios. Por tanto, este emborronamiento de distinciones al final destruye lo central del evangelio.

⁹Ibid., pp. 261-62.

¹⁰Ibid., p. 262.

¹¹Ibid., p. 262.

¹²Ibid., p. 264.

Esto es lo que Martín Lutero vio con tanta claridad y es lo que dio una motivación tan grande a la Reforma. Cuando las buenas noticias del evangelio se convirtieron de verdad en buenas noticias de salvación gratuita y total en Cristo Jesús, se extendió como un incendio imparable por todo el mundo civilizado. Pero esto fue solo una recuperación del evangelio original, el cual declara: «La paga del pecado es muerte, mientras que *la dádiva de Dios* es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Ro 6:23), e insiste: «*Ya no hay ninguna condenación* para los que están unidos a Cristo Jesús» (Ro 8:1).

D. La justificación nos viene únicamente por la gracia de Dios, no en base de mérito alguno que tengamos

Después de que Pablo explica en Romanos 1:18—3:20 que nadie podrá jamás hacerse justo ante los ojos de Dios («Nadie será justificado en presencia de Dios por hacer las obras que exige la ley», Ro 3:20), el apóstol continúa explicando que «todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó» (Ro 3:23-24). La «gracia» de Dios significa «favor inmerecido». Como definitivamente no podemos ganar el favor de Dios, la única manera en que podemos ser declarados justos es que Dios gratuitamente nos provea de la salvación por gracia, totalmente aparte de nuestras obras. Pablo explica: «Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte» (Ef 2:8-9, cf. Tit 3:7). La gracia aparece claramente contrastada con las obras o méritos como la razón por la que Dios está dispuesto a justificarnos. Dios no tenía ninguna obligación de imputar nuestro pecado a Cristo ni de adjudicarnos a nosotros la justicia de Cristo; fue solo por su gracia inmerecida que lo hizo.

A diferencia de la enseñanza de la Iglesia Católica Romana de que somos justificados por la gracia de Dios *además de algunos méritos propios nuestros* al hacernos idóneos de recibir la gracia de la justificación y crecer nosotros en este estado de gracia por medio de nuestras buenas obras, Lutero y los otros reformadores insistieron en que la justificación viene *solo* por gracia, no por la gracia y algunos otros méritos de nuestra parte.

E. Dios nos justifica por medio de nuestra fe en Cristo

Cuando empezamos este capítulo notamos que la justificación viene después de la fe salvadora. Pablo deja en claro esta secuencia cuando dice: «Nosotros hemos puesto nuestra fe en Cristo Jesús, *para ser justificados por la fe* en él y no por las obras de la ley; porque por éstas nadie será justificado» (Gá 2:16). Pablo nos indica aquí que la fe viene primero y que es con el propósito de ser justificado. También dice que a Cristo se le «recibe por la fe» y que Dios es «el que justifica a los que tienen fe en Jesús» (Ro 3:25, 26). Todo el capítulo 4 de Romanos es una defensa del hecho de que somos justificados por la fe, no por obras, del mismo modo que lo fueron Abraham y David. Pablo dice que somos «justificados mediante la fe» (Ro 5:1).

Las Escrituras nunca dicen que somos justificados por la bondad inherente de nuestra fe, como si nuestra fe tuviera méritos delante de Dios. Nunca nos permiten pensar que nuestra fe nos ganará por sí misma el favor de Dios. Más bien, las Escrituras dicen que somos justificados «por medio de la fe», entendiéndose fe como el instrumento por medio del cual nos es dada la justificación, pero no es para nada una actividad que nos gane méritos o el favor de Dios, sino que somos justificados solo por los méritos de la obra de Cristo (Ro 5:17-19).¹³

Pero podemos preguntarnos por qué escoge Dios la *fe* para que sea la actitud de corazón mediante la cual obtenemos la justificación. ¿Por qué Dios no ha decidido dar la justificación a todos los que muestran amor? ¿O que muestran gozo? ¿O contentamiento? ¿O humildad? ¿O sabiduría? ¿Por qué Dios escogió la *fe* como el medio de recibir la justificación?

Es al parecer porque la *fe* es la actitud del corazón que es exactamente lo opuesto a depender de nosotros mismos. Cuando vamos a Cristo en fe estamos diciendo esencialmente: «¡Me rindo! Ya no voy a depender de mí mismo ni de mis buenas obras. Sé que no voy a poder arreglar las cosas con Dios por mí mismo. Por tanto, Señor Jesús, confío en ti y dependo por completo de ti para que me des una posición de justo delante de Dios». De esta manera, la *fe* es exactamente lo opuesto de confiar en nosotros mismos, y, por tanto, es la actitud que lleva a la salvación porque no depende para nada de los méritos propios sino de la dádiva de la gracia de Dios. Pablo lo explica bien cuando dice: «Por eso la promesa *viene por la fe, a fin de que por la gracia quede garantizada* a toda la descendencia de Abraham» (Ro 4:16). Por eso todos los reformadores desde Martín Lutero en adelante fueron tan firmes en su insistencia de que la justificación no viene por medio de la fe más algunos méritos o buenas obras de nuestra parte, sino *solo por la fe*. «Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto¹⁴ no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte» (Ef 2:8-9). Pablo dice repetidas veces que «nadie será justificado en presencia de Dios por hacer las obras que exige la ley» (Ro 3:20); la misma idea la encontramos repetida en Gálatas 2:16; 3:11; 5:4.

¿Pero encaja esto bien con la epístola de Santiago? ¿Qué puede querer decir Santiago cuando dice: «Vosotros veis, pues, que el hombre es *justificado por las obras*, y no solamente por la fe» (Stg 2:24, RVR 1960). Debemos darnos cuenta que Santiago está usando aquí la palabra *justificar* en un sentido diferente del que Pablo la usa. En el comienzo de este capítulo notamos que la palabra *justificar* tiene varios

¹³Un ejemplo de la vida ordinaria lo podemos ver cuando se recibe un cheque de salario por trabajo que se le ha hecho a un empleador. El «medio» o «instrumento» que uso para conseguir este cheque de pago es la acción de extender mi mano y recoger el sobre del buzón de correos, y luego abrirlo y sacar el cheque. Pero mi empleador no me paga por hacer ninguna de estas acciones. El cheque es todo completo por trabajo que hice antes de eso. En realidad recoger el cheque no me llevó a ganar ni un centavo del dinero recibido, fue solo el *instrumento* o *medio* que usé para tomar posesión de mi dinero. Del mismo modo, la fe es el *instrumento* que usamos para recibir la justificación de parte de Dios, pero no gana en sí misma ningún mérito para con Dios. (La analogía es útil aunque no es perfecta, porque yo había trabajado previamente para ganar el dinero, mientras que la justificación está basada en la obra de Cristo. La analogía sería más útil si yo hubiera trabajado y entonces hubiera muerto, y mi esposa entonces hubiera recogido el cheque del buzón de correos.)

¹⁴La palabra que traducimos «esto» es el pronombre neutro *touto*, que se refiere no a la «fe» o a la «gracia» específicamente en la cláusula anterior (porque ambas son nombres femeninos en el griego, y hubiera requerido pronombres femeninos), sino que toda la idea queda expresada en la frase precedente, la idea de que usted ha sido salvado por gracia por medio de la fe.

significados, y que uno de ellos es «declarar que alguien es justo», pero también debiéramos notar que la palabra griega *dikaioo* también puede significar «demostrar o mostrar ser justo». Por ejemplo, Jesús dijo de los fariseos: «Vosotros sois los que os *justificáis* a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones» (Lc 16:15, RVR 1960). Lo que se quiere decir aquí no es que los fariseos iban por ahí haciendo declaraciones de que ellos «no eran culpables» delante de Dios, sino más bien que ellos estaban siempre intentando *mostrar a otros* que eran justos por sus obras externas. Jesús sabía que la verdad era otra: «Mas Dios conoce vuestros corazones» (Lc 16:15). Del mismo modo, el abogado que quiso probar a Jesús preguntándole quién heredaría la vida eterna, respondió bien a la primera pregunta de Jesús; pero cuando el Señor le dijo: «Haz eso y vivirás», no se sintió satisfecho. Lucas nos dice: «*Pero él quería justificarse*, así que le preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?» (Lc 10:28-29). Él no estaba deseando dar una declaración legal acerca de sí mismo de que no era culpable ante los ojos de Dios; sino que más bien estaba deseando mostrar que «él era justo» delante de los demás que estaban escuchando. Otros ejemplos de la palabra *justificar* significando «mostrar que se es justo» los podemos encontrar en Mateo 11:19; Lc 7:35; Romanos 3:4.

Nuestra interpretación de Santiago 2 depende no solo del hecho de que «mostrar ser justo» es un sentido aceptable de la palabra *justificado*, sino también de que este sentido encaja bien en el contexto de Santiago 2. Cuando Santiago dice: «¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?» (v. 21, RVR 1960) se está refiriendo a algo que ocurrió después en la vida de Abraham, la historia del sacrificio de Isaac, que sucedió en Génesis 22. Esto fue mucho después del tiempo registrado en Génesis 15:6 donde Abraham creyó a Dios «y le fue contado por justicia». No obstante, este incidente temprano al comienzo de las relaciones de pacto de Abraham con Dios es la que Pablo cita y se refiere a ella repetidas veces en Romanos 4. Pablo está hablando del tiempo cuando Dios justificó a Abraham de una vez y para siempre, considerándole justo como resultado de su fe en Dios. Pero Santiago está hablando acerca de algo que vino mucho más tarde, después de que Abraham esperó muchos años el nacimiento de Isaac, y aun después de que Isaac hubiera crecido lo suficiente para cargar con leña para el sacrificio hasta lo alto de la montaña. En ese momento Abraham «mostró que era justo» por sus obras, y en ese sentido Santiago dice que Abraham «fue justificado por las obras ... cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar» (Stg 2:21).¹⁵

Lo que más le interesa a Santiago en esta sección también encaja con este entendimiento. Santiago está interesado en mostrar que solo estar de acuerdo intelectualmente con el evangelio es una «fe» que en realidad no lo es. Está interesado en argumentar en contra de los que dicen que tienen fe, pero no muestran cambios en sus vidas. Dice: «Muéstrame tu fe sin las obras, y yo te mostraré la fe por mis obras» (Stg 2:18). «Porque como el cuerpo sin el espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta» (Stg 2:26). Santiago está diciendo sencillamente aquí que la «fe» que no tiene resultados u «obras» no es una fe verdadera para nada: es

¹⁵Santiago cita el texto, «Le creyó Abraham a Dios, y esto se le tomó en cuenta como justicia» en el v. 23, pero dice que «se cumplió la Escritura» cuando Abraham ofreció a su hijo, queriendo decir al parecer que la anterior declaración de justicia fue realizada y sus resultados se pudieron ver como verdaderos en la vida de Abraham cuando ofreció a Isaac sobre el altar.

una fe «muerta». Él no está negando la enseñanza clara de Pablo que la justificación (en el sentido de la declaración de una situación legal correcta ante Dios) es solo por fe aparte de las obras de la ley; él está sencillamente afirmando una verdad diferente: que la «justificación» en el sentido de una muestra exterior de que uno es justo solo ocurre cuando se ven sus evidencias en la vida de la persona. Para parafrasear, Santiago está diciendo que una «*persona muestra que es justa* con sus obras, y no solo por su fe». Esto es algo con lo que sin duda Pablo estaba de acuerdo (2 Co 13:5; Gá 5:19-24).

Las implicaciones prácticas de la doctrina de la justificación solo por la fe son muy importantes. Primera, esta doctrina nos permite ofrecer genuina *esperanza* a los incrédulos que saben que nunca podrán hacerse a sí mismos justos ante los ojos de Dios. Si la salvación es regalo que se recibe solo por medio de la fe, cualquiera que oye el evangelio puede tener la esperanza de que la vida eterna se ofrece gratis y puede obtenerse.

Segunda, esta doctrina nos da confianza en que Dios nunca nos va a hacer pagar por los pecados que han sido perdonados en base de los méritos de Cristo. Por supuesto, podemos continuar sufriendo las *consecuencias* ordinarias del pecado (como un alcohólico que deja de tomar puede todavía tener debilidad física por el resto de su vida, y un ladrón que es justificado puede que todavía tenga que ir a la cárcel para pagar por su delito). Además, Dios puede *disciplinarnos* si seguimos actuando en caminos que son de desobediencia para él (vea He 12:5-11), y lo hace por amor y para nuestro bien. Pero Dios no puede, ni nunca lo hará, *vengarse* de nosotros por pecados pasados ni *hacernos pagar el castigo* que corresponde por ellos ni *castigarnos por causa de su ira* y con el *propósito de dañarnos*. «Por tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús» (Ro 8:1). Este hecho debiera proporcionarnos un gran sentido de gozo y confianza delante de Dios porque el nos ha aceptado y estamos en su presencia como «no culpable» y «justos» para siempre.

PREGUNTAS DE APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Está seguro de que Dios lo ha declarado a usted «no culpable» para siempre ante sus ojos? ¿Sabe usted lo que ha ocurrido en su propia vida? ¿Hizo usted o pensó algo que resultó en que Dios lo justificara? ¿Hizo usted algo para merecer la justificación? Si usted no está seguro de que Dios lo ha justificado completamente y para siempre, ¿hay algo que necesita usted hacer antes de que eso suceda? ¿Qué le persuadirá a usted de que Dios ciertamente le ha justificado?
2. Si usted estuviera en el día del juicio en la presencia de Dios, ¿pensaría usted que es suficiente con solo tener todos sus pecados perdonados, o sentiría usted la necesidad de tener la justicia de Cristo adjudicada a su favor?
3. ¿Piensa usted que la diferencia entre el concepto católico romano y el protestante de la justificación es importante? Describa cómo se sentiría usted acerca de sus relaciones con Dios si sostuviera la perspectiva católico romana sobre la justificación. ¿Cree que los católicos modernos que usted conoce

sostienen esa perspectiva tradicional de la justificación o tienen otra opinión?

4. ¿Se ha preguntado usted alguna vez si Dios continúa castigándole de vez en cuando por los pecados que cometió en el pasado, incluso hace mucho tiempo? ¿En qué forma la doctrina de la justificación le ayuda a lidiar con estos sentimientos?

TÉRMINOS ESPECIALES

forense
imputada

justicia infundida
justificación

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1297-1306.)

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)
 - 1882-92 Litton, 265-320
 - 1930 Thomas, 184-98, 210-20
2. Arminiana (wesleyana o metodista)
 - 1847 Finney, 382-402
 - 1875-76 Pope, 2:358-62, 402-51
 - 1892-94 Miley, 2:309-26
 - 1940 Wiley, 2:379-401
 - 1960 Purkiser, 287-92
3. Bautista
 - 1767 Gill, 1:291-300; 2:68-93
 - 1887 Boyce, 394-404
 - 1907 Strong, 846-68
 - 1917 Mullins, 389-401
 - 1983-85 Erickson, 954-61
4. Dispensacional
 - 1947 Chafer, 3:238-46
 - 1949 Thiessen, 271-76
 - 1986 Ryrie, 298-300
5. Luterana
 - 1917-24 Pieper, 2:3-54, 503-57
 - 1934 Mueller, 242-54, 367-83
6. Reformada (o presbiteriana)
 - 1559 Calvin, I, 725-833 (3. 11-18)
 - 1861 Heppe, 543-64
 - 1871-73 Hodge, 3:114-212
 - 1878 Dabney, 618-50
 - 1887-1921 Warfield, BTS 262-68

- 1889 Shedd, 2b:538-52
 1937-66 Murray, CW 2:202-22; RAA 117-31
 1938 Berkhof, 510-26
 1962 Buswell, 2:187-96
 7. Renovada (o carismática o pentecostal)
 1988-92 Williams, 2:61-82

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

1. Católica Romana: tradicional
 1955 Ott, 250-69

Otras obras

- Berkouwer, G. C. *Faith and Justification*. Trad. por Lewis B. Smedes. Eerdmans, Grand Rapids, 1954.
 Carson, D. A., ed. *Right With God: Justification in the Bible and the World*. Baker, Grand Rapids, 1992.
 Hoekema, Anthony A. «Justification». En *Saved by Grace*. Eerdmans, Grand Rapids, y Paternoster, Exeter, 1989, pp. 152-91.
 McGrath, Alister E. *Iustitia Dei: A History of the Christian Doctrine of Justification*. 2 vols. Cambridge University Press, Cambridge, 1986.
 ————. *Justification by Faith: An Introduction*. Zondervan, Grand Rapids, 1988.
 Morris, Leon. *The Apostolic Preaching of the Cross*. 3ª ed. Eerdmans, Grand Rapids, 1965, pp. 251-98.
 Murray, John. «Justification». En *Redemption Accomplished and Applied*. Eerdmans Grand Rapids, 1955, pp. 117-31.
 Packer, J. I. et al. *Here We Stand: Justification by Faith Today*. Hodder and Stoughton, London, 1986.
 ————. «Justification». En EDT pp. 593-97.
 Pink, A. W. *The Doctrines of Election and Justification*. Baker, Grand Rapids, 1974.
 Wright, N. T. «Justification». En NDT pp. 359-61.
 Ziesler, J. A. *The Meaning of Righteous in Paul*. Cambridge University, Cambridge, 1972.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

Romanos 3:27-28: ¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál principio? ¿Por el de la observancia de la ley? No, sino por el de la fe. Porque sostenemos que todos somos justificados por la fe, y no por las obras que la ley exige.

HIMNO

«Comprado con sangre por Cristo»

Comprado con sangre por Cristo,
con gozo al cielo yo voy;
librado por gracia infinita,
ya sé que su hijo yo soy.

Coro:

Lo sé, lo sé, comprado con sangre yo soy;
Lo sé, lo sé, con Cristo al cielo yo voy.

Soy libre de pena y culpa;
su gozo él me hace sentir;
Él llena de gracia mi alma;
con él es tan dulce vivir.

En Cristo yo siempre medito,
y nunca le puedo olvidar;
Callar sus favores no quiero;
voy siempre a Jesús alabar.

Yo sé que me espera corona,
la cual a los fieles dará
Jesús Salvador en el cielo;
mi alma con él estará.

AUTOR: FANNY J. CROSBY, TRAD. J. R. RÍOS Y W. C. BRAND
(TOMADO DE CELEBREMOS SU GLORIA, # 339).

La adopción (La membresía en la familia de Dios)

¿Cuáles son los beneficios de ser un miembro de la familia de Dios?

EXPLICACIÓN Y BASES BÍBLICAS

En la regeneración Dios nos da vida espiritual nueva en nuestro ser interior. En la justificación Dios nos da una posición legal correcta delante de él. Pero en la adopción él nos hace miembros de su familia. Por tanto, la enseñanza bíblica sobre la adopción se enfoca mucho más sobre las relaciones personales que la salvación nos da con Dios y con sus hijos.

A. Evidencias bíblicas de la adopción

Podemos definir la adopción como sigue: *La adopción es una acción de Dios mediante la cual él nos hace miembros de su familia.*

Juan menciona la adopción al comienzo de su evangelio, donde dice: «Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de *ser hijos de Dios*» (Jn 1:12). En consecuencia, los que no creen en Cristo no son hijos de Dios o adoptados en su familia, sino que son «hijos de ira» (Ef 2:3, RVR 1960) e «hijos de desobediencia» (Ef 2:2; 5:6, RVR 1960). Aunque los judíos que rechazaron a Cristo trataban de afirmar que Dios era su Padre (Jn 8:41), Jesús les dijo: «Si Dios fuera su Padre —les contestó Jesús—, ustedes me amarían... Ustedes son de su padre, el diablo, cuyos deseos quieren cumplir» (Jn 8:42-44).

Las epístolas del Nuevo Testamento también dan testimonio repetidas veces del hecho que nosotros somos hijos de Dios en un sentido especial, miembros de su familia. Pablo dice:

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son *hijos de Dios*. Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino *el Espíritu que los adopta* como hijos y les permite clamar: “¡Abba! ¡Padre!” El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos *hijos de Dios*. Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues si ahora sufrimos con él, también tendremos parte con él en su gloria. (Ro 8:14-17)

Pero si somos hijos de Dios, ¿estamos entonces relacionados unos con otros como miembros de su familia? Sin duda que sí. De hecho, esta adopción en el seno de la familia de Dios nos hace a todos participantes de *una familia* incluso con los judíos creyentes del Antiguo Testamento, porque Pablo nos dice que nosotros somos también hijos de Abraham: «Tampoco por ser descendientes de Abraham son todos hijos suyos. Al contrario: “Tu descendencia se establecerá por medio de

Isaac." En otras palabras, los hijos de Dios no son los descendientes naturales; más bien, se considera descendencia de Abraham a los hijos de la promesa» (Ro 9:7-8). Él lo explica más en Gálatas: «Ustedes, hermanos, al igual que Isaac, son hijos por la promesa... Así que, hermanos, no somos hijos de la esclava sino de la libre» (Gá 4:28, 31; cf. 1 P 3:6, donde Pedro ve a las mujeres creyentes como hijas de Sara en el nuevo pacto).

Pablo explica que esta situación de adopción como hijos de Dios no fue realizada por completo en el antiguo pacto. Dice que «antes de venir esta fe, la ley nos tenía presos.... Así que la ley vino a ser nuestro guía encargado de conducirnos a Cristo, para que fuéramos justificados por la fe. Pero ahora que ha llegado la fe, ya no estamos sujetos al guía. Todos ustedes *son hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús*» (Gá 3:23-26). Esto no quiere decir que el Antiguo Testamento omitiera por completo el hablar de Dios como nuestro Padre, porque Dios se llamó a sí mismo el Padre de los hijos de Israel y los llamó a ellos hijos en varias ocasiones (Sal 103:13; Is 43:6-7; Mal 1:6; 2:10). Pero aunque había una conciencia de Dios como Padre del pueblo de Israel, los beneficios y privilegios plenos de la membresía en la familia de Dios, y la completa realización de esa membresía, no tuvo lugar hasta que Cristo vino y el Espíritu del Hijo de Dios se derramó en nuestros corazones, y dio testimonio con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.

¿Qué evidencias vemos en nuestra vida de que somos hijos de Dios? Pablo ve clara evidencia de ello en el hecho de que el Espíritu Santo da testimonio en nuestros corazones de que somos hijos de Dios: «Pero cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, a fin de que fuéramos *adoptados como hijos*. Ustedes ya son hijos. Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: "¡Abba! ¡Padre!" Así que ya no eres esclavo *sino hijo*; y como eres hijo, Dios te ha hecho también *heredero*» (Gá 4:4-7).

La primera epístola de Juan también hace mucho hincapié en nuestra condición de hijos de Dios: «¡Fíjense qué gran amor nos ha dado el Padre, que se nos llame *hijos de Dios*! ¡Y lo somos!.... Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios» (1 Jn 3:1-2; Juan llama con frecuencia a sus lectores «hijos» o «hijitos»).¹

Aunque Jesús habla de nosotros como «mis hermanos» (He 2:12) y él es, por tanto, en un sentido nuestro hermano mayor en la familia de Dios (cf. He 2:1-14), y se puede ser reconocido como «el primogénito entre muchos hermanos», él es, no obstante, cuidadoso en hacer una distinción clara entre la manera en la que Dios es nuestro Padre celestial y la manera en la que él se relaciona con Dios el Padre. Él le dijo a María Magdalena: «Vuelvo a *mi Padre*, que es *Padre de ustedes*; a mi Dios, que es Dios de ustedes» (Jn 20:17), haciendo de ese modo una distinción clara entre el sentido mucho mayor y eterno en el que Dios es su Padre, y el sentido en el que Dios es nuestro Padre.

Aunque el Nuevo Testamento dice que nosotros somos *ahora* hijos de Dios (1 Jn 3:2), debiéramos también notar que hay otro sentido en el cual nuestra adopción es todavía futura porque no vamos a recibir todos los beneficios y privilegios

¹ Hay otros varios pasajes que hablan acerca de nuestra posición como hijos de Dios o de nuestra membresía en su familia (vea Mt 5:48; 7:11; 2 Co 6:18; Ef 5:1; Fil 2:15; He. 2:13-14; 12:5-11; 1 P 1:14; 1 Jn 3:10).

de la adopción hasta que Cristo regrese y tengamos cuerpos resucitados. Pablo habla de ese sentido completo y futuro de la adopción cuando dice: «Y no sólo ella [la creación], sino también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente, mientras aguardamos nuestra adopción como hijos, es decir, *la redención de nuestro cuerpo*» (Ro 8:23). Pablo ve aquí el recibimiento de los nuevos cuerpos de resurrección como el cumplimiento de nuestros privilegios de la adopción, hasta el punto de que se refiere a ello como «aguardamos nuestra adopción como hijos».

B. La adopción sigue a la conversión y es un resultado de la fe salvadora

Podríamos pensar inicialmente que llegamos a ser hijos de Dios por la regeneración, puesto que la imagen de «nacer de nuevo» en la regeneración nos lleva a pensar de hijos que nacen en el seno de una familia humana. Pero el Nuevo Testamento nunca conecta la *adopción* con la regeneración. En realidad, la idea de la adopción es lo opuesto a la idea de nacer en una familia.

Más bien, el Nuevo Testamento relaciona la adopción con la fe salvadora, y dice que en respuesta a poner nuestra confianza en Cristo, Dios nos ha adoptado en su familia. Pablo dice: «Todos ustedes son *hijos de Dios mediante la fe* en Cristo Jesús» (Gá 3:23-26). Y Juan escribe: «Mas a cuantos lo recibieron, a los que *creen en su nombre*, les dio el derecho de ser hijos de Dios» (Jn 1:12).² Estos dos versículos dejan bien en claro que la adopción sigue a la conversión y que es la respuesta de Dios a nuestra fe.

Se puede presentar una objeción que surge de la declaración de Pablo: «*Ustedes ya son hijos*. Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡Abba! ¡Padre!» (Gá 4:6). Alguien podría entender este versículo como queriendo decir que Dios primero nos adopta como hijos y después nos da el Espíritu Santo para producir la regeneración en nuestros corazones. Pero unos pocos versículos antes Pablo había dicho que llegamos a ser «*hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús*» (Gá 3:26). Por tanto, la declaración de Pablo en Gálatas 4:6 se entiende mejor no como una referencia a dar el Espíritu Santo en la regeneración, sino más bien como una actividad adicional del Espíritu Santo en la cual él empieza a dar testimonio con nuestro espíritu y a asegurarnos que somos miembros de la familia de Dios. Esta obra del Espíritu Santo nos da *seguridad* de nuestra adopción, y es en este sentido que Pablo dice que, después de ser nosotros hijos, Dios hace que su Espíritu Santo dentro de nosotros nos lleve a exclamar: «¡Abba! ¡Padre!» (cf. Ro 8:15-16).

C. La adopción y la justificación son dos cosas distintas

Aunque la adopción es un privilegio que nos viene en el momento en que nos hacemos cristianos (Jn 1:12; Gá 3:26; 1 Jn 3:1-2), no obstante, es un privilegio que es distinto de la justificación y distinto de la regeneración. En la regeneración somos

²Es cierto que en Juan 1:13 él especifica que estas personas habían nacido «de Dios», pero eso solo da una información adicional acerca de ellos (es decir, que ellos habían sido regenerados por Dios). Eso no niega el hecho de que aquellos que «creen en su nombre» Cristo les dio el derecho de ser «hijos de Dios».

vivificados espiritualmente, capaces de relacionarnos con Dios mediante la oración y la adoración y capaces de oír su Palabra con corazones receptivos. Pero es posible que Dios pudiera tener criaturas que están vivas y, no obstante, no ser miembros de su familia y que no participen en los privilegios especiales de los miembros de la familia; por ejemplo, los ángeles al parecer caen dentro de esta categoría.³ Por tanto, habría sido posible para Dios decidir darnos la regeneración sin los grandes privilegios de la adopción en su familia.

Además, Dios podía habernos dado la justificación sin los privilegios de la adopción en su familia, porque él podía haber perdonado nuestros pecados y darnos una posición legal correcta delante de él sin habernos hecho sus hijos. Es importante que nos demos cuenta de esto porque nos ayuda a reconocer cuán grandes son nuestros privilegios en la adopción. La regeneración tiene que ver con nuestra vida espiritual interior. La justificación tiene que ver con nuestra posición delante de la ley de Dios. Pero la adopción tiene que ver con nuestra *relación* con Dios como nuestro Padre, y en la adopción recibimos muchas de las grandes bendiciones que conoceremos por toda la eternidad. Cuando empezamos a darnos cuenta de la excelencia de estas bendiciones, y cuando apreciamos que Dios no tiene ninguna obligación de darnoslas, entonces seremos capaces de exclamar con el apóstol Juan: «¡Fíjense *qué gran amor* nos ha dado el Padre, que se nos llame hijos de Dios!» (1 Jn 3:1).

D. Los privilegios de la adopción

Los beneficios o privilegios que acompañan a la adopción los podemos ver, primero, en la manera en que Dios se relaciona con nosotros, y entonces también en la forma en que nosotros nos relacionamos unos con otros como hermanos en la familia de Dios.

Uno de los más grandes privilegios de nuestra adopción es ser capaces de hablar con Dios y *relacionarnos con él* como un *Padre* bueno y amoroso. Se nos invita a orar diciendo: «Padre nuestro que estás en los cielos» (Mt 6:9), y tenemos que darnos cuenta que «ya no eres esclavo sino hijo» (Gá 4:7). Por tanto, no tenemos ahora que relacionarnos con Dios como un esclavo se relacionaba con su amo, sino como un hijo se relaciona con su Padre. En realidad, Dios nos da *un testimonio interno del Espíritu Santo* que nos lleva instintivamente a llamarle a Dios Padre. «Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar: “¡Abba! ¡Padre!” El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios» (Ro 8:15-16). Esta relación con Dios como nuestro Padre es el fundamento de otras muchas bendiciones de la vida cristiana, y se convierte en la forma primaria en la que nos relacionamos

³Aunque los ángeles buenos y malos son llamados «hijos de Dios» (Job 1:6) en un lugar de las Escrituras, esto es al parecer una referencia a la condición de hijos que viene por el hecho de que Dios los creó. No parece indicar que los ángeles generalmente (en especial los ángeles malos) participen en ninguno de los privilegios que nosotros recibimos como hijos de Dios. De hecho, He. 2:14-16 establece una clara distinción entre nuestra posición como hijos de Dios y la posición de los ángeles. Además, en ninguna parte se habla de los ángeles como miembros de la familia de Dios o se dice que tengan los privilegios familiares que nos corresponden a nosotros como hijos de Dios. (No es probable que Gn 6:2-4 se refiera a los ángeles. Vea Wayne Grudem, *The First Epistle of Peter*, pp. 211-15).

con Dios. Es cierto que Dios es nuestro Creador, nuestro Juez, nuestro Señor, nuestro Maestro, nuestro Proveedor, Sustentador y Protector, y el que con su cuidado providencial sostiene nuestra existencia. Pero el papel que es más íntimo, y que transmite los más altos privilegios del compañerismo con Dios por toda la eternidad, es su papel como nuestro buen Padre celestial.

El hecho que Dios se relaciona con nosotros como Padre nos demuestra claramente que *él nos ama* (1 Jn 3:1), que *él nos comprende* («Tan compasivo es el Señor con los que le temen como lo es un padre con sus hijos. Él conoce nuestra condición; sabe que somos de barro» [Sal 103:13-14]), y que *él cuida de nuestras necesidades* («Porque los paganos andan tras todas estas cosas, y el Padre celestial sabe que ustedes las necesitan», Mt 6:32). Además, en su papel como nuestro Padre, Dios *nos da muchos dones*: «Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a los que le pidan!» (Mt 7:11). *Nos da* especialmente el don *del Espíritu Santo* para consolarnos y para capacitarnos para el ministerio y para vivir la vida cristiana (Lc 11:13).⁴ De hecho, no son solo los dones que Dios nos da en esta vida, sino que también nos da una gran *herencia en los cielos*, porque nos hemos convertido en coherederos con Cristo. Pablo dice: «Así que ya no eres esclavo sino hijo; y como eres hijo, Dios te ha hecho también heredero» (Gá 4:7); somos en realidad «herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Ro 8:17). Como sus herederos tenemos derecho a «una herencia indestructible, incontaminada e inmarchitable. Tal herencia está reservada en el cielo para ustedes» (1 P 1:4). Todos los grandes privilegios y bendiciones del cielo están preparados para nosotros y puestos a nuestra disposición porque somos hijos del Rey, miembros de la familia real, príncipes y princesas que reinarán con Cristo sobre los nuevos cielos y nueva tierra (Ap 2:26-27; 3:21). Como un anticipo de este gran privilegio, los ángeles son incluso enviados ahora para ministrarnos y servirnos (He 1:14).

Es en este contexto de las relaciones con Dios como nuestro Padre celestial que entendemos la oración que Jesús les dijo a sus discípulos que hicieran a diario: «Padre nuestro que estás en el cielo... *Perdónanos nuestras deudas*, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores» (Mt 6:9-12). En esta oración diaria pidiendo el perdón de nuestros pecados no es una oración para que Dios nos dé la justificación una y otra vez a lo largo de nuestra vida, porque la justificación es un suceso que tiene lugar de una vez, y que ocurre inmediatamente después de que nosotros hemos puesto nuestra confianza en Cristo con fe salvadora. Más bien, la oración diaria de perdón de pecados es una oración en que pedimos que las relaciones paternales de Dios con nosotros, que se han visto interrumpidas por algún pecado, sean restauradas, y que él se relacione una vez más con nosotros como un Padre que se deleita en los hijos que ama. La oración de «*perdónanos nuestras deudas*» es, por tanto, una oración en la que no nos relacionamos con Dios como el juez eterno del universo, sino con Dios nuestro Padre. En una oración en la que

⁴En este versículo Jesús dice: «Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!» Aquí parece que Él no se está refiriendo al Espíritu Santo morando dentro de nosotros como cuando viene en la regeneración, sino al don de habilitarnos para el ministerio, a los dones que usamos para el ministerio o para la vida cristiana.

buscamos restaurar nuestra comunión con nuestro Padre que había quedado interrumpido por causa del pecado (vea 1 Jn 1:9; 3:19-22).

Otro beneficio de la adopción es también el privilegio de ser *dirigido por el Espíritu Santo*. Pablo indica que este es un beneficio moral pues de ese modo el Espíritu Santo pone en nosotros el deseo de obedecer a Dios y vivir conforme a su voluntad. Él dice: «Porque todos los que son *guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios*» (Ro 8:14), y nos da esto como una *razón* por la que los cristianos debieran dar «muerte a los malos hábitos del cuerpo» por medio de la obra del Espíritu Santo obrando dentro de ellos (v. 13; note el «porque» al comienzo del v. 14). Él ve al Espíritu Santo como dirigiendo y guiando a los hijos de Dios en los caminos de la obediencia a Dios

Otro privilegio de la adopción en el seno de la familia de Dios, aunque nosotros no siempre lo reconocemos como un privilegio, es el hecho que Dios *nos disciplina* como sus hijos. «Y ya han olvidado por completo las palabras de aliento que como a hijos se les dirige: “Hijo mío, no tomes a la ligera la disciplina del Señor ni te desanimes cuando te reprenda, porque el Señor disciplina a los que ama, y azota a todo el que recibe como hijo» (He 12:5-6, citando Pr 3:11-12). El autor de Hebreos explica: «Dios los está tratando como a hijos. ¿Qué hijo hay a quien el padre no disciplina?... pero Dios lo hace para nuestro bien, a fin de que participemos de su santidad» (He 12:7, 10). Así como los hijos terrenales crecen en obediencia y rectitud cuando son disciplinados debidamente por sus padres terrenales, nosotros también crecemos en justicia y santidad cuando somos disciplinados por nuestro Padre celestial.

Relacionado con la disciplina paternal de Dios está el hecho que, como hijos de Dios y coherederos con Cristo, tenemos *el privilegio de participar tanto en sus sufrimientos como en su subsiguiente gloria*. Como nos dice Lucas: «¿Acaso no tenía que sufrir el Cristo estas cosas antes de entrar en su gloria?» (Lc 24:26), así también Dios nos concede el privilegio de caminar por la misma senda que Cristo anduvo, soportando el sufrimiento en esta vida a fin de que podamos recibir gran gloria en la vida venidera: «Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, *pues si ahora sufrimos con él, también tendremos parte con él en su gloria*» (Ro 8:17).

Además de estos grandes privilegios que tienen que ver con nuestra relación con Dios y nuestra comunión con él, tenemos también privilegios de adopción que afectan la manera en que nos relacionamos unos con otros y afectan nuestra propia conducta personal. Porque somos hijos de Dios, nuestra relación unos con otros es mucho más profunda y más íntima que las relaciones que tienen los ángeles, por ejemplo, porque todos nosotros somos *miembros de una familia*. El Nuevo Testamento se refiere muchas veces a los cristianos como «hermanos» y «hermanas» en Cristo (Ro 1:13; 8:12; 1 Co 1:10; 6:8; Stg 1:2; Mt 12:50; Ro 16:1; 1 Co 7:15; Flm. 1:2; Stg 2:15). Además de esto, en los muchos versículos en los que se habla de toda la iglesia como «hermanos» no debieran entenderse como refiriéndose solo a los hombres en la congregación, sino que son referencias generales a toda la iglesia, y, excepto donde el contexto indica explícitamente otra cosa, debieran tomarse como queriendo decir «hermanos y hermanas en el Señor». La designación «hermanos» es tan común en las epístolas que es la forma predominante en la que los autores del Nuevo Testamento se refieren a los otros cristianos a los que están

escribiendo. Eso indica la fuerte conciencia que tenían de la naturaleza de la iglesia como la familia de Dios. De hecho, Pablo le dice a Timoteo que se relacione con la iglesia en Éfeso, y con los individuos dentro de la iglesia, como si se relacionara con los miembros de una familia amplia. «No reprendas con dureza al anciano, sino aconséjalo como si fuera tu *padre*. Trata a los jóvenes como a *hermanos*; a las ancianas, como a *madres*; a los jóvenes, como a *hermanas*, con toda pureza» (1 Ti 5:1-2).⁵

Este concepto de la iglesia como la familia de Dios debiera darnos una nueva perspectiva sobre el trabajo de la iglesia; es un «trabajo de familia», y los varios miembros de la familia nunca debieran competir unos con otros u obstaculizarse unos a otros en sus esfuerzos, sino que debieran alentarse unos a otros y estar agradecidos por cualquier bien o progreso que tenga cualquier miembro de la familia, porque todos contribuyen al bien de la familia y a la honra de Dios nuestro Padre. De hecho, así como los miembros de una familia terrenal tienen a menudo momentos de gozo y compañerismo cuando trabajan juntos en algún proyecto, del mismo modo nuestros momentos de trabajar juntos en la edificación de la iglesia debieran ser oportunidades de gran gozo y compañerismo unos con otros. Además, así como los miembros de una familia terrenal honran a sus padres y cumplen el propósito de una familia, sobre todo cuando dan la bienvenida a nuevos hermanos o hermanas recientemente adoptados en el seno de esa familia, nosotros también debiéramos dar la bienvenida a los nuevos miembros de la familia de Cristo con gozo y amor.

Otro aspecto de nuestra membresía en la familia de Dios es que nosotros, como hijos de Dios, debemos *imitar a nuestro Padre* que está en el cielo en toda nuestra conducta. Pablo dice: «Por tanto, imiten a Dios, como hijos muy amados» (Ef 5:1). Pedro se hace eco de este mismo tema cuando dice: «Como hijos obedientes, no se amolden a los malos deseos que tenían antes, cuando vivían en la ignorancia. Más bien, sean ustedes santos en todo lo que hagan, como también es santo quien los llamó; pues está escrito: “Sean santos, porque yo soy santo» (1 P 1:14-16). Tanto Pedro como Pablo se dan cuenta de que es natural para los hijos el imitar a sus padres terrenales. Ellos apelan a este sentido natural que tienen los hijos con el fin de recordarnos que debemos imitar a nuestro Padre celestial, y en verdad esto debiera ser algo que nosotros quisiéramos hacer y deleitarnos en ello. Si Dios nuestro Padre en el cielo es santo, nosotros debiéramos ser santos como hijos obedientes.

Cuando caminamos por sendas de conducta recta *honramos a nuestro Padre celestial* y le glorificamos. Cuando actuamos en formas que son gratas a Dios, debemos hacer con el fin de que otros «puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben al Padre que está en el cielo» (Mt 5:16). Pablo anima a los filipenses a mantener una conducta pura delante de los incrédulos «para que sean intachables y puros, *hijos de Dios* sin culpa en medio de una generación torcida y depravada. En ella ustedes brillan como estrellas en el firmamento» (Fil 2:15). En verdad, un modelo coherente de conducta moral es también una evidencia de que somos de verdad hijos de Dios. Juan dice: «Así distinguimos entre los hijos de Dios y los hijos del diablo: el

⁵Un análisis amplio de la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la iglesia como una familia lo llevó a cabo Vern S. Poythress, en «The Church as a Family: Why Male Leadership in the Family Requires Male Leadership in the Church as Well», en W. Grudem y J. Piper, eds. *Recovering Biblical Manhood and Womanhood*, pp. 233-47.

que no practica la justicia no es hijo de Dios; ni tampoco lo es el que no ama a su hermano» (1 Jn 3:10).

PREGUNTAS DE APLICACIÓN PERSONAL

1. Vuelva a revisar la lista de privilegios que vienen con nuestra adopción como hijos de Dios. ¿Había usted pensado en ellos como algo que es automáticamente suyo por haber nacido de nuevo? ¿Puede usted describir cómo sería nuestra vida eterna si hubiéramos tenido la regeneración y la justificación y los otros privilegios que vienen con la salvación, pero no adopción en la familia de Dios? Ahora, ¿cómo se siente acerca del hecho de que Dios le ha adoptado en su familia cuando lo compara con la manera en que se sentía antes de leer este capítulo?
2. Sus relaciones con su propia familia humana, ¿se ha hecho mejor o más difícil desde que usted se hizo cristiano? Si sus relaciones con su familia humana se ha hecho más difícil, ¿en qué forma lo que se dice en Marcos 10:29-20 se ha hecho realidad en su vida como cristiano?
3. Algunas personas que han tenido padres terrenales poco amorosos o crueles han encontrado que su trasfondo les crea dificultades en su pensamiento acerca de Dios y para relacionarse con él como un Padre celestial. ¿Cómo pueden Hebreos 12:10, Mateo 7:11 y Lucas 11:13, que contrastan padres terrenales pecadores con nuestro perfecto Padre celestial, serle de ayuda en esta situación? ¿Podría 1 Pedro 1:18 serle de ayuda también en esta situación? ¿Cómo puede una persona que ha tenido una relación difícil con un padre terrenal obtener una mejor visión y aprecio de quién es Dios y de la clase de Padre que él es? ¿Piensa usted que algunas de las personas que se hicieron cristianas en el primer siglo tuvieron padres crueles o poco amorosos o quizá eran huérfanas de padre? ¿Qué enseñanza del Antiguo Testamento les hubiera ayudado en esa situación? ¿Piensa usted que personas que han tenido padres terrenales malos tienen un cierto sentido dado por Dios de cómo debiera ser un buen padre?
4. Piense en las personas que son miembros de su iglesia. ¿Le ha ayudado este capítulo a pensar en ellos más como sus hermanos y hermanas (o si ellos son mayores en edad, como si fueran «padres» o «madres» suyos)? ¿Cómo piensa usted que un aprecio mayor de esta idea de la iglesia como una familia ayudaría a su iglesia? ¿Cómo podría usted animar un mayor aprecio por esta idea?
5. ¿Tiene su iglesia algún sentido de competición con otras iglesias que podría ser superado mediante un mayor aprecio de la doctrina de la adopción?
6. En la familia humana, cuando uno de los hijos comete un delito y es castigado públicamente por ello, toda la familia sufre la vergüenza. Por otro lado, cuando un miembro de la familia es honrado por un logro sobresaliente toda la familia se siente orgullosa y se regocija. ¿Cómo le hace sentirse esta analogía de sucesos en la familia humana acerca de su nivel de santidad en su vida personal, y la manera en que eso se refleja en los otros miembros de su familia espiritual? ¿Cómo le hace sentirse la necesidad de la santidad

personal entre los hermanos en la iglesia? ¿Tiene usted un fuerte deseo interno de imitar a su Padre celestial en su conducta (Ef 5:1; 1 P 1:14-16)?

7. ¿Siente usted la obra del Espíritu Santo dentro de usted dando testimonio a su espíritu de que usted es un hijo de Dios (Ro 8:15-16; Gá 4:6)? ¿Puede usted describir cómo es ese sentido?
8. ¿Siente usted alguna discriminación en contra de cristianos de otras razas o de otra posición social o económica? ¿Puede usted entender cómo la doctrina de la adopción debiera eliminar esas distinciones en la iglesia (vea Gá 3:26-28)? ¿Puede usted también ver cómo la doctrina de la adopción significa que ninguna mujer u hombre debiera pensar del otro sexo como más o menos importante en la iglesia (vea Gá 3:28)?

TÉRMINOS ESPECIALES

adopción

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1297-1306.)

Nota: Muchas teologías sistemáticas no tratan a la adopción como un tema separado, pero incluyen una consideración de los privilegios de la adopción en una consideración de la justificación y sus resultados.)

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)
 - 1882-92 Litton (ninguna consideración explícita)
2. Arminiana (wesleyana o metodista)
 - 1875-76 Pope, 3:1-27
 - 1892-94 Miley, 2:337-38
 - 1940 Wiley, 2:402-39
 - 1960 Purkiser, 297-98
3. Bautista
 - 1767 Gill, 1:288-91; 2:93-107
 - 1887 Boyce, 404-9
 - 1917 Mullins, 401-9
 - 1983-85 Erickson, 961-66
4. Dispensacional
 - 1947 Chafer, 3:241-43
 - 1949 Thiessen, 278-82
 - 1986 Ryrie, 301-2, 306-7
5. Luterana
 - 1917-24 Pieper, 2:408-9
6. Reformada (o presbiteriana)
 - 1937-66 Murray, CW 2:223-34; RAA 132-40
 - 1962 Buswell, 2:212-13

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

1. Católica Romana: tradicional
1955 Ott (ninguna consideración explícita)
2. Católica Romana: Post Vaticano II
1980 McBrien (ninguna consideración explícita)

Otras obras

Davids, P. H. «Adoption». En *EDT* p. 13.

Murray, John. «Adoption». En *Redemption Accomplished and Applied*. Eerdmans, Grand Rapids, 1955, pp. 132–40.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

Romanos 8:14–17: *Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar: «¡Abba! ¡Padre!» El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues si ahora sufrimos con él, también tendremos parte con él en su gloria.*

HIMNO

«Hijos del Padre celestial»

Nuestro Padre celestial
A sus hijos los protege;
Ni los pájaros ni estrellas,
Han tenido tal albergue.

Dios los cuida y alimenta,
Y cual plantas que florecen,
Él los guarda presuroso,
Y en sus brazos los recoge.

Dios su gracia les otorga;
Sus tristezas él conoce;
No se olvidará de ellos,
Ni en la vida ni en la muerte.

Y aunque pasen muchos siglos,
Dios a ellos no abandona;
Su propósito es amar;
Los preservará en la gloria.

La santificación (El crecimiento en la semejanza de Cristo)

*¿Cómo crece usted en madurez cristiana?
¿Cuáles son las bendiciones del crecimiento cristiano?*

EXPLICACIÓN Y BASES BÍBLICAS

En los capítulos anteriores hemos examinado las varias acciones de Dios que tienen lugar al comienzo de nuestra vida cristianas: El llamamiento del evangelio (que Dios nos hace a nosotros), la regeneración (mediante la cual Dios nos imparte nueva vida), la justificación (mediante la cual Dios no da una posición legal correcta delante de él), y la adopción (mediante la cual Dios nos hace miembros de su familia). También hemos estudiado la conversión (en que nos arrepentimos de nuestros pecados y confiamos en Cristo para salvación). Todos estos acontecimientos tienen lugar al comienzo de nuestra vida cristianas.¹

Pero ahora llegamos a una parte de la aplicación de la redención que es una obra *progresiva* que continúa a lo largo de nuestra vida en la tierra. Es también una obra en la que *Dios y el hombre cooperan*, cada uno en un papel diferente. Esta parte de la aplicación de la redención la conocemos como la santificación: *La santificación es una obra progresiva de Dios y del hombre que nos lleva a estar cada vez más libres del pecado y que seamos más semejantes a Cristo en nuestra vida real.*

A. Diferencias entre la justificación y la santificación

El cuadro siguiente explica varias de las diferencias entre la justificación y la santificación:

Justificación

Posición legal

Una vez para siempre

Es por completo obra de Dios

Perfecta en esta vida

Igual para todos los cristianos

Santificación

Condición interna

Continúa durante toda la vida

Nosotros cooperamos

No es perfecta en esta vida

Más en unos que en otros

¹Aunque la fe salvadora inicial mediante la cual somos justificados ocurre de una vez en el momento de la conversión, la fe y el arrepentimiento continúan todavía a lo largo de nuestras vidas (vea cap. 35, pp. 753-54). Del mismo modo, aunque la regeneración, la justificación y la adopción son sucesos instantáneos que tienen lugar una vez al comienzo de la vida cristiana, los resultados de todo ello continúan a lo largo de la vida: Continuamos teniendo la vida espiritual que recibimos en la regeneración, la posición legal que recibimos en la justificación, y la membresía en la familia de Dios que recibimos en la adopción.

Como indica este cuadro, la santificación es algo que continúa a lo largo de toda nuestra vida como cristianos. El curso ordinario de una vida cristiana involucrará el crecimiento continuo en santificación, y es algo en lo que el Nuevo Testamento nos anima a que le prestemos atención y nos esforcemos en conseguirlo.

B. Tres etapas de la santificación

1. La santificación tiene un comienzo definido en la regeneración. Un cambio moral definido tiene lugar en nuestra vida en el momento de la regeneración, porque Pablo habla acerca de: «Nos salvó mediante el lavamiento de la regeneración y de la renovación por el Espíritu Santo» (Tit 3:5). Una vez que hemos nacido de nuevo no podemos continuar pecando como un hábito o estilo de vida (1 Jn 3:9), porque el poder de la nueva vida espiritual dentro de nosotros nos guarda de ceder a la vida de pecado.

El cambio moral inicial es la primera etapa en la santificación. En este sentido hay un cierto traslapo entre la regeneración y la santificación, porque este cambio moral es en realidad una parte de la regeneración. Pero cuando lo vemos desde el punto de vista del cambio moral dentro de nosotros, lo podemos ver también como la primera etapa de la santificación. Pablo mira retrospectivamente a un suceso completado cuando dice a los corintios: «Pero ya han sido lavados, ya han sido santificados, ya han sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios» (1 Co 6:11). Del mismo modo, en Hechos 20:32 Pablo se puede referir a los cristianos como los que tienen «herencia entre todos los santificados».²

Este paso inicial en la santificación involucra un rompimiento definido con el poder dominante y amor al pecado, de manera que el creyente ya no está más controlado o dominado por el pecado y ya no le gusta pecar. Pablo dice: «De la misma manera, también ustedes *consideréense muertos al pecado*, pero vivos para Dios en Cristo Jesús... Así *el pecado no tendrá dominio sobre ustedes*, porque ya no están bajo la ley sino bajo la gracia» (Ro 6:11, 14). Pablo dice que los cristianos han sido «liberados del pecado» (Ro 6:18). En este contexto, estar muerto al pecado o ser liberado del pecado involucra el poder para vencer acciones o pautas de comportamiento pecaminoso en nuestra vida. Pablo les dice a los romanos: «No permitan ustedes que el pecado reine en su cuerpo mortal, ni obedezcan a sus malos deseos. No ofrezcan los miembros de su cuerpo al pecado como instrumentos de injusticia, ofrézcanse más bien a Dios» (Ro 6:12-13). Estar muerto al poder dominante del pecado significa que nosotros como cristianos, en virtud del poder del Espíritu Santo y la vida de resurrección de Cristo obrando dentro de nosotros, tenemos el poder de vencer la tentación y la seducción del pecado. El pecado ya no será nuestro amo como lo era antes de hacernos cristianos.

En términos prácticos, esto significa que debemos afirmar dos cosas como ciertas. Por un lado, nunca seremos capaces de decir: «Estoy completamente libre del pecado», porque nuestra santificación nunca estará del todo completada (vea

²La expresión griega es *tois hegiasmenois*, que es un participio pasivo perfecto sustantivado que expresa tanto una actividad pasada completada (ellos fueron santificados) y un resultado continuado (ellos continúan la experiencia de la influencia santificadora de la acción pasada).

abajo). Pero Por otro lado, un cristiano nunca debiera decir (por ejemplo) «Este pecado me ha derrotado, me rindo. He tenido un mal temperamento por treinta y siete años y lo tendré hasta el día que me muera, y las personas me van a tener que aguantar tal como soy». Decir eso es reconocer que el pecado te ha dominado. Es permitir que el pecado reine en nuestros cuerpos. Es admitir la derrota. Es negar la verdad de las Escrituras, que nos dice: «De la misma manera, también ustedes considérense muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (Ro 6:11). Es negar la verdad de las Escrituras que nos dice que «el pecado no tendrá dominio sobre ustedes» (Ro 6:14).

El rompimiento inicial con el pecado, involucra una reorientación de nuestros deseos de manera que ya no tenemos una inclinación dominante hacia el pecado en nuestra vida. Pablo sabe que sus lectores fueron antiguos esclavos del pecado (como lo son todos los incrédulos), pero dice que ellos ya no son esclavos. «Pero gracias a Dios que, aunque antes eran esclavos del pecado, ya se han sometido de corazón a la enseñanza que les fue transmitida. En efecto, habiendo sido liberados del pecado, ahora son ustedes esclavos de la justicia» (Ro 6:17-18). Este cambio en los deseos e inclinación de la persona ocurre al comienzo de la santificación.³

2. La santificación va aumentando a lo largo de la vida. Aunque el Nuevo Testamento habla de un comienzo definido de la santificación, también lo ve como un proceso que continúa a lo largo de nuestra vida cristiana. En general este es el sentido primario en el que se usa hoy santificación en la teología sistemática y en la conversación cristiana.⁴ Aunque Pablo dice a sus lectores que han sido liberados del pecado (Ro 6:18), y que están «muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (Ro 6:11), él, no obstante, reconoce que el pecado permanece en sus vidas, de modo que los insta a que no permitan que reine en ellos y cedan al pecado (Ro 6:12-13). Su tarea, por tanto, como cristianos es crecer más y más en la

³ A algunos les gustaría añadir a esta sección uno o más pasajes de Hebreos que hablan acerca de nuestra santificación como habiendo quedado completada en el pasado. Por ejemplo, el autor dice que por la voluntad de Dios «somos santificados mediante el sacrificio del cuerpo de Jesucristo, ofrecido una vez y para siempre» (He. 10:10). La expresión griega es un participio pasivo perfecto perifrástico, *hegiasmenoi esmen*, el cual habla de una situación presente continua que resulta de una acción pasada completada: «Estamos continuamente en un estado de “estar siendo santificados” (y continuamos sintiendo los resultados del acto previo de la santificación)».

Pero en hebreo el término *santificar* (gr. *hagiazó*) está más relacionado con el trasfondo del Antiguo Testamento de la pureza ceremonial o santidad como algo necesario para entrar a la presencia de Dios y, por tanto, «santificado» en hebreo significa «hecho santo y justo a los ojos de Dios y, por tanto, en condiciones de acercarse a Dios en la adoración». Como tal, «santificado» en hebreo es aproximadamente equivalente a «justificado» en el vocabulario de Pablo. Este sentido de «santificado» lo podemos ver en He. 9:13; 10:10; 13:12. Estos pasajes hablan de una clase de purificación ceremonial que permite el acceso a Dios, y como tal, la «santificación» aquí se aplica al comienzo de la vida cristiana. Sin embargo, el enfoque está más en el acceso a Dios en la adoración, mientras que el énfasis paulino está en la justificación del castigo del pecado que era debido bajo la ley de Dios.

⁴ Hay un uso diferente de la palabra *santificado* en la tradición Wesleyana dentro del protestantismo. En estos círculos la experiencia de santificación se ve en ocasiones como un suceso único subsiguiente a la conversión en la que el cristiano obtiene un alto nivel de santidad, un nivel a veces conocido como «completa santificación» o «perfección impecable». Dentro de esta tradición, la santificación es vista como una experiencia que uno busca en la vida cristiana y que en ocasiones es capaz de obtener. (Vea las teologías sistemáticas mencionadas bajo la categoría de «Arminiana» en la bibliografía al final de este capítulo.) Por tanto, mientras la mayoría de los protestantes dirían: «Estoy siendo santificado», algunos dentro de la tradición Wesleyana dirían: «He sido santificado» refiriéndose no al rompimiento inicial con el pecado que viene con la conversión, sino a una subsiguiente experiencia en la que ellos empiezan a conocer la libertad del pecado consiente en sus vidas. Las dificultades con esta posición aparecen bosquejadas en la sección 4 abajo, «La santificación nunca queda completada en esta vida».

santificación, de la misma manera que antes habían crecido cada vez más en el pecado. «Hablo en términos humanos, por las limitaciones de su naturaleza humana. Antes ofrecían ustedes los miembros de su cuerpo para servir a la impureza, que lleva más y más a la maldad; ofrézcanlos ahora para servir a la justicia que lleva a la santidad» (Ro 6:19; las expresiones «antes» y «ahora» [gr. *hosper... houtos*] indican que Pablo quiere que ellos hagan eso de la misma manera: si «antes» se entregaban cada vez más al pecado, «ahora» ofrézcanse cada vez más a la justicia por la santificación).

Pablo dice que a lo largo de la vida cristiana «todos nosotros... somos transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor» (2 Co 3:18). Nos vamos haciendo cada vez más como Cristo al ir avanzando en la vida cristiana. Por tanto, él dice: «Hermanos, no pienso que yo mismo lo haya logrado ya. Más bien, una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y esforzándome por alcanzar lo que está delante, *sigo avanzando* hacia la meta para ganar el premio que Dios ofrece mediante su llamamiento celestial en Cristo Jesús» (Fil 3:13-14). Con esto el apóstol no está diciendo que ya sea perfecto, sino que sigue adelante para alcanzar aquellos propósitos para los cuales Cristo le había salvado (vv. 9-12).

Pablo les dice a los colosenses: «Dejen de mentirse unos a otros, ahora que se han quitado el ropaje de la vieja naturaleza con sus vicios, y se han puesto el de la nueva naturaleza, que *se va renovando* en conocimiento a imagen de su Creador» (Col 3:10), mostrando de esa manera que la santificación involucra una creciente semejanza a Dios en nuestros pensamientos así como en nuestras palabras y acciones. El autor de Hebreos dice a sus lectores: «despojémonos del lastre que nos estorba, en especial del pecado que nos asedia» (He 12:1), y «*busquen ... la santidad*, sin la cual nadie verá al Señor» (He 12:14). Santiago anima a sus lectores: «No se contenten sólo con escuchar la palabra, pues así se engañan ustedes mismos. Llénenla a la práctica» (Stg 1:22), y Pedro les dice a sus lectores: «Más bien, sean ustedes santos en todo lo que hagan, como también es santo quien los llamó» (1 P 1:15).

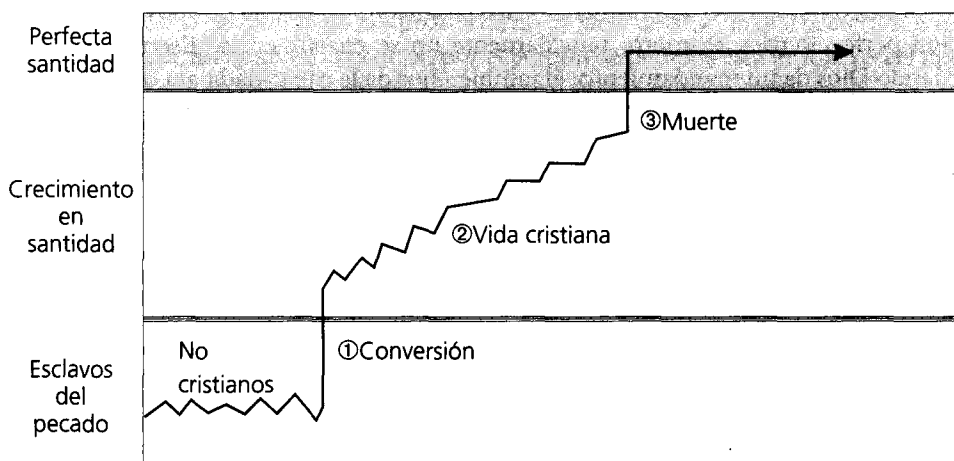
No es necesario acumular muchas más citas, porque mucho del Nuevo Testamento está compuesto de instrucciones a los creyentes en varias iglesias sobre cómo debieran crecer en la semejanza a Cristo. Todas las exhortaciones morales y los mandamientos en las epístolas del Nuevo Testamento se aplican aquí, porque todas ellas exhortan a los creyentes a cultivar un aspecto u otro de una mayor santificación en sus vidas. La expectativa de todos los autores del Nuevo Testamento es que nuestra santificación aumente a lo largo de nuestra vida cristiana.

3. La santificación se completará en la muerte (para nuestras almas) y cuando el Señor regrese (para nuestros cuerpos). Debido a que el pecado todavía permanece en nuestros corazones aunque nos hayamos hecho cristianos (Ro 6:12-13; 1 Jn 1:8), nuestra santificación nunca se completará en esta vida (vea abajo). Pero una vez que morimos y vamos a estar con el Señor, entonces nuestra santificación se completará en un sentido, porque nuestras almas quedarán liberadas del pecado y serán perfectas. El autor de Hebreos dice que cuando entramos a la presencia del Señor para adorar llegamos como «los espíritus de los justos que *han llegado a la perfección*» (He 12:23). Esto es apropiado porque es una anticipación del hecho de que

«nunca entrará en ella nada impuro», se refiere a entrar a la presencia de Dios en la ciudad celestial (Ap 21:27).

Sin embargo, cuando apreciamos que la santificación involucra a toda la persona, incluyendo nuestros cuerpos (vea 2 Co 7:1; 1 Ts 5:23), entonces nos damos cuenta que la santificación no estará del todo completada hasta que el Señor regrese y recibamos cuerpos nuevos resucitados. Esperamos la venida de nuestro Señor Jesucristo desde el cielo y «él transformará nuestro cuerpo miserable para que sea como su cuerpo glorioso» (Fil 3:21). Es «cuando él venga» (1 Co 15:23) que recibiremos un cuerpo de resurrección y entonces «llevaremos también la imagen del [hombre] celestial» (1 Co 15:49).⁵

Podemos diagramar el proceso de la santificación como aparece en la figura 38.1, mostrando que somos esclavos del pecado antes de la conversión, (1) que hay un comienzo definido de la santificación en el momento de la conversión, (2) que la santificación debiera incrementarse a lo largo de la vida cristiana, y (3) que la santificación se perfecciona en la muerte. (Por amor de la simplicidad omitimos de este cuadro la finalización de la santificación cuando recibimos nuestros cuerpos resucitados.)



EL PROCESO DE LA SANTIFICACIÓN
Cuadro 38.1

He mostrado en el cuadro el progreso de la santificación como una línea irregular, indicando que el crecimiento en la santificación no es siempre una línea recta y ascendente en esta vida, sino que el progreso de la santificación sucede en algunos momentos, mientras que en otras ocasiones nos damos cuenta de que estamos teniendo algo de retroceso. En un caso extremo, un creyente que hace poco uso de los medios de santificación, y más bien tiene mala enseñanza, no anda con cristianos y le presta poca atención a la Palabra de Dios y a la oración, puede pasar muchos años y tener muy poco progreso en su proceso de santificación, pero esto no

⁵Vea el capítulo 42 sobre la glorificación (esto es, recibir un cuerpo de resurrección cuando Cristo regrese).

es ciertamente lo normal ni lo que se espera en la vida cristiana. Es en realidad muy anormal.

4. La santificación nunca se completa en esta vida. Ha habido algunos en la historia de la iglesia que han tomado mandamientos tales como Mateo 5:48 («Por tanto, sean perfectos, así como su Padre celestial es perfecto») o 2 Corintios 7:1 («purifiquémonos de todo lo que contamina el cuerpo y el espíritu, para *completar* en el temor de Dios *la obra de nuestra santificación*») y han razonado que puesto que Dios nos da estos mandamientos, él también debe darnos la capacidad para obedecerlos perfectamente. Por tanto, han concluido, es posible para nosotros obtener un estado de perfección impecable en esta vida. Además, apuntan a la oración de Pablo por los tesalonicenses: «Que Dios mismo, el Dios de paz, los santifique por completo» (1 Ts 5:23), e infieren que bien puede ser que la oración de Pablo se cumpliera en algunos de los cristianos tesalonicenses. De hecho, Juan incluso dice: «Todo el que practica el pecado, no lo ha visto ni lo ha conocido» (1 Jn 3:6). ¿Están hablando estos versículos de la posibilidad de una perfección impecable en la vida de algunos cristianos? Es este estudio, usaré la palabra *perfeccionismo* para referirme a este punto de vista de que la perfección impecable es posible en esta vida.

Si examinamos con detenimiento estos pasajes veremos que no apoyan la posición perfeccionista. Primero, sencillamente no se enseña en las Escrituras que cuando Dios da un mandamiento, él también nos da la capacidad para obedecerlo en cada caso.⁶ Dios manda a todas las personas en todo lugar que obedezcan todas sus leyes morales y los tiene como culpables de no obedecerlos, aun cuando las personas no redimidas son pecadores y, como tales, están muertas en sus delitos y pecados, y eso les incapacita para obedecer los mandamientos de Dios. Cuando Jesús nos manda que seamos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5:48), nos está sencillamente diciendo que la pureza moral absoluta de Dios es la meta hacia la cual debemos apuntar y la norma por la cual Dios nos va a pedir cuentas. El hecho de que nosotros no seamos capaces de estar a la altura de ese ideal no significa que va a ser rebajado; más bien, quiere decir que necesitamos la gracia y el perdón de Dios para vencer lo que queda del pecado en nosotros. Del mismo modo, cuando Pablo manda a los corintios que completen la obra de la santificación en el temor del Señor (2 Co 7:1), o pide en oración que Dios santifique plenamente a los tesalonicenses (1 Ts 5:23), está apuntando a la meta que él quiere que ellos alcancen. No está diciendo que algunos lo van a conseguir, sino que ese es el ideal moral al que Dios quiere que todos los creyentes aspiren.

La declaración de Juan: «Todo aquel que permanece en él, no peca» (1 Jn 3:6, RVR 1960) no está enseñando que algunos de nosotros vamos a alcanzar la perfección, porque el tiempo presente de los verbos en griego se traducen mejor como indicando una acción continuada o actividad habitual: «Todo el que permanece en él, *no practica el pecado*. Todo el que *practica el pecado*, no lo ha visto ni lo ha conocido» (1 Jn 3:6, NVI). Esta declaración es similar a la que hace Juan unos pocos versículos después: «Ninguno que haya nacido de Dios practica el pecado, porque la

⁶Vea el capítulo 24, p. 523, para un estudio del hecho que los mandamientos de Dios en las Escrituras no siempre implican que nosotros tengamos la capacidad de obedecerlos.

semilla de Dios permanece en él; no puede practicar el pecado, porque ha nacido de Dios» (1 Jn 3:9). Si vamos a tomar estos versículos para probar una perfección impecable, tendrían que probarla para todos los cristianos, porque están hablando de lo que es cierto de todos los que son nacidos de Dios, y todo el que ha visto a Cristo y le ha conocido.⁷

Por tanto, no parece haber ningún versículo en las Escrituras que sea convincente en la enseñanza de que es posible para algún ser humano estar completamente libre de pecado en esta vida. Por otro lado, hay pasajes tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento que enseñan claramente que no podemos ser moralmente perfectos en esta vida. En la oración de Salomón durante la dedicación del templo, él dice: «Ya que *no hay ser humano que no peca*, si tu pueblo peca contra ti...» (1 R 8:46). Del mismo modo, leemos una pregunta retórica con una respuesta negativa implícita en Proverbios 20:9: «¿Quién puede afirmar: “Tengo puro el corazón; estoy limpio de pecado”?» Y leemos también una declaración explícita en Eclesiastés 7:20: «*No hay en la tierra nadie tan justo que haga el bien y nunca peca*».

En el Nuevo Testamento, encontramos a Jesús mandando a sus discípulos que oren así: «Danos hoy nuestro pan cotidiano. *Perdónanos nuestras deudas*, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores» (Mt 6:11-12). Así como la oración pidiendo nuestro pan cotidiano nos provee de un modelo de oración que debiéramos repetir cada día, así también la petición por el perdón de pecados está incluida en el tipo de oración que deberíamos hacer cada día de nuestra vida como creyentes.

Como indicamos arriba, cuando Pablo habla del nuevo poder sobre el pecado que recibe el cristiano, no está diciendo que no habrá nada de pecado en la vida del cristiano, sino solo que el creyente ya no dejará que «reine» en su cuerpo ni «ofrezca» sus miembros al pecado (Ro 6:12-13). No está diciendo que no pecarán, sino que el pecado no «tendrá dominio» sobre ellos (Ro 6:14). El mismo hecho de dar estas instrucciones muestra que se daba cuenta que el pecado continuaría en la vida de los creyentes a lo largo de sus vidas sobre la tierra. Aun Santiago el hermano del Señor podía decir: «*Todos fallamos mucho*» (Stg 3:2), y si Santiago mismo puede decir eso, entonces nosotros también debiéramos estar dispuestos a decirlo. Por último, en la misma carta en la que Juan declara tantas veces que un hijo de Dios no continuará en una pauta de comportamiento pecaminoso, él también dice con claridad: «Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no tenemos la verdad» (1 Jn 1:8). Aquí Juan está excluyendo explícitamente la posibilidad de estar libre por completo del pecado en nuestra vida. De hecho, dice que cualquiera que afirme estar libre de pecado se está sencillamente engañando a sí mismo, y la verdad no está en él.⁸

Pero una vez que hemos concluido que la santificación nunca se completará en esta vida, debemos ejercer sabiduría y cautela pastoral en la manera en que usamos esta verdad. Algunos pueden tomar este hecho y usarlo como una excusa para no esforzarse por la santidad o el crecimiento en santificación, lo cual es todo lo contrario a docenas de otros mandamientos en el Nuevo Testamento. Otros

⁷Primera de Juan 5:18 hay que entenderlo en una forma parecida.

⁸Vea el capítulo 24, p. 523, n. 16, para una reflexión del punto de vista de que 1 Jn 1:8 no se aplica necesariamente a todos los cristianos.

pueden pensar acerca del hecho de que no podemos ser perfectos en esta vida y perder la esperanza de progresar en la vida cristiana, una actitud que es también contraria a la enseñanza clara de Romanos 6 y otros pasajes acerca del poder de la resurrección de Cristo para capacitarnos para vencer el pecado. Por tanto, aunque la santificación nunca se completará en esta vida, debemos también recalcar que no debemos nunca de parar en incrementarla en nuestra vida.

Además, a medida que los cristianos crecen en madurez, las clases de pecados que permanecen en sus vidas a menudo no son tanto pecados de palabras y acciones que son exteriormente visibles a otros, sino los pecados internos de actitudes y motivos del corazón, deseos tales como el orgullo y el egoísmo, falta de valor o de fe, falta de celo y de amar a Dios con todo nuestro corazón y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y no confiar completamente en Dios en cuanto a todo lo que él ha prometido para cada circunstancia. ¡Esos pecados auténticos! Muestran cuán cortos nos quedamos de la perfección moral de Cristo.

Sin embargo, reconocer la naturaleza de estos pecados que persistirán aun en los cristianos más maduros también ayuda a guardarnos en contra de malos entendidos cuando decimos que nadie se verá libre del pecado en esta vida. Es ciertamente posible que muchos cristianos se encuentren libres en muchos momentos a lo largo del día de actos conscientes de desobediencia a Dios en sus palabras y acciones. De hecho, si los líderes cristianos van a ser un «*ejemplo a seguir* en la manera de hablar, en la conducta, y el amor, fe y pureza» (1 Ti 4:12), entonces será con frecuencia cierto que sus vidas estarán libres de palabras y acciones que otras considerarán como censurables. Pero eso está lejos de haber obtenido libertad total del pecado en nuestros motivos, pensamientos e intenciones del corazón.

John Murray nota que cuando el profeta Isaías estaba en la presencia de Dios su reacción fue: «Entonces grité: ¡Ay de mí, que estoy perdido! Soy un hombre de labios impuros y vivo en medio de un pueblo de labios blasfemos, ¡y no obstante mis ojos han visto al Rey, al Señor Todopoderoso!» (Is 6:5). Y cuando Job, cuya rectitud fue al principio elogiada en la historia de su vida, cuando se presentó ante el Dios todopoderoso, solo pudo decir: «De oídas había oído hablar de ti, pero ahora te veo con mis propios ojos. Por tanto, me retracto de lo que he dicho, y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42:5-6). Murray concluye partiendo de estos ejemplos y el de otros muchos santos a lo largo de la historia de la iglesia:

En verdad, cuanto más santificado está un creyente, más conformado estará a la imagen de su Salvador, tanto más debe estar en contra de toda falta de conformidad con la santidad divina. Cuanto más profunda sea su percepción de la majestad de Dios, tanto más intenso será su amor por Dios, tanto más persistente su anhelo por alcanzar el premio de su alto llamamiento de Dios en Cristo Jesús, tanto más consciente será de la gravedad del pecado que permanece en él y tanto mayor será su aborrecimiento del mismo... ¿No fue este el efecto de todos los siervos de Dios al estar cada vez más cerca de la revelación de la santidad de Dios?

⁹John Murray, *Redemption Accomplished and Applied*, p. 145.

C. Dios y el hombre cooperan en la santificación

Algunos (tales como John Murray)¹⁰ objetan a decir que Dios y el hombre «cooperan» en la santificación, porque ellos quieren insistir en que esa es la obra primaria de Dios y que nuestra parte en la santificación es solo secundaria (vea Fil 2:12-13). Sin embargo, si nosotros explicamos con claridad la naturaleza del papel de Dios y nuestro papel en la santificación, no es inapropiado decir que Dios y el hombre cooperan en la santificación. Dios obra en nuestra santificación y nosotros también, y trabajamos por el mismo propósito. No estamos diciendo que tenemos participaciones iguales en la santificación o que ambos trabajamos de la misma forma, sino solo decimos que cooperamos con Dios en formas que son apropiadas a nuestra condición de criaturas de Dios. Y el hecho de que las Escrituras enfatizan el papel que nosotros tenemos en la santificación (con todos los mandamientos morales del Nuevo Testamento), hace que sea apropiado enseñar que Dios nos llama a cooperar con él en esta actividad.¹¹

1. La parte de Dios en la santificación. Puesto que la santificación es sobre todo obra de Dios, es apropiado que Pablo orara diciendo: «Que Dios mismo, el Dios de paz, los santifique por completo» (1 Ts 5:23). Una de las funciones específicas de Dios el Padre en la santificación es su proceso de disciplinar a sus hijos (vea He 2:5-11). Pablo les dice a los filipenses: «Pues *Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad*» (Fil 2:13), indicando así algo de la manera en que Dios los santificaba, haciendo que desearan tanto su voluntad como dándoles el poder para cumplirla. El autor de Hebreos nos habla de los papeles del Padre y del Hijo en la bendición familiar: «El Dios que da la paz... Que él los capacite en todo lo bueno para hacer su voluntad. Y que, por medio de Jesucristo, Dios cumpla en nosotros lo que le agrada. A él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén» (He 13:20-21).

El papel de Dios el Hijo, Cristo Jesús, en la santificación es, primero, que él *ganó* nuestra santificación. Por tanto, Pablo podía decir que Dios hizo a Cristo «nuestra sabiduría —es decir, nuestra justificación, santificación y redención» (1 Co 1:30). Además, en el proceso de la santificación Jesús es también nuestro *ejemplo*, porque debemos correr la carrera de la vida «[fijando] la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe» (He 12:2). Pedro les dice a sus lectores: «Cristo sufrió por ustedes, dándoles ejemplo para que sigan sus pasos» (1 P 2:21). Y Juan dice: «El que afirma que permanece en él, debe vivir como él vivió» (1 Jn 2:6).

Pero es Dios el Espíritu Santo quien trabaja específicamente dentro de nosotros para cambiarnos y santificarnos, dándonos una mayor santidad de vida. Pedro habla de la «obra santificadora del Espíritu» (1 P 1:2), y Pablo habla también de la

¹⁰Ibid., pp. 148-149.

¹¹Por el otro lado, si deseamos decir que la santificación es por completo obra de Dios, y que nosotros usamos los medios de la santificación a fin de contribuir a ella (o una expresión similar), el significado es el mismo. Estoy solo preocupado con que si decimos que la santificación es por completo obra de Dios, podemos ser mal entendidos y estimular un papel pasivo excesivo de parte de los cristianos, que pueden ser llevados a pensar que ellos no tienen nada que hacer en el proceso de santificación en sus vidas.

«obra santificadora del Espíritu» (2 Ts 2:13). Es el Espíritu Santo el que produce en nosotros «el fruto del Espíritu» (Gá 5:22-23), esos rasgos característicos que son parte de una mayor santificación diaria. Si nosotros crecemos en la santificación «andamos en el Espíritu» y somos «guiados por el Espíritu» (Gá 5:16-18; cf. Ro 8:14), es decir, que somos cada vez más sensibles a los deseos y estímulos del Espíritu Santo en nuestra vida y carácter. El Espíritu Santo es el espíritu de santidad, y genera santidad dentro de nosotros.¹²

2. Nuestra parte en la santificación. La parte que nosotros cumplimos en la santificación es tanto *pasiva* en la que dependemos de Dios para que nos santifique, como *activa* en el cual nos esforzamos por obedecer a Dios y dar los pasos necesarios que van a incrementar nuestra santificación. Vamos a considerar ahora ambos aspectos de nuestro papel en la santificación.

Primero, lo que podemos llamar el papel «pasivo» que nosotros tenemos en la santificación lo vemos en los textos que nos animan a confiar en Dios y a orar pidiéndole que nos santifique. Pablo les dice a sus lectores: «*Ofrézcanse más bien a Dios como quienes han vuelto de la muerte a la vida*» (Ro 6:13; cf. v. 19), y dice a cada cristiano en Roma: «*Ofrezca su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios*» (Ro 12:1). Pablo se da cuenta que dependemos de la obra del Espíritu Santo para crecer en santificación, porque él dice: «*Si por medio del Espíritu dan muerte a los malos hábitos del cuerpo, vivirán*» (Ro 8:13).

Lamentablemente, este papel «pasivo» en la santificación, esta idea de ofrecer-nos a Dios y confiar en él para que produzca en nosotros «tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad» (Fil 2:13) se enfatiza tanto hoy que es lo único que las personas oyen acerca del camino de la santificación. A veces la frase popular de «*déjalo y déjale a Dios*» se presenta como un resumen de cómo vivir la vida cristiana. Pero esa es una distorsión trágica de la doctrina de la santificación, porque solo habla de la mitad de la parte que nosotros debemos realizar y, por sí misma, llevará a los cristianos a ser perezosos y descuidar el papel activo que las Escrituras nos mandan que tengamos en nuestra propia santificación.

El apóstol Pablo nos indica en Romanos 8:13 el papel activo que debemos tener, cuando dice: «*Si por medio del Espíritu dan muerte a los malos hábitos del cuerpo, vivirán*». Pablo reconoce aquí que es por «medio del Espíritu» que somos capaces de hacerlo. ¡Pero también nos dice que nosotros debemos hacerlo! ¡No le manda al Espíritu Santo que dé muerte a los malos hábitos del cuerpo, sino al cristiano! Del mismo modo, Pablo les dice a los filipenses: «*Así que, mis queridos hermanos, como han obedecido siempre —no sólo en mi presencia sino mucho más ahora en mi ausencia— lleven a cabo su salvación con temor y temblor, pues Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad*» (Fil 2:12-13). Pablo les exhorta a obedecer aun más que cuando él estaba presente con ellos. Les dice que la obediencia es la manera mediante la cual ellos «*[llevan] a cabo su salvación*» queriendo decir que deben continuar con la rea-

¹²Vea el capítulo 30, pp. 674-76, para un estudio más amplio de la obra del Espíritu Santo en la santificación.

lización de los beneficios de la salvación en su vida cristiana.¹³ Los filipenses tenían que procurar ese crecimiento en la santificación, y hacerlo con solemnidad y reverencia («con temor y temblor»), porque lo están haciendo en la misma presencia de Dios. Pero hay más: La razón por la que ellos deben trabajar y esperar que su trabajo dé resultado es porque «Dios es quien produce en ustedes...», la obra anterior y fundamental de Dios en la santificación significa que su propio trabajo queda fortalecido por Dios; por tanto, merecerá la pena y dará resultados positivos.

Hay muchos aspectos de este papel activo que nosotros tenemos que jugar en la santificación. Debemos «[buscar] ... la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (He 12:14). Tenemos que apartarnos «de la inmoralidad sexual» porque «la voluntad de Dios es que sean santificados» (1 Ts 4:3). Juan dice que los que tienen la esperanza de ser semejantes a Cristo cuando él aparezca trabajarán activamente en la purificación de su vida: «Todo el que tiene esta esperanza en Cristo, se purifica a sí mismo, así como él es puro» (1 Jn 3:3). Pablo les dice a los corintios que «huyan de la inmoralidad sexual» (1 Co 6:18), y no se unan «en yugo con los infieles» (2 Co 6:14, RVR 1960). Luego les dice: «purifiquémonos de todo lo que contamina el cuerpo y el espíritu, para completar en el temor de Dios la obra de nuestra santificación» (2 Co 7:1). Esta clase de lucha por la obediencia y por la santidad puede involucrar gran esfuerzo de nuestra parte, porque Pedro les dice a sus lectores que se «esfuercen» por crecer en las características que son conforme a la piedad (2 P 1:5). Muchos pasajes específicos del Nuevo Testamento nos animan a que prestemos detallada atención a los varios aspectos de la santidad y de la piedad en la vida (vea Ro 12:1—13:14; Ef 4:17—6:20; Fil 4:4-9; Col 3:5—4:6; 1 P 2:11—5:11; et al.). Debemos edificar continuamente pautas y hábitos de santidad, porque una medida de madurez es que los cristianos maduros «tienen la capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo, pues han ejercitado su facultad de percepción espiritual» (He 5:14).

El Nuevo Testamento no sugiere ningún atajo mediante el cual podamos crecer en santificación, sino solo nos anima repetidas veces a darnos a nosotros mismos a los medios antiguos y reconocidos de la lectura de la Biblia y la meditación (Sal 1:2; Mt 4:4; Jn 17:17), la oración (Ef 6:18; Fil 4:6), la adoración (Ef 5:18-20), al testimonio (Mt 28:19-20), al compañerismo cristiano (He 10:24-25), a la autodisciplina y al dominio propio (Gá 5:23; Tit 1:8).

Es importante que continuemos creciendo tanto en la confianza pasiva en Dios para nuestra santificación y en nuestro esfuerzo activo por la santidad y una mayor obediencia en nuestra vida. Si descuidamos el esfuerzo activo para obedecer a Dios, nos hacemos cristianos pasivos y perezosos. Si descuidamos el papel pasivo de confiar en Dios y entregarnos a él, nos hacemos orgullosos y excesivamente confiados en nosotros mismos. En cualquier caso, nuestra santificación será deficiente. Debemos mantener la fe y la diligencia en obedecer al mismo tiempo. El

¹³Este versículo no usa la palabra «salvación» para referirse a la justificación inicial, sino al proceso continuado de experimentar cada vez más las bendiciones de la salvación; aquí «salvación» es aproximadamente equivalente a «santificación».

antiguo himno dice: «Obedecer, y confiar en Jesús, es la regla marcada para andar en la luz».¹⁴

Debemos añadir un punto más a nuestro estudio de nuestro papel en la santificación: La santificación es por lo general un proceso corporativo en el Nuevo Testamento. Es algo que sucede en comunidad. Se nos exhorta: «*Preocupémonos los unos por los otros, a fin de estimularnos al amor y a las buenas obras. No dejemos de congregarnos, como acostumbran hacerlo algunos, sino animémonos unos a otros, y con mayor razón ahora que vemos que aquel día se acerca*» (He 10:24-25). Los cristianos juntos «son como piedras vivas, con las cuales se está edificando una casa espiritual. De este modo llegan a ser un sacerdocio santo» (1 P 2:5); juntos son una «nación santa» (1 P 2:9), juntos se les insta a «ánimense y edifíquense unos a otros, tal como lo vienen haciendo» (1 Ts 5:11). Pablo ruega a los hermanos en Éfeso que «vivan de una manera digna del llamamiento que han recibido» (Ef 4:1) y que vivan de esa manera en comunidad: «siempre humildes y amables, pacientes, tolerantes unos con otros en amor. Esfuércense por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz» (Ef 4:2-3). Cuando eso ocurre, el cuerpo de Cristo funciona como un todo unido, cada parte trabajando debidamente, de modo que la santificación corporativa sucede al tiempo que «todo el cuerpo crece y se edifica en amor» (Ef 4:16; cf. 1 Co 12:12-26; Gál. 6:1-2). Es significativo que el fruto del Espíritu incluye muchas cosas que sirven para edificar la comunidad («amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio», Gá 5:22-23), mientras que las «obras de la naturaleza pecaminosa» destruyen la comunidad («inmoralidad sexual, impureza y libertinaje; idolatría y brujería; odio, discordia, celos, arrebatos de ira, rivalidades, disensiones, sectarismos y envidia; borracheras, orgías, y otras cosas parecidas», Gá 5:19-21).

D. La santificación afecta a toda la persona

Vemos que la santificación afecta nuestro *intelecto* e inteligencia cuando Pablo dice que debemos vestarnos de la nueva naturaleza «que se va renovando en conocimiento a imagen de su Creador» (Col 3:10). Él ora pidiendo que los filipenses puedan ver que su amor «abunde cada vez más en conocimiento y en buen juicio» (Fil 1:9). E insta a los cristianos de Roma a que «sean transformados mediante la renovación de su mente» (Ro 12:2). Aunque nuestro conocimiento de Dios es más que conocimiento intelectual, hay ciertamente una componente intelectual en ello, y Pablo dice que este conocimiento de Dios debiera aumentar a lo largo de nuestra vida «para que vivan de manera digna del Señor, agradándole en todo» (Col 1:10). La santificación de nuestros intelectos involucrará crecimiento en sabiduría y conocimiento al ir progresivamente «[llevando] cautivo todo pensamiento para que se someta a Cristo» (2 Co 10:5) y encontrar que nuestros pensamientos son cada vez los pensamientos que Dios mismo nos imparte por medio de su Palabra.

¹⁴Al comparar nuestra vida a un árbol con dos grandes raíces, John Livingstone dijo: Satanás ataca ya sea a la raíz de la fe o a la raíz de la diligencia» (citado en la obra *The Hidden Life of Prayer*, de D. M. McIntyre [Minneapolis: Bethany Fellowship, 1969], p. 39).

Además, el crecimiento en santificación afectará nuestras *emociones*. Veremos en forma creciente en nuestra vida emociones tales como el «amor, gozo, paz paciencia» (Gá 5:22). Nos veremos cada vez más capacitados para obedecer el mandamiento de Pedro de apartarnos de los «deseos pecaminosos que combaten contra la vida» (1 P 2:11). Encontraremos cada vez más que «no [amamos] el mundo ni nada de lo que hay en él» (1 Jn 2:15), sino que nosotros, como nuestro Salvador, nos gozamos en la voluntad de Dios. En una medida cada vez más creciente nos «[someteremos de corazón a la enseñanza que les fue transmitida]» (Ro 6:17), y abandonaremos las emociones negativas de la «amargura, ira y enojo, gritos y calumnias, y toda forma de malicia» (Ef 4:31).

Además, la santificación afectará nuestra *voluntad*, la facultad de la toma de decisiones, porque Dios está obrando en nosotros, «pues Dios es quien produce en ustedes tanto el *querer* como el *hacer* para que se cumpla su buena voluntad» (Fil 2:13). Al ir creciendo en santificación, nuestra voluntad se conformará cada vez más a la voluntad de nuestro buen Padre celestial.

La santificación afectará también a nuestro *espíritu*, la parte no física de nuestros seres. Nosotros debemos «[purificarnos] de todo lo que contamina el cuerpo y el *espíritu*, para completar en el temor de Dios la obra de nuestra santificación» (2 Co 7:1), y Pablo nos dice que la preocupación por «las cosas del Señor» lleva a «consagrarse al Señor tanto en cuerpo como en *espíritu*» (1 Co 7:34).¹⁵

Por último, la santificación afecta a nuestros *cuerpos físicos*. Pablo dice: «Que Dios mismo, el Dios de paz, los santifique por completo, y conserve todo su ser —espíritu, alma y *cuerpo*— irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo» (1 Ts 5:23). Además, Pablo les anima a los corintios a purificarse «de todo lo que contamina el *cuerpo* y el *espíritu*, para completar en el temor de Dios la obra de nuestra santificación» (2 Co 7:1; cf. 1 Co 7:34). A ir quedando más santificados en nuestros cuerpos, éstos son cada vez siervos más útiles de Dios, más receptivos a la voluntad de Dios y a los deseos del Espíritu Santo (cf. 1 Co 9:27).¹⁶ No permitiremos que el pecado reine en nuestros cuerpos (Ro 6:12) ni tampoco que participen en ninguna forma de inmoralidad (1 Co 6:13), sino que trataremos a nuestros cuerpos con cuidado y reconoceremos que son medios a través de los cuales el Espíritu Santo trabaja en nuestra vida. Por tanto, no serán abusados o maltratados negligentemente, sino que procuraremos que sean útiles y sensibles a la voluntad de Dios: «¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio. Por tanto, honren con su cuerpo a Dios» (1 Co 6:19-20).

¹⁵Vea el capítulo 23, pp. 495-500, para un estudio del hecho que «alma» y «cuerpo» se usan aproximadamente como sinónimos en la Biblia.

¹⁶Por supuesto, la debilidad física es inevitable con la ancianidad, y a veces viene antes a causa de enfermedades, pero esto puede ser coherente con el crecimiento en la santificación a medida que el poder de Dios «se perfecciona en la debilidad» (2 Co 12:9). Pablo nos enseña esto claramente cuando dice: «Tenemos este tesoro en vasijas de barro para que se vea que tan sublime poder viene de Dios y no de nosotros» (2 Co 4:7), y, «Por tanto, no nos desanimemos. Al contrario, aunque por fuera nos vamos desgastando, por dentro nos vamos renovando día tras día» (2 Co 4:16).

E. Motivos para obedecer a Dios en la vida cristiana

Los cristianos a veces no reconocen la amplia variedad de motivos para obedecer a Dios que encontramos en el Nuevo Testamento. (1) Es verdad que el deseo de agradar a Dios y expresar nuestro amor por él es un motivo muy importante para obedecerle. Jesús dijo: «Si ustedes me aman, obedecerán mis mandamientos» (Jn 14:15), y «¿Quién es el que me ama? El que hace suyos mis mandamientos y los obedece» (Jn 14:21; cf. 1 Jn 5:3). Pero también se nos dan otros muchos motivos: (2) la necesidad de mantener una limpia conciencia delante de Dios (Ro 13:5; 1 Ti 1:5; 19:2; 2 Ti 1:3; 1 P 3:16); (3) el deseo de ser vasos «para los usos más nobles» y tener una eficacia creciente para la obra del reino de Dios (2 Ti 2:20-21); (4) el deseo de ver que los incrédulos acuden a Cristo por medio del testimonio de nuestra vida (1 P 3:1-2, 15-16); (5) el deseo de recibir bendiciones presentes de Dios en nuestra vida y ministerio (1 P 3:9-12); (6) el deseo de evitar el desagrado o disciplina de Dios en nuestra vida (que a veces se llama «el temor de Dios») (Hch 5:11; 9:31; 2 Co 5:11; 7:1; Ef 4:30; Fil 2:12; 1 Ti 5:20; He, 12:3-11; 1 P 1:17; 2:17; cf. el estado de los incrédulos en Ro 3:18); (7) el deseo de buscar una recompensa celestial superior (Mt 6:19-21; Lc 19:17-19; 1 Co 3:12-15; 2 Co 5:9-10);¹⁷ (8) el deseo de caminar de una forma más íntima con Dios (Mt 5:8; Jn 14:21; 1 Jn 1:6; 3:21-22; y en el Antiguo Testamento, Sal 66:18; Is 59:2); (9) el deseo que los ángeles glorifiquen a Dios por nuestra obediencia (1 Ti 5:21; 1 P 1:12); (10) el deseo de paz (Fil 4:9) y gozo (He 12:1-2) en nuestra vida; y (11) el deseo de hacer lo que Dios nos manda, simplemente porque sus mandamientos son rectos, y nosotros nos deleitamos en hacer lo que es correcto (Fil 4:8; cf. Sal 40:8).

F. La belleza y el gozo de la santificación

No sería correcto terminar este estudio sin notar que la santificación nos trae a gran gozo. Cuanto más crecemos a la semejanza de Cristo, tanto más experimentaremos personalmente el «gozo» y la «paz» que son parte del fruto del Espíritu Santo (Gá 5:22), y tanto más nos acercaremos a la clase de vida que tendremos en el cielo. Pablo dice que a medida que crecemos en la obediencia a Dios, cosechamos «la santidad que conduce a la vida eterna» (Ro 6:22). Él se da cuenta que esta es la fuente del verdadero gozo. «Porque el reino de Dios no es cuestión de comidas o bebidas sino de justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo» (Ro 14:17). Al ir creciendo en santidad vamos creciendo en conformidad a la imagen de Cristo, y cada vez se va viendo más de su carácter en nuestra vida. Esta es la meta de la perfecta santificación que esperamos y anhelamos, y que será nuestra cuando Cristo regrese. «Todo el que tiene esta esperanza en Cristo, se purifica a sí mismo, así como él es puro» (1 Jn 3:3).

PREGUNTAS DE APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Puede usted recordar en su propia experiencia el momento definido en que comenzó la santificación cuando se hizo cristiano? ¿Sintió usted un

¹⁷Vea el capítulo 56, pp. 1205-08, para un estudio de los grados de recompensa en el cielo.

rompimiento claro con el poder dominante y el amor al pecado en su vida? ¿Cree usted realmente que aun ahora está muerto al poder y al amor del pecado en su vida? ¿Puede esta verdad de la vida cristiana ser de ayuda en áreas específicas de su vida donde todavía necesita crecer en santificación?

2. Al mirar retrospectivamente a los últimos años de su vida cristiana, ¿puede usted ver una pauta definida de crecimiento en santificación? ¿En qué cosas se deleitaba y que ya no son de interés para usted? ¿Cuáles son algunas cosas en las que no tenía interés y ahora tienen gran interés para usted?
3. Al ir creciendo en mayor madurez y santidad en la vida cristiana, ¿se ha hecho usted más consciente del peso del pecado que permanece en su corazón? Si no, ¿por qué no ha sido así? ¿Piensa usted que sería de ayuda si tuviera una mayor conciencia del pecado que permanece en su propia vida? Si lo tuviera, ¿cuál sería la diferencia en su propia vida?
4. ¿Cómo quedaría afectada su vida si pensara más acerca del hecho de que el Espíritu Santo está continuamente trabajando en usted para incrementar su santificación? Al vivir la vida cristiana, ¿ha mantenido usted un equilibrio entre su papel pasivo y su papel activo en la santificación, o ha tendido a enfatizar un aspecto sobre el otro? ¿Por qué? ¿Qué podría hacer para corregir este desequilibrio, si lo hubiera en su vida?
5. ¿Había usted pensado previamente que la santificación afecta a su intelecto y a la manera en que piensa? ¿Qué áreas de su intelecto necesitan todavía un poco de crecimiento en santificación? Con relación a sus emociones, ¿en qué áreas sabe que Dios necesita seguir trabajando en usted para producir mayor santificación? ¿Hay áreas o aspectos de la santificación que necesita usted mejorar con respecto a su cuerpo físico en obediencia a los propósitos de Dios?
6. ¿Hay áreas en las que ha luchado por años para crecer en santificación, pero no ha visto progreso en su vida? ¿Le ha ayudado este capítulo para recuperar la esperanza para progresar en esas áreas? (Para los cristianos que tienen un gran desaliento por su falta de progreso en la santificación, es muy importante hablar personalmente con un pastor o cristiano maduro acerca de esa situación, en vez de dejarlo seguir por más tiempo.)
7. En general ¿ha sido este capítulo de ánimo o desánimo para usted en la vida cristiana?

TÉRMINOS ESPECIALES

perfeccionismo
 perfección impecable
 santificación

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1297-1306.)

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)
 - 1882-92 Litton, 330-45
 - 1930 Thomas, 199-209, 223-35
2. Arminiana (wesleyana o metodista)
 - 1847 Finney, 423-81
 - 1875-76 Pope, 3:27-100
 - 1892-94 Miley, 2:355-84
 - 1940 Wiley, 2:440-517; 3:7-102
 - 1960 Purkiser, 305-92, 428-41
 - 1983 Carter, 1:521-69
3. Bautista
 - 1767 Gill, 2:93-107, 141-51, 364-557
 - 1887 Boyce, 409-25
 - 1907 Strong, 869-81
 - 1917 Mullins, 417-32
 - 1983-85 Erickson, 967-84
4. Dispensacional
 - 1947 Chafer, 3:355-63; 6:162-298
 - 1949 Thiessen, 283-89
 - 1986 Ryrie, 300-306
5. Luterana
 - 1917-24 Pieper, 3:3-86
 - 1934 Mueller, 384-435
6. Reformada (o presbiteriana)
 - 1559 Calvin, 1:684-725, 833-49 (3. 6-10, 19)
 - 1724-58 Edwards, 2:173-85
 - 1861 Heppe, 565-80
 - 1871-73 Hodge, 3:213-465
 - 1878 Dabney, 674-87
 - 1887-1921 Warfield, SSW 2:325-28; Perf., 3-464
 - 1889 Shedd, 2b:553-60
 - 1937-66 Murray, CW 2:277-317; RAA 141-51
 - 1938 Berkhof, 527-44
 - 1962 Buswell, 2:196-215
7. Renovada (o carismática o pentecostal)
 - 1988-92 Williams, 2:83-117, 411-45

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

1. Católico Romana: tradicional
 - 1955 Ott, 254-69
2. Católico Romana: Post Vaticano II
 - 1980 McBrien, 2:903-1099

Otras obras

- Alexander, Donald L., ed. *Christian Spirituality: Five Views of Sanctification*. InterVarsity Press, Downers Grove, Ill., 1988.
- Berkouwer, G. C. *Faith and Sanctification*. Trad. por John Vriend. Eerdmans, Grand Rapids, 1952.
- Bockmuehl, Klaus. «Sanctification». En *NDT* pp. 613–16.
- Chafer, Lewis Sperry. *He That Is Spiritual*. Rev. ed. Zondervan, Grand Rapids, 1967.
- Coppedge, Allan. *The Biblical Principles of Discipleship*. Francis Asbury Press, Grand Rapids, 1989.
- Downs, Perry G. *Teaching for Spiritual Growth: An Introduction to Christian Education*. Zondervan, Grand Rapids, 1994.
- Hoekema, Anthony A. «Sanctification». En *Saved by Grace*. Eerdmans, Grand Rapids, y Paternoster, Exeter, 1989, pp. 192–233.
- Murray, John. «Sanctification». En *Redemption Accomplished and Applied*. Eerdmans, Grand Rapids, 1955, pp. 141–50.
- Packer, J. I. *Keep in Step With the Spirit*. Revell, Old Tappan, N. J., 1984.
- Prior, K. *The Way of Holiness*. InterVarsity Press, Downers Grove, Ill., 1967.
- Ryle, J. C. *Holiness: Its Nature, Hindrances, Difficulties and Roots*. Revell, Westwood, N. J., n. f.
- White, R. E. O. «Sanctification». En *EDT* pp. 969–71.
- Willard, Dallas. *The Spirit of the Disciplines: Understanding How God Changes Lives*. Harper and Row, San Francisco, 1988.
- Ziesler, J. A. *The Meaning of Righteousness in Paul*. Cambridge University Press, Cambridge, 1972.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

Romanos 6:11–14: *De la misma manera, también ustedes considérense muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús. Por lo tanto, no permitan ustedes que el pecado reine en su cuerpo mortal, ni obedezcan a sus malos deseos. No ofrezcan los miembros de su cuerpo al pecado como instrumentos de injusticia; al contrario, ofrézcanse más bien a Dios como quienes han vuelto de la muerte a la vida, presentando los miembros de su cuerpo como instrumentos de justicia. Así el pecado no tendrá dominio sobre ustedes, porque ya no están bajo la ley sino bajo la gracia.*

HIMNO

«Sed puros y santos»

Sed puros y santos, mirad al Señor,
 Permaneced fieles siempre en oración;
 Leed la Palabra del buen Salvador,
 Socorred al débil, mostrad compasión.

Sed puros y santos, Dios nos juzgará,
Orad en secreto, respuesta vendrá;
Su Espíritu Santo revela a Jesús,
Y su semejanza en nos él pondrá.

Sed puros y santos, Cristo nos guiará;
Seguid su camino, en Él confiad;
En paz o en pena la calma dará,
Quien nos ha salvado de nuestra maldad.

AUTOR: WILLIAM D. LONGSTAFF, ES TRAD.
(TOMADO DE HIMNOS DE LA VIDA CRISTIANA # 129)

El bautismo y la llenura del Espíritu

¿Debiéramos buscar el «bautismo en el Espíritu Santo después de la conversión»? ¿Qué significa ser llenos con el Espíritu Santo?

Los libros de teología sistemática no han incluido tradicionalmente un capítulo sobre el bautismo en el Espíritu Santo o ser lleno con el Espíritu Santo como parte del estudio del «orden de la salvación», el estudio de los varios pasos en que se aplican los beneficios de la salvación a nuestra vida.¹ Pero desde la aparición del pentecostalismo que empezó en 1901, la ampliamente extendida influencia del movimiento carismático en las décadas de 1960 y 1970, y el notable crecimiento de las iglesias pentecostales y carismáticas² en todo el mundo desde los años de 1970 hasta el presente, la cuestión del «bautismo en el Espíritu Santo» distinto de la regeneración ha llegado a tener una creciente prominencia. He puesto este capítulo en

¹Vea el capítulo 32, p. 702, para una lista de elementos en el orden de la salvación.

²Estoy usando los términos *pentecostal* y *carismático* en la siguiente forma: *Pentecostal* se refiere a cualquier denominación o grupo que tiene su origen histórico en el avivamiento pentecostal que empezó en los Estados Unidos en 1901 y que sostiene la posición doctrinal de que (a) el bautismo en el Espíritu Santo es un suceso común subsiguiente a la conversión, y (b) que el bautismo en el Espíritu Santo se manifiesta mediante la señal de hablar en lenguas, y (c) que todos los dones espirituales que se mencionan en el Nuevo Testamento hay que buscarlos y usarlos hoy. Los grupos pentecostales tienen generalmente su propia estructura denominacional, la más prominente de las cuales en las Asambleas de Dios.

Los *carismáticos* se refiere a todo grupo o personas que tienen su origen histórico en el movimiento de renovación carismático de las décadas de 1960 y 1970, que buscan practicar todos los dones espirituales mencionados en el Nuevo Testamento (incluyendo profecía, sanidades, milagros, lenguas, interpretación y discernimiento de espíritus), y permiten diferentes puntos de vista sobre si el bautismo en el Espíritu Santo es subsiguiente a la conversión o si el hablar en lenguas es una señal del bautismo en el Espíritu Santo. Los carismáticos se refrenan de formar su propia denominación, pero se ven a sí mismos como una fuerza de renovación dentro de las iglesias protestantes y católicas existentes. No hay al presente una denominación carismática representativa en los Estados Unidos, pero el más destacado portavoz carismático es probablemente Pat Robertson de la cadena de televisión Christian Broadcasting Network, con su programa de televisión «The 700 Club» y la Regent University (anteriormente CBN University).

En los años de 1980 apareció otro movimiento de renovación, llamado la «tercera ola» por el profesor de misiones C. Peter Wagner del Seminario Fuller (se refería a la reovación pentecostal como la primera ola de renovación del Espíritu Santo en la iglesia moderna, y al movimiento carismático como la segunda ola.) La «tercera ola» anima la capacitación de los creyentes en el uso de los dones espirituales del Nuevo Testamento hoy, y dice que la proclamación del evangelio debiera ir en general acompañada de «señales, maravillas y prodigios», según el modelo del Nuevo Testamento. Ellos enseñan, sin embargo, que el bautismo en el Espíritu Santo sucede a todos los creyentes en el momento de la conversión, y que las subsiguientes experiencias es mejor llamarlas ser «llenos» con el Espíritu Santo. El representante más prominente de la «tercera ola» es John Wimber, pastor principal de la Vineyard Christian Fellowship en Anaheim, California, y líder de la Asociación de Vineyard Churches. Los dos libros principales de Wimber son *Power Evangelism* (San Francisco: Harper & Row, 1986, edi. Rev. 1992) y *Power Healing* (San Francisco: Harper & Row, 1987), ambos escritos junto con Kevin Springer, estos dos libros son ampliamente reconocidos como representantes distintivos de los énfasis de la «tercera ola».

La obra de referencia más completa de estos movimientos en el presente es Stanley M. Burgess y Gary B. McGee, editores, *Dictionary of Pentecostal and Charismatic Movements* (Grand Rapids: Michigan, 1988).

este lugar en nuestro estudio de la aplicación de la redención por dos razones: (1) Un entendimiento correcto de esta cuestión debe dar por sentado un entendimiento de la regeneración, la adopción y la santificación, todo lo cual lo estudiamos en los capítulos anteriores. (2) Todos los capítulos anteriores sobre la aplicación de la redención han considerado sucesos que ocurren (o en el caso de la santificación, que empieza) en el momento en el que una persona se hace cristiana. Pero esta cuestión tiene que ver con un suceso que tiene lugar en el momento de la conversión (según un punto de vista) o en algún momento después de la conversión (según otro punto de vista). Además, las personas en ambos lados del debate están de acuerdo que alguna forma de segunda experiencia les ha ocurrido a muchos creyentes después de la conversión y, por tanto, una cuestión muy importante es cómo entender esta experiencia a la luz de las Escrituras y qué categoría bíblica se aplican debidamente aquí

EXPLICACIÓN Y BASES BÍBLICAS

A. El entendimiento pentecostal tradicional

El tema de este capítulo ha llegado a ser muy importante hoy porque muchos cristianos dicen que han experimentado un «bautismo en el Espíritu Santo» que vino después que ellos se hicieran cristianos y ha traído gran bendición en sus vidas. Afirman que la oración y el estudio de la Biblia se han hecho mucho más significativos y eficaces, que han descubierto un nuevo gozo en la adoración, y a menudo dicen que han recibido nuevos dones espirituales (especialmente, y con más frecuencia, el don de hablar en lenguas).

Esta posición carismática o pentecostal tradicional está apoyada por las Escrituras en la siguiente manera:

(1) Los discípulos de Jesús eran creyentes nacidos de nuevo antes del día de Pentecostés, quizá durante la vida y ministerio de Jesús, pero sin duda lo eran para el tiempo cuando Jesús, después de su resurrección: «Sopló sobre ellos y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo»» (Jn 20:22).

(2) Jesús, no obstante, les mandó a sus discípulos: «No se alejen de Jerusalén, sino esperen la promesa del Padre, de la cual les he hablado» (Hch 1:4), y les dijo: «dentro de pocos días ustedes serán *bautizados con el Espíritu Santo*» (Hch 1:5). Luego les dijo: «Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder» (Hch 1:8). Los discípulos entonces obedecieron el mandamiento de Jesús y esperaron en Jerusalén a que viniera sobre ellos el Espíritu Santo a fin de recibir el poder anunciado para el testimonio y el ministerio.

(3) Cuando los discípulos llevaban esperando diez días, llegó el día de Pentecostés, y lenguas de fuego se posaron sobre sus cabezas, «Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en diferentes lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse» (Hch 2:4). Esto muestra claramente que ellos recibieron un bautismo en (o con)³ en el Espíritu Santo. Aunque los discípulos habían nacido de

³No importa mucho si se traduce la frase griega *en pneumatí* como «en el Espíritu» o «con el Espíritu» porque ambas son traducciones aceptables, y las personas en todos los lados de este asunto parecen usar ambas expresiones como intercambiables. Yo he usado generalmente «en el Espíritu Santo» a lo largo de este capítulo, pero la

nuevo mucho antes del día de Pentecostés, en Pentecostés ellos fueron «bautizados con el Espíritu Santo» (Hch 1:5 y 11:17 se refieren a esto de esa manera) que fue subsiguiente a la conversión y que resultó en una gran demostración de poder así como el hablar en lenguas.⁴

(4) Los cristianos hoy, como los apóstoles, debieran preguntarle a Jesús por el «bautismo en el Espíritu Santo» y que eso siguiera el mismo modelo que en la vida de los discípulos.⁵ Si recibimos este bautismo en el Espíritu Santo, resultará en un mayor poder para el ministerio en nuestra vida, así como sucedió en la vida de los discípulos, y resultará también con frecuencia (o siempre, según algunos maestros) en hablar en lenguas.

(5) Apoyo para este modelo —en el que las personas nacen de nuevo primero y más tarde son bautizados en el Espíritu Santo— lo encontramos en otras varias ocasiones en el libro de Hechos. Lo vemos, por ejemplo, en Hechos 8, donde encontramos a las personas de Samaria que se hicieron cristianos «cuando creyeron a Felipe que les anunciaba las buenas nuevas del reino de Dios y el nombre de Jesucristo» (Hch 8:12), pero recibieron el Espíritu Santo más tarde cuando los apóstoles Pedro y Juan llegaron desde Jerusalén y oraron por ellos (Hch 8:14-17).⁶

Otro ejemplo lo encontramos en Hechos 19, cuando Pablo llegó a Éfeso y «allí encontró a algunos discípulos» (Hch 19:1). Pero «cuando Pablo les impuso las manos, el Espíritu Santo vino sobre ellos, y empezaron a hablar en lenguas y a profetizar» (Hch 19:6).

Todos estos ejemplos (Hechos 2, 8, a veces el 10 y 19)⁷ son citados por los pentecostales con el fin de mostrar que el «bautismo en el Espíritu Santo» subsiguiente a la conversión era un suceso muy común entre los cristianos del Nuevo Testamento. Por tanto, ellos razonan, era común para los cristianos en Hechos tener esta segunda experiencia en algún momento después de la conversión ¿no debiera esto ser también común para nosotros hoy?

Podemos analizar el asunto del bautismo en el Espíritu Santo planteando tres preguntas: (1) ¿Qué significa la frase «bautismo en el Espíritu Santo» en el Nuevo

NVI que es la que se usa en esta obra en español generalmente prefiere: «con el Espíritu Santo». No hago ninguna distinción entre estas dos frases en el estudio de este capítulo. (Vea abajo, pp. 805-06, para un estudio de las afirmaciones frecuentes de los pentecostales de que el bautismo por el Espíritu [como en 1 Co 12:13] es un suceso diferente que el bautismo en [o con] el Espíritu Santo.)

⁴La mayoría de los estudios pentecostales sobre el bautismo en el Espíritu Santo incluyen el punto de vista de que hablar en lenguas es una «señal» de que el creyente ha sido bautizado con el Espíritu Santo, y que esa señal les será dada a todos los que han sido bautizados con el Espíritu Santo, aunque no todos tendrán más tarde el don de hablar en lenguas como una don continuo en sus vidas.

⁵Yo escuché esa enseñanza sobre el bautismo en el Espíritu Santo cuando estaba en mi primer año de estudios en la universidad en 1967, y más tarde oré en privado, como me instruyeron, para arrepentirse de todos mis pecados conocidos y una vez más entregar todas las áreas de vida a Dios, luego pedirle a Jesús que me bautizara con el Espíritu Santo. Aunque mi entendimiento de aquella experiencia ha cambiado desde entonces, de modo que ahora lo explico de otra manera (vea abajo), el resultado en mi vida fue sin duda muy positivo y perdurable, incluyendo un amor más profundo por Cristo y una eficacia mucho mayor en mi ministerio personal.

⁶Otro ejemplo citado a veces es el de Cornelio en Hechos 10. Era un hombre devoto y sincero que oraba a Dios constantemente (Hch 10:2), pero cuando Pedro llegó y le predicó a él y a su familia, Pedro y los que le acompañados se «quedaron asombrados de que el don del Espíritu Santo se hubiera derramado también sobre los gentiles, pues los oían hablar en lenguas y alabar a Dios» (Hch 10:45-46).

⁷El caso de Pablo en Hechos 19:17 se menciona a veces también, pero no es tan claro, puesto que su persecución violenta de la iglesia antes de ese tiempo indica que él no había nacido de nuevo antes de la experiencia del camino de Damasco. Pero algunos han visto una pauta similar en la distinción entre su conversión en el camino a Damasco y su recibimiento del Espíritu Santo por medio de Ananías tres días más tarde.

Testamento? (2) ¿Cómo debemos entender la «segunda experiencia» que les viene a los cristianos nacidos de nuevo en el libro de Hechos? (3) ¿Hay otras expresiones bíblicas, tales como «llenos del Espíritu Santo», que son más apropiadas para describir la capacitación con el Espíritu Santo que viene después de la conversión?

B. ¿Qué significa la frase «bautismo en el Espíritu Santo» en el Nuevo Testamento?

Hay solo siete pasajes en el Nuevo Testamento en los que leemos que alguien fue bautizado en el Espíritu Santo. (Las versiones citadas aquí usan la palabra *con* en vez de *en*.)⁸ Los siete pasajes son los siguientes:

En los primeros cuatro versículos, Juan el Bautista aparece hablando de Jesús y predice que él bautizará a las personas «con el Espíritu Santo»:

Mateo 3:11: «Yo los bautizo a ustedes con agua para que se arrepientan. Pero el que viene después de mí es más poderoso que yo, y ni siquiera merezco llevarle las sandalias. Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego».

Marcos 1:8: «Yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los *bautizará con el Espíritu Santo*».

Lucas 3:16: «Yo los bautizo a ustedes con agua —les respondió Juan a todos—. Pero está por llegar uno más poderoso que yo, a quien ni siquiera merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él los *bautizará con el Espíritu Santo* y con fuego».

Juan 1:33: «Yo mismo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: Aquel sobre quien veas que el Espíritu descende y permanece, es el que *bautiza con el Espíritu Santo*».

Es difícil sacar alguna conclusión de estos cuatro pasajes con respecto a lo que es de verdad el bautismo con el Espíritu Santo. Descubrimos que Jesús es el que llevará a cabo este bautismo y bautizará a sus seguidores. No se da más explicación acerca de este bautismo.

Los dos siguientes pasajes se refieren directamente a Pentecostés:

Hechos 1:5: [Aquí habla Jesús:] «Juan bautizó con agua, pero dentro de pocos días ustedes serán *bautizados con el Espíritu Santo*».

Hechos 11:16: [Aquí Pedro se refiere a las mismas palabras citadas en el versículo anterior.] «Entonces recordé lo que había dicho el Señor: 'Juan bautizó con agua, pero ustedes serán *bautizados con el Espíritu Santo*».

Estos dos pasajes nos muestran que sea lo que sea que entendamos por bautismo con el Espíritu Santo, sucedió sin duda en el día de Pentecostés como lo

⁸Vea la nota 3.

tenemos registrado en Hechos 2, cuando el Espíritu Santo descendió con gran poder sobre los discípulos y los que estaban con ellos, y ellos empezaron a hablar en otras lenguas y como tres mil personas se convirtieron (Hch 2:14).

Es importante que nos demos cuenta que seis de estos versículos usan casi las mismas expresiones en griego, las únicas diferencias son algunas variaciones en el orden de las palabras y el tiempo verbal para encajar con la oración gramatical, y uno de los ejemplos aparecen con la preposición sobreentendida más bien que expresada explícitamente.⁹

La otra referencia que nos queda del Nuevo Testamento está en las epístolas paulinas:

1 Corintios 12:13: «Todos fuimos bautizados por un solo Espíritu para constituir un solo cuerpo —ya seamos judíos o gentiles, esclavos o libres—, y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu».

La cuestión ahora es si 1 Corintios 12:13 se está refiriendo a la misma actividad que los otros seis versículos. En algunas versiones de la Biblia (especialmente en inglés) parece que es diferente, Pero la RVR 1960 y la NVI tienen un mismo sentido y usan prácticamente las mismas palabras: « Todos fuimos bautizados por un solo Espíritu para constituir un solo cuerpo». Los que apoyan el punto de vista pentecostal del bautismo en el Espíritu Santo después de la conversión están muy dispuestos a ver este versículo como refiriéndose a otra cosa diferente del bautismo en el Espíritu Santo, y con frecuencia enfatizan las diferencias que aparecen en las traducciones en inglés. En todos los otros seis versículos Jesús es el que bautiza a las personas y el Espíritu Santo es el «elemento» (paralelo al agua en el bautismo físico) en el cual o con el cual Jesús nos bautiza. Pero aquí en 1 Corintios 12:13 (como lo explican los pentecostales) tenemos algo muy diferente, aquí la persona que bautiza no es Jesús, sino el Espíritu Santo. Por tanto, ellos dicen, 1 Corintios 12:13 no debiera tenerse en cuenta cuando preguntamos qué quiere decir el Nuevo Testamento con lo de «bautizados con el Espíritu Santo».

Este punto es muy importante para la posición pentecostal, porque, si admitimos que 1 Corintios 12:13 se refiere al bautismo en el Espíritu Santo, entonces es muy difícil mantener que es una experiencia que viene después de la conversión. En este versículo Pablo dice que este bautismo en/con/por el Espíritu Santo nos hace miembros del cuerpo de Cristo: «Todos fuimos bautizados por un solo Espíritu para constituir un solo cuerpo» (1 Co 12:13). Pero si esto es en realidad un «bautismo en el Espíritu Santo», lo mismo a que se estaba refiriendo en el suceso del que se habla en los otros seis versículos anteriores, entonces Pablo está diciendo que eso les ocurrió a todos los corintios cuando ellos se hicieron miembros del cuerpo de Cristo; esto es, cuando se hicieron cristianos. Porque fue aquel bautismo el que los llevó a ser miembros del cuerpo de Cristo, la iglesia. Esa conclusión sería muy difícil

⁹La expresión que se usa en todos estos seis pasajes es el verbo *baptizo* («bautizar») más la frase preposicional *en pneumati hagio* («en» [o con] el Espíritu Santo), excepto Marcos que omite la preposición *en*. Aun así, no hay diferencia en el significado, porque el nombre dativo solo puede tomar el mismo sentido como la preposición *en* con el nombre dativo. Mateo y Lucas también añaden «y con fuego».

para la posición pentecostal que sostiene que el bautismo en el Espíritu Santo es algo que tiene lugar después de la conversión, no al mismo tiempo.

¿Es posible sostener el punto de vista pentecostal de que los otros seis versículos se refieren a un bautismo *por Jesús* mediante el cual él nos bautiza en (o con) el Espíritu Santo, pero que 1 Corintios 12:13 se refiere a algo diferente, a un bautismo *por el Espíritu Santo*? Aunque la distinción parece tener sentido en base de algunas traducciones en inglés, no puede en realidad sostenerse cuando examinamos el texto griego, porque allí la expresión es casi idéntica a las expresiones que hemos visto en los otros seis versículos. Pablo dice *en heni pneumati... ebaptisemen* («Todos fuimos bautizados por un solo Espíritu») Aparte de una pequeña diferencia (él se refiere a «un solo Espíritu» en vez de al «Espíritu Santo»),¹⁰ todos los otros elementos son los mismos: el verbo es *baptizo*, y la frase preposicional contiene las mismas palabras (*en* y el nombre dativo *pneumati*). Si nosotros traducimos esta misma expresión griega «bautizados en el Espíritu Santo» (o «bautizados con el Espíritu Santo») en las otras seis ocasiones en el Nuevo Testamento donde las encontramos, entonces parece apropiado que las traduzcamos de la misma forma en esta séptima ocasión. Y sin importar cómo lo traducimos, resulta difícil negar que los lectores originales hubieran visto esta frase como refiriéndose a lo mismo que en otros seis versículos, porque para ellos las palabras eran las mismas.

¿Por qué entonces las traducciones inglesas modernas traducen en este versículo diciendo: «Todos fuimos bautizados por un solo Espíritu», apoyando al parecer de esa forma la interpretación pentecostal? Debíamos notar primero que la NASB nos da «en» como una traducción al margen, y que la NVI nos da al margen tanto «con» y «en» como otras variantes posibles. La razón por la que estas traducciones han escogido la palabra «por» ha sido aparentemente por un deseo de evitar que apareciera dos veces bautismo en la misma frase. La frase ya dice que este bautismo fue «en un cuerpo», y quizá los traductores pensaron que parecía poco elegante decir: «*en* un Espíritu fuimos todos bautizados *en* un cuerpo». Pero esto no debiera ser visto como una gran dificultad, porque Pablo dice, refiriéndose a los israelitas: «y todos *en* Moisés fueron bautizados *en* la nube y *en* el mar» (1 Co 10:2), una expresión muy similar en la que la nube y el mar son los «elementos» que rodearon o abrumaron a los israelitas y *Moisés* significa la nueva vida de participación en el pacto mosaico y en el compañerismo con el pueblo de Dios (dirigido por Moisés) en el que los israelitas se encontraron metidos después de haber pasado por la nube y el mar. No es que hubiera dos lugares para el mismo bautismo, sino que uno era el elemento en el que fueron bautizados y el otro era el lugar en que se encontraron participando después del bautismo. Esto es muy similar a 1 Co 12:13: El Espíritu Santo fue el *elemento* en el cual fueron bautizados, y el cuerpo de Cristo, la iglesia, era el *lugar* en el que se encontraron participando después del bautismo.¹¹

¹⁰En este contexto, en el cual él está hablando repetidas veces acerca del Espíritu Santo y de los dones espirituales, no puede haber duda de que se está refiriendo al Espíritu Santo.

¹¹Además del hecho de que esta frase griega que encontramos en 1 Corintios 12:13 se traduce para referirse al bautismo por el Espíritu Santo en todas las otras seis ocasiones, hay un argumento gramatical que apoya la traducción «*en* un Espíritu fuimos todos bautizados *en* un cuerpo» en 1 Co 12:13: Si Pablo hubiera querido decir que fuimos bautizados *por* el Espíritu Santo, él hubiera usado una expresión diferente. Ser bautizado «por» alguien en el Nuevo Testamento se expresa siempre mediante la preposición *hypo* seguida por un nombre en genitivo. Esta

Nos parece, pues, apropiado concluir que 1 Corintios 12:13 también se refiere al bautismo «en» o «con» el Espíritu Santo, y se está refiriendo a los mismos que en los otros seis versículos mencionados.

Pero esto tiene una implicación importante para nosotros: Significa que, en lo que al apóstol Pablo se refiere, *el bautismo por el Espíritu Santo tiene lugar en la conversión*. Él dice que todos los corintios fueron bautizados «por un solo Espíritu» y que el resultado fue que se hicieron miembros del cuerpo de Cristo: «Todos fuimos bautizados por un solo Espíritu para constituir un solo cuerpo» (1 Co 12:13). «Bautismo por el Espíritu Santo», por tanto, debe referirse a la actividad del Espíritu Santo al comienzo de la vida cristiana que cuando él nos da nueva vida espiritual (en la regeneración) y nos limpia y nos lleva a apartarnos del poder y del amor al pecado (la etapa inicial de la santificación). En este sentido «bautismo por el Espíritu Santo» se refiere a todo lo que el Espíritu Santo hace al comienzo de nuestra vida cristiana. Pero esto quiere decir que no puede referirse a una experiencia después de la conversión, como los pentecostales suelen interpretarlo.¹²

Pero entonces, ¿cómo entendemos la referencia al bautismo en el Espíritu Santo en Hechos 1:5 y 11:16, que ambas se refieren al día de Pentecostés? ¿No fueron estas dos ocasiones donde los discípulos, habiendo sido previamente regenerados por el Espíritu Santo, experimentaron ahora una nueva habilitación de parte del Espíritu Santo que los capacitaba para ministrar eficazmente?

es la forma en que los escritores del Nuevo Testamento dicen que las personas fueron bautizadas por Juan el Bautista en el río Jordán (Mt 3:6; Mr 1:5; Lc 3:7), o que Jesús fue bautizado «por» Juan (Mt 3:13; Mr 1:9), o que los fariseos no se hicieron bautizar «por» Juan (Lc 7:30), o que Juan el Bautista le dijera a Jesús: «Yo soy el que necesita ser bautizado por ti» (Mt 3:14). Por tanto, si Pablo hubiera querido decir que los corintios todos habían sido bautizados por el Espíritu Santo él habría usado *hypo* y el genitivo, no *en* y el dativo. (Es común en el Nuevo Testamento que el agente que ejecuta la acción expresada por un verbo en pasivo se exprese usando *hypo* y el genitivo.) Encontramos más apoyo para este punto de vista de que 1 Co 12:13 significa «en (o con) un Espíritu» en M. J. Harris, «Prepositions and Theology in The Greek New Testament», en *NIDNTT*, vol. 3, p. 1210.

¹²Howard M. Ervin, *Conversion-Initiation and the Baptism in the Holy Spirit* (Peabody, Mss.: Hendrickson, 1984), pp. 98-102, admite que 1 Co 12:13, sin importar cómo se traduzca, se refiere al comienzo de la vida cristiana (él dice que es «iniciador», p. 101), pero entonces dice que la siguiente frase: «y a todos se nos dio a beber de un mismo espíritu» se refiere a la habilitación subsiguiente para el servicio. También dice que el uso que Pablo hace de la frase «bautizados por un solo Espíritu» es diferente del sentido que la frase tiene en otros seis casos en que aparece en el Nuevo Testamento. De ese modo reconoce la interpretación no pentecostal de 1 Co 12:13, pero todavía dice que Pablo usa la frase con un sentido diferente. No obstante, este argumento no parece persuasivo. Sería improbable que Lucas, que iba viajando como compañero de Pablo a lo largo de mucha de la actividad misionera, y que se encontraba probablemente en Roma con Pablo cuando él escribió el libro de Hechos (Hch 28:30-31), usaría la frase en un sentido diferente del de Pablo, o que Pablo usaría esta frase en un sentido diferente que el sentido que se usaban de forma tan predominante en Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

Otro intento de evitar nuestra conclusión sobre 1 Co 12:13 la encontramos en John P. Baker, *Baptized in One Spirit* (Plainfield, N.J.: Logos Book, 1970), pp. 18-25, donde él argumenta que 1 Co 12:13 no significa que fuimos bautizados «en un solo cuerpo», sino que fuimos bautizados «para un solo cuerpo de Cristo» (p. 24). Pero el argumento de Baker no es convincente, porque la palabra «porque» al comienzo del versículo 13 (RVR-60) muestra que debe haber un argumento que apoya al versículo 12, donde Pablo dice que hay muchos miembros pero un solo cuerpo. Con todo, a fin de que el v. 13 muestre que todos los cristianos son parte de un cuerpo, es necesario que el v. 13 comunique por qué somos todos miembros de un cuerpo, y Pablo lo hace mostrando que todos somos bautizados en un cuerpo. El punto de vista de Baker de que esto solo ocurre con «algunos que ya son miembros del cuerpo de Cristo para capacitarlos para funcionar eficazmente» (p. 24), no es convincente a la luz de la declaración de Pablo de que «todos» los cristianos fueron bautizados en un solo cuerpo. Además, el bautismo *por el beneficio* de un cuerpo (que es esencialmente lo que Baker quiere decir) le da un sentido muy poco común a la preposición *eis*, si Pablo quisiera decir eso, habríamos esperado algo parecido a *heneka*, «por amor de», o *hyper* y el genitivo, significando «en nombre de o a favor de».

Es verdad que los discípulos habían «nacido de nuevo» mucho antes del día de Pentecostés, y en realidad probablemente mucho antes que Jesús soplara sobre ellos y recibieran el Espíritu Santo según Juan 20:22.¹³ Jesús había dicho: «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió» (Jn 6:44), pero los discípulos habían ciertamente acudido a Cristo y le habían seguido (a pesar de que su comprensión de quién era él aumentó gradualmente a lo largo del tiempo). No hay duda de que cuando Pedro le dijo a Jesús: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mt 16:16), era evidente que había tenido lugar en su corazón alguna clase de obra de regeneración del Espíritu Santo. Jesús le respondió: «Eso no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en el cielo» (Mt 16:17). Y Jesús le había dicho al Padre en relación con sus discípulos: «Les he entregado las palabras que me diste, y ellos las aceptaron; saben con certeza que salí de ti, y han creído que tú me enviaste... *los preservaba ... y ninguno se perdió* sino aquel que nació para perderse, a fin de que se cumpliera la Escritura» (Jn 17:8, 12). Los discípulos eran en ocasiones «hombres de poca fe» (Mt 8:26), ¡pero tenían fe! No hay duda que ellos fueron regenerados mucho antes del día de Pentecostés.¹⁴

Pero debemos darnos cuenta que el día de Pentecostés es mucho más que un evento individual en la vida de los discípulos de Jesús y de los que estaban con ellos. El día de Pentecostés fue el punto de transición entre la obra y ministerio del Espíritu Santo en el antiguo pacto y su obra y ministerio en el nuevo pacto. Por supuesto, el Espíritu Santo estuvo activo a lo largo del Antiguo Testamento, moviéndose sobre la faz de las aguas en el primer día de la creación (Gn 1:2), capacitando a las personas para servir a Dios y para tareas de liderazgo y profecía (Éx 31:3; 35:31; Dt 34:9; Jue 14:6; 1 S 16:13; Sal 51:11, et. al.). Pero durante ese tiempo la obra del Espíritu Santo en la vida individual fue, en general, una obra de menos poder.

Hay varias indicaciones de una obra menos poderosa y menos extensa del Espíritu Santo en el antiguo pacto: El Espíritu Santo vino solo sobre unas pocas personas con poder significativo para el ministerio (por ejemplo, Nm 11:16-17), pero Moisés anhelaba el día cuando el Espíritu Santo sería derramado sobre todo el pueblo de Dios: «¿Estás celoso por mí? ¡Cómo quisiera que todo el pueblo del Señor profetizara, y que el Señor pusiera su Espíritu en todos ellos!» (Nm 11:29). La capacitación del Espíritu Santo para ministerios especiales se podía perder, como

¹³Cuando Jesús soplo sobre sus discípulos y les dijo: «reciban el Espíritu Santo» (Jn 20:20), es probable que fuera una acción profética de lo que les ocurriría más tarde en Pentecostés. En este mismo contexto —en realidad en el versículo inmediato anterior— Jesús les había dicho algo que no sucedería hasta Pentecostés: «Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes» (Jn 20:21). Pero del mismo modo que él les dijo esto antes de que haber ascendido al cielo, no los envió a predicar el evangelio por todo el mundo hasta que llegó el día de Pentecostés. De manera que sus palabras estaban anticipando lo que ocurriría en Pentecostés. Es mejor entender las palabras en la frase siguiente: «Reciban el Espíritu Santo» en la misma manera, que Él estaba anticipando algo que tendría lugar en el día de Pentecostés. En ese día ellos recibirían la plenitud del nuevo pacto y el poder del Espíritu Santo, una habilitación muy superior del Espíritu Santo que la que había jamás experimentado antes.

¹⁴No estoy diciendo que la experiencia de regeneración de los creyentes en el viejo pacto era exactamente la misma que la de los creyentes en el nuevo pacto. Si bien las consideraciones mencionadas en el siguiente estudio indican una obra menos poderosa del Espíritu Santo en el viejo pacto, definir la naturaleza de las diferencias resulta difícil, puesto que las Escrituras nos dan poca información explícita acerca de ello. Pero el hecho de que hubiera algo de fe salvadora en los creyentes del antiguo pacto nos lleva a pensar que tenía que haber alguna obra de regeneración del Espíritu Santo en ellos, capacitándolos para creer. (Vea el estudio de la regeneración en el capítulo 34.)

sucedió en la vida de Saúl (1 S 16:14), y como David temió que pudiera ocurrir en su propia vida (Sal 51:11). En términos de poder espiritual en la vida del pueblo de Dios, había poco poder sobre el dominio de Satanás, lo que resultó en muy poca evangelización eficaz de las naciones alrededor de Israel, y nada de capacidad para expulsar demonios.¹⁵ La obra del Espíritu Santo en el antiguo pacto estuvo casi completamente confinada a Israel, pero en el nuevo pacto se crea una nueva «morada de Dios por su Espíritu» (Ef 2:22), que es la iglesia, que a judíos y gentiles en el cuerpo de Cristo.

Además, el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento miraba al futuro a una era de «un nuevo pacto» cuando la obra del Espíritu Santo sería mucho más poderosa y mucho más extensa (Nm 11:29; Jer 31:31-33; Ez 36:26-27; Jl 2:28-29).¹⁶

Cuando se abre el Nuevo Testamento, vemos a Juan el Bautista como el último de los profetas del Antiguo Testamento. Jesús dijo: «Les aseguro que entre los mortales no se ha levantado nadie más grande que Juan el Bautista... Porque todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan. Y si quieren aceptar mi palabra, Juan es el Elías que había de venir» (Mt 11:11-14). Juan sabía que él bautizaba con agua, pero que Jesús bautizaría con el Espíritu Santo (Lc 3:16). Así, pues, Juan el bautista estaba viviendo todavía en una experiencia del «antiguo pacto» en cuanto a la obra del Espíritu Santo.

En la vida de Jesús, vemos por primera vez el poder del Espíritu Santo actuando en el nuevo pacto. El Espíritu Santo desciende sobre él en el bautismo (Lc 3:21-22), y después de sus tentaciones «regresó a Galilea en el poder del Espíritu» (Lc 4:14). Entonces empezamos a ver cómo será ese poder del Espíritu Santo en el nuevo pacto, porque Jesús arroja demonios de la vida de las personas mediante su palabra, sana a los enfermos que le llevan y enseña con una autoridad que las personas no había escuchado antes (vea Lc 4:16-44, et. al.).

Los discípulos, sin embargo, no recibieron la plenitud de ese poder del nuevo pacto para el ministerio hasta el día de Pentecostés, porque Jesús les dijo que esperaran en Jerusalén, y les promete: «Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder» (Hch 1:8). Esta también fue una transición en la vida de los discípulos (vea Jn 7:39; 14:17; 16:7; Hch 2:16). La promesa de Joel de que el Espíritu Santo vendría con plenitud en el nuevo pacto se cumplió (Hch 2:16) al regresar Jesús al cielo se dio la autoridad para el derramamiento del Espíritu Santo en esta nueva plenitud y poder (Hch 2:33).

¿Cuál fue el resultado en la vida de los discípulos? Estos creyentes, que habían tenido una experiencia del Espíritu Santo en sus vidas menos poderosa en el antiguo pacto, recibieron en el día de Pentecostés una experiencia más poderosa del

¹⁵Lo más cercano que tenemos a la expulsión de demonios en el Antiguo Testamento es la situación en la que el espíritu maligno que atormentaba a Saúl se apartaba de él siempre que David tocaba el arpa (1 S. 16:23), pero esto es difícilmente equivalente a la expulsión eficaz y permanente de demonios que vemos en el Nuevo Testamento.

¹⁶Por supuesto, hubo ejemplos en el Antiguo Testamento de ciertos líderes que fueron muy dotados por Dios y habilitados por el Espíritu Santo, tales como Moisés, David y Daniel, muchos de los profetas que escribieron, e incluso Sansón, que recibieron poderes poco comunes del Espíritu Santo para ministerios específicos. Pero sus experiencias no fueron las típicas del vasto número de personas de Dios que fueron salvadas por fe al mirar hacia el futuro a la venida del Mesías prometido, pero que no tuvieron el derramamiento del Espíritu como lo experimentamos hoy en el poder del nuevo pacto.

nuevo pacto de la obra del Espíritu Santo en sus vidas.¹⁷ Recibieron un poder mucho más grande (Hch 1:8), poder para vivir la vida cristiana y para llevar a cabo el ministerio cristiano.

La transición de la experiencia del antiguo pacto con el Espíritu Santo a la experiencia con el Espíritu Santo en el nuevo pacto la podemos ver en el cuadro 39.1.¹⁸

En este diagrama, la línea más fina en la parte inferior representa la obra menos poderosa del Espíritu Santo en la vida de los individuos durante el antiguo pacto. La línea más gruesa que empieza en Pentecostés muestra la obra más poderosa del Espíritu Santo en la vida de las personas después de ese tiempo. Las líneas que corresponden a «este siglo» y «el siglo venidero» se traslapan ahora porque los poderes del siglo venidero han empezado en este presente siglo malo, de forma que los cristianos viven durante una «superposición de siglos». Las líneas de puntos antes de Pentecostés indican que en la vida de Jesús la obra más poderosa del Espíritu Santo había ya empezado en una manera que anticipaba (y aun sobrepasaba) lo que vendría en Pentecostés.¹⁹

Este poder del nuevo pacto les dio a los discípulos una mayor eficacia en sus testimonios y ministerios (Hch 1:8; Ef 4:8, 11-13), un poder muy superior para la victoria sobre la influencia del pecado en la vida de los creyentes (note el énfasis en el poder de la resurrección de Cristo en la obra dentro de nosotros en Romanos 6:11-14; 8:13-14; Gá 2:20; Fil 3:10), y poder para vencer a Satanás y las fuerzas demoníacas que atacarían a los cristianos (2 Co 10:3-4; Ef 1:19-21; 6:10-18; 1 Jn 4:4). Este poder del Espíritu Santo en el nuevo pacto resultó también en una distribución amplia y hasta esa fecha desconocida de los dones para el ministerio de todos los creyentes (Hch 2:16-18; 1 Co 12:7, 11; 1 P 4:10 cf. Nm 11:17, 24-29). Estos dones también tuvieron implicaciones corporativas, pues la intención no era que se usaran individualmente sino para la edificación del cuerpo de Cristo (1 Co 12:7; 14:12). También significaba que el evangelio ya no estaba limitado efectivamente a los judíos, sino que todas las razas y naciones escucharían el evangelio en poder y serían incorporados a la iglesia para la gloria de Dios (Ef 2:11—3:10).²⁰ El día de Pentecostés fue ciertamente un tiempo extraordinario de transición en toda la historia de la redención como se registra en las Escrituras. Fue un día notable en la historia del

¹⁷Ervin, *Conversion-Initiation*, pp. 14, 15-19, objeta diciendo que este nuevo pacto no empezó en Pentecostés sino antes en el tiempo de la muerte de Jesús, pero no capta lo que se dice. Nosotros no estamos argumentando que el nuevo pacto en sí mismo empezara en el día de Pentecostés, sino que la nueva experiencia del nuevo pacto con el Espíritu Santo sí empezó en Pentecostés, porque fue en ese momento que Jesús derramó el Espíritu Santo con la plenitud y poder del nuevo pacto (Hch 2:33; cf. 1:4-5).

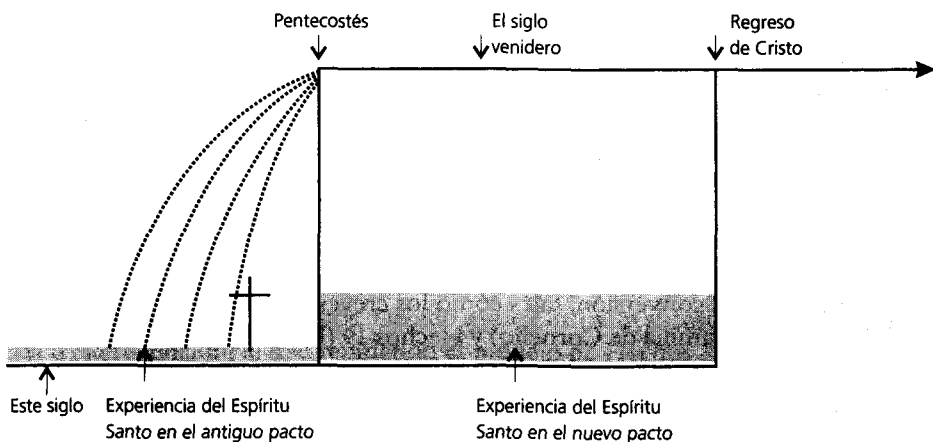
Edwin también objeta que los discípulos en Pentecostés recibieran «poder para la misión» de parte del Espíritu Santo, para entrar en el nuevo pacto (pp. 17-18). Pero aquí Edwin ha planteado una falsa dicotomía: No es esto / o lo otro, sino ambos / y. En Pentecostés los discípulos entraron en una experiencia del nuevo pacto con el Espíritu Santo y (por supuesto) recibieron un nuevo poder para ministrar con esa experiencia del Espíritu Santo.

¹⁸He adaptado este diagrama de George Ladd, *A Theology of the New Testament* (Grand Rapids: Eerdmans, 1974), pp. 68-69.

¹⁹Debido a su asociación con Jesús, los discípulos también recibieron una anticipación del poder del Espíritu Santo para después de Pentecostés cuando ellos empezaron a sanar enfermos y echar demonios (cf. Lc 9:1; 10:1, 8, 17-10, y muchos otros versículos).

²⁰Cuando el Espíritu Santo viene con poder generalmente viene sobre grupos más bien que sobre individuos aislados (vea Hch 2:4; 8:17; 10:44; 19:6; pero la conversión de Saulo es diferente, vea Hch 9:17-18). El resultado evidente del derramamiento del Espíritu Santo en esta manera, fue una nueva comunidad llena de amor unos por otros (vea Hch 2:41-47).

mundo, porque en ese día el Espíritu Santo empezó a funcionar entre el pueblo de Dios con el poder del nuevo pacto.



EN PENTECOSTÉS LOS CREYENTES EXPERIMENTARON UNA TRANSICIÓN DE LA EXPERIENCIA DEL ESPÍRITU SANTO EN EL ANTIGUO PACTO A UNA EXPERIENCIA DEL ESPÍRITU SANTO MÁS PODEROSA EN EL NUEVO PACTO.

Cuadro 39.1

Pero este hecho nos ayuda a entender lo que les ocurrió a los discípulos en Pentecostés. Ellos recibieron este extraordinario nuevo poder del Espíritu Santo *porque estaban viviendo en el tiempo de transición entre la obra del Espíritu Santo en el antiguo pacto y la obra del Espíritu Santo en el nuevo pacto*. Aunque fue una «segunda experiencia» del Espíritu Santo, que vino mucho después de su conversión, no hay que tomarlo como un modelo para nosotros, porque nosotros no estamos viviendo en un tiempo de transición en la obra del Espíritu Santo. En su caso, los creyentes con una habilitación del Espíritu Santo del antiguo pacto se convirtieron en creyentes con un nuevo poder del Espíritu Santo en el nuevo pacto. Pero nosotros hoy no empezamos a ser creyentes con una obra del Espíritu Santo más débil en nuestros corazones, correspondiente al antiguo pacto, y esperamos hasta algún momento más tarde a recibir la obra del Espíritu Santo en el nuevo pacto. Más bien, nosotros estamos en la misma posición como aquellos que se hicieron cristianos en la iglesia de Corinto: Cuando nos hacemos cristianos todos somos «*bautizados por un solo Espíritu para constituir un solo cuerpo*» (1 Co 12:13), como sucedió con los creyentes corintios, y como aconteció con todos los nuevos creyentes en las muchas iglesias que se formaron durante los viajes misioneros de Pablo.

En conclusión, los discípulos ciertamente experimentaron «un bautismo por el Espíritu Santo» después de la conversión en el día de Pentecostés, pero esto sucedió porque estaban viviendo en un momento único en la historia, y este suceso en sus vidas no es, por tanto, una pauta que nosotros tenemos que procurar e imitar.

¿Qué diremos acerca de la frase «bautismo por el Espíritu Santo»? Es una frase que los autores del Nuevo Testamento usaron acerca del poder que venía del Espíritu Santo en el nuevo pacto. Sucedió en Pentecostés para los discípulos, pero sucedió en la conversión para los corintios y para nosotros.²¹

No es una frase que usarían los autores del Nuevo Testamento para hablar de una experiencia posterior a la conversión de habilitación por el Espíritu Santo.

C. ¿Cómo debemos entender la «segunda experiencia» en Hechos?

Pero aun si nosotros hemos entendido correctamente la experiencia de los discípulos en Pentecostés como aparece registrada en Hechos 2, ¿no hay otros ejemplos de personas que han tenido una «segunda experiencia» del poder del Espíritu Santo después de la conversión, tales como los creyentes en Hechos 8 (en Samaria), Hechos 10 (la familia de Cornelio) y Hechos 19 (los discípulos efesios)?

Estos no son tampoco en realidad ejemplos convincentes para probar la doctrina pentecostal del bautismo por el Espíritu Santo. Primero, la expresión «bautismo por el Espíritu Santo» no se usa generalmente para referirse a ninguno de estos sucesos,²² y eso debiera hacernos vacilar un poco para aplicar esa frase a ello. Pero lo que es más importante, un examen más detallado a cada caso nos muestra más claramente lo que estaba sucediendo en estos acontecimientos.

En Hechos 8:4-25 los samaritanos «creyeron a Felipe, que les anunciaba las buenas nuevas del reino de Dios y el nombre de Jesucristo» y «tanto hombres como mujeres se bautizaron» (Hch 8:12). Algunos han argumentado que esta no era genuina fe salvadora de parte de los samaritanos.²³ Sin embargo, no hay indicación en el texto de que Felipe tuviera una comprensión deficiente del evangelio (él había sido un creyente prominente en la iglesia de Jerusalén) ni de que Felipe mismo pensara que su fe en Cristo fuera inadecuada, porque él permitió que se bautizaran (Hch 8:12).

Un mejor entendimiento de este suceso sería que Dios, en su providencia y soberanía, esperó a dar directamente la experiencia del poder del Espíritu Santo del nuevo pacto a los samaritanos por medio de las manos de los apóstoles (Hch 8:14-17)²⁴ a fin de que su poder fuera evidente para los más altos líderes de la iglesia

²¹Mi estudiante James Renchan ha argumentado (en un amplio trabajo escrito) que el bautismo en el Espíritu Santo, si bien tiene lugar al mismo tiempo que la conversión, debiera, no obstante, ser considerado un elemento distintivo en el «orden de la salvación» (la lista de cosas que nos ocurren en la experiencia de la salvación, vea el capítulo 32, p. 702). Él dice que el bautismo por el Espíritu no es exactamente lo mismo como con los otros elementos en el orden de la salvación (tales como la regeneración o la conversión), y puede ser también llamado «recibir el Espíritu Santo» (vea Hch 8:15-16; 19:2, 6; Ro 8:9, 11; Gá 3:2). Es evidente que la idea de Renchan no es la doctrina carismática de un bautismo en el Espíritu subsiguiente a la conversión (porque él dice que siempre acompaña a la conversión genuina y siempre ocurre al mismo tiempo que la conversión). La sugerencia es muy interesante y, aunque al presente, no la he adoptado en este capítulo, pienso que merece que se le preste más consideración. No sería incoherente con mi argumentación general en este capítulo.

²²La única excepción es Hechos 11:15-17. Si bien este pasaje no pide explícitamente que descienda sobre la familia de Cornelio un «bautismo en el Espíritu Santo», cuando Pedro dice: «el Espíritu Santo descendió sobre ellos tal como al principio descendió sobre nosotros» (11:15) y luego recuerda las palabras de Jesús, está diciendo implícitamente con claridad que los miembros de la familia de Cornelio fueron bautizados por el Espíritu Santo cuando él les predicó el evangelio (vea Hch 10:44-48).

²³Este es el argumento de James Dunn, *Baptism in the Holy Spirit* (Londres: SCM, 1970), pp. 55-72.

²⁴En esta sección estoy siguiendo el estudio cuidadoso de John Stott, *Baptism and Fulness*, 2ª ed. (Leicester and Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press), pp. 31-34.

en Jerusalén y los samaritanos no fueran considerados miembros de segunda clase, sino de pleno derecho de la iglesia. Esto era muy importante a causa de la animosidad histórica entre los judíos y los samaritanos («Porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí», Jn 4:9), y porque Jesús había especificado que la extensión del evangelio a Samaria sería el siguiente gran paso después de que fuera predicado en Jerusalén y la región de Judea que rodeaba a Jerusalén: «Serán mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1:8). De modo que los sucesos en Hechos 8 fue una especie de «Pentecostés samaritano», un derramamiento especial del Espíritu Santo sobre las personas de Samaria, que eran una raza mezclada de descendientes judíos y gentiles, de manera que sería evidente para todos que el poder y las bendiciones plenas del Espíritu Santo en el nuevo pacto habían venido también a este grupo de personas, y que no estaban confinados solo para los judíos. Debido a que este es un suceso especial en la historia de la redención, al irse repitiendo el modelo de Hechos 1:8 en el libro de Hechos, no es un modelo para que se repita entre nosotros hoy. Es solo parte de la transición entre la experiencia del Espíritu Santo en el antiguo pacto y la nueva experiencia del Espíritu Santo en el nuevo pacto.

La situación en Hechos 10 es menos complicada, porque no está ni siquiera claro que Cornelio fuera un creyente genuino antes de que Pedro llegara y les predicara el evangelio a él y su familia. Es evidente que él no había confiado en Cristo para salvación. Él es más bien un gentil que fue uno de los primeros ejemplos de cómo el evangelio llegaría «hasta los confines de la tierra» (Hch 1:8).²⁵ Está claro que Cornelio no había creído antes en la muerte y resurrección de Cristo para su salvación y que más tarde tuviera una segunda experiencia después de su conversión.

En Hechos 19, nos encontramos una vez más con una situación de algunas personas que no habían oído en realidad acerca del evangelio de la salvación por medio de Cristo. Ellos habían sido bautizados con el bautismo de Juan el Bautista (Hch 19:3), así que probablemente eran personas que habían oído predicar a Juan el Bautista, o que habían hablando con algunos que habían escuchado predicar a Juan el Bautista, y habían sido bautizados con «el bautismo de Juan» (Hch 19:3) como una señal de que se habían arrepentido de sus pecados y estaban preparados para la venida del Mesías. Al parecer ellos no sabían nada de la muerte y resurrección de Cristo, porque ni siquiera habían oído hablar del Espíritu Santo (Hch 19:2), un hecho que cualquiera que hubiera estado presente en Pentecostés o hubiera escuchado el evangelio después de Pentecostés sabría. Es probable que ellos ni siquiera supieran que Jesús había venido, había ministrado y muerto en la cruz, porque Pablo tuvo que explicárselo: «El bautismo de Juan no era más que un bautismo de arrepentimiento. Él le decía al pueblo que creyera en el que venía después de él, *es decir, Jesús*» (Hch 19:4). Por tanto, estos «discípulos» en Éfeso no tenían conocimiento ni entendimiento del nuevo pacto o de la fe del nuevo pacto, y desde luego no tenían una experiencia del poder del Espíritu Santo en el nuevo pacto,

²⁵ Aun si nosotros le consideramos a él como teniendo una cierta clase de fe del antiguo pacto en el Mesías judío que iba a venir, esto solo mostraría que él es un ejemplo más de alguien que había tenido una experiencia primera del Espíritu Santo del antiguo pacto y que luego llegó a una experiencia del Espíritu Santo del nuevo pacto.

eran «discípulos» solo en el sentido de seguidores de Juan el Bautista que estaban todavía esperando al Mesías. Cuando oyeron acerca de él creyeron en él, y entonces recibieron el poder del Espíritu Santo que era apropiado para el evangelio del Señor Jesucristo resucitado.

Debido a esto, estos discípulos en Éfeso no son un modelo a seguir para nosotros hoy, porque nosotros no desarrollamos primero una fe en un Mesías que estamos esperando, y luego más tarde nos enteramos que ese Jesús ya ha venido, ha vivido, ha muerto y resucitado. Llegamos inmediatamente a un entendimiento del evangelio, y entramos inmediatamente en una experiencia del nuevo pacto en cuanto al poder del Espíritu Santo.²⁶

Parece, por tanto, que no hay textos en el Nuevo Testamento que nos animen a buscar una segunda experiencia del «bautismo por el Espíritu Santo» que venga después de la conversión.

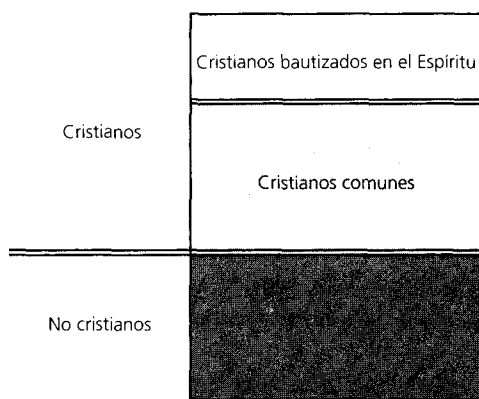
D. ¿Qué términos usaremos para referirnos a la habilitación por el Espíritu Santo que viene después de la conversión?

En las secciones anteriores hemos argumentado que «bautismo en el Espíritu Santo» no es la expresión que los autores del Nuevo Testamento usaron para hablar de la obra del Espíritu Santo después de la conversión, y que los ejemplos de «segundas experiencias» de recibir el Espíritu Santo en el libro de Hechos no son modelos para que nosotros los imitemos en nuestra vida cristiana. Pero la cuestión permanece: «¿Qué es lo que realmente está ocurriendo con millones de personas que afirman que han recibido el “bautismo en el Espíritu Santo” y que ha traído tanta bendición a sus vidas? ¿Podría ser que esto ha sido una obra genuina del Espíritu Santo pero que las categorías y ejemplos bíblicos para ilustrarlo han sido incorrectos? ¿Podría ser que hubiera otras expresiones y enseñanzas bíblicas que apuntan a esta clase de obra del Espíritu Santo después de la conversión y que nos ayudan a entenderlo de forma más exacta?» Yo pienso que las hay, pero antes de ponernos a examinarlas, es apropiado que comentemos sobre la importancia de tener un entendimiento correcto sobre este punto.

1. La iglesia queda dañada por la enseñanza de dos clases de cristianismo. En varios momentos de la historia de la iglesia los cristianos han intentado dividir a la iglesia en dos categorías de creyentes. Esto es lo que en efecto ha sucedido con la doctrina pentecostal del bautismo en el Espíritu Santo. Lo podemos representar mediante el cuadro 39.2, que muestra al mundo dividido entre cristianos y no cristianos, y entonces muestra a los cristianos divididos en dos categorías: Creyentes comunes y creyentes bautizados en el Espíritu.

²⁶En cuando a Hechos 19:1-7, Ervin, *Conversion-Initiation*, pp. 55-59, objeta que estos discípulos fueron primero bautizados y entonces, cuando Pablo les impuso las manos, recibieron el poder del Espíritu Santo. Quizá tengamos que admitir que eso es cierto, pero los dos sucesos estuvieron tan cercanos el uno al otro en el tiempo que es difícil hacer una clara separación de ellos, y desde luego no encaja en el modelo común pentecostal de instrucción y oración, a veces de semanas o meses o años después de la conversión, buscando un subsiguiente bautismo en el Espíritu Santo. Si les hubiéramos preguntado a ellos más tarde si su bautismo en el Espíritu Santo fue «subsiguiente» a sus conversión, ellos probablemente dirían que fue al mismo tiempo, así de estrechamente conectados estuvieron estos sucesos en la secuencia histórica real.

Pero esa división de los cristianos en dos categorías no es un entendimiento único que encontramos solo en la enseñanza pentecostal en el siglo XX. En realidad, mucho de la enseñanza pentecostal surgió de anteriores grupos de santidad que habían enseñado que los cristianos podrían ser o bien creyentes comunes o creyentes «santificados». Otros grupos han dividido a los creyentes usando otras categorías, tales como las de cristianos comunes y los que están «llenos del Espíritu», o cristianos comunes y los que son «discípulos», o cristianos «carneles» y «espirituales». De hecho, la Iglesia Católica Romana por siglos ha tenido no dos sino tres categorías: los creyentes comunes, los sacerdotes y los santos. Todas estas divisiones de diferentes categorías de cristianos las podemos ver en el cuadro 39.3.²⁷



**CRISTIANOS DIVIDIDOS EN DOS CATEGORÍAS:
COMUNES Y BAUTIZADOS EN EL ESPÍRITU**
Cuadro 39.2

	Cristianos llenos del Espíritu	Cristianos espirituales	Cristianos «santificados»	«Discípulos»	Santos
Cristianos	Cristianos comunes	Cristianos carnales	Cristianos comunes	Cristianos comunes	Sacerdotes
No cristianos					Cristianos comunes

**OTRAS FORMAS EN QUE LAS PERSONAS HAN CLASIFICADO A LOS
CRISTIANOS, DIVIDIÉNDOLOS EN DOS (O TRES) CATEGORÍAS.**
Cuadro 39.3

²⁷No he incluido en este diagrama otra división que aparece a veces reflejada, no en ninguna enseñanza oficial, sino en la actitud y la práctica, en círculos reformados: La división entre los cristianos comunes y los que son «verdaderamente reformados».

Aunque aquellos que enseñan la perspectiva clásica pentecostal del bautismo en el Espíritu Santo puede que nieguen que estén intentando dividir a los cristianos en dos categorías, esa división es implícita cada vez que ellos preguntan a alguien si ha sido bautizado en el Espíritu Santo o no. Ese tipo de preguntas sugieren fuertemente que hay dos grupos de cristianos, los que han experimentado el «bautismo en el Espíritu Santo» y los que no lo han experimentado.

¿Cuál es el problema con ver a los cristianos como existiendo en dos categorías como estas ¿El problema está en que contribuye a una mentalidad de iglesias de «nosotros-ellos», y lleva a los celos, el orgullo y la división. No importa cuán cuidadosos y considerados traten de ser estas personas que han recibido esta habilitación especial del Espíritu Santo para con aquellos que no lo han recibido, si ellos aman sinceramente a sus hermanos en Cristo, y si esta ha sido una experiencia de gran ayuda en sus propias vidas cristianas, no van a poder evitar dar la impresión de que les gustaría compartir esa experiencia con ellos. Aun si ellos no son orgullosos en sus corazones (y a mí me parece que la mayoría no lo son) con respecto a esa experiencia, esa convicción de que hay una segunda categoría de cristianos llevará inevitablemente a una impresión de superioridad espiritual. No obstante, habrá probablemente un sentido de envidia de parte de aquellos que no han tenido una experiencia así. En ese caso, se fomenta una visión de dos grupos dentro de la iglesia, y recibe algo de credibilidad la repetida acusación que se hace en contra del movimiento carismático de dividir. En realidad, las divisiones ocurren con frecuencia en las iglesias.

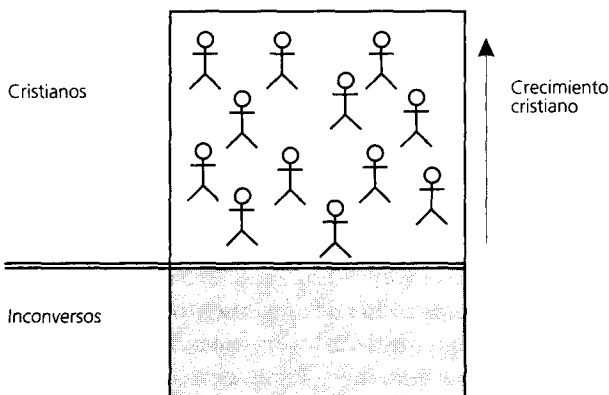
La objeción principal a esta posición es que el Nuevo Testamento mismo no enseña esos dos niveles o dos clases de cristianismo. En ninguna parte en las epístolas leemos de Pablo o Pedro diciendo a una iglesia que está teniendo problemas: «Todos ustedes necesitan ser bautizados en el Espíritu Santo. En ninguna parte le oímos al Señor Jesús resucitado decirles a las iglesias débiles y con dificultades en Apocalipsis 2—3: «Pedidme que os bautice con el Espíritu Santo». Resulta difícil evitar la conclusión de que dos clases o niveles de cristianos enseñada por todos estos grupos a lo largo de la historia no tenga ningún fundamento sólido en el mismo Nuevo Testamento.

2. Hay muchos grados de habilitación, comunión con Dios y madurez cristiana personal. ¿Hay un modelo mejor de entender los varios grados de madurez, poder y comunión con Dios que los cristianos experimentan? Si estamos dispuestos a eliminar las categorías que nos llevan a pensar que los cristianos están en un grupo u otro, un modelo mejor lo podemos ver representado en el cuadro 39.4.

Este cuadro muestra al mundo dividido en cristiano y no cristianos, pero entre los cristianos no hay categorías en las que podamos poner a los creyentes y dividirlos en grupos específicos. Más bien, hay cristianos en todos los puntos a lo largo de una escala de madurez cristiana creciente (santificación), una intimidad creciente de compañerismo en su caminar con Dios (un aspecto de la adopción), y una mayor experiencia del poder del Espíritu Santo obrando en sus vidas y ministerios.

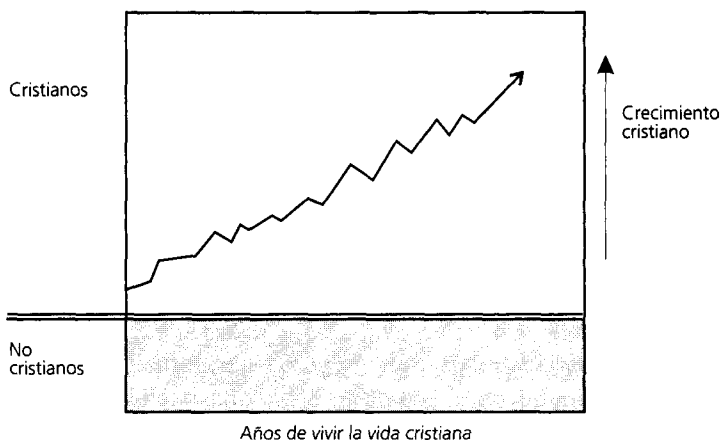
La vida cristiana debiera ser una de *crecimiento en todas estas áreas* al ir progresando a lo largo de la vida. Para muchas personas ese crecimiento será gradual y

progresivo, y se extenderá a lo largo de los años de sus vidas. Lo podemos representar mediante la flecha en el cuadro 39.5.²⁸



UNA IMAGEN MEJOR: LOS CRISTIANOS VAN EXPERIMENTANDO UN GRADO VARIADO DE CRECIMIENTO, PERO NO SE DEBEN DIVIDIR EN CATEGORÍAS DIFERENTES.

Cuadro 39.4

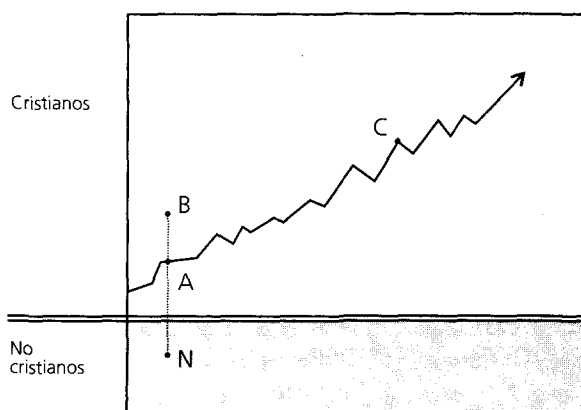


PARA LA MAYORÍA DE LOS CRISTIANOS EL CRECIMIENTO SERÁ GRADUAL Y PROGRESIVO Y SE EXTENDERÁ A LO LARGO DE TODA SU VIDA

Cuadro 39.5

²⁸Para ser más precisos necesitamos reconocer que podemos crecer en algunos aspectos de la vida cristiana y no crecer en otros, un solo cuadro es, por tanto, inadecuado para mostrar todo esto. Por ejemplo, los cristianos pueden crecer en poder, pero no en santidad (como sucedió con los creyentes en la iglesia de Corinto), o las personas pueden crecer en conocimiento pero no en poder, o en conocimiento pero no en santidad de vida (algo que trágicamente sucede a algunos —pero, por supuesto, no todos— estudiantes en los seminarios teológicos, y en algunos pastores que hacen excesivo hincapié en los logros académicos). O una persona puede crecer en comunión personal con Dios, pero no en el conocimiento de las Escrituras (lo cual ocurre cuando se pone mucho énfasis en un pietismo intenso). O alguien puede crecer en santidad de vida pero no en poder o en el uso de los dones espirituales. Como podemos ver son posibles toda clase de combinaciones, pero necesitaríamos varios cuadros para mostrarlo en una forma esquemática. Por amor de la simplicidad he representado solo el «crecimiento cristiano» en general en este cuadro.

a. ¿Cómo debiéramos entender la experiencia contemporánea? ¿Qué ha ocurrido entonces con las personas que dicen que han experimentado un «bautismo en el Espíritu Santo» que ha traído gran bendición para sus vidas? Debemos entender primero lo que comúnmente se enseña acerca de la necesidad de prepararse para el bautismo en el Espíritu. Con mucha frecuencia se les enseña a las personas que deben confesar todos sus pecados conocidos, arrepentirse de cualquier pecado quede en sus vidas, confiar en Cristo para el perdón de esos pecados, dedicar al servicio del Señor cada área de sus vidas, rendirse completamente a él, y creer que Cristo va a darles poder en una forma nueva y capacitarlos con nuevos dones para el ministerio. Entonces después de esa preparación, se les anima a que le pidan a Jesús en oración que los bautice en el Espíritu Santo. ¿Pero qué es lo que hace esta preparación? ¡Eso es una receta garantizada de crecimiento importante en la vida cristiana! Una confesión así, arrepentimiento, renovación de compromiso, y esa fe y expectación cultivadas, si son sinceras, solo pueden traer resultados positivos en la vida del creyente. Si un cristiano es sincero en estos pasos de preparación para recibir el bautismo en el Espíritu Santo, habrá sin duda crecimiento en santificación y profundización en la comunión con Dios. Además de eso, podemos esperar que en muchas de esas ocasiones el Espíritu Santo va a conceder amorosamente la medida de plenitud y poder que ese cristiano sincero está buscando, incluso aunque su entendimiento y vocabulario teológicos sean imperfectos en el momento de pedirlo. Si esto sucede, ellos pueden experimentar también un crecimiento en el poder para el ministerio y en dones espirituales. Podríamos decir que una persona se ha movido del punto A al punto B en el cuadro 39.6 y ha dado un gran paso hacia adelante en su vida cristiana.



UNA SOLO EXPERIENCIA PUEDE RESULTAR EN UN LARGO PASO DE CRECIMIENTO EN LA VIDA CRISTIANA.

Cuadro 39.6

Por supuesto, la oración, el estudio bíblico y la adoración parecerán mucho más significativos. Habrá sin duda mucho más fruto en la evangelización y en otras formas de ministerio. Pero es importante reconocer que alguien que se ha movido del punto A al punto B en el cuadro se encuentra ahora en una categoría

separada de cristianos, tales como un grupo de los que han sido «bautizados en el Espíritu Santo» y que son, por tanto, diferentes de los que no han tenido una experiencia así. Puede haber otro cristiano en la misma iglesia que nunca ha dado un paso tan grande de crecimiento, pero que, no obstante, ha mantenido un crecimiento estable durante los últimos cuarenta años de su vida cristiana y ha llevado al punto C en el cuadro que vimos arriba. Aunque esa persona nunca ha tenido una experiencia como la que los pentecostales llaman un «bautismo en el Espíritu Santo», él o ella está todavía más avanzado en el camino del crecimiento cristiano que el joven cristiano que ha sido recientemente «bautizado en el Espíritu Santo» (según la terminología pentecostal) y que se ha movido del punto A al punto B. Aunque el cristiano que se ha movido del punto A al punto B no está más adelantado en la vida cristiana que el otro creyente que se encuentra en el punto C, la persona que ha llegado hasta el punto B está sin duda mucho más adelantada *que lo que estaba antes*, y eso es ciertamente un resultado positivo en su vida. Así, pues, con este entendimiento de la vida cristiana, no tenemos divisiones de cristianos en dos categorías.

Antes de dejar este cuadro, debemos hacer una observación más. En muchos casos el movimiento carismático ha llevado la enseñanza sobre el bautismo del Espíritu Santo al seno de iglesias más liberales donde, por muchos años, no había habido una proclamación clara del evangelio de la salvación solo por la fe en Cristo, y en donde no se ha enseñado a las personas a creer completamente en la Biblia como la Palabra de Dios para nosotros. En tales casos, muchas de las personas en esas iglesias nunca han experimentado la fe salvadora, se encuentran en el punto N del cuadro más arriba, en realidad no son cristianos ni han nacido de nuevo.²⁹ Cuando un representante del movimiento carismático de renovación llega a esas iglesias y les dice que pueden experimentar una nueva vitalidad en sus vidas cristianas, y les dice que la preparación es arrepentirse de todos sus pecados conocidos, pedir a Cristo el perdón de esos pecados y confiar en él para que los perdone, y dedicar sus vidas por completo a Cristo como su Señor, ellos responden con entusiasmo. Después oran y le piden a Jesús que los bautice en el Espíritu Santo. El resultado real es que se mueven del punto N en el cuadro al punto A o quizá llegan hasta el punto B, debido a su sinceridad y a su profundo anhelo de estar más cerca de Dios. Si bien piensan que han sido bautizados por el Espíritu Santo como una segunda experiencia en su vida cristiana, lo que en realidad ha ocurrido es que ellos se han hecho cristianos por primera vez en sus vidas. (¡Han sido «bautizados por el Espíritu Santo» en el verdadero sentido del Nuevo Testamento!) Al día siguiente es casi imposible mantenerlos callados, porque están muy entusiasmados. De repente, leer la Biblia se ha convertido en algo significativo. De repente orar se ha hecho real. De repente conocen la experiencia de la presencia de Dios en sus vidas. De repente la adoración se ha convertido en una experiencia de profundo gozo, y con frecuencia han empezado a experimentar dones espirituales que no habían conocido antes. No en balde el movimiento de renovación carismático ha inyectado

²⁹Sin embargo, en muchos casos, tanto en algunas iglesias protestantes como en parroquias católico-romanas, a las personas se les ha dicho que ellos recibieron a Cristo y se hicieron cristianos en el momento de su bautismo infantil.

tanto entusiasmo (y con frecuente mucha controversia) a tantas parroquias católicas romanas y a muchas iglesias de las denominaciones evangélicas tradicionales. Aunque podemos discrepar con la manera en que esta enseñanza es en realidad presentada, nadie debería negar los buenos resultados que han venido a estas iglesias como consecuencia de ello.

b. ¿Qué términos debiéramos usar hoy? Ahora podemos entender por qué es tan importante nuestro uso de términos para describir esta experiencia y la categoría de entendimiento que ponemos en ello. Si usamos la terminología tradicional pentecostal de «bautismo del Espíritu Santo», entonces casi inevitablemente terminamos con un cristianismo de dos categorías, porque esto es visto como una experiencia común que *puede* y que en verdad *debiera* ocurrirles a los cristianos en algún momento de sus vidas y, una vez que ha sucedido, no necesita ser repetida. Se ve como una experiencia única de habilitación para el ministerio que es distinta de la experiencia de hacerse cristiano, y las personas o bien han tenido esa experiencia o no la han tenido. Especialmente cuando esa experiencia se describe en términos de lo que les ocurrió a los discípulos en Pentecostés en Hechos 2 (que fue claramente una experiencia de una sola vez para ellos), los samaritanos en Hechos 8, y a los discípulos efesios en Hechos 19, está claramente implícito que este es un suceso que ocurre una vez que habilita a los creyentes para el ministerio, pero que también los pone en una categoría separada o grupo del que eran antes de esa experiencia. El uso de la expresión «el bautismo en el Espíritu Santo» inevitablemente implica dos grupos de cristianos.

Pero si nosotros estamos en lo correcto en cuanto al entendimiento de la experiencia que han tenido millones de personas en la renovación carismática como un gran paso de crecimiento en sus vidas cristianas, entonces alguna otra expresión que la de «bautismo en el Espíritu Santo» parecería ser más apropiada. Pueden haber varias expresiones que podríamos usar, siempre y cuando que permitan la repetición, varios grados de intensidad, y de desarrollo más allá de esa experiencia, y con tal que no sugiera que todos los cristianos verdaderamente obedientes deberían tener la misma experiencia.³⁰ Nosotros ya hemos usado una expresión: «*un gran paso de crecimiento* en varios aspectos de la vida cristiana». Debido a que esta frase habla de «un gran paso de crecimiento» no puede ser malentendida como refiriéndose a una sola experiencia que pone a los cristianos en una nueva categoría. Y a causa de que se refiere a un gran paso de crecimiento, implica claramente que otros pueden experimentar ese crecimiento en pasos pequeños a lo largo de un período de tiempo más largo, pero que llegan a alcanzar el mismo punto en la vida cristiana.³¹

Otra expresión que puede ser útil es «una nueva *habilitación para el ministerio*». Es sin duda cierto que muchos que han recibido esa experiencia carismática encuentran nuevo poder para ministrar en sus vidas cristianas, incluyendo la habilidad para usar los dones espirituales que anteriormente no habían tenido. Sin

³⁰Se podría usar el mismo criterio para encontrar términos que sustituyan a los puntos de vista de «dos categorías» mencionados arriba, o de lo contrario, explicar los términos que se usan para evitar malentendidos.

³¹Pablo nos dice que «[crezcamos] hasta ser en todo como aquel que es la cabeza, es decir Cristo» (Ef 4:15).

embargo, el problema con esta frase es que no dice nada acerca de la profundización de la comunión con Dios, de la mayor eficacia en la vida de oración y estudio de la Biblia, y de un nuevo gozo en la adoración que son también resultados en esta experiencia.

c. ¿Qué es «ser lleno con el Espíritu Santo»? Con todo, una expresión aun más comúnmente usada en el Nuevo Testamento es *«ser lleno con el Espíritu Santo»*. A causa de su uso frecuente en contextos que hablan de crecimiento y ministerio cristianos, *esta es la expresión que a mí me parece mejor* para describir hoy la «segunda experiencia» (o tercera o cuarta experiencia, etc.). Pablo les dice a los efesios: «No se emborrachen con vino, que lleva al desenfreno. Al contrario, *sean llenos del Espíritu*» (Ef 5:18). Él usa un verbo en tiempo presente de modo imperativo que podría ser traducido más explícitamente: «estén continuamente siendo llenados con el Espíritu Santo», implicando de ese modo que es algo que debiera estar sucediendo continuamente en los cristianos. Esa plenitud del Espíritu Santo resultará en *una adoración y acción de gracias renovadas* (Ef 5:19-20), y en una renovación de las relaciones unos con otros, especialmente con aquellos que están en autoridad sobre nosotros o los que están bajo nuestra autoridad (Ef 5:21—6:9). Además, puesto que el Espíritu Santo es el Espíritu que nos santifica, esa llenura resultará con frecuencia en *una santificación creciente*. Todavía más, dado que el Espíritu Santo es el que nos habilita para el servicio cristiano y nos da los dones espirituales, esa plenitud resultará con frecuencia en *un poder creciente para el ministerio* y en una creciente eficacia y quizá diversidad en el uso de los *dones espirituales*.

En el libro de Hechos vemos repetidos ejemplos de ser llenos con el Espíritu Santo. En Hechos 2:4, los discípulos y los que estaban con ellos: «*Todos fueron llenos del Espíritu Santo*». Más tarde, cuando Pedro estaba delante del Sanedrín, leemos: «Pedro, lleno del Espíritu Santo, les respondió...». Pero un poco después, cuando Pedro y el otro apóstol regresaron a la iglesia para contarles lo que había sucedido (Hch 4:23) se juntaron todos en oración, y «*después de haber orado, tembló el lugar en que estaban reunidos; todos fueron llenos del Espíritu Santo*, y proclamaban la palabra de Dios sin temor alguno» (Hch 4:31). Aunque Pedro había sido llenado con el Espíritu Santo en Pentecostés (Hch 2:4) y había sido llenado con el Espíritu Santo antes de hablar frente al Sanedrín (Hch 4:8), fue de nuevo lleno con el Espíritu Santo después de que orara el grupo de cristianos con el que estaba reunido.

Por tanto, es apropiado entender que ser llenos con el Espíritu Santo no como *un suceso singular* sino como *un suceso que puede ocurrir una y otra vez* en la vida de un cristiano. Puede involucrar una habilitación momentánea para un ministerio específico (tal como sucedió al parecer en Hechos 4:8; 7:55), pero también puede referirse a una característica a largo plazo de la vida de una persona (vea Hch 6:3; 11:24). En cualquier caso, ese ser llenos puede ocurrir muchas veces en la vida de la persona. Aunque Esteban, como uno de los primeros diáconos (o asistentes apostólicos), era un hombre «*lleno del Espíritu y de sabiduría*» (Hch 6:3, 5), cuando lo estaban apedreando él aparentemente fue de nuevo lleno del Espíritu Santo con gran poder (Hch 7:55).

Alguien podría objetar que una persona que ya ha sido «llena» con el Espíritu Santo no puede estar más llena, pues si un vaso está lleno de agua ya no puede recibir más agua. Pero un vaso de agua es una pobre analogía para nosotros como personas reales, porque Dios es capaz de hacernos crecer y nosotros somos capaces de contener mucho más de la plenitud y poder del Espíritu Santo. Quizá un globo es una mejor analogía, el cual puede estar «lleno» de aire a pesar de que tenga en realidad poco aire dentro. Cuando se le sopla más aire, el globo se extiende y en un sentido «está más lleno». Así sucede con nosotros: Podemos ser llenos con el Espíritu Santo y al mismo tiempo ser también capaces de recibir mucho más del Espíritu Santo. Juan 3:34 nos dice hablando de Cristo: «El enviado de Dios comunica el mensaje divino, pues Dios mismo le da su Espíritu sin restricción».

La división que viene como consecuencia de usar la expresión «*bautismo en el Espíritu Santo*» podría ser evitada fácilmente si usamos alguna de las otras expresiones posibles mencionadas en esta sección. Las personas podrían estar agradecidas por «una nueva plenitud del Espíritu Santo» o «una nueva habilitación para el ministerio» o «un paso significativo en el crecimiento en algún aspecto u otro de la vida cristiana. No habría separación entre «nosotros» y «ellos», porque reconoceríamos que todos somos parte de un solo cuerpo sin categorías separadas.³² De hecho, muchos carismáticos e incluso algunos pentecostales tradicionales están usando hoy la expresión «*bautismo en el Espíritu Santo*» con mucha menos frecuencia, prefiriendo usar en su lugar expresiones como «ser llenos con el Espíritu Santo».³³

Además, muchos creyentes que no han tenido una sola experiencia dramática (tal como la que los pentecostales han llamado un bautismo en el Espíritu Santo) han empezado, no obstante, a experimentar una nueva libertad y gozo en la adoración (a menudo con la llegada de la adoración moderna o de los cantos de alabanza en sus iglesias), y con el uso de una variedad más amplia de los dones espirituales para la eficacia y la edificación de ellos mismos y de sus iglesias (incluyendo dones tales como sanidad, profecía, milagros, discernimiento de espíritus, y la capacidad de ejercer autoridad sobre fuerzas demoníacas con oración y una palabra de repreensión dirigida directamente a los espíritus malignos). En ocasiones el don de hablar en lenguas y el don de interpretación también han sido usados, pero en otros casos no. Digo todo esto para hacer notar que las diferencias entre pentecostales y carismáticos por una parte, y los cristianos evangélicos más tradicionales, parece que van desapareciendo cada vez más, y hay cada vez menos diferencias entre ellos.

³²Es mi opinión personal que muchas de las divisiones que han venido con la influencia del movimiento de renovación carismática en muchas iglesias no ha sucedido a causa de los dones espirituales, sino debido a un mal entendimiento de lo que está sucediendo y de las implicaciones de dos grupos de cristianos que viene con la expresión «*bautismo en el Espíritu Santo*».

³³John Wimber, a quien no le gusta identificarse a sí mismo como pentecostal o carismático, dice con mucha sabiduría: «He descubierto que el argumento concerniente al bautismo en el Espíritu por lo general termina siendo una cuestión de etiquetas. Una buena medicina puede estar incorrectamente etiquetada, lo cual puede ser cierto en este caso. La experiencia pentecostal de Dios es mejor que la explicación que se da de ella» (John Wimber with Kevin Springer, *Power Evangelism*, p. 145). En años recientes me he dado cuenta en conversaciones con profesores de instituciones afiliadas con el movimiento carismático que hay una tendencia creciente a hablar más acerca de estar llenos con el Espíritu Santo que del bautismo en el Espíritu Santo para representar lo que está sucediendo a las personas dentro del movimiento carismático.

Alguien podría objetar que es específicamente esta experiencia de orar por un bautismo en el Espíritu Santo lo que ha llevado a las personas a un nuevo nivel de poder en el ministerio y a la eficacia en el uso de los dones espirituales. Puesto que esta experiencia ha sido de tanta ayuda en la vida de millones de creyentes, ¿debemos desecharla tan rápidamente? En respuesta, debemos decir si se cambiara la terminología «bautismo en el Espíritu» por algo más representativo de la enseñanza del Nuevo Testamento, no debería haber objeción en absoluto para que las personas vinieran a los templos, y animarlos a preparar sus corazones para la renovación espiritual mediante el arrepentimiento sincero y la renovación del compromiso con Cristo y para creer que el Espíritu Santo puede trabajar más poderosamente en sus vidas.³⁴ No hay nada malo en enseñar a las personas a orar y a procurar una mayor plenitud del Espíritu Santo, a esperar y a pedir al Señor por un derramamiento de más dones espirituales en sus vidas, para el beneficio del cuerpo de Cristo (vea 1 Co 12:31; 14:1, 12). En realidad, la mayoría de los cristianos evangélicos en cada denominación anhelan sinceramente disponer de más poder para el ministerio, mayor gozo en la adoración, y un compañerismo más íntimo y profundo con Dios. Muchos también apreciarían un mejor entendimiento de los dones espirituales, y ánimo para crecer en el uso de los mismos. Si los cristianos pentecostales y carismáticos estuvieran dispuestos a enseñar estas cosas sin el bagaje adicional de dos niveles de cristianismo que está implícito en la expresión «bautismo en el Espíritu Santo», podrían encontrar una nueva era de una eficacia muy creciente en llevar estas otras áreas de la vida cristiana a todos los evangélicos en general.

3. Ser llenos con el Espíritu Santo no resulta siempre en hablar en lenguas. Nos queda algo más que tenemos que hablar con respecto a la experiencia de ser llenos con el Espíritu Santo. Debido a que hubo varios casos en Hechos en los que las personas recibieron el poder del Espíritu Santo en el nuevo pacto y empezaron a hablar en lenguas al mismo tiempo (Hch 2:4; 10:46; 19:6; probablemente también implícito en 8:17-19) debido a su paralelismo con la experiencia de los discípulos en Hechos 2), la enseñanza pentecostal ha mantenido comúnmente que la señal externa del bautismo en el Espíritu Santo es hablar en lenguas (es decir, hablar en lenguas que no son entendidas por los demás y que la persona que la habla no la ha aprendido, ya sean lenguas humanas conocidas u otras clases de lenguas angélicas o celestiales o dadas milagrosamente).³⁵

Pero es importante darse cuenta de que hay otros muchos casos en los que ser llenos con el Espíritu Santo *no resultó* en hablar en lenguas. Cuando Jesús fue lleno

³⁴Mi estudiante Jack Mattern aunque él no es un carismático, me ha dicho que durante más de una década de trabajar con estudiantes universitarios, él ha encontrado un gran deseo entre los cristianos por saber cómo pueden ser llenos con el Espíritu Santo. Me dice correctamente que una enseñanza eficaz en esta área debe incluir la necesidad (1) de rendir nuestras vidas completamente a Dios (Ro 12:1; Gá 2:20), (2) depender completamente del poder de Dios para vivir la vida cristiana (Ro 8:13; Gá 2:20; 3:2-3), y (3) obedecer los mandamientos del Señor en nuestras vidas (1 Jn 2:6). Estos elementos son similares a los pasos de preparación mencionados arriba en la consideración de la enseñanza carismática común. En cualquier caso, a estos pasos se le puede añadir sin duda una oración de que el Espíritu Santo nos llene, conforme a la voluntad de Dios como se expresa en Ef 5:18. No debiera haber objeción a enseñar a los cristianos a orar a diario en conformidad con estos principios.

³⁵Vea el capítulo 53, pp. 1125, para un estudio sobre hablar en lenguas.

con el Espíritu Santo en Lucas 4:1, el resultado fue fortaleza para vencer las tentaciones de Satanás en el desierto. Cuando las tentaciones terminaron, y Jesús «regresó a Galilea en el poder del Espíritu» (Lc 4:14), los resultados fueron curas milagrosas, expulsión de espíritus malignos y enseñanza con autoridad. Cuando Elisabet fue llena del Espíritu Santo, habló palabras de bendición para María (Lc 1:41-45). Cuando Zacarías fue lleno con el Espíritu Santo, profetizó (Lc 1:67-79). Otros resultados de estar lleno con el Espíritu Santo fue el de predicar el evangelio con poder (Hch 4:31, (quizá) sabiduría y madurez cristiana y buen testimonio (Hch 6:3), predicación poderosa cuando estaban acusados ante tribunales (Hch 4:8), una visión del cielo (Hch 7:55), y (aparentemente) fe y madurez de la vida (Hch 11:24). Varios de estos casos pueden también implicar la plenitud del Espíritu Santo para habilitar algunas formas de ministerio, especialmente en el contexto del libro de Hechos, donde la habilitación del Espíritu Santo aparece con frecuencia dando los resultados de milagros, predicación y obras de gran poder.³⁶

Por tanto, si bien la experiencia de ser lleno con el Espíritu Santo puede resultar en recibir el don de hablar en lenguas, o en el uso de algún otro don que no se había experimentado anteriormente, también puede venir sin el don de hablar en lenguas. De hecho, muchos cristianos a lo largo de la historia han disfrutado de experiencias poderosas de ser llenos del Espíritu Santo que no han estado acompañadas con hablar en lenguas. Con relación a este don como con otros dones, nosotros debemos decir sencillamente que el Espíritu Santo «reparte a cada uno según él lo determina» (1 Co 12:11).

PREGUNTAS DE APLICACIÓN PERSONAL

1. Antes de leer este capítulo, ¿cuál era su entendimiento del «bautismo en el Espíritu Santo»? Si es que ahora ha cambiado su comprensión, ¿en qué sentido ha cambiado?
2. ¿Ha incluido su propia vida cristiana uno o más sucesos a los que pudiera llamar «un gran paso de crecimiento» en alguna área u otra de la vida cristiana? ¿O ha sido más bien una serie de pasos cortos pero continuados en la santificación, en la comunión con Dios, y en el uso de los dones espirituales para el ministerio?
3. ¿Ha conocido usted a personas que han afirmado haber recibido un «bautismo en el Espíritu Santo» después de la conversión? En su evaluación, ¿ha sido el resultado en sus vidas más bien positivo, o negativo, o ha sido más bien mixto? Si usted mismo ha tenido una experiencia como esa, ¿piensa que el concepto de que el «bautismo en el Espíritu Santo» es un suceso que ocurre una sola vez fue esencial para esa experiencia, o pudieran haber aparecido los mismos resultados en su vida cristiana si lo hubiera llamado «ser lleno con el Espíritu Santo»? ¿Piensa que sería apropiado para usted ahora

³⁶Las Escrituras no especifican qué resultados tuvo en la vida de Juan el Bautista, quien estuvo «lleno del Espíritu Santo aun desde su nacimiento» (Lc 1:15), y que «la mano del Señor lo protegía» (Lc 1:66), y «el niño crecía y se fortalecía en espíritu» (Lc 1:80).

buscar una experiencia de ser lleno con el Espíritu Santo en su propia vida?
¿Cómo podría usted hacer que eso sucediera en su vida?

4. Todos nos damos cuenta de que es posible hacer mucho hincapié en algo bueno en la vida cristiana hasta el punto de que nuestra vida queda desequilibrada y no son tan eficaces en el ministerio como podrían ser. Si usted piensa en las varias formas en que podemos crecer en la vida cristiana (conocimiento de la Palabra de Dios y sana doctrina, oración, amor por Dios, amor por otros cristianos y por los que no son cristianos, confiar en Dios cada día, adoración, santidad en la vida, uso de los dones espirituales, poder eficaz del Espíritu Santo en nuestro testimonio y ministerio, compañerismo diario con Dios, etc.) ¿en qué áreas piensa usted que necesita pedirle a Dios más crecimiento en su propia vida? ¿Sería apropiado pedirle a él una nueva plenitud del Espíritu Santo que acompañe al crecimiento en esas áreas?
5. En relación con el tema del bautismo en el Espíritu Santo o ser llenos con el Espíritu Santo, ¿piensa usted que las iglesias evangélicas en general se han estado moviendo hacia más divisiones o más unidad en este asunto?

TÉRMINOS ESPECIALES

bautismo por el Espíritu Santo	Pentecostés
bautismo en el Espíritu Santo	experiencia del Espíritu Santo en el
bautismo con el Espíritu Santo	nuevo pacto
dos clases de cristianismo	experiencia del Espíritu Santo en el
sed llenos con el Espíritu Santo	antiguo pacto

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1297-1306.)

Nota: Muy pocas teologías sistemáticas han incluido tratamiento explícito de este tema, ya que se ha convertido en un tema polémico en este siglo).

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

2. Arminiana (wesleyana o metodista)
1983 Carter, 1:435-47
3. Bautista
1983-85 Erickson, 879-80
4. Dispensacional
1947 Chafer, 6:138-61
1986 Ryrie, 362-66
6. Reformada (o presbiteriana)
1962 Buswell, 2:208-12
7. Renovada (o carismática o pentecostal)
1988-92 Williams, 2:177-79, 181-207, 271-321

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

(Ninguna consideración explícita)

Otras obras

- Bennett, Dennis y Rita. *The Holy Spirit and You*. Logos, Plainfield, N. J., 1971.
- Bruner, Frederick Dale. *A Theology of the Holy Spirit: The Pentecostal Experience and the New Testament Witness*. Eerdmans, Grand Rapids, 1970.
- Dunn, James D. G. *Baptism in the Holy Spirit*. SCM, London, 1970.
- Ervin, Howard M. *Conversion-Initiation and the Baptism in the Holy Spirit: A Critique of James D. G. Dunn, «Baptism in the Holy Spirit.»* Hendrickson, Peabody, Mass., 1984.
- _____. *Spirit Baptism*. Hendriksen, Peabody, Mass., 1987.
- Gaffin, Richard. *Perspectives on Pentecost*. Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, N. J., 1979.
- Green, Michael. *Baptism: Its Purpose, Practice and Power*. InterVarsity Press, Downers Grove, Ill., 1987, pp. 127–41.
- _____. «The Spirit's Baptism». En *I Believe in the Holy Spirit*. Hodder and Stoughton, London, y Eerdmans, Grand Rapids, 1975, pp. 123–47.
- Hoekema, Anthony A. *Holy Spirit Baptism*. Eerdmans, Grand Rapids, (1972).
- Lloyd-Jones, Martyn. *Joy Unspeakable: Power and Renewal in the Holy Spirit*. Ed. por Christopher Catherwood. Shaw, Wheaton, Ill., 1984.
- McGee, Gary B., ed. *Initial Evidence*. Hendrickson, Peabody, Mass., 1991.
- Packer, J. I. «Baptism in the Spirit». En *NDT* pp. 73–74.
- _____. *Keep in Step With the Spirit*. Revell, Old Tappan, N. J., y Leicester: Inter-Varsity Press, 1984.
- Stott, John. *Baptism and Fulness*. InterVarsity Press, Leicester and Downers Grove, Ill., 1976.
- Unger, Merrill F. *The Baptizing Work of the Holy Spirit*. Van Kampen Press, Wheaton, Ill., 1953.
- White, R. E. O. «Baptism of the Spirit». En *EDT* pp. 121–22.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

1 Corintios 12:12–13: *De hecho, aunque el cuerpo es uno solo, tiene muchos miembros, y todos los miembros, no obstante ser muchos, forman un solo cuerpo. Así sucede con Cristo. Todos fuimos bautizados por un solo Espíritu para constituir un solo cuerpo —ya seamos judíos o gentiles, esclavos o libres—, y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.*

HIMNO

«En mi alma mora, Santo Espíritu»

En mi alma mora, Santo Espíritu;
Del mundo aleja mi ambición banal;
Con tu poder mi vida inspira, Tú,
Y haz que yo te ame cuál te debo amar.

No anhelo ensueños, celestial visión,
Ni roto el velo de misterio ver;
Ni querubines, ni eternal mansión;
sólo que limpies, oh Señor, mi ser.

¿Debo yo amarte, mi buen Rey, mi Dios?
La mente, el alma, el corazón te di;
Haz que camine de tu cruz en pos;
Quiero seguir y elevarme a ti.

Haz que te sienta cuando cerca estás;
Por ti haz que luche con resolución;
Que no suspire, ni que dude más;
Y que en ti espere con resignación.

Cual los querubes yo te quiero amar;
Que llene sólo una pasión mi ser;
Pues en mi pecho se alzaré un altar
Do viva el fuego de tu gran poder.

AUTOR: GEORGE CROLY, ES TRAD.
(COPIADO DE HIMNOS DE LA VIDA CRISTIANA, # 86)

La perseverancia de los santos (Cómo permanecer como creyente)

¿Pueden los verdaderos creyentes perder su salvación? ¿Cómo podemos saber si en realidad hemos nacido de nuevo?

EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

Nuestra consideración previa ha tratado de muchos aspectos de la salvación completa que Cristo ganó para nosotros y que el Espíritu Santo ahora nos aplica. Pero, ¿cómo sabemos que continuaremos siendo creyentes toda nuestra vida? ¿Hay algo que impedirá que caigamos alejándonos de Cristo, algo que garantice que continuaremos siendo creyentes hasta que muramos y que de hecho viviremos con Dios en el cielo para siempre? O, ¿pudiera ser que nos alejemos de Cristo y perderemos las bendiciones de nuestra salvación? El tema de la perseverancia de los santos considera estas preguntas. *La perseverancia de los santos quiere decir que todos los que verdaderamente han nacido de nuevo serán guardados por el poder de Dios y perseverarán como creyentes hasta el fin de sus vidas, y que sólo los que perseveran hasta el fin han nacido verdaderamente de nuevo.*

Esta definición tiene dos partes. Indica primero que hay seguridad que se da a los que verdaderamente han nacido de nuevo, porque les recuerda que el poder de Dios los guardará como creyentes hasta que mueran, y que con certeza vivirán con Cristo en el cielo para siempre. Por otro lado, la segunda mitad de la definición indica claramente que continuar en la vida cristiana es una de las evidencias de que una persona verdaderamente ha nacido de nuevo. Es importante mantener presente también este aspecto de la doctrina, para que no se dé falsa seguridad a quienes para empezar nunca han sido creyentes.

Se debe notar que este asunto es uno en el que en los creyentes evangélicos por largo tiempo han tenido desacuerdo significativo. Muchos dentro de la tradición wesleyana y arminiana han sostenido que es posible que alguien que verdaderamente ha nacido de nuevo pierda su salvación, en tanto que los creyentes reformados han sostenido que eso no es posible para alguien que *verdaderamente* ha nacido de nuevo.¹ La mayoría de bautistas han seguido la tradición reformada en este punto; sin embargo, frecuentemente han usado el término «*seguridad eterna*» o «*seguridad eterna del creyente*» antes que el término «*perseverancia de los santos*».

¹ La doctrina de la perseverancia de los santos se representa por una «P» en el acrónimo TULIP, que a menudo se usa en inglés para resumir los «cinco puntos del calvinismo». (Ver lista completa en p. 712, n. 11).

A. Todos los que en realidad han nacido de nuevo perseverarán hasta el fin

Hay muchos pasajes que enseñan que los que verdaderamente han nacido de nuevo, que son genuinamente creyentes, continuarán en la vida cristiana hasta la muerte y entonces irán a estar con Cristo en el cielo. Jesús dice:

Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la del que me envió. Y ésta es la voluntad del que me envió: que yo no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite en el día final. Porque la voluntad de mi Padre es que *todo* el que reconozca al Hijo y *crea* en él, tenga vida eterna, y yo lo *resucitaré en el día final* (Jn 6:38-40).

Aquí Jesús dice que todo el que cree en él tendrá vida eterna. Dice que él resucitará a esa persona en el día final; que, en el contexto de creer en el Hijo y tener vida eterna, claramente quiere decir que Jesús resucitará a esa persona a vida eterna con él (no simplemente resucitarla para que sea juzgada y condenada). Parece difícil evitar la conclusión de que todo el que verdaderamente cree en Cristo seguirá siendo creyente hasta la misma resurrección en el día final a bendición de vida en la presencia de Dios.² Es más, este pasaje recalca que Jesús hace la voluntad del Padre, que él «no pierda nada de todo lo que él me ha dado» (Jn 6:39). De nuevo, los que el Padre le ha dado al Hijo no se perderán.

Otro pasaje que recalca esta verdad es Juan 10:27-29, en el que Jesús dice:

Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna, y *nunca perecerán*, ni nadie podrá arrebátarmelas de la mano. Mi Padre, que me las ha dado, es más grande que todos; y de la mano del Padre nadie las puede arrebatar.

Aquí Jesús dice que a todos los que le siguen, que son sus ovejas, les es dada vida eterna. Además dice que «nadie podrá arrebátarmelas de la mano» (v. 28). Algunos han objetado a esto que aunque nadie más puede sacar de la mano de Cristo a los creyentes, nosotros mismos podemos salirnos de la mano de Cristo. Pero eso parece ser debate pedante en cuanto a palabras; ¿acaso «nadie» no incluye también a la persona que está en la mano de Cristo? Es más, sabemos que nuestros corazones distan mucho de ser confiables. Por consiguiente, si existiera la

²Grant R. Osborne, «Exegetical Notes on Calvinist Texts», en *Grace Unlimited*, pp. 170–71, no da una explicación alterna para la afirmación de Jesús: «y yo le resucitaré en el día final», cuando trata este pasaje. Pero sí dice en este contexto que el v. 35 recalca el hecho de que la vida eterna depende de que el individuo «venga y crea» en Cristo (p. 171) y que los verbos en tiempo presente que expresan «creer» en estos pasajes implican no meramente una decisión inicial de fe, sino más bien continuar en ese estado.

Lamento tener que diferir con mi amigo y colega en este asunto, pero hay algo que se debe decir en respuesta: en tanto que nadie negaría que es necesario que las personas crean en Cristo para la vida eterna, y en tanto que también es cierto que Jesús aquí habla no simplemente de la fe inicial que salva sino de una fe que continúa a través del tiempo, el versículo no llega al punto de especificar que «todo el que cree continuamente *hasta su muerte* tendrá vida eterna», sino más bien simplemente dice que «el que *al presente está en un estado de creer* en Cristo» tendrá vida eterna y Jesús le resucitará en el último día. El versículo habla de los que al presente están en un estado de creer en Cristo, y dice que todos ellos serán resucitados por Cristo en el último día. Ninguna objeción adicional a este versículo específico se da en el segundo ensayo de Osborne, «Soteriology in the Gospel of John», en *The Grace of God, the Will of Man*, p. 248.

posibilidad de que podríamos salirnos nosotros mismos de la mano de Cristo, el pasaje difícilmente daría la seguridad que Cristo quiso que diera.

Pero, más importante, la frase más fuerte de este pasaje es «*nunca perecerán*» (v. 28). La construcción en griego *ou mé* más el subjuntivo aoristo) es especialmente enfática y se puede traducir más explícitamente: «y con toda certeza jamás perecerán». Esto recalca que los que son «ovejas» de Jesús y le siguen, y a quienes él les ha dado vida eterna, nunca perderán su salvación ni serán separados de Cristo; «*nunca perecerán*».³

Hay varios otros pasajes que dicen que los que creen tienen «vida eterna». Un ejemplo es Juan 3:36: «El que cree en el Hijo tiene *vida eterna*» (cf. también Jn 5:24; 6:47; 10:28; 1 Jn 5:13). Ahora bien, si es verdaderamente vida eterna lo que tienen los creyentes, entonces es vida que dura para siempre con Dios. Es una dádiva de Dios que viene con la salvación (se le pone en contraste con la condenación y juicio eterno en Juan 3:16-17, 36; 10:28). Los arminianos han objetado que «vida eterna» simplemente es una calidad de vida, un tipo de vida en relación con Dios, que uno tiene por un tiempo y entonces la pierde. Pero esta objeción no parece ser convincente en vista al claro matiz de tiempo interminable incluido en el adjetivo *eterna* (gr. *aionios*, «eterno, sin fin»)⁴. Ciertamente hay una calidad especial en esta vida, pero el énfasis en el adjetivo *eterna* está en el hecho de que es lo opuesto de muerte; es lo opuesto de juicio y separación de Dios; es vida que continúa para siempre en la presencia de Dios. Y el que cree en el Hijo tiene esta «*vida eterna*» (Jn 3:36).

Evidencia de los escritos de Pablo y las demás Epístolas del Nuevo Testamento también indican que los que verdaderamente han nacido de nuevo perseverarán hasta el fin. «Ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús» (Ro 8:1); por consiguiente, sería injusto que Dios dé algún tipo de castigo eterno a los que son creyentes; ya no queda ninguna condenación para ellos, porque toda la pena de sus pecados ha quedado pagada.

Luego, en Romanos 8:30 Pablo recalca la clara conexión entre los propósitos eternos de Dios en la predestinación y su realización de esos propósitos en la vida, junto con su realización final de esos propósitos al «glorificar» o dar cuerpos finales de resurrección a los que él ha traído en unión con Cristo: «A los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó,

³La palabra griega que aquí se traduce «perecer» es *apolumi* que es el mismo término que Juan usa en Juan 3:16 para decir que «todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna». Grant Osborne, en «Exegetical Notes on Calvinist Texts», p. 172, dice que no se debe interpretar este versículo aparte de la enseñanza sobre la vida y las ramas en Juan 15:1-7, pero no da explicación alterna para la frase «nunca perecerán», ni da razón por la que debamos dejar de entender que significa que estas personas ciertamente tendrán vida con Dios para siempre en el cielo. En su artículo subsecuente, «Soteriology in the Gospel of John», Osborne de nuevo menciona Juan 10:28, pero no da explicación alterna para el mismo excepto que decir que este pasaje martilla la soberanía de Dios, pero otros pasajes de Juan recalcan esta respuesta de fe que obra junto con la soberanía de Dios. Estos artículos parecen no proveer razón para que no comprendamos estas palabras en un sentido ordinario, indicando que el que cree en Cristo con certeza nunca perecerá.

Por supuesto, los que creen en la doctrina de la perseverancia de los santos (como yo mismo) afirmarían que la manera en que Dios nos conserva seguros es haciéndonos continuar creyendo en Cristo (ver consideración abajo), así que decir que la Biblia también recalca la necesidad de continuar en la fe no es objetar a la doctrina de la perseverancia de los santos según la han expresado los teólogos reformados frecuentemente en la historia del cristianismo. En otras palabras, hay una manera de creer en ambos conjuntos de pasajes sin concluir que los que verdaderamente han nacido de nuevo pueden perder su salvación.

⁴BAGD, p. 28.

también los glorificó». Aquí Pablo ve el suceso futuro de la glorificación como certeza tal en el propósito firme de Dios que puede hablar del mismo como si ya estuviera realizado («los glorificó»). Esto es cierto de todos los que son llamados y justificados; es decir, todos los que verdaderamente han llegado a ser creyentes.

Más evidencia de que Dios guarda seguros por la eternidad a los que han nacido de nuevo es el «sello» que Dios nos pone. Este «sello» es el Espíritu Santo en nosotros, que también actúa como la «garantía» de Dios de que recibiremos la herencia que se nos ha prometido: «En él también ustedes, cuando oyeron el mensaje de la verdad, el evangelio que les trajo la salvación, y lo creyeron, fueron marcados con el sello que es el Espíritu Santo prometido. Éste garantiza nuestra herencia hasta que llegue la redención final del pueblo adquirido por Dios, para alabanza de su gloria» (Ef 1:13-14). La palabra griega que se traduce «arras, RVR» en este pasaje (*arrabon*) es un término legal y comercial que quiere decir «primer pago, depósito, cuota de entrada, promesa» y representa «un pago que obliga a la parte contratante a hacer pagos adicionales». Cuando Dios puso en nosotros el Espíritu Santo, se comprometió a darnos todas las bendiciones adicionales de la vida eterna y una gran recompensa en el cielo con él. Por eso Pablo puede decir que el Espíritu Santo «*garantiza* nuestra herencia hasta que llegue la redención final del pueblo adquirido por Dios» (Ef 1:14). Todos los que tienen el Espíritu Santo en ellos, todos los que han nacido verdaderamente de nuevo, tienen la promesa inmutable de Dios y garantía de que la herencia de la vida eterna en el cielo con toda certeza será suya. La propia fidelidad de Dios está comprometida a hacerlo así.⁶

Otro ejemplo de seguridad de que los creyentes perseverarán hasta el fin se halla en la afirmación de Pablo a los Filipenses: «Estoy convencido de esto: el que comenzó tan buena obra en ustedes la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús» (Flp 1:6). Es cierto que la palabra «ustedes» aquí es plural (gr. *jumás*), y de este modo se refiere a los creyentes de la iglesia de Filipos en general, pero con todo les está hablando de los creyentes específicos a los que él les escribe, y dice que la buena obra de Dios que empezó en ellos continuará y quedará completa el día en que Cristo vuelva.⁷ Pedro les dice a sus lectores que ellos son «a quienes el poder de Dios

⁵Ibid., p. 109.

⁶Osborne, «Exegetical Notes on Calvinist Texts», p. 181, responde a este versículo diciendo que Pablo también enseña la responsabilidad personal, puesto que «al creyentes se le advierte a no "entristecer" al Espíritu (cf. 1 Tes. 4:8)» y que «el peligro de la apostasía es real, y que él no se atreve a «entristecer» al Espíritu». Pero de nuevo, esta objeción no provee interpretación alterna al versículo que se considera, sino que simplemente se refiere a los demás versículos que enseñan la responsabilidad personal, hecho que un teólogo reformado también de buen grado afirmaría.

Los teólogos arminianos frecuentemente dan por sentado que si afirman la responsabilidad humana y la necesidad de continuar en la fe con ello han negado la idea de que la guarda soberana y protección de Dios es absolutamente certera y la vida eterna está garantizada. Pero a menudo hacen esto sin proveer ninguna otra interpretación convincente para los pasajes citados para demostrar la doctrina de la perseverancia de los santos, ni ninguna explicación que mostraría por qué no debemos tomar estas palabras como garantía absoluta de que los que han nacido de nuevo ciertamente perseverarán hasta el fin. Antes que dar por sentado que los pasajes sobre la responsabilidad humana niegan la idea de la protección soberana de Dios, parece ser mejor adoptar la posición reformada que dice que la protección soberana de Dios es consistente con la responsabilidad humana, porque obra mediante la responsabilidad humana y garantiza que respondemos al mantener la fe que es necesaria para perseverar.

⁷Osborne correctamente rechaza la idea de que esto se refiere sólo al hecho de que la iglesia continuará. Dice: «Pablo quiere decir que la promesa se extiende al individuo. Dios lo guardará con vista a la salvación final, pero esto no obvia la necesidad de perseverancia» («Exegetical Notes on Calvinist Texts», p. 182).

protege mediante la fe hasta que llegue la salvación que se ha de revelar en los últimos tiempos» (1 P 1:5). La palabra *guardados*, RVR (gr. *froureo*), puede significar tanto «impedir que escapen» y «proteger de ataques», y tal vez ambas clases de guarda es lo que se quiere indicar aquí: Dios está preservando a los creyentes para que no escapen de su reino, y está protegiéndolos de ataques externos.

El participio presente que Pedro usa da el sentido de «ustedes son continuamente guardados».⁸ Recalca que esto es por el poder de Dios. Sin embargo, el poder de Dios no obra aparte de la fe personal de los que son guardados, sino mediante su fe. («Fe», *pistis*) es regularmente una actividad personal del creyente individual en las epístolas de Pedro (ver 1 P 1:7, 9, 21; 5:9; 2 P 1:1, 5; y comúnmente en el Nuevo Testamento). Los ejemplos paralelos de Dios obrando «por» alguien o algo en los escritos de Pedro (1 P 1:3, 23; 2 P 1:4, y probablemente también 1 P 1:12; 2:14; 3:1) sugieren que la fe o confianza personal del creyente en Dios es el medio que Dios usa para guardar a su pueblo. Así podemos dar el sentido del versículo diciendo que «Dios continuamente está usando su poder para guardar a su pueblo mediante la fe de ellos), afirmación que parece implicar que el poder de Dios de hecho energiza y continuamente sustenta la fe individual y personal».⁹

Este guardar no es para una meta temporal sino para una salvación lista para ser revelada en el tiempo final. «Salvación» se usa aquí no para referirse a la justificación pasada o la santificación presente (hablando en categorías teológicas) sino de la plena posesión futura de todas las bendiciones de nuestra redención; en el cumplimiento final y completo de nuestra salvación (cf. Ro 13:11; 1 P 2:2). Aunque ya está preparada o «lista», Dios no la «revelará» a la humanidad en general sino hasta el «tiempo final», o sea el tiempo del juicio final.

Esta última frase hace difícil, si no imposible, ver algún fin a la actividad guardadora de Dios. Si la guarda de Dios tiene como propósito la preservación de los creyentes hasta que reciban su salvación plena y celestial, entonces es seguro concluir que Dios realizará ese propósito y que en efecto logrará esa salvación final. En última instancia el que ellos logren su salvación final depende del poder de Dios. Con todo, el poder de Dios continuamente obra «por» la fe de ellos. ¿Quieren ellos saber si Dios los está guardando? Si continúan confiando en Dios por medio de Cristo, Dios está obrando y guardándolos, y se le debe agradecer.

Este énfasis en la guarda de Dios en combinación con nuestra fe provee una transición natural a la segunda mitad de la doctrina de la perseverancia.

B. Sólo los que perseveran hasta el fin han nacido verdaderamente de nuevo

En tanto que las Escrituras repetidamente recalcan que los que verdaderamente han nacido de nuevo perseverarán hasta el fin y con certeza tendrán vida eterna en el cielo con Dios, hay otros pasajes que hablan de la necesidad de continuar en

⁸Los siguientes tres párrafos se toman de W. Grudem, *The First Epistle of Peter* (Inter-Varsity Press, Leicester, y Eerdmans, Grand Rapids, 1988), pp. 58–59.

⁹La traducción de J. N. D. Kelly, «como resultado de . . . fe» es expresión extremadamente improbable de la construcción muy común *dia* con el genitivo (los pocos ejemplos de esta construcción que significan «como resultado de» que se sugieren en BAGD p. 180, IV, son todos ambiguos, y el mismo Kelly no da ejemplos; ver J. N. D. Kelly, *A Commentary on the Epistles of Peter and Jude*, Black's New Testament Commentaries [Black, Londres, 1969], p. 52).

la fe toda la vida. Nos hacen darnos cuenta de que lo que Pedro dice en 1 Pedro 1:5 es cierto, es decir, que Dios no nos guarda *aparte de* nuestra fe, sino solamente obrando «mediante» nuestra fe de modo que nos permite continuar creyendo en él. De esta manera, los que continúan confiando en Cristo obtienen la seguridad de que Dios está obrando en ellos y guardándolos.

Un ejemplo de esta clase de pasajes es Juan 8:31-32: «Jesús se dirigió entonces a los judíos que habían creído en él, y les dijo: —*Si se mantienen fieles a mis enseñanzas, serán realmente mis discípulos; y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres*». Jesús aquí está dando la advertencia de que una evidencia de la fe genuina es continuar en su palabra, es decir, continuar creyendo lo que él dice y viviendo una vida de obediencia a sus mandamientos. De modo similar, Jesús dice: «*El que se mantenga firme hasta el fin será salvo*» (Mt 10:22), como medio de advertir a la gente a no caer en tiempos de persecución.

Pablo les dice a los creyentes de Colosas que Cristo los ha reconciliado con Dios, «a fin de presentarlos santos, intachables e irreprochables delante de él, los ha reconciliado en el cuerpo mortal de Cristo mediante su muerte, *con tal de que se mantengan firmes en la fe*, bien cimentados y estables, sin abandonar la esperanza que ofrece el evangelio . . . que ustedes oyeron» (Col 1:22-23). Es simplemente natural que Pablo y los otros escritores del Nuevo Testamento hablen de esta manera, porque se dirigen a grupos de personas que profesan ser creyentes, sin poder saber el estado real del corazón de toda persona. Puede haber habido algunos en Colosas que se habían unido a compañerismo de la iglesia, e incluso tal vez habían profesado que tenían fe en Cristo, y habían sido bautizados en la membresía de la iglesia, que nunca habían tenido verdadera fe que salva. ¿Cómo puede Pablo distinguir a tales personas y a los verdaderos creyentes? ¿Cómo puede evitar darles falsa seguridad, seguridad de que serán salvados eternamente cuando en realidad no lo serán, a menos que vengan al verdadero arrepentimiento y fe? Pablo sabe que aquellos cuya fe no es real a la larga dejarán de participar en la comunión de la iglesia. Por consiguiente, les dice a sus lectores que en última instancia serán salvados, «*con tal de que se mantengan firmes en la fe*,» (Col 1:23). Los que continúan muestran por eso que son creyentes genuinos; pero los que no continúan en la fe mostrarán que nunca hubo en sus corazones fe genuina.

Un énfasis similar se ve en Hebreos 3:14: «Hemos llegado a tener parte con Cristo, *con tal que retengamos firme hasta el fin la confianza que tuvimos al principio*». Este versículo provee una perspectiva excelente de la doctrina de la perseverancia. ¿Cómo sabemos si «hemos llegado a tener parte con Cristo»? ¿Cómo sabemos si este ser unidos a Cristo ha sucedido en algún momento en el pasado?¹⁰ Una manera en que sabemos que hemos venido a la fe genuina en Cristo es si continuamos en la fe hasta el fin de nuestras vidas.

La atención al contexto de Hebreos 3:14 nos impedirá usar este y otros pasajes similares de una manera pastoralmente inapropiada. Debemos recordar que hay otras evidencias en otras partes de la Biblia que les dan a los creyentes en seguridad

¹⁰El autor usa el verbo en presente perfecto *gegonamen* (de *ginomai*) «hemos llegado a ser» (en algún momento en el pasado, con resultados que continúa al presente).

de la salvación,¹¹, así que *no debemos pensar que la seguridad de que pertenecemos a Cristo es imposible hasta que muramos*. Sin embargo, continuar en la fe es uno de los medios de seguridad que menciona aquí el autor de Hebreos. Menciona esto para advertir a sus lectores que no se deben apartar de Cristo, porque escribe a una situación en donde es necesaria una advertencia así. El principio de esa sección, apenas dos versículos antes, dice: «Cuidense, hermanos, de que ninguno de ustedes tenga un corazón pecaminoso e incrédulo que los haga apartarse del Dios vivo» (Heb 3:12). En verdad, en todos los pasajes en donde se menciona el continuar creyendo en Cristo hasta el fin de nuestras vidas como una indicación de fe genuina, el propósito nunca es hacer que los que al presente confían en Cristo se preocupen que en algún momento en el futuro pueden apartarse (y nunca debemos usar estos pasajes de esa manera tampoco, porque eso sería dar una causa errada para preocupación de una manera que la Biblia no se propone). Más bien, el propósito siempre es *advertir a los que están pensando en apartarse o se han apartado* que si lo hacen, eso es una fuerte indicación de que nunca fueron salvos. Así, la necesidad para continuar en la fe debe simplemente usarse como una advertencia en contra de apartarse, advertencia de que los que se apartan dan evidencia de que su fe nunca fue real.

Juan claramente indica que los que se apartan del compañerismo de la iglesia y de la creencia en Cristo, por ello muestran para empezar que su fe no fue real, y que nunca fueron parte del verdadero cuerpo de Cristo. Hablando de los que han dejado el compañerismo de los creyentes, Juan dice: «Aunque salieron de entre nosotros, en realidad no eran de los nuestros; *si lo hubieran sido, se habrían quedado con nosotros*. Su salida sirvió para comprobar que ninguno de ellos era de los nuestros» (1 Jn 2:19). Juan dice que los que se han apartado muestran por sus acciones que «no eran de los nuestros»; que nunca nacieron verdaderamente de nuevo.

C. Los que finalmente se apartan pueden dar muchas señales externas de conversión

¿Es siempre claro cuáles personas en la iglesia tienen fe genuina que salva y cuáles tienen simplemente una persuasión intelectual de la verdad del evangelio pero no tienen fe genuina en sus corazones? No siempre es fácil decirlo, y la Biblia menciona en varios lugares que *no creyentes* en compañerismo con la iglesia visible pueden en efecto dar algunas señales externas o indicaciones que les hace parecerse o sonar como creyentes genuinos. Por ejemplo, Judas, que traicionó a Cristo, debe haber actuado casi exactamente cómo los demás discípulos durante los tres años que estuvo con Jesús. Tan convincente fue su conformidad al patrón de conducta de los demás discípulos, que al fin de los tres años del ministerio de Jesús, cuando él dijo que uno de ellos lo traicionaría, ellos no se volvieron y sospecharon de Judas, sino que más bien «uno por uno comenzaron a preguntarle: —¿Acaso seré yo, Señor?» (Mt 26:22; cf. Mr 14:19; Lc 22:23; Jn 13:22). Sin embargo, Jesús mismo sabía que no había fe genuina en el corazón de Judas, porque en cierto punto dijo: «¿No los he escogido yo a ustedes doce? . . . No obstante, uno de ustedes es un diablo»

¹¹Ver la lista de evidencias de la salvación que se dan en la sección D, pp. 803, abajo.

(Jn 6:70). Juan escribió más adelante en su Evangelio que «Jesús conocía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que iba a traicionarlo» (Jn 6:64). Pero los discípulos mismos no lo sabían.

Pablo también habla de «que algunos *falsos hermanos* se habían infiltrado» (Gá 2:4), y dice que en sus viajes había estado en «peligros de parte de *falsos hermanos*» (2 Co 11:26). También dice que los siervos de Satanás «*se disfrazan* de servidores de la justicia» (2 Co 11:15). Esto no quiere decir que todos los no creyentes de la iglesia que no obstante dan algunas señales de verdadera conversión sean siervos de Satanás en secreto socavando la obra de la iglesia, porque algunos pueden estar en proceso de considerar las afirmaciones del evangelio y avanzar hacia la fe real, otros pueden haber oído sólo una explicación inadecuada del mensaje del evangelio, y otros pueden no haber llegado a estar bajo una convicción genuina del Espíritu Santo todavía. Pero las afirmaciones de Pablo sí quieren decir que algunos creyentes en la iglesia serán falsos hermanos y hermanas enviados a trastornar el compañerismo, en tanto que otros simplemente serán no creyentes que a la larga vendrán a la fe genuina que salva. En ambos casos, sin embargo, dan varias señales externas que les hace parecerse a creyentes genuinos.

Podemos ver esto también en la afirmación de Jesús en cuanto a lo que sucederá en el juicio final:

No todo el que me dice: «Señor, Señor», entrará en el reino de los cielos, sino sólo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo. Muchos me dirán en aquel día: «Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios e hicimos muchos milagros?» Entonces les diré claramente: «*Jamás los conocí*. ¡Aléjense de mí, hacedores de maldad!» (Mt 7:21-23).

Aunque estas personas profetizaban y echaban fuera demonios y hacían «muchos milagros» en el nombre de Jesús, la capacidad para hacer tales obras no garantizaba que sean creyentes. Jesús dice: «Jamás los conocí». Él no dice: «Los conocí en un tiempo pero ya no los conozco», ni tampoco «los conocí en un tiempo pero ustedes se apartaron de mí», sino más bien, «*jamás los conocí*». Nunca fueron creyentes genuinos.

Una enseñanza similar se halla en la parábola del sembrador en Marcos 4. Jesús dice: «Otra parte cayó en terreno pedregoso, sin mucha tierra. Esa semilla brotó pronto porque la tierra no era profunda; pero cuando salió el sol, las plantas se marchitaron y, por no tener raíz, se secaron» (Mr 4:5-6). Jesús explica que la semilla sembrada en terreno pedregoso representa a los que «cuando oyen la palabra, en seguida la reciben con alegría, pero como no tienen raíz, duran poco tiempo. Cuando surgen problemas o persecución a causa de la palabra, en seguida se apartan de ella» (Mr 4:16-17). El hecho de que «no tienen raíz» indica que no hay fuente de vida en estas plantas; de modo similar, las personas representadas por ellas no tienen fe genuina en su interior. Tienen la apariencia de conversión y parecen haber llegado a ser creyentes porque recibieron la palabra «con alegría», pero cuando viene la dificultad no se les halla por ninguna parte; su aparente conversión no fue genuina y en sus corazones no hubo fe real que salva.

La importancia de continuar en la fe también se afirma en la parábola de Jesús como la vid, en la cual se muestra a los creyentes como ramas (Jn 15:1-7). Jesús dice:

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Toda rama que en mí no da fruto, la corta; pero toda rama que da fruto la poda para que dé más fruto todavía. . . . El que no permanece en mí es desechado y se seca, como las ramas que se recogen, se arrojan al fuego y se queman (Jn 15:1-2, 6).

Los arminianos han aducido que las ramas que no llevan fruto siguen siendo ramas en la vid; Jesús se refiere a «toda rama que *en mí* no da fruto» (v. 2). Por consiguiente, las ramas que se recogen y echan en el fuego y se queman deben referirse a los verdaderos creyentes que una vez fueron parte de la vid pero que se apartaron y quedaron sujetos a juicio eterno. Pero esa no es una implicación necesaria de la enseñanza de Jesús en este punto. La ilustración de una vid que se usa en la parábola se limita a cuánto detalle puede enseñar. Es más, si Jesús hubiera querido enseñar que había creyentes falsos y verdaderos asociados con él, y si quería usar la analogía de una vid y ramas, entonces la única manera en que se hubiera referido a las personas que no tienen una vida genuina en sí mismas sería hablar de ramas que no dan fruto (de una manera similar a la analogía de las semillas que cayeron en terreno pedregoso y que «no tenían raíz» en Mr 4:17). Aquí, en Juan 15 las ramas que no dan fruto, aunque de alguna manera están conectadas a Jesús y dan una apariencia externa de ser ramas genuinas, con todo dan indicación de su verdadera situación por el hecho de que no dan fruto. Esto se indica de modo similar por el hecho de que la persona «no permanece» en Cristo (Jn 15:6) y que es arrojada como las ramas y se seca. Si tratamos de presionar la analogía incluso más, diciendo, por ejemplo, que todas las ramas de una vid realmente están vivas, o que para empezar no estarían allí, entonces simplemente estamos tratando de presionar la ilustración más allá de lo que puede enseñar; y en este caso no habría nada en la analogía que podría representar a los creyentes falsos en cualquier caso. El punto de la ilustración es simplemente que los que dan fruto dan por eso evidencia de que están permaneciendo en Cristo; los que no, no están permaneciendo en él.

Finalmente, hay dos pasajes en Hebreos que también afirman que los que finalmente se apartan pueden dar muchas señales externas de conversión y de muchas maneras pueden parecer creyentes. El primero de éstos, Hebreos 6:4-6, frecuentemente han usado los arminianos como prueba de que los creyentes pueden perder su salvación. Pero en una inspección más cuidadosa tal interpretación no es convincente. El autor escribe:

Es imposible que renueven su arrepentimiento aquellos que han sido una vez iluminados, que han saboreado el don celestial, que han tenido parte en el Espíritu Santo y que han experimentado la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero, y después de todo esto se han apartado. Es imposible, porque así vuelven a crucificar, para su propio mal, al Hijo de Dios, y lo exponen a la vergüenza pública (Heb 6:4-6).

El autor continúa con un ejemplo de la agricultura:

Cuando la tierra bebe la lluvia que con frecuencia cae sobre ella, y produce una buena cosecha para los que la cultivan, recibe bendición de Dios. En cambio, cuando produce espinos y cardos, no vale nada; está a punto de ser maldecida, y acabará por ser quemada (Heb 6:7-8).

En esta metáfora agrícola a los que reciben el juicio final se les compara a la tierra que no da plantas ni fruto útil, sino más bien espinos y cardos. Cuando recordamos las otras metáforas de la Biblia en donde el buen fruto es señal de verdadera vida espiritual y la falta de fruto es señal de los falsos creyentes (por ejemplo, Mt 3:8-10; 7:15-20; 12:33-35), ya tenemos una indicación de que el autor está hablando de personas cuya evidencia más fidedigna de su condición espiritual (el fruto que dan) es negativa, sugiriendo que el autor está hablando de personas que no son genuinamente creyentes.

Algunos han objetado que esta larga descripción de cosas que les han sucedido a estas personas que se apartan quiere decir que deben haber nacido de nuevo genuinamente. Pero esa no es una objeción convincente cuando miramos a los términos individuales que se usan. El autor dice que ellos «han sido una vez iluminados» (Heb 6:4). Pero esta iluminación simplemente quiere decir que llegaron a comprender las verdades del evangelio, y no que respondieron a estas verdades con genuina fe que salva.¹²

De modo similar, la expresión *una vez* que se usa para hablar de los que «han sido una vez iluminados» es el término griego *apax* que se usa, por ejemplo, en Filipenses 4:16 para mencionar el hecho de que los Filipenses le enviaron a Pablo ayuda «una y otra vez», y en Hebreos 9:7 de la entrada al Lugar Santísimo «una vez al año». Por consiguiente, esta expresión no necesariamente quiere decir que algo sucedió «una vez» y nunca se puede repetir, sino simplemente que sucedió una vez, sin especificar si se repetirá o no.¹³

El pasaje dice además que estas personas «han saboreado el don celestial» y que «han experimentado la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero» (Heb 6:4-5). Inherente en la idea de saborear es el hecho de que probar es temporal y uno puede decidir aceptar o no lo que está probando. Por ejemplo, la misma palabra griega (*geuomai*) se usa en Mateo 27:34 para decir que los que crucificaron a Jesús «le dieron a Jesús vino mezclado con hiel; pero después de probarlo, se negó a beberlo». La palabra también se usa en un sentido figurado queriendo decir «llegar a conocer algo». ¹⁴ Si comprendemos esto en su sentido figurado, como se debe

¹²La palabra *iluminados* traduce el término griego *foitizo* que se refiere a aprendizaje en general, y no necesariamente a un aprendizaje que resulta en salvación; se lo usa en Juan 1:9 para el «alumbrar» que viene al mundo para todo ser humano, en 1 Co 4:5 de la iluminación que viene en el día del juicio final, y en Ef 1:18 de la iluminación que acompaña el crecimiento en la vida cristiana. La palabra no es un «término técnico» que quiere decir que las personas en cuestión fueron salvadas.

Después de concluir la siguiente explicación de Hebreos 6:4-6 escribí un estudio mucho más extenso, con análisis adicional, respaldando la información, y con interacción con otra literatura: ver Wayne Grudem, «Perseverance of the Saints: A Case Study From Heb. 6:4-6 and the Other Warning Passages of Hebrews», en *The Grace of God, the Bondage of the Will*, vol. 1, ed. Tom Schreiner y Bruce Ware (Baker, Grand Rapids, a publicarse en 1995).

¹³Esta no es la misma expresión como *efapax* que se usa más regularmente en el Nuevo Testamento para sucesos no repetibles (Ro 6:10; Heb 7:27; 9:12; 10:10).

¹⁴BAGD p. 157. Ellos mencionan otros ejemplos de *geuomai*, tales como Herodoto 6.5, en donde los pobladores de Mileto habían probado la libertad», pero que ciertamente no era posesión de ellos. También citan a Dio

entender aquí puesto que el pasaje no está hablando de probar comida literal, entonces quiere decir que estas personas habían llegado a comprender el don celestial (que probablemente quiere decir aquí que habían experimentado algo del poder del Espíritu Santo obrando) y a saber algo de la palabra de Dios y los poderes de la edad venidera. No necesariamente quiere decir que ellos tenían (o no tenían) fe genuina que salva, sino simplemente tal vez quiere decir que ellos habían llegado a comprenderla y habían tenido alguna experiencia de poder espiritual.¹⁵

El texto dice además que estas personas «han tenido parte en el Espíritu Santo» (He 6:4). La pregunta aquí es el significado exacto de la palabra *métokos* que aquí se traduce «tener parte». No siempre es claro para los lectores que hablan español que este término tiene una variedad de significados y que puede implicar participación muy íntima y apego, o simplemente puede implicar una asociación floja con la otra persona o personas mencionadas. Por ejemplo, el contexto muestra que en Hebreos 3:14 el llegar a «tener parte» con Cristo quiere decir tener una participación íntima con él en una relación que salva. Por otro lado, *métokos* puede también usarse en un sentido mucho más flojo, simplemente para referirse a conocidos o compañeros. Leemos que cuando los discípulos recogieron una gran cantidad de peces de modo que sus redes se rompían, «llamaron por señas a sus *compañeros* de la otra barca para que los ayudaran» (Lc 5:7). Aquí simplemente se refiere a los compañeros o socios de Pedro y de los demás discípulos en su trabajo de pesca.¹⁶ Efesios 5:7 usa una palabra estrechamente relacionada (*summétokos*, compuesta de *métokos* y la preposición *sun* [«con»]) cuando Pablo les advierte a los creyentes en cuanto a actos de pecados de los no creyentes, y dice: «no se hagan cómplices de ellos» (Ef 5:7). Su preocupación no es que la naturaleza total de ellos será transformada por los no creyentes, sino simplemente que se los asociará con ellos y verán su propio testimonio en compromiso y sus propias vidas influidas en cierto grado por ellos.

Por analogía Hebreos 6:4-6 habla de algunos que habían estado «asociados con» el Espíritu Santo, y por consiguiente él había influido en sus vidas, pero eso no necesariamente implica que habían tenido en sus vidas una obra redentora del Espíritu Santo, o que habían sido regenerados. Por analogía similar con el ejemplo de los compañeros de pesca en Lucas 5:7, Pedro y los discípulos podían estar *asociados con*

Crisóstomo, 32.72, en dónde él habla de la gente de Alejandría en un tiempo cuando «probaron la guerra» en un encuentro con las tropas romanas que simplemente estaban hostigándolos, pero no realmente presentándoles una guerra genuina. Josefo, *The Jewish War* (*Guerras judías*) 2.158, habla de las nociones teológicas de los esenios «por las que irresistiblemente atraían a todos los que una vez habían *probado* su filosofía». Aquí, de nuevo, Josefo indica claramente que los que «una vez habían probado» todavía no se habían apropiado de la filosofía de los esenios, sino que simplemente se sentían fuertemente atraídos a ella. Por analogía, en Heb 6 los que han «probado» el don celestial y la palabra de Dios y los poderes de la edad venidera pueden sentirse fuertemente atraídos a estas cosas, o tal vez no, pero el mero probarlas no quiere decir que se han apropiado de ellas; muy por el contrario, si el autor puede decir que ellos han «probado» estas cosas, eso sugiere que no se han apropiado de lo que han probado.

¹⁵La palabra *probar* también se usó en Heb 2:9 para decir que Jesús «probó la muerte» indicando que llegó a conocerla por experiencia (pero «probar» es una palabra apropiada porque no se quedó muerto). Lo mismo podría ser cierto de los que han tenido alguna experiencia de los dones celestiales, como puede ser cierto incluso de los no creyentes (cf. Mt 7:22; 1 Co 7:14; 2 P 2:20-22). En Heb 6:4-5 la experiencia de estas personas en cuanto al poder del Espíritu Santo y de la palabra de Dios fue, por supuesto, una experiencia genuina (tal como Jesús murió genuinamente), pero eso en sí mismo no muestra que estas personas tuvieron una experiencia de regeneración.

¹⁶Heb 1:9 también usa la misma palabra para hablar de «compañeros».

ellos e incluso hasta cierto punto ser influidos por ellos, sin haber tenido un cambio exhaustivo de vida causado por esa asociación. La misma palabra *métokos* permite una amplitud de influencia desde la relativamente débil a la bastante fuerte, porque sólo quiere decir «uno que tiene parte, o participa con, o acompaña en alguna actividad». Esto fue evidentemente lo que les había sucedido a las personas de las que se habla en Hebreos 6, que habían estado asociadas con la iglesia, y como tal asociados con la obra del Espíritu Santo, y sin duda habían recibido algo de influencia de él de alguna manera en sus vidas.¹⁷

Finalmente, el texto dice que es imposible «que renueven su *arrepentimiento*» los que han experimentado estas cosas y han cometido apostasía. Algunos han aducido que si esto es un arrepentimiento al que necesitan ser restaurados de nuevo, entonces debe ser un arrepentimiento genuino. Pero este no es necesariamente el caso. Primero, debemos darnos cuenta de que «arrepentimiento» (gr., *metanoia*) no necesariamente se refiere al arrepentimiento interno de corazón para salvación. Por ejemplo, Hebreos 12:17 usa esta palabra para hablar del cambio de parecer que Esaú sintió respecto a la venta de su primogenitura, y se refiere a eso como «arrepentimiento» (*metanoia*). Esto no sería arrepentimiento para salvación, sino simplemente cambio de opinión y el deseo de deshacer la transacción respecto a su primogenitura. (Nótese también el ejemplo del arrepentimiento de Judas en Mt 27:3; aunque con una palabra griega diferente).

El verbo cognado «arrepentirse» (gr. *metanoeo*) a veces se usa para referirse no al arrepentimiento que salva, sino simplemente a lamentar ofensas individuales en Lucas 17:3-4: «Si tu hermano peca, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo. Aun si peca contra ti siete veces en un día, y siete veces regresa a decirte “Me arrepiento”, perdónalo». Concluimos que «arrepentimiento» simplemente significa un pesar por las acciones que se han hecho o por los pecados que se han cometido. Si es un arrepentimiento genuino que salva o no lo es, un «arrepentimiento para salvación», tal

¹⁷Los otros usos de *métokos* en Hebreos (3:1 y 12:8) en efecto sugieren una asociación o participación estrecha, pero incluso 12:8, que habla de que las personas llegan a participar de la disciplina, por cierto permite el hecho de que algunos pueden recibir esa disciplina pero no ser transformados por ella. En cualquier caso, la evidencia no es fuerte lo suficiente como para hacernos pensar que el autor de Hebreos usó la palabra como «término técnico» que siempre se refería a una especie de participación salvadora (por cierto no en Heb 1:9 y 12:8), y nuestra comprensión del sentido de la palabra debe estar gobernado por un examen de la amplitud de significado que puede tomar en la literatura griega del Nuevo Testamento y en otra literatura que tiene un vocabulario similar a los escritores del Nuevo Testamento.

El uso en la Septuaginta también es instructivo respecto a esta palabra, puesto que en varias instancias se refiere sólo a compañerismo, no a ninguna clase de experiencia regeneradora o que cambie la vida con Dios o con el Espíritu Santo. Por ejemplo, en 1 S 20:30, Samuel acusa a Jonatán de ser «muy amigo» de David. En Sal 119:63 el salmista dice que es «amigo» de todos los que temen a Dios. Ec 4:10 dice que dos son mejores que uno, porque si caen, el uno levantará a su «compañero» (RVR). Pr 28:24, en las traducciones de Aquila Símaco y Teodosio, usa esta palabra para decir que el hombre que rechaza a su padre o a su madre es «compañero» de los malos. Ejemplos de asociación de alguna manera más fuerte se ven en Est 8:13; Pr 29:10; Os 4:17; 3 Mac. 3:21.

La conclusión de este examen del término *métokos* es que, en tanto que se puede usar para asociación íntima con resultados salvadores en la vida de una persona, también se puede usar simplemente para asociación o participación con alguna otra persona. Por consiguiente, el término mismo no exige que las personas de Heb 6:4-6 hayan tenido participación con el Espíritu Santo o hayan sido regeneradas. Simplemente quiere decir que de alguna manera han tenido algo de asociación con el Espíritu Santo y recibido su influencia.

Los que profetizaban y echaban fuera demonios, y hacían muchas obras poderosas en el nombre de Jesús en Mt 7:22 son buenos ejemplos de personas que ciertamente tenían alguna participación en la obra del Espíritu Santo, o que habían «tenido parte» con el Espíritu Santo en este sentido, pero no habían sido salvadas: Jesús dice: «Nunca los conocí» (Mt 7:23).

vez no siempre sea evidente de inmediato. El autor de Hebreos no está preocupado por especificar si es un arrepentimiento genuino o no. Simplemente está diciendo que si alguien lamenta el pecado y llega a comprender el evangelio y experimenta estas diferentes bendiciones de la obra del Espíritu Santo (sin duda en compañerismo con la iglesia), y entonces se aparta, no será posible restaurar a tal persona de nuevo a un lugar de lamento por el pecado. Pero esto no necesariamente implica que su arrepentimiento fue un genuino arrepentimiento que salva.

En este punto podemos preguntar qué clase de personas se describen con todos estos términos. Sin duda son individuos que han estado afiliados íntimamente con el compañerismo de la iglesia. Han sentido cierto pesar por el pecado (arrepentimiento). Claramente han entendido el evangelio (han sido iluminados). Han llegado a apreciar el atractivo de la vida cristiana y el cambio que viene en la vida de las personas debido a que llegan a ser creyentes, y probablemente han tenido respuestas a las oraciones en su propia vida y sentido el poder del Espíritu Santo obrando, tal vez incluso han usado algunos dones espirituales a la manera de los no creyentes en Mateo 7:22 (ellos habían estado «asociados con» la obra del Espíritu Santo o habían llegado a «tener parte» con el Espíritu Santo y habían probado el don celestial y los poderes de la edad venidera). Habían estado expuestos a la verdadera predicación de la palabra y habían apreciado mucho de sus enseñanzas (habían probado la bondad de la palabra de Dios).

Pero a pesar de todo esto, si «cometen apostasía» y «así vuelven a crucificar, para su propio mal, al Hijo de Dios, y lo exponen a la vergüenza pública» (Heb 6:6), voluntariamente están rechazando todas estas bendiciones y volviéndose decididamente contra ellas. Tal vez todos nosotros hemos conocido en nuestras propias iglesias algunos que (algunos por profesión propia) por largo tiempo han estado afiliados con el compañerismo de la iglesia pero no son realmente creyentes nacidos de nuevo. Han pensado en el evangelio por años y han continuado resistiendo el llamado del Espíritu Santo en sus vidas, tal vez mediante una renuencia a entregarle a Jesús el señorío de sus vidas prefiriendo conservar aferradamente para sí mismos ese señorío.

Ahora el autor nos dice que *si estas personas voluntariamente se apartan de todas estas bendiciones temporales* entonces será imposible restaurarlas de nuevo a algún tipo de arrepentimiento o lamento por el pecado. Sus corazones se endurecerán y sus conciencias también. ¿Qué más se puede hacer para llevarlos a la salvación? Si les decimos que la Biblia es verdad dirán que la saben pero que han decidido rechazarla. Si les decimos que Dios responde a la oración y cambia las vidas responderán que saben que eso también, pero no quieren saber nada al respecto. Si les decimos el Espíritu Santo es poderoso para obrar en la vida de las personas y el don de la vida eterna es bueno más allá de toda descripción, dirán que lo entienden, pero que no quieren tener nada que ver con eso. Su familiaridad repetida con las cosas de Dios y su experiencia con las muchas influencias del Espíritu Santo simplemente ha servido para endurecerlos contra la conversión.

Ahora bien, el autor de Hebreos sabe que hay algunos en la comunidad a la que escribe que están en peligro de apartarse de esta manera (ver Heb 2:3; 3:8, 12, 14-15; 4:1, 7, 11; 10:26, 29, 35-36, 38-39; 12:3, 15-17). Él quiere advertirles que, aunque han participado en la comunión de la iglesia y experimentado algunas de

las bendiciones de Dios en sus vidas, sin embargo si se apartan después de todo eso, no hay salvación para ellos. Esto no implica que él piensa que los verdaderos creyentes pueden apartarse; Hebreos 3:14 implica precisamente lo opuesto. Pero quiere que ellos tengan la seguridad de la salvación mediante su continuación en la fe, y por ello implica que si ellos se apartan eso mostraría que nunca fueron gente de Cristo para empezar (ver Heb 3:6: «Y esa casa somos nosotros, *con tal que* mantengamos nuestra confianza y la esperanza que nos enorgullece»).

Por consiguiente, el autor quiere dar una severa advertencia a los que están en peligro de apartarse de su profesión cristiana. Quiere usar el lenguaje más fuerte posible para decir: «Hasta este punto puede llegar una persona experimentando *bendiciones temporales* y con todo no ser realmente salva». Les advierte que vigilen, porque depender de las bendiciones temporales y experiencias no basta. Para hacer esto habla, no de algún cambio verdadero de corazón o algún buen fruto producido, sino simplemente de las bendiciones temporales y experiencias que han venido a estas personas y les han dado alguna comprensión del cristianismo.

Por esto de inmediato pasa de esta descripción de los que cometen apostasía a una analogía adicional que muestra que estas personas que se apartan nunca han tenido ningún fruto genuino en sus vidas. Como ya se explicó arriba, los versículos 7-8 hablan de esas personas en términos de «*espinos y cardos*», la clase de plantas que produce un terreno que no tiene vida digna en sí mismo aunque recibe repetidas bendiciones de Dios (en términos de la analogía, aun cuando la lluvia frecuentemente caiga sobre él). Debemos notar aquí que a las personas que cometen apostasía no se las compara con un campo que una vez daba buen fruto y ahora no, sino que son como *tierra que nunca dio buen fruto* sino solamente espinas y cardos. El terreno puede parecer bueno antes de que las plantas empiecen a brotar, pero el fruto da la evidencia genuina, y es malo.

Fuerte respaldo para esta interpretación de Hebreos 6:4-8 se halla en el versículo que sigue de inmediato. Aunque el autor ha estado hablando muy severamente en cuanto a la posibilidad de apartarse, entonces vuelve a hablar de la situación de la gran mayoría de los oyentes, que piensan que son creyentes genuinos. Dice: «*En cuanto a ustedes, queridos hermanos, aunque nos expresamos así, estamos seguros de que les espera lo mejor, es decir, lo que atañe a la salvación*» (Heb 6:9). Pero ¿mejor que qué? El plural «cosas mejores» (RVR) forma un contraste apropiado a las «buenas cosas» que se han mencionado en los versículos 4-6: el autor está convencido de que la mayoría de sus lectores han experimentado mejores cosas que simplemente las influencias parciales y temporales del Espíritu Santo y la iglesia que se mencionan los versículos 4-6.

De hecho, el autor habla de estas cosas diciendo (literalmente) que son «lo mejor, es decir, *lo que atañe a la salvación*» (gr. *kai ekomena soterias*).¹⁸ Estas no son las bendiciones temporales que se mencionan en los versículos 4-6, sino que son

¹⁸BAGD p. 334, III, traduce el participio medio de *eko* como «sujetarse fuertemente a, aferrarse a», y menciona Heb 6:9 como el único ejemplo del Nuevo Testamento de esta forma usada «de pertenencia interna y asociación íntima» (cf. LSJ, p. 750, c: «sujetarse fuertemente a, aferrarse estrechamente»). Sin embargo, incluso si traducimos la voz media de la misma manera como la activa, la frase significaría: «cosas también teniendo salvación», y mi argumentación en esta sección no sería afectada.

cosas mejores, cosas que no tienen sólo influencia temporal, sino que también «atañen a la salvación». De esta manera la palabra griega *kai* («también») muestra que la salvación es algo que no forma parte de las cosas mencionadas en los versículos 4-6 arriba. Por consiguiente, esta palabra *kai*, que no se traduce explícitamente en la NVI (pero la RVR se acerca),¹⁹ provee una clave esencial para comprender el pasaje. Si el autor hubiera querido decir que las personas mencionadas en los versículos 4-6 eran en verdad salvas, entonces es muy difícil entender por qué diría en el versículo 9 que está convencido de *cosas mejores* para ellos, cosas que pertenecen a la salvación, o que tienen la salvación además de las cosas mencionadas arriba. Por tanto, muestra que puede usar una breve frase para decir que las personas «tienen salvación» si quisiera decirlo (no necesita apilar más frases), y muestra, todavía más, que las personas de quienes hablan los versículos 4-6 no son salvas.²⁰

¿Que es exactamente «lo mejor»? Además de la salvación mencionada en el versículo 9, hay cosas que dan evidencia real de la salvación: fruto genuino en sus vidas (v. 10), plena seguridad de esperanza (v. 11), y fe que salva, del tipo exhibido por los que heredan las promesas (v. 12). De esta manera les asegura a los que son creyentes genuinos, es decir, a los que muestran fruto en sus vidas y muestran amor por otros creyentes, que muestran esperanza y fe genuina que continúa en el tiempo presente, y que no están a punto de apartarse. Quiere tranquilizar a estos lectores (que son ciertamente la gran mayoría de aquellos a quienes escribe) mientras que a la vez da una fuerte advertencia a los que están entre ellos que puedan estar en peligro de apartarse.

Una enseñanza similar se halla en Hebreos 10:26-31. Aquí el autor dice: «Si después de recibir el conocimiento de la verdad pecamos obstinadamente, ya no hay sacrificio por los pecados» (v. 26). El que rechaza la salvación de Cristo y «ha profanado la sangre del pacto por la cual había sido santificado» (v. 29) merece castigo eterno. Esto es nuevamente una fuerte advertencia en contra de apartarse, pero no se debe tomar como prueba de que alguien que verdaderamente ha nacido de nuevo puede perder su salvación. Cuando el autor habla de la sangre del pacto «por la cual había sido santificado», la palabra *santificado* se usa simplemente para referirse a «la santificación externa, como los antiguos israelitas, por la conexión externa con el pueblo de Dios».²¹ El pasaje no habla de alguien que es genuinamente

¹⁹La RVR traduce: «y que pertenecen a la salvación».

²⁰Alguien pudiera objetar que la frase «lo mejor» no hace contraste con las bendiciones temporales de los vv. 4-6, sino con el juicio mencionado en el v. 8 que viene a los espinos y cardos que están a punto de ser «quemados». Pero es improbable que el autor se refiera a no estar bajo maldición simplemente como «lo mejor». El comparativo «mejor» (gr. *kreissoo*,) se usa trece veces en Hebreos, y regularmente contrasta algo mejor con algo bueno (mejor pacto, mejor sacrificio, etc.); y de modo similar aquí sugiere una comparación con cosas que ya son buenas (tales como las bendiciones de los vv. 4-6), mucho más que lo que sugiere un contraste con la suerte horrible del juicio eterno en el v. 8.

²¹A. H. Strong, *Systematic Theology*, p. 884. Strong menciona un uso paralelo apropiado del verbo «santificar» en 1 Co 7:14, que habla del esposo no creyente siendo «santificado» por la esposa creyente (1 Co 7:14, en donde se usa la misma palabra griega, *jagiazó*). A la santificación ceremonial externa también se hace referencia en Heb 9:13; cf. Mt 23:17, 19.

salvado, sino de alguien que ha recibido alguna influencia moral benéfica mediante el contacto con la iglesia.²²

Hay otro pasaje en los escritos de Juan que se ha mencionado como que enseña la posibilidad de la pérdida de la salvación. En Apocalipsis 3:5 Jesús dice: «El que salga vencedor se vestirá de blanco. *Jamás borrará su nombre del libro de la vida*». Algunos han aducido que cuando Jesús dice esto implica que es posible que él borre del libro de la vida los nombres de algunos, personas que ya han tenido sus nombres escritos allí y por consiguiente fueron salvadas. Pero el hecho de que Jesús enfáticamente indique que él *no* hará algo ¡no se debe tomar como enseñanza de que él *hará* lo mismo en otros casos! La misma clase de construcción en el griego²³ se usa para dar una negativa enfática en Juan 10:28, en donde Jesús dice: «Yo les doy vida eterna, y *nunca perecerán*». Esto no quiere decir que hay algunas de las ovejas de Jesús que no oirán su voz y no le seguirán y que perecerán; simplemente afirma que sus ovejas ciertamente no perecerán. De modo similar, cuando Dios dice: «Nunca te dejaré; jamás te abandonaré» (Heb 13:5), no implica que él dejará o abandonará a otros; simplemente afirma enfáticamente que él no dejará ni abandonará los suyos. O, incluso en el paralelo cercano, en Mateo 12:32, Jesús dice: «El que hable contra el Espíritu Santo *no tendrá perdón* ni en este mundo *ni en el venidero*». Esto no implica que algunos pecados serán perdonados en la edad venidera (como los católicos romanos afirman en respaldo a su doctrina del purgatorio)²⁴; que es simplemente un error en razonamiento; decir que algo no va a suceder en la vida venidera ¡no implica que puede suceder en la edad venidera! De la misma manera, Apocalipsis 3:5 es simplemente una fuerte afirmación de que los nombres de los que están vestidos de blancos y que han permanecido fieles a Cristo jamás serán borrados del libro de la vida.²⁵

Finalmente, a veces se usa un pasaje del Antiguo Testamento para aducir que las personas pueden perder su salvación: la narración del Espíritu Santo saliendo del rey Saúl. Pero no se debe tomar a Saúl como ejemplo de alguien que pierde su salvación, porque cuando «El Espíritu del SEÑOR se apartó de Saúl» (1 S 16:14), fue inmediatamente después de que Samuel había ungido al rey David y «el Espíritu del SEÑOR vino con poder sobre David, y desde ese día estuvo con él» (1 S 16:13). A decir verdad, se informa la venida del Espíritu del Señor sobre David en la oración inmediatamente previa a aquella en la que leemos que el Espíritu salió de Saúl. Esta estrecha conexión quiere decir que la Biblia aquí no está hablando de una pérdida total de toda la obra del Espíritu Santo en la vida de Saúl, sino sim-

²²Éx 24:7-8 habla de la sangre del pacto que apartó al pueblo como pueblo de Dios, aunque no todos habían verdaderamente nacido de nuevo. En el contexto de Heb 10 tal ilustración, tomada del proceso del Antiguo Testamento para purificar al pueblo de modo que puedan presentarse ante Dios para adorar, es trasfondo apropiado.

²³La construcción usa *ou me* más el aoristo subjuntivo para expresar negación enfática.

²⁴Ver la explicación de la doctrina del purgatorio en el capítulo 41, pp. 859.

²⁵Un libro diferente es lo que probablemente se tiene en mente en Éx 23:33, en donde Dios le dice a Moisés: «Sólo borraré de mi libro a quien haya pecado contra mí». Aquí no se menciona la idea del Nuevo Testamento del «libro de la vida». Más bien, la ilustración es de que Dios lleva un historial de los que al presente moran entre su pueblo, tanto como lo haría un rey terrenal. «Borrar» el nombre de alguien de tal libro implicaría que la persona ha muerto. Usando esta imagen Éx 32:33 se entiende mejor como queriendo decir que Dios le quitará la vida a todo el que peca contra él (ver v. 35). El destino eterno no está en consideración en este pasaje.

plemente del retiro de la función del Espíritu Santo de dar poder a Saúl como rey.²⁶ Pero eso no quiere decir que Saúl quedó condenado eternamente. Es simplemente muy difícil decir a partir de las páginas del Antiguo Testamento si Saúl, en toda su vida, fue (a) un hombre no regenerado que tuvo capacidades de liderazgo y que Dios usó como demostración del hecho de que alguien digno de ser rey a los ojos del mundo no era por eso apropiado para ser rey sobre el pueblo del Señor, o (b) un hombre regenerado con pésima comprensión y una vida que cada vez más se alejó del Señor.

D. ¿Qué puede dar al creyente seguridad genuina?

Si esto es cierto, como se explicó en la sección previa, de que de los que no son creyentes y que finalmente se apartan pueden dar muchas señales externas de conversión, entonces, ¿qué puede servir como evidencia de conversión genuina? ¿Qué puede darle seguridad real al creyente real? Podemos mencionar tres categorías de preguntas que una persona puede hacerse a sí misma.

1. ¿Tengo una confianza presente en Cristo para la salvación? Pablo les dice a los Colosenses que serán salvados en el último día, «con tal de que *se mantengan firmes en la fe*, bien cimentados y estables, sin abandonar la esperanza que ofrece el evangelio» (Col 1:23). El autor de Hebreos dice: «Hemos llegado a tener parte con Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin la confianza que tuvimos al principio» (Heb 3:14) y anima a sus lectores a ser imitadores de los que «*por su fe y paciencia heredan las promesas*» (Heb 6:12). Es más, el versículo más famoso de toda la Biblia usa el verbo en tiempo presente que se puede traducir: «todo el que continúa creyendo en él» puede tener vida eterna (ver Jn 3:16).

Por consiguiente, la persona debe preguntarse a sí misma: «¿Tengo hoy confianza en Cristo para perdonar mis pecados y llevarme sin culpa al cielo para siempre? ¿Tengo confianza en mi corazón de que él me ha salvado? Si yo muriera esta noche y compareciera ante el tribunal de Dios, y él me preguntara por qué tendría que permitirme entrar en el cielo, ¿empezaría yo a pensar en mis buenas obras y a depender de ellas, o sin ninguna vacilación diría que dependo de los méritos de Cristo y confío en que él es un Salvador suficiente?»

Este énfasis en la fe *presente* en Cristo está en contraste a la práctica de algunos «testimonios» de iglesia en donde algunos repiten vez tras vez detalles de una experiencia de conversión que puede haber ocurrido 20 o 30 años atrás. Si un testimonio de fe que salva es genuino, debe ser un testimonio de fe que está activa hoy mismo.

2. ¿Hay evidencia de una obra regeneradora del Espíritu Santo en mi corazón? La evidencia de la obra del Espíritu Santo en nuestros corazones viene de muchas formas diferentes. Aunque no debemos poner confianza en la demostración de obras milagrosas (Mt 7:22), o largas horas y años de trabajo en alguna iglesia local

²⁶Debemos dar una interpretación similar a la oración de David en Sal 51:11: «ni me quites tu santo Espíritu». David está orando que no se le quite la unción del Espíritu Santo para el trono, y que no se aparte de él la presencia y poder de Dios en su vida; no está orando en contra de una pérdida de la salvación eterna.

(lo que simplemente puede ser construir con «madera, heno y paja» [en términos de 1 Co 3:12] para promover el propio ego de uno o ganar poder sobre otros, o intentar ganar méritos ante Dios), hay muchas otras evidencias de una obra real del Espíritu Santo en el corazón de uno.

Primero, hay un testimonio subjetivo del Espíritu Santo en nuestros corazones dando testimonio de que somos hijos de Dios (Ro 8:15-16; 1 Jn 4:13). Este testimonio por lo general irá acompañado de un sentido de ser guiado por el Espíritu Santo en sendas de obediencia a la voluntad de Dios (Ro 8:14).

Si el Espíritu Santo genuinamente está obrando en nuestras vidas, él producirá los rasgos de carácter que Pablo llama «el fruto del Espíritu» (Gá 5:22). Él menciona varias actitudes y rasgos de carácter que produce el Espíritu Santo: «amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio» (Gá 5:22-23). Por supuesto, la pregunta no es: «¿Ejemplifico yo perfectamente todas estas características en mi vida?» sino más bien: «¿Son todas estas cosas una característica general en mi vida? ¿Percibo estas actitudes en mi corazón? ¿Ven otros (especialmente los que me conocen más íntimamente) que mi vida exhibe estos rasgos? ¿He estado creciendo en ellos con el correr de los años?» No hay ninguna sugerencia en el Nuevo Testamento de que algún no creyente, una persona no regenerada, pueda convincentemente falsificar estos rasgos de carácter, especialmente ante los que conocen más íntimamente a la persona.

Relativo a esta clase de fruto hay otra clase de fruto: los resultados en la vida y ministerio de uno según éstos han influido en otros y en la iglesia. Hay algunos que profesan ser creyentes pero cuya influencia en otros es desalentarlos, derrumbarlos, lastimar su fe, y provocar controversias y divisiones. Los resultados de su vida y ministerio no es edificar a otros o edificar a la iglesia, sino destruirlos. Por otro lado, hay los que parecen edificar a otros en toda conversación, toda oración y toda obra de ministerio al que aplican sus manos. Jesús dijo, respecto a los falsos profetas: «Por sus frutos los conocerán. . . todo árbol bueno da fruto bueno, pero el árbol malo da fruto malo. . . Así que por sus frutos los conocerán» (Mt 7:16-20).

Otra evidencia de la obra del Espíritu Santo es continuar creyendo y aceptando la enseñanza sana de la iglesia. Los que empiezan a negar doctrinas principales de la fe dan serias indicaciones negativas respecto a su salvación: «Todo el que niega al Hijo no tiene al Padre . . . Permanezca en ustedes lo que han oído desde el principio, y así ustedes permanecerán también en el Hijo y en el Padre» (1 Jn 2:23-24). Juan también dice: «Todo el que conoce a Dios nos escucha; pero el que no es de Dios no nos escucha» (1 Jn 4:6). Puesto que los escritos del Nuevo Testamento son el reemplazo actual para los apóstoles como Juan, podríamos también decir que cualquiera que conoce a Dios continuará leyendo y deleitándose en la palabra de Dios, y continuará creyendo en ella por completo. Los que no creen ni se deleitan en la palabra de Dios dan evidencia de que no son «de Dios».

Otra evidencia de la salvación genuina es una relación presente y continúa con Jesucristo. Jesús dice: «Permanezcan en mí» y «Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran, y se les concederá» (Jn 15:4-7). Este permanecer en Cristo incluirá no solamente confianza día tras día en él en varias situaciones, sino también ciertamente comunión regular con él en oración y adoración.

Finalmente, un aspecto principal de evidencia de que somos creyentes genuinos se halla en una vida de obediencia a los mandamientos de Dios. Juan dice: «El que afirma: “Lo conozco”, pero no obedece sus mandamientos, es un mentiroso y no tiene la verdad. En cambio, el amor de Dios se manifiesta plenamente en la vida del que obedece su palabra. De este modo sabemos que estamos unidos a él: el que afirma que permanece en él, debe vivir como él vivió» (1 Jn 2:4-6). No es necesario una vida perfecta, por supuesto. Juan más bien está diciendo que en general nuestras vidas deben ser de imitación de Cristo y semejanza a él en todo lo que decimos y hacemos. Si tenemos genuina fe que salva, habrá resultados claros en obediencia en nuestras vidas (ver también 1 Jn 3:9-10, 24; 5:18). Por eso Santiago puede decir: «Así también la fe por sí sola, si no tiene obras, está muerta», y «yo te mostraré la fe por mis obras» (Stg 2:17-18). Un aspecto importante de obediencia de Dios incluye amar a otros creyentes. «El que ama a su hermano permanece en la luz» (1 Jn 2:10). «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte» (1 Jn 3:14, cf. 3:17; 4:7). Una evidencia de este amor es continuar en la comunión cristiana (1 Jn 2:19), y otra es dar al hermano necesitado (1 Jn 3:17; cf. Mt 25:35-46).

3. ¿Veo un patrón de crecimiento a largo plazo en mi vida cristiana? Los primeros dos aspectos de seguridad tienen que ver con la fe presente y evidencia presente del Espíritu Santo obrando en nuestras vidas. Pero Pedro da otra especie de prueba que podemos usar para preguntar si somos genuinamente creyentes. Nos dice que hay algunos rasgos de carácter que, si continuamos creciendo en ellos, garantizarán que «no caerán jamás» (2 P 1:10). Le dice a sus lectores que añadan a su fe «virtud . . . entendimiento . . . dominio propio . . . constancia . . . devoción a Dios . . . afecto fraternal . . . amor» (2 P 1:5-7). Luego añade que estas cosas deben pertenecer a sus lectores y continuamente «abundar» en sus vidas (2 P 1:8). Añade: «esfuércense más todavía por asegurarse del llamado de Dios, que fue quien los eligió» y dice entonces «*Si hacen estas cosas* (refiriéndose a los rasgos de carácter mencionados en los vv. 5-7) *no caerán jamás*» (2 P 1:10).

La manera en que confirmamos nuestro llamado y elección, entonces, es continuar creciendo en «estas cosas». Esto implica que nuestra seguridad de la salvación puede ser algo que crece con el tiempo en nuestras vidas. Cada año que añadimos a estos rasgos de carácter en nuestras vidas, obtenemos mayor y mayor seguridad de nuestra salvación. Así, aunque los creyentes jóvenes pueden tener una confianza bastante fuerte en su salvación, esa seguridad puede crecer a una certeza incluso más profunda con los años en que crecen hacia la madurez cristiana.²⁷ Si continúan añadiendo estas cosas confirmarán su llamado y elección y «no caerán jamás».

El resultado de estas tres preguntas que podemos hacernos nosotros mismos debe dar una certeza fuerte a los que son genuinamente creyentes. De esta manera, la doctrina de la perseverancia de los santos será una doctrina enormemente reconfortante. Nadie que tiene tal seguridad se preguntará: «¿Podré perseverar hasta el fin de mi vida y por consiguiente ser salvado?» Todo el que obtiene certeza

²⁷Cf. 1Ti 3:13, que dice que los que «ejercen bien» como diáconos «adquieren mayor confianza para hablar de su fe en Cristo Jesús» (NVI).

mediante tal examen propio debe más bien pensar: «Verdaderamente he nacido de nuevo; por consiguiente, con certeza perseveraré hasta el fin, porque me guarda «el poder de Dios que obra mediante mi fe (1 P 1:5), y por consiguiente nunca me perderé. Jesús me resucitará en el día final y yo entraré en su reino para siempre» (Jn 6:40).

Por otro lado, esta doctrina de la perseverancia de los santos, si se la entiende correctamente, debe producir genuina ansiedad, e incluso temor, en el corazón de cualquiera que ha «retrocedido» o se ha descarriado de Cristo. Tales personas deben claramente oír la advertencia de que sólo los que perseveran hasta el fin han nacido verdaderamente de nuevo. Si se apartan de su profesión de fe en Cristo y de la vida de obediencia a él, tal vez no fueron realmente salvados; a decir verdad, la *evidencia* que están dando *es que no son salvos* y en realidad nunca fueron salvados. Una vez que dejan de confiar en Cristo y de obedecerle (estoy hablando en términos de evidencia externa) no tienen certeza genuina de la salvación, y deben considerarse no salvados, y acudir a Cristo en arrepentimiento y pedirle perdón de sus pecados.

En este punto, en términos de cuidado pastoral a los que se han apartado de su profesión cristiana, debemos darnos cuenta de que tanto *calvinistas como arminianos* (los que creen en la perseverancia de los santos y los que piensan que los creyentes pueden perder su salvación) *aconsejan al «descarriado» de la misma manera*. De acuerdo al arminiano la persona fue creyente en un tiempo pero ya no lo es. Según el calvinista, tal persona realmente para empezarnunca fue creyente, y no lo es al presente. Pero en ambos casos el consejo bíblico que se da es el mismo: «Parece que no eres creyente ahora; ¡debes arrepentirte de tu pecado y confiar en Cristo para tu salvación!» Aunque el calvinista y el arminiano diferirán en su interpretación de la historia previa, concordarán en lo que se debe hacer en el presente.²⁸

Pero aquí vemos por qué la frase *seguridad eterna* puede ser muy equívoca. En algunas iglesias evangélicas, en lugar de enseñar la presentación completa y equilibrada de la doctrina de la perseverancia de los santos, los pastores a veces han enseñado una versión diluida, que en efecto les dice a las personas que todos los que una vez hicieron una profesión de fe y fueron bautizados están «eternamente seguros». El resultado es que algunos que no se han convertido genuinamente pueden «pasar al frente» al fin de un sermón de evangelización para profesar fe en Cristo, y pueden ser bautizados poco después, pero luego dejan el compañerismo de la iglesia y llevan una vida que no se diferencia en nada de la que vivían antes de obtener esta «seguridad eterna». De esta manera a la gente se le da una seguridad falsa y se les está engañando cruelmente para que piensen que están yendo al cielo, cuando en verdad no lo están.²⁹

²⁸Por supuesto, tanto el calvinista como el arminiano concederían la posibilidad de que el «descarriado» verdaderamente ha nacido de nuevo y simplemente ha caído en el pecado y la duda. Pero ambos concordarían en que es sabio pastoralmente dar por sentado que la persona no es creyente hasta que se pueda ver alguna evidencia de fe presente.

²⁹Por supuesto, no todos los que usan la frase *seguridad eterna* cometen este tipo de equivocación, pero la frase ciertamente se abre a tal malentendido.

PREGUNTAS PARA APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Tiene usted la seguridad de que verdaderamente ha nacido de nuevo? ¿Qué evidencia ve usted en su propia vida que le da esa certeza? ¿Piensa usted que Dios quiere que los verdaderos creyentes vayan por esta vida preocupándose en cuanto a si realmente han nacido de nuevo, o que tengan una firme certeza de que son su pueblo? (Ver 1 Jn 5:13). ¿Ha visto usted un patrón de crecimiento en su vida cristiana con el paso del tiempo? ¿Está usted confiando en su propio poder para seguir creyendo en Cristo, o en el poder de Dios para que mantenga su fe viva y activa?
2. Si tiene dudas en cuanto a si verdaderamente ha nacido de nuevo, ¿qué hay en su vida que le da razón para esas dudas? ¿Qué es lo que la Biblia le anima a hacer para resolver esas dudas (ver 2 P 1:5-11; también Mt 11:28-30; Jn 6:37)? ¿Piensa usted que Jesús sabe hoy sus dudas y las entiende? A su modo de pensar, ¿que querría él que usted haga para obtener una mayor certeza de su salvación?
3. ¿Ha conocido usted personas, tal vez en su propia iglesia, cuyo «fruto» siempre es destructivo, divisivo o dañino para el ministerio de la iglesia y la fe de otros? ¿Tienen ellos mucha influencia, tal vez incluso en cargos de liderazgo en la iglesia? ¿Piensa usted que una evaluación del fruto de la vida e influencia de unos sobre otros debe ser una condición para el liderazgo en la iglesia? ¿Es posible que algunos profesen estar de acuerdo con toda doctrina cristiana verdadera y sin embargo no haber nacido de nuevo? ¿Cuáles son algunas evidencias más confiables de conversión genuina aparte de la adherencia intelectual a la sana doctrina?

TÉRMINOS ESPECIALES

perseverancia de los santos

seguridad de la salvación

seguridad eterna

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1297-1306.)

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)
 - 1882-92 Litton, 345-51
2. Arminiana (wesleyana o metodista)
 - 1847 Finney, 544-619
 - 1875-76 Pope, 3:100-147
 - 1892-94 Miley, 2:268-70, 339-54
 - 1960 Purkiser, 298-304

3. Bautista

- 1767 Gill, 2:151-78
- 1887 Boyce, 425-37
- 1907 Strong, 881-86
- 1917 Mullins, 432-38
- 1983-85 Erickson, 985-97

4. Dispensacional

- 1947 Chafer, 3:267-355
- 1949 Thiessen, 290-95
- 1986 Ryrie, 328-34

5. Luterana

- 1917-24 Pieper, 3:89-100
- 1934 Mueller, 436-40

6. Reformada (o presbiteriana)

- 1559 Calvin, 2:968-76 (3.24.4-9)
- 1724-58 Edwards, 596-604
- 1861 Heppe, 581-89
- 1871-73 Hodge, 3:104-13
- 1878 Dabney, 687-713
- 1937-66 Murray, RAA 151-60
- 1938 Berkhof, 545-54

7. Renovada (carismática o pentecostal)

- 1988-92 Williams, 2:119-36

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

(ninguna consideración específica).

Otras obras

Berkouwer, G. C. *Faith and Perseverance*. Trad. por Robert D. Knudsen. Eerdmans, Grand Rapids, 1958.

Carson, D. A. «Reflections on Christian Assurance». En *WTJ* 54 (1992), pp. 1-29.

Demarest, B. A. «Assurance». In *EDT* pp. 91-92.

Grudem, Wayne. «The Perseverance of the Saints: A Case Study From Heb. 6:4-6 and the Other Warning Passages of Hebrews». En *The Grace of God, the Bondage of the Will*. Vol. 1. Ed. Tom Schreiner y Bruce Ware. A publicarse, Baker, Grand Rapids, 1995.

Guthrie, William. *The Christian's Great Interest*. Banner of Truth, Londres, 1969. Ver esp. Parte I, *The Trial of a Saving Interest in Christ* que fue publicado primero como libro separado en 1658.

Hoekema, Anthony A. «The Perseverance of True Believers». En *Saved by Grace*. Eerdmans, Grand Rapids, y Paternoster, Exeter, 1989, pp. 234-56.

Kearsley, R. «Perseverance». En *NDT*, pp. 506-7.

Marshall, I. H. *Kept by the Power of God*. Bethany, Minneapolis, 1969.

McKnight, Scot. «The Warning Passages of Hebrews», *TrinJ* 13, n.l. (1992), pp. 21–59.

Murray, John. «Perseverance». En *Redemption Accomplished and Applied*. Eerdmans, Grand Rapids, 1955, pp. 151–60.

Shank, Robert. *Life in the Son*. 2ª ed. Bethany, Minneapolis, 1989.

White, R. E. O. «Perseverance». En *EDT*, pp. 844–45.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

Juan 10:27-28: *Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna, y nunca perecerán, ni nadie podrá arrebatarlas de la mano.*

HIMNO

«Descanso en ti»

1. Descanso en ti, mi Defensor y Escudo,
pues en la id, contigo a salvo estoy;
En tu poder a combatir acudo;
descanso en ti, y en tu nombre voy.
En tu poder a combatir acudo;
descanso en ti, y en tu nombre voy.

2. Oh Salvador, voy en tu santo nombre,
tú nombre amado, digno de loor,
Justicia, paz y redención del hombre,
Rey de la gloria y Príncipe de amor.
Justicia, paz y redención del hombre,
Rey de la gloria y Príncipe de amor.

3. Por fe yo voy, sintiendo mi flaqueza,
más en tu gracia apoyado estoy;
En tu poder está mi fortaleza
descanso en ti, y en tu nombre voy.
En tu poder está mi fortaleza;
descanso en ti, y en tu nombre voy.

4. Descansaré contigo al fin en gloria,
entrando por portales de esplendor.
Tuya es la lucha, tuya la victoria,
y la alabanza a ti será, Señor.
Tuya es la lucha, tuya la victoria,
y la alabanza a ti será, Señor.

AUTOR: EDITH G. CHERRY, TRAD. ELELA Z. SHARPIN
(TOMADO DE CELEBREMOS SU GLORIA #377)

La muerte y el estado intermedio

*¿Cuál es el propósito de la muerte en la vida cristiana?
¿Qué les sucede a nuestros cuerpos y almas cuando morimos?*

EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

A. ¿Por qué mueren los creyentes?

Nuestra consideración de la aplicación de la redención debe incluir una consideración de la muerte y la pregunta de cómo los creyentes deben mirar su propia muerte y la muerte de otros. También debemos preguntar lo que nos sucede entre el tiempo en que morimos y el tiempo en que Cristo vuelve para darnos nuestros cuerpos nuevos de resurrección.

1. La muerte no es castigo para los creyentes. Pablo nos dice claramente que «ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús» (Ro 8:1). Toda la pena de nuestros pecados ya ha sido pagada. Por consiguiente, aunque sabemos que los creyentes mueren, no debemos ver la muerte de los creyentes como castigo de parte de Dios o de alguna manera resultado de una pena que se nos aplica por nuestros pecados.¹ Es cierto que la pena del pecado es muerte, pero esa pena ya no se aplica a nosotros; no en términos de muerte física, ni en términos de muerte espiritual o separación de Dios. Todo esto ha sido pagado por Cristo. Por consiguiente, debe haber otra razón diferente del castigo por nuestros pecados para poder entender por qué mueren los creyentes.

2. La muerte es el resultado final de vivir en un mundo caído. En su gran sabiduría de Dios decidió no aplicarnos de una vez por todos los beneficios de la obra redentora de Cristo. Más bien, ha escogido aplicarnos los beneficios de la salvación gradualmente con el tiempo (como hemos visto en los capítulos 33-40). De modo similar, ha escogido no quitar todo el mal del mundo de inmediato, sino esperar hasta el juicio final y el establecimiento del nuevo cielo y la nueva tierra (ver capítulos 56 y 57). En breve, todavía vivimos en un mundo caído y nuestra experiencia de la salvación todavía es incompleta.

El último aspecto del mundo caído que será quitado será la muerte. Pablo dice:

¹Incluso la muerte de algunos creyentes de Corinto que habían estado abusando de la Cena del Señor (1 Co 11:30) Pablo la ve como un proceso disciplinario o de castigo, y no resultado de condenación; dice: «pero si nos juzga el Señor, nos disciplina para que no seamos condenados con el mundo» (v. 32).

(En esta consideración uso la palabra de *castigo* para indicar retribución de Dios que tiene el propósito de hacernos daño, y *disciplina* para indicar adversidad que Dios propone que nos haga bien).

Entonces vendrá el fin, cuando él entregue el reino a Dios el Padre, luego de destruir todo dominio, autoridad y poder. Porque es necesario que Cristo reine hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies. *El último enemigo que será destruido es la muerte* (1 Co 15:24-26).

Cuando Cristo vuelva:

entonces se cumplirá lo que está escrito:

«La muerte ha sido devorada por la victoria.»

«¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?

¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» (1 Co 15:54-55).

Pero hasta ese tiempo la muerte sigue siendo una realidad incluso en la vida de los creyentes. Aunque la muerte no nos viene como pena por nuestros pecados individuales (porque eso ha sido pagado por Cristo), sí nos viene como resultado de vivir en un mundo caído, en donde los efectos del pecado no han sido quitados. Relacionados con la experiencia de la muerte están los demás resultados de la caída que hacen daño a nuestros cuerpos físicos y son señal de la presencia de la muerte en el mundo: los creyentes tanto como los no creyentes experimentan el envejecimiento, enfermedades, lesiones y desastres naturales (tales como inundaciones, tempestades y terremotos). Aunque Dios a menudo responde a las oraciones para librar a los creyentes (y también a los no creyentes) de algunos de estos efectos de la caída por un tiempo (y por consiguiente indican la naturaleza de su reino venidero), con todo, los creyentes a la larga experimentarán todas estas cosas en alguna medida, y, hasta que Cristo vuelva, todos envejeceremos y moriremos. El «último enemigo» todavía no ha sido destruido. Y Dios ha escogido permitirnos experimentar la muerte antes de que obtengamos todos los beneficios de la salvación que han sido ganados para nosotros.

3. Dios usa la experiencia de la muerte para completar nuestra santificación.

En toda nuestra vida cristiana sabemos que nunca tendremos que pagar ninguna pena por el pecado, porque eso fue llevado por Cristo totalmente (Ro 8:1). Por consiguiente, cuando en efecto experimentamos dolor y sufrimiento en esta vida no debemos pensar que se debe a que Dios está *castigándonos* (para hacernos daño). A veces el sufrimiento es simplemente resultado de vivir en un mundo de pecado, caído, y a veces se debe a que Dios está *disciplinándonos* (para nuestro bien), pero en todo caso se nos asegura en Romanos 8:28 que «Dios dispone *todas las cosas* para el bien de quienes lo aman, y los que han sido llamados de acuerdo con su propósito».

El propósito positivo de la disciplina de Dios es claro en Hebreos 12, en donde leemos:

El Señor disciplina a los que ama, . . . Dios lo hace para nuestro bien, a fin de que participemos de su santidad. Ciertamente, ninguna disciplina, en el momento de recibirla, parece agradable, sino más bien penosa; sin embargo, después produce

una cosecha de justicia y paz para quienes han sido entrenados por ella (Heb 12:6, 10-11).

No toda disciplina tiene el fin de corregirnos de pecados que hemos cometido; Dios también puede permitirla para fortalecernos a fin de que podamos lograr una mayor capacidad para confiar en él y resistir al pecado en la senda desafiante de la obediencia. Vemos esto claramente en la vida de Jesús, quien, aunque no tenía pecado, sin embargo «mediante el sufrimiento aprendió a obedecer» (Heb 5:8).² Él fue perfeccionado «mediante el sufrimiento» (Heb 2:10). Por consiguiente, debemos ver toda la adversidad y sufrimiento que nos viene en la vida como algo que Dios nos envía *para hacernos bien* fortaleciendo nuestra confianza en él y nuestra obediencia, y en última instancia para aumentar nuestra capacidad de glorificarle.

Consecuentemente, debemos ver el envejecimiento, la debilidad, y a veces la enfermedad que lleva a la muerte, como otra clase de disciplina que Dios nos permite atravesar a fin de que por este proceso nuestra santificación pueda ser aumentada y en última instancia completada cuando vayamos a estar en la presencia del Señor. El reto que Jesús le da a la iglesia de Esmirna podría en realidad ser dado a todo creyente: «*Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida*» (Ap 2:10). Pablo dice que la meta en su vida es llegar a ser como Cristo: «a fin de conocer a Cristo, experimentar el poder que se manifestó en su resurrección, participar en sus sufrimientos y *llegar a ser semejante a él en su muerte*» (Flp 3:10). Pablo pensaba en la manera en que Cristo murió, y fijó como meta ejemplificar la misma característica en su vida cuando le llegue el tiempo de morir; que en cualquier circunstancia en que se halle, él, como Cristo, continúe obedeciendo a Dios, confiando en Dios, perdonando a otros, y preocupándose por las necesidades de los que lo rodean, y de esta manera en toda forma dar gloria a Dios incluso en su muerte. Por consiguiente, al estar en la cárcel, sin saber si iba a morir allí o salir vivo, todavía podía decir: «Mi ardiente anhelo y esperanza es que en nada seré avergonzado, sino que con toda libertad, ya sea que yo viva o muera, ahora como siempre, *Cristo será exaltado en mi cuerpo*» (Flp 1:20).

La comprensión de que la muerte no es de ninguna manera castigo por el pecado, sino simplemente algo que Dios nos hace atravesar a fin de hacernos más semejantes a Cristo, debe ser un gran estímulo para nosotros. Debe quitarnos el temor de la muerte que acosa la mente de los no creyentes (cf. Heb 2:15). No obstante, aunque Dios nos hará bien mediante el proceso de la muerte, con todo debemos recordar que la muerte no es natural; no está bien; y en un mundo creado por Dios es algo que no debería ser. Es un enemigo, algo que Cristo finalmente destruirá (1 Co 15:26).

4. Nuestra experiencia de la muerte completa nuestra unión con Cristo. Otra razón por la que Dios nos permite experimentar la muerte, en lugar de llevarnos de inmediato al cielo cuando nos convertimos en creyentes, es que mediante la muerte imitamos a Cristo en lo que él hizo y por consiguiente experimentamos una unión más íntima con él. Pablo puede decir que somos coherederos con Cristo

²Para una consideración de cómo Jesús aprendió obediencia mediante lo que sufrió, ver capítulo 26, p. 534.

«si ahora *sufrimos con él*, también tendremos parte con él en su gloria» (Ro 8:17). Y Pedro les dice a sus lectores que no se sorprendan por la prueba de fuego que les ha venido, sino que los anima: «alégrense de *tener parte en los sufrimientos de Cristo*, para que también sea inmensa su alegría cuando se revele la gloria de Cristo» (1 P 4:13). Como notamos arriba, tal unión con Cristo en el sufrimiento incluye unión con él en la muerte también (ver Flp 3:10). Jesús es el «iniciador y perfeccionador de nuestra fe» (Heb 12:2), y debemos seguirle al correr la carrera de la vida. Pedro escribe: «Cristo sufrió por ustedes, dándoles ejemplo para que sigan sus pasos» (1 P 2:21).

5. Nuestra obediencia a Dios es más importante que preservar nuestras vidas.

Si Dios usa la experiencia de la muerte para ahondar nuestra confianza en él y fortalecer nuestra obediencia a él, entonces es importante que recordemos que el objetivo del mundo de preservar la propia vida física de uno a todo costo no es el objetivo más alto para el creyente: la obediencia a Dios y fidelidad a él en toda circunstancia es mucho más importante. Por eso Pablo pudo decir: «Por el nombre del Señor Jesús estoy dispuesto no sólo a ser atado sino también a morir en Jerusalén» (Hch 21:13; cf. 25:11). Le dijo a los ancianos de Éfeso: «considero que mi vida carece de valor para mí mismo, con tal de que termine mi carrera y lleve a cabo el servicio que me ha encomendado el Señor Jesús, que es el de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios» (Hch 20:24).

Fue esta convicción de que la obediencia a Dios es mucho más importante que la preservación de la vida, lo que le dio a Pablo el valor para volver a la ciudad de Listra después de que acababa de ser apedreado y dejado por muerto (Hch 14:20), y luego volver allá otra vez poco después (Hch 14:21-22). Él soportó muchos sufrimientos y peligros (2 Co 11:23-27), a menudo arriesgando su vida, a fin de obedecer plenamente a Cristo. Por consiguiente pudo decir al fin de su vida, con una nota de gran triunfo: «El tiempo de mi partida ha llegado. *He peleado la buena batalla*, he terminado la carrera, me he mantenido en la fe» (2 Ti 4:6-7). La misma convicción fortaleció a los santos del Antiguo Testamento para aceptar el martirio antes que pecar: «Otros, en cambio, fueron muertos a golpes, pues para alcanzar una mejor resurrección no aceptaron que los pusieran en libertad» (literalmente: «para poder obtener una mejor resurrección», Heb 11:35). Esta convicción también le dio a Pedro y a los otros apóstoles valor, al enfrentar la amenaza de muerte, para decir: «¡Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres!» (Hch 5:29). Ciertamente este fue el punto del mandamiento de Jesús a la iglesia de Esmirna: «*Sé fiel hasta la muerte*, y yo te daré la corona de la vida» (Ap 2:10). También leemos que habrá regocijo en el cielo cuando los santos fieles han conquistado al diablo «por medio de la sangre del Cordero y por el mensaje del cual dieron testimonio; *no valoraron tanto su vida como para evitar la muerte*» (Ap 12:11).

La persuasión de que podemos honrar al Señor incluso en nuestra muerte, y que la fidelidad a él es mucho más importante que preservar nuestras vidas, ha dado valor y motivación a los mártires en toda la historia del cristianismo. Al verse frente a la alternativa de preservar sus propias vidas y pecar, o entregar su vida y ser fieles, escogieron entregar su vida: «no valoraron tanto su vida como para

evitar la muerte» (Ap 12:11). Incluso en tiempo cuando hay poca persecución y poca probabilidad del martirio, sería bueno que fijemos esta verdad de nuestra mente de una vez por todas, porque si estamos dispuestos a entregar incluso nuestra vida por ser fieles a Dios, hallaremos mucho más fácil dar igualmente todo lo demás por amor a Cristo.

B. ¿Qué debemos pensar de nuestra muerte y la muerte de otros?

1. Nuestra propia muerte. El Nuevo Testamento nos anima a ver nuestra propia muerte no con temor sino con gozo ante la perspectiva de ir a estar con Cristo. Pablo dice: «Preferiríamos ausentarnos de este cuerpo y vivir junto al Señor» (2 Co 5:8). Cuando está en la cárcel, sin saber si va a ser ejecutado o puesto en libertad, puede decir:

Porque para mí el vivir es Cristo y *el morir es ganancia*. Ahora bien, si seguir viviendo en este mundo y representa para mí un trabajo fructífero, ¿qué escogeré? ¡No lo sé! Me siento presionado por dos posibilidades: *deseo partir y estar con Cristo, que es muchísimo mejor* (Flp 1:21-23).

También leemos la palabra de Juan en Apocalipsis: «Entonces oí una voz del cielo, que decía: «Escribe: Dichosos los que de ahora en adelante mueren en el Señor.»

«Sí —dice el Espíritu—, ellos descansarán de sus fatigosas tareas, pues sus obras los acompañan.» » (Ap 14:13).

Los creyentes no tienen necesidad de temer a la muerte, por consiguiente, porque la Biblia nos asegura que ni siquiera la «muerte . . . podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor» (Ro 8:38-39; cf. Sal 23:4). De hecho, Jesús murió para «librar a todos los que por temor a la muerte estaban sometidos a esclavitud durante toda la vida» (Heb 2:15).³ Este versículo nos recuerda que un claro testimonio de nuestra falta de temor a la muerte proveerá un fuerte testimonio para los creyentes en una edad que trata de evadir hablar acerca de la muerte y no tiene respuesta para ella.

2. La muerte de amigos y parientes creyentes. En tanto que podemos mirar a nuestra propia muerte con la expectación gozosa de estar en la presencia de Cristo, nuestra actitud será algo diferente cuando enfrentamos la muerte de amigos y parientes creyentes. En estos casos experimentaremos genuina aflicción; pero mezclada con gozo de que han ido a estar con el Señor.

No es malo expresar real aflicción por la pérdida de comunión con seres queridos que han muerto, y tristeza también por el sufrimiento y adversidad que pueden haber atravesado antes de su muerte. A veces los creyentes piensan que es una demostración de falta de fe si se afligen profundamente por un hermano o

³Berkhof por cierto tiene razón al decir que la sepultura de Jesús «no meramente sirve para demostrar que Jesús estaba realmente muerto, sino también quita los terrores de la muerte para los redimidos y santifica para ellos la tumba» (*Systematic Theology*, p. 340).

hermana creyente que ha muerto. Pero la Biblia no respalda tal noción, porque cuando Esteban fue apedreado, leemos que: «Unos hombres piadosos sepultaron a Esteban e hicieron gran duelo por él» (Hch 8:2). Si en algún caso hubo certeza de que alguien fue a estar con el Señor, eso ocurrió en el caso de Esteban. Al morir dijo: «¡Veo el cielo abierto . . . y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios!» (Hch 7:56). Luego, al morir, oró: «—Señor Jesús . . . recibe mi espíritu», y «¡Señor, no les tomes en cuenta este pecado!» (Hch 7:59-60). Y esto ocurrió en Jerusalén, con todos los apóstoles todavía presentes, esos apóstoles que habían visto a Jesús mismo después de que él había resucitado. No hubo falta de fe de parte de nadie porque Esteban estaba en el cielo experimentando gran gozo en la presencia del Señor. Sin embargo a pesar de esto, «Unos hombres piadosos sepultaron a Esteban e hicieron gran duelo por él» (Hch 8:02). Su aflicción mostró la genuina tristeza que sintieron por la pérdida de comunión con alguien que amaban, y no estaba mal expresar esta aflicción; estaba bien. Incluso Jesús, ante la tumba de Lázaro, «lloró» (Jn 11:35), experimentando tristeza por el hecho de que Lázaro había muerto, que sus hermanas y otros experimentaban tal aflicción, y también, sin duda, por el mismo hecho de que había muerte en el mundo, porque en última instancia no es natural y no debe estar en un mundo creado por Dios.

Los ancianos de Éfeso, a quienes Pablo había enseñado personalmente por tres años, más tarde «lloraban inconsolablemente mientras lo abrazaban y lo besaban. Lo que más los entristecía era su declaración de que ellos no volverían a verlo» (Hch 20:37-38). Y el mismo Pablo, en la misma carta en que expresó tal deseo de partir de esta vida para estar con Cristo, dijo que si Epafrodito hubiera muerto, eso habría sido para él «añadir tristeza a mi tristeza» (Flp 2:27). Es más, el rey David, el hombre conforme al corazón de Dios, el hombre que en sus salmos frecuentemente hablaba de vivir para siempre con Dios, tuvo gran aflicción cuando se enteró que Saúl y Jonatán había muerto (2 S 1:11-27).

No obstante, la tristeza que sentimos claramente está mezclada con esperanza y gozo. Pablo no les dice a los tesalonicenses que no deberían afligirse *para nada* respecto a sus seres queridos que han muerto, sino que les escribe: «para que no se entristezcan como esos otros que no tienen esperanza» (1 Ts 4:13); no deben afligirse de la misma manera, con la misma amarga desesperanza que embarga a los no creyentes. Pero por cierto deben afligirse. Les asegura que Cristo «murió por nosotros para que, en la vida o en la muerte, vivamos junto con él» (1 Ts 5:10), y por consiguiente les anima indicándoles que los que han muerto han ido a estar con el Señor. Por eso la Biblia puede decir: «Dichosos los que de ahora en adelante mueren en el Señor.» «Sí . . . ellos descansarán de sus fatigosas tareas, pues sus obras los acompañan.» (Ap 14:13). Es más, la Biblia incluso nos dice: «Mucho valor tiene a los ojos del SEÑOR la muerte de sus fieles» (Sal 116:15).

Por consiguiente, aunque sentimos genuina tristeza cuando mueren amigos o parientes creyentes, también podemos decir con la Biblia: «¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? . . . ¡Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!» (1 Co 15:55-57). Aunque estamos de duelo, nuestra aflicción debe ir mezclada con adoración a Dios y agradecimiento por la vida del ser querido que ha muerto. La adoración es

especialmente importante en este tiempo, como vemos en los ejemplos de David y de Job. Cuando murió el hijo de David, él dejó de orar por la salud del hijo, y adoró a Dios: «Entonces David se levantó del suelo y enseguida se bañó y se perfumó; luego se vistió y fue a la casa del SEÑOR *para adorar*» (2 S 12:20).

De modo similar, cuando Job oyó de la muerte de sus diez hijos,

Al llegar a este punto, Job se levantó, se rasgó las vestiduras, se rasuró la cabeza, y luego se dejó caer al suelo en actitud de *adoración*. Entonces dijo:

«Desnudo salí del vientre de mi madre,

y desnudo he de partir.

El SEÑOR ha dado; el SEÑOR ha quitado.

¡Bendito sea el nombre del SEÑOR!» (Job 1:20-21).

3. La muerte de los no creyentes. Cuando mueren los no creyentes, la tristeza que sentimos no va mezclada con el gozo de la seguridad de que han ido a estar con el Señor para siempre. Esta tristeza, especialmente respecto a los que han sido más íntimos, es muy honda y real. Pablo mismo, al pensar en cuanto a algunos de sus hermanos judíos que habían rechazado a Cristo dijo: «Digo la verdad en Cristo; no miento. Mi conciencia me lo confirma en el Espíritu Santo. *Me invade una gran tristeza y me embarga un continuo dolor*. Desearía yo mismo ser maldecido y separado de Cristo por el bien de mis hermanos, los de mi propia raza» (Ro 9:1-3).

Sin embargo también se debe decir que a menudo no tenemos la certeza absoluta de que la persona ha persistido en su negativa a confiar en Cristo hasta el mismo momento de la muerte. El conocimiento de la muerte inminente a menudo produce genuino examen del corazón de parte del moribundo, y a veces las palabras de la Biblia o palabras de testimonio cristiano que se han oído mucho tiempo atrás pueden venir a la memoria y la persona puede llegar a tener un arrepentimiento y fe genuinos. Por cierto, no tenemos ninguna certeza de que esto haya sucedido a menos que haya evidencia explícita de ello, pero también es bueno darnos cuenta de que en muchos casos sólo tenemos conocimiento probable pero no absoluto de que los que hemos conocido como no creyentes han persistido en su incredulidad hasta el mismo momento de la muerte. En algunos casos simplemente no lo sabemos.

No obstante, cuando ha muerto un no creyente sería errado darles a otros alguna indicación de que pensamos que la persona ha ido al cielo. Esto simplemente sería dar información errada y seguridad falsa, y restar la urgencia de la necesidad de que los que todavía viven confíen en Cristo. Es mucho mejor, según tengamos oportunidad, enfocar en el hecho de que la tristeza que sentimos por la pérdida de algún ser querido nos hace reflexionar en nuestra propia vida y destino por igual. Es más, las ocasiones cuando podemos hablar como amigos a los seres queridos de un no creyente que ha muerto son a menudo las ocasiones cuando el Señor abrirá oportunidades para hablar del evangelio a los que todavía están vivos.

Todavía más, a menudo es muy útil en tales circunstancias hablar con genuino agradecimiento por las buenas cualidades que hemos notado o el estímulo que

recibimos del que ha muerto.⁴ Un buen ejemplo de esto se ve en la reacción de David cuando murió el rey Saúl. Aunque Saúl se había convertido en un rey perverso y había perseguido a David y había tratado de matarlo muchas veces, una vez que Saúl murió, David habló libre y públicamente de las buenas cosas que Saúl había hecho:

«¡Ay, Israel! Tu gloria yace herida
en las alturas de los montes.
¡Cómo han caído los valientes!
... » ¡Saúl! ¡Jonatán! ...
Más veloces eran que las águilas,
y más fuertes que los leones.

«¡Ay, mujeres de Israel! Lloren por Saúl,
que las vestía con lujosa seda carmesí
y las adornaba con joyas de oro.

«¡Cómo han caído los valientes en batalla! (2 S 1:19-25).⁵

C. ¿Qué sucede cuando las personas mueren?

1. Las almas de los creyentes van de inmediato a la presencia de Dios. La muerte es una cesación temporal de la vida corporal y la separación entre el alma y el cuerpo. Una vez que el creyente ha muerto, aunque su cuerpo físico queda en la tierra y es sepultado, en el momento de la muerte el alma (o espíritu) de ese creyente va de inmediato a la presencia de Dios con regocijo. Cuando Pablo piensa en la muerte dice: «Así que nos mantenemos confiados, y *preferiríamos ausentarnos de este cuerpo y vivir junto al Señor*» (2 Co 5:8). Estar separado del cuerpo es vivir junto al Señor. También dice que su deseo es «*partir y estar con Cristo*, que es muchísimo mejor» (Flp 1:23). Y Jesús le dijo al ladrón que moría en la cruz junto a él: «Te aseguro que *hoy* estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23:43).⁶ El autor de Hebreos dice que cuando los creyentes se reúnen para adorar no vienen solamente a la presencia de Dios en el cielo, sino también a la presencia de «los espíritus de los justos que han llegado a la perfección» (Heb 12:23).⁷ Sin embargo, como veremos en más detalle en el próximo capítulo, Dios no dejará nuestros cuerpos muertos en la tierra

⁴Es correcto agradecer a Dios por los beneficios de la gracia común en la vida de los que no son creyentes; ver la consideración de la gracia común, en el capítulo 31.

⁵Incluso esto exige honradez y juicio maduro, sin embargo, porque si se nos llama a celebrar un culto funeral para alguien cuya vida ha sido ampliamente conocida como perversa y destructiva, no queremos dar a la gente la impresión de que lo que una persona hace en la vida no importa, o que ignoramos las cualidades notoriamente malas de tal persona, porque de hacerlo perderemos credibilidad ante los que nos oyen. Un ejemplo de la reacción inevitable de la gente ante la muerte de alguien claramente perverso, tal como Adolfo Hitler, nótese Pr 11.10: «cuando el malvado perece, hay gran regocijo».

⁶Paraíso es simplemente otro nombre para el cielo; ver capítulo 27, p. 593.

⁷Se debe decir, sin embargo, que el hecho de que vamos a estar con Cristo de inmediato cuando morimos no se debe tomar como estímulo para que alguien piense que está bien suicidarse. Dios dijo: «No mates» (Éx 20:13), y eso quiere decir que no debemos asesinar a nosotros mismos tanto como no debemos asesinar a otros.

Por otro lado, hay muchos creyentes fieles que en tiempo de guerra, o naufragios, u otra circunstancias

para siempre, porque cuando Cristo vuelva las almas de los creyentes serán reunidas con sus cuerpos, sus cuerpos serán resucitados de los muertos, y ellos vivirán con Cristo eternamente.

a. La Biblia no enseña la doctrina del purgatorio. El hecho de que las almas de los creyentes van de inmediato a la presencia de Dios quiere decir que *no hay cosa tal como el purgatorio*. En la enseñanza católica romana el purgatorio es el lugar a donde van las almas de los creyentes para ser purificadas más del pecado hasta que estén listas para ser admitidas en el cielo. Según esta noción, los sufrimientos del purgatorio los da Dios en sustitución al castigo por los pecados que los creyentes deberían haber recibido en la vida, pero no lo recibieron. Hablando del purgatorio, Ott dice:

Sufragios operan de tal manera que el valor satisfactorio de las buenas obras es ofrecido a Dios en sustitución del castigo temporal por los pecados que las pobres almas todavía tienen que rendir. Opera por vía de remisión de los castigos temporales debidos a los pecados.⁸

Pero la Biblia no enseña esta doctrina, y es en verdad contraria a los versículos citados inmediatamente arriba. La Iglesia Católica Romana ha hallado respaldo para esta doctrina, no en las páginas de las Escrituras canónicas según se definen en el capítulo 3, arriba, y como los protestantes las han aceptado desde la Reforma, sino en los escritos de la Apócrifa,⁹ particularmente en 2 Macabeos 12:42-45:

[Judas Macabeo, dirigente de las fuerzas judías] recogió unas dos mil monedas de plata y las envió a Jerusalén, para que se ofreciera un sacrificio por el pecado. Hizo una acción noble y justa, con miras a la resurrección. Si él no hubiera creído en la resurrección de los soldados muertos, hubiera sido innecesario e inútil *orar por ellos*. Pero, como tenía en cuenta que a los que morían piadosamente los aguardaba una gran recompensa, su intención era santa y piadosa. Por esto *hizo ofrecer ese sacrificio por los muertos, para que Dios les perdonara su pecado* (VP).

Aquí es claro que se aprueba la oración por los muertos, y también ofrecer ofrendas a Dios para que libre a los muertos de sus pecados. Pero en respuesta se debe decir que esta literatura no es igual a las Escrituras en autoridad, y no se debe tomar como una fuente autoritativa de doctrina. Es más, contradice las claras afirmaciones en cuanto a partir y estar con Cristo que se citan arriba, y por consiguiente se oponen a la clara enseñanza de las Escrituras del Nuevo Testamento. Todavía

extremas, han puesto su vida por amor a otros, cumpliendo así la enseñanza de Jesús: «Nadie tiene amor más grande que el dar la vida por sus amigos» (Jn 15:13).

El principio mayor es que en tanto y en cuanto permanezcamos en esta vida debemos ser fieles a Cristo sirviéndole y en oración, porque él nos llama a «ser fieles hasta la muerte» (Ap 2:10). Y aunque Pablo, al pensar en sus propios deseos personales, quería ir para estar con Cristo, se daba cuenta de que por amor a los filipenses y a otros a quienes ministraba, quedar vivo sería «más necesario» por amor a ellos (Flp 1:24).

⁸Ludwig Ott, *Fundamentals of Catholic Dogma*, p. 322.

⁹Ver capítulo 3, pp. 57-59, para una consideración de las razones por las que no se deben aceptar los Apócrifos como parte de la Biblia.

más, cuando habla en cuanto a que Judas Macabeo ofreció «sacrificio [gr. *exilasmós*, “propiciación”]] por los muertos» eso contradice la enseñanza explícita del Nuevo Testamento de que sólo Cristo hace expiación por nosotros. Finalmente, este pasaje en 2 Macabeos es difícil de encajar incluso en la enseñanza católica romana, porque enseña que se debe ofrecer oraciones y sacrificios por los soldados que han muerto en el pecado moral de la idolatría (que no se puede perdonar, según la enseñanza católica romana) con la posibilidad de que puedan ser librados de su sufrimiento.

La teología católica romana halla respaldo para la doctrina del purgatorio primordialmente en el pasaje de 2 Macabeos que se cita arriba, y en la enseñanza de la tradición de la iglesia.¹⁰ Otros pasajes que cita Ott en respaldo a la doctrina del purgatorio son 2 Timoteo 1:18; Mateo 5:26; 1 Corintios 3:15; y Mateo 12:32. En 2 Timoteo 1:18 Pablo dice, respecto a Onesíforo: «Al contrario, cuando estuvo en Roma me buscó sin descanso hasta encontrarme. Que el Señor le conceda hallar misericordia divina en aquel día. Tú conoces muy bien los muchos servicios que me prestó en Éfeso» (2 Ti 1:17-18). La afirmación de los que hallan aquí respaldo para la doctrina del purgatorio es que «Onesíforo . . . evidentemente ya no estaba vivo para el tiempo de la segunda epístola a Timoteo».¹¹ Esto parece basarse en el hecho de que Pablo se refiere no al mismo Onesíforo sino «a la familia de Onesíforo» (2 Ti 1:16); sin embargo, esa frase no demuestra que Onesíforo haya muerto, sino sólo que Pablo le deseaba bendiciones no sólo para él sino a toda su familia. Esto no sería raro puesto que Onesíforo había servido en Éfeso en donde Pablo había trabajado por tres años (2 Ti 1:18; cf. 4:19). Edificar respaldo para el purgatorio en la idea de que Onesíforo ya había muerto es simplemente edificar en una presuposición que no se puede respaldar con evidencia clara. (No es raro que Pablo exprese un deseo de que algunos creyentes sean bendecidos en el día del juicio; ver 1 Ts 5:23).

En Mateo 12:32 Jesús dice: «El que hable contra el Espíritu Santo no tendrá perdón ni en este mundo ni en el venidero». Ott dice que esta oración «deja abierta la posibilidad de que los pecados son perdonados no sólo en este mundo sino también en el mundo venidero».¹² Sin embargo, esto es solo un error de razonamiento: decir que algo no sucederá en la era venidera ¡no implica que pueda suceder en la era venidera!¹³ Lo que se necesita para demostrar la doctrina del purgatorio no es una afirmación negativa como esta sino una afirmación positiva que diga que la gente sufre con el propósito de continuar la purificación después de que mueren. Pero las Escrituras en ninguna parte dicen esto.

En 1 Corintios 3:15 Pablo dice que en el día del juicio la obra que cada uno haya hecho será juzgada y probada por fuego, y luego dice: «*pero si su obra es consumida por las llamas*, él sufrirá pérdida. Será salvo, pero como quien pasa por el fuego». Pero esto no habla de que la *persona* será consumida o sufrirá castigo, sino

¹⁰Ott, *Fundamentals of Catholic Dogma*, pp. 321–22, 482–85.

¹¹Ibid., p. 321.

¹²Ibid., p. 483.

¹³Este es un error similar al que cometen los que aducen que, puesto que Jesús dice que no borrará del libro de la vida el nombre de alguien (Ap 3:5), implica que puede borrar del libro de la vida los nombres de otros (ver capítulo 40, p. 843).

simplemente que *sus obras* son probadas por fuego; lo que es bueno será como oro, plata y piedras preciosas que duran para siempre (v. 12). Todavía más, el mismo Ott admite que esto es algo que no ocurre durante esta edad sino durante el día del «juicio general»,¹⁴ y esto indica más que difícilmente se puede usar como argumento convincente para el purgatorio. Finalmente, en Mateo 5:26, después de advertir a sus oyentes que hagan amigos rápidamente con sus acusadores mientras están yendo al tribunal, para que el acusador no los entregue al juez, y el juez al guardia, y sean echados en la cárcel, Jesús entonces les dice: «no saldrás de allí hasta que pagues el último centavo». Ott entiende esto como una parábola que enseña «una condición limitada de tiempo de castigo en el otro mundo».¹⁵ Pero con certeza no hay indicación en el contexto de que esto sea una parábola; Jesús está dando una enseñanza práctica en cuanto a la reconciliación de los conflictos humanos y el evitar situaciones que naturalmente lleven a la cólera y lesión personal (ver Mt 5:21-26). Otros pasajes de la Biblia que a veces se han mencionado en respaldo para la doctrina del purgatorio¹⁶ simplemente no hablan directamente de la idea para nada, y se pueden entender fácilmente en términos de castigo y liberación de la angustia en esta vida, o de una vida de eterna bendición con Dios en el cielo en la vida venidera.

Un problema incluso más serio con esta doctrina es que enseña que debemos añadir algo a la obra redentora de Cristo, y que su obra redentora por nosotros no fue suficiente para pagar la pena por todos nuestros pecados. Pero esto es por cierto contrario a la enseñanza de las Escrituras.¹⁷ Todavía más, en un sentido pastoral, la doctrina del purgatorio les roba a los creyentes el gran consuelo que debería ser suyo al saber que los que han muerto han ido de inmediato a la presencia del Señor, y saber que también ellos, cuando mueran, «partir[án] y estar[án] con Cristo, que es muchísimo mejor» (Flp 1:23).

b. La Biblia no enseña la doctrina del «sueño del alma». El hecho de que las almas de los creyentes van de inmediato a la presencia de Dios también quiere decir que *la doctrina del sueño del alma es incorrecta*. Esta doctrina enseña que cuando los creyentes mueren van a un estado de existencia inconsciente, y que lo próximo de lo que estarán conscientes será cuando Cristo vuelva y los resucite a la vida eterna. Esta doctrina ha sido enseñada ocasionalmente por diferentes individuos en la historia de la iglesia, incluyendo algunos anabaptistas en la Reforma, y algunos de los irvingitas en Inglaterra en el siglo diecinueve. De hecho, uno de los primeros escritos de Calvino fue un tratado contra esta doctrina, doctrina que nunca ha hallado amplia aceptación en la iglesia.

El respaldo para esta doctrina del sueño del alma generalmente se lo ha hallado en el hecho de que la Biblia varias veces habla del estado de la muerte como «sueño» o «dormir» (Mt 9:24; 27:52; Jn 11:11; Hch 7:60; 13:36; 1 Co 15:6, 18, 20, 51;

¹⁴Ott, *Fundamentals of Catholic Dogma*, pp. 483.

¹⁵Ibid. p. 484.

¹⁶Berkhof menciona que los católicos romanos a veces se han referido a Is 4:4; Mic 7:8; Zac 9:11; Mal 3:2-3; y 1 Co 15:29.

¹⁷Ver capítulo 27, pp. 605-06, sobre el hecho de que la muerte de Cristo pagó por completo la pena de todos nuestros pecados.

1 Ts 4:13; 5:10). Todavía más, ciertos pasajes parecen enseñar que los muertos no tienen una existencia consciente (ver Sal 6:5; 115:17 [¡pero ver v. 18!]; Ec 9:10; Is 38:19). Pero cuando las Escrituras representan a la muerte como «sueño» simplemente es una expresión metafórica usada para indicar que la muerte es sólo temporal para los creyentes, tal como el sueño es temporal. Esto se ve claramente, por ejemplo, cuando Jesús les dice a sus discípulos en cuanto a la muerte de Lázaro. Dice: «—Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo» (Jn 11:11). Debemos notar que Jesús aquí no dice: «El alma de Lázaro está durmiendo», ni, de hecho, tampoco ningún pasaje de la Biblia dice que el alma de una persona está durmiendo o inconsciente (afirmación que sería necesaria para demostrar la doctrina del sueño del alma). Más bien Jesús simplemente dice que *Lázaro* está dormido. Luego Juan explica: «Jesús les hablaba de la muerte de Lázaro, pero sus discípulos pensaron que se refería al sueño natural. Por eso les dijo claramente: “Lázaro ha muerto”» (Jn 11:12-13). Los demás pasajes que hablan de personas durmiendo cuando han muerto de igual manera se pueden interpretar como simplemente una expresión metafórica para enseñar que la muerte es temporal.

En cuanto a los pasajes que indican que la muerte no alaba Dios, o que hay una cesación de actividad consciente cuando la gente muere, todos éstos se deben entender desde la perspectiva de la vida en este mundo. Desde nuestra perspectiva parece que una vez que las personas mueren no participan más en estas actividades. Pero el Salmo 115 presenta a la perspectiva bíblica completa de este punto de vista. Dice: «Los muertos no alaban al SEÑOR, ninguno de los que bajan al silencio». Pero entonces continúa en el mismo versículo que sigue con un contraste indicando que los que creen en Dios bendecirán al SEÑOR para siempre: «Somos nosotros los que alabamos al SEÑOR desde ahora y para siempre. ¡Aleluya! ¡Alabado sea el SEÑOR!» (Sal 115:17-18).

Finalmente, los pasajes citados arriba que demuestran que las almas de los creyentes van de inmediato a la presencia de Dios y disfrutan de comunión con él allí (2 Co 5:8; Flp 1:23; Lc 23:43; y Heb 12:23) todos indican que para el creyente hay existencia consciente y comunión con Dios de inmediato después de la muerte. Jesús no dijo: «Hoy ya no estarás consciente de nada de lo que está sucediendo», sino: «Hoy *estarás conmigo en el paraíso*» (Lc 23:43). Por cierto el concepto del paraíso entendido en ese tiempo no era de existencia inconsciente sino de gran bendición y gozo en la presencia de Dios.¹⁸ Pablo no dijo: «Mi deseo es partir y estar inconsciente por un largo período de tiempo», sino más bien: «Mi deseo es partir y *estar con Cristo*» (Flp 1:23); y por cierto sabía que Cristo no era un Salvador inconsciente y dormido, sino que estaba activamente vivo y reinando en el cielo. Estar con Cristo era disfrutar de las bendiciones de comunión en su presencia, y por eso partir y estar con él era «mucho mejor» (Flp 1:23). Por eso dice: «Preferiríamos ausentarnos de este cuerpo y vivir junto al Señor» (2 Co 5:8).

El hecho de que Hebreos 12:1 dice que «estamos rodeados de una multitud tan grande de testigos», justo después de un capítulo entero dedicado a la consideración de la fe de los santos del Antiguo Testamento que habían muerto (Heb 11), y

¹⁸Ver los otros usos de la palabra *paraíso* en 2 Co 12:3 y Ap 2:7, en donde la palabra claramente se refiere al mismo cielo en donde está Dios, y vive y reina; ver también la consideración de esta palabra en el capítulo 27, p. 622.

el hecho de que el autor nos anima a correr la carrera de la vida con perseverancia porque estamos rodeados por esta gran nube de testigos, ambas cosas sugieren que los que han muerto y han ido por delante tienen alguna conciencia de lo que está sucediendo en la tierra. La Biblia dice muy poco en cuanto a esto, probablemente porque no quiere que hablemos de los que han muerto o que les oremos, o que hagamos contacto con ellos de alguna manera (nótese el gran pecado de Saúl en esto en 1 S 28:7-25). Sin embargo, Hebreos 12:1-2 sí nos da este ligero indicio, probablemente como un estímulo para que continuemos siendo fieles a Dios como lo fueron los que han muerto e ido al cielo antes de nosotros. De modo similar, al fin de Hebreos 12 el autor nos dice que cuando adoramos entramos a la presencia de Dios en el cielo, y que no hemos venido a «los espíritus de los muertos que están durmiendo en un estado inconsciente», sino «a millares y millares de ángeles, a una asamblea gozosa, a la iglesia de los primogénitos inscritos en el cielo. Se han acercado a Dios, el juez de todos; a los espíritus de los justos que han llegado a la perfección; a Jesús, el mediador de un nuevo pacto» (Heb 12:22-24).¹⁹

Apocalipsis 6:9-11 y 7:9-10 también claramente muestran que las almas o espíritus de los que han muerto y han ido al cielo están morando y alabando, porque claman en alta voz: «¿Hasta cuándo, Soberano Señor, santo y veraz, seguirás sin juzgar a los habitantes de la tierra y sin vengar nuestra muerte?» (Ap 6:10), y se les ve «de pie delante del trono y del Cordero, vestidos de túnicas blancas y con ramas de palma en la mano. Gritaban a gran voz: «¡La salvación viene de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!» (Ap 7:9-10). Todos estos pasajes niegan la doctrina del sueño del alma, porque indican claramente que las almas de los creyentes experimentan comunión consciente con Dios en el cielo de inmediato después de la muerte.

c. ¿Entraron de inmediato en la presencia de Dios los creyentes del Antiguo Testamento? Algunos han dicho que, aunque las almas de los creyentes *desde la resurrección de Cristo* van inmediatamente a la presencia de Dios en el cielo, las almas de los creyentes que murieron *antes de la resurrección de Cristo* no disfrutaban de las bendiciones del cielo sino que fueron a un lugar de espera hasta que la obra redentora de Cristo quede completa. A veces a esto se le llama el *limbus patrum* o simplemente limbo.²⁰ Esta noción ha sido especialmente común en la teología católica romana, pero también la han sostenido algunos luteranos. Algo del respaldo para

¹⁹La frase «la comunión de los santos» en el Credo de los Apóstoles se refiere al hecho de que tenemos en cierto sentido una comunión o compañerismo con los que han muerto e ido por delante al cielo, idea que se afirma en He 12:23. Esto no implica que podemos estar conscientes de ellos, sino simplemente que cuando adoramos nos unimos en la adoración que ya tiene lugar en el cielo (ver capítulo 51, pp. 1061-62, sobre el hecho de que nuestra adoración también es adoración en el cielo).

²⁰Hablando estrictamente, los teólogos católicos romanos han sostenido que hay dos limbos: un lugar a donde van los infantes no bautizados cuando mueren llamado *limbus infantum*, y un lugar a donde fueron los creyentes del Antiguo Testamento cuando murieron, llamado *limbus patrum*. La palabra latina *limbo* quiere decir «borde»; se pensaban que eran lugares en los bordes del infierno en donde la gente estaba excluida de la presencia de Dios pero tampoco experimentaba sufrimiento consciente. No hay ningún respaldo explícito en la Biblia para ninguna de esas doctrinas.

esta doctrina viene de una noción particular de la idea del descenso de Cristo al infierno, que ya consideramos en un capítulo anterior.²¹

No hay muchos pasajes bíblicos que hablen del estado de los creyentes del Antiguo Testamento después de que murieron, pero los que dan alguna indicación de su estado todos apuntan en dirección al gozo consciente de inmediato en la presencia de Dios, y no de un tiempo de espera lejos de la presencia de Dios. Enoc «como anduvo fielmente con Dios, un día desapareció porque *Dios se lo llevó*» (Gn 5:24; cf. Heb 11:5). Elías no fue llevado a algún lugar al borde del infierno, sino que «subió *al cielo* en medio de un torbellino» (2 R 2:11; cf. Mt 17:3, en donde aparecen Moisés y Elías hablando con Jesús). Y David tiene la confianza de que él «en la casa del SEÑOR habitaré para siempre» (Sal 23:6; cf. 16:10-11; 17:15; 115:18). Todavía más, cuando Jesús les responde a los saduceos les recuerda que Dios dijo: «Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob», y luego dijo: «Él no es Dios de muertos, sino de vivos» (Mt 22:32), implicando de este modo que Abraham, Isaac y Jacob estaban vivos incluso en ese mismo momento, y que Dios era su Dios. Es más, en el relato del rico y Lázaro, Jesús no dice que Lázaro está inconsciente, sino que presenta a Abraham como diciendo de Lázaro: «ahora a él le toca recibir consuelo aquí» (Lc 16:25). Al mismo Abraham se le muestra cómo morando conscientemente en un lugar que es muy deseable, al que el rico deseaba ir, y ciertamente no en un lugar en la periferia del infierno. Es importante notar que puesto que esto es antes de la resurrección de Cristo, Lázaro estaba en la misma situación como los santos del Antiguo Testamento.

Por consiguiente, parece probable que los creyentes del Antiguo Testamento también entraron inmediatamente en el cielo y disfrutaron a su muerte de la comunión con Dios. Sin embargo, también puede ser cierto que bendiciones ricas adicionales y mucho más grande regocijo les vino cuando Cristo volvió al cielo en su ascensión. Pero eso no quiere decir que apenas en ese momento fueron transportados al cielo, o que esa fue la primera vez que disfrutaron de las bendiciones de la presencia de Dios.

d. ¿Debemos orar por los muertos? Finalmente, el hecho de que las almas de los creyentes van de inmediato a la presencia de Dios quiere decir que *no debemos orar por los muertos*. Aunque esta idea se enseña en 2 Macabeos 12:42-45 (ver arriba), no se enseña en ninguna parte de la Biblia misma. Es más, no hay indicación de que esta fuera la práctica de algún creyente en tiempos del Nuevo Testamento, ni debe haberlo sido. Una vez que los *creyentes* mueren entran a la presencia de Dios y están en un estado de perfecta felicidad con él. ¿Cuál sería el propósito de seguir orando por ellos? La recompensa final del cielo se basará en las obras hechas en esta vida, como las Escrituras repetidamente lo testifican (1 Co 3:12-15; 2 Co 5:10; et al.).²² Además, las almas de los *no creyentes* que mueren van a un lugar de castigo y separación eterna de la presencia de Dios. De nada sirve orar por ellos tampoco, puesto que su destino final ha quedado determinado por su pecado y su rebelión contra Dios en esta vida. Orar por los muertos, por consiguiente, es simplemente

²¹Ver la consideración de la idea de que Cristo descendió al infierno al morir, en el capítulo 27, pp. 611-624.

²²Ver capítulo 56, pp. 1206-08, sobre los grados de recompensas en el cielo.

orar por algo que Dios nos ha dicho que ya ha quedado decidido.²³ Todavía más, enseñar que debemos orar por los muertos, o que debemos animar a otros a que lo hagan, animaría una falsa esperanza de que los destinos de las personas pueden ser cambiados después de que mueren, algo que la Biblia en ninguna parte nos anima a pensar. Puede llevar a las personas a mucha ansiedad inútil y mucho tiempo esencialmente desperdiciado en oración que absolutamente no tiene ningún resultado, y que por consiguiente distrae la atención de las oraciones que se pueden elevar por sucesos de esta vida y que pudieran tener gran efecto para promover la obra del reino de Dios. Debemos invertir el tiempo para orar conforme a la voluntad de Dios.

2. Las almas de los no creyentes van de inmediato al castigo eterno. La Biblia nunca nos da lugar para pensar que las personas tendrán una segunda oportunidad para confiar en Cristo después de la muerte. Es más, la situación es muy al contrario. El relato de Jesús en cuanto al rico y Lázaro no da esperanza de que las personas puedan cruzar del infierno al cielo después de que han muerto; aunque el rico en el infierno clamó: «Padre Abraham, ten compasión de mí y manda a Lázaro que moje la punta del dedo en agua y me refresque la lengua, porque estoy sufriendo mucho en este fuego.» Pero Abraham le contestó: “Hijo, recuerda que durante tu vida te fue muy bien, mientras que a Lázaro le fue muy mal; pero ahora a él le toca recibir consuelo aquí, y a ti, sufrir terriblemente. Además de eso, hay un gran abismo entre nosotros y ustedes, de modo que los que quieren pasar de aquí para allá no pueden, *ni tampoco pueden los de allá para acá*” (Lc 16:24-26).

El libro de Hebreos conecta la muerte con la consecuencia del juicio en secuencia estrecha: «así como está establecido que los seres humanos mueran una sola vez, y después venga el juicio . . .» (Heb 9:27). Todavía más, la Biblia nunca representa el juicio final como dependiendo de algo que se hace después de que muramos, sino solamente de lo que ha sucedido en esta vida (Mt 25:31-46; Ro 2:5-10; cf. 2 Co 5:10). Algunos han aducido una oportunidad para creer en el evangelio en base a la predicación de Cristo a los espíritus encarcelados según 1 Pedro 3:18-20 y la predicación del evangelio «aun a los muertos» en 1 Pedro 4:6, pero esas son interpretaciones inadecuadas de los versículos en cuestión, y, en una inspección más cuidadosa, no respaldan tal noción.²⁴

Debemos también darnos cuenta de que la idea de que habrá una segunda oportunidad de recibir a Cristo después de la muerte se basa en la presuposición de que toda persona merece una oportunidad para recibir a Cristo y que el castigo eterno sólo viene a los que conscientemente deciden rechazarlo. Pero ciertamente esa idea no cuenta con respaldo de la Biblia; todos somos pecadores por naturaleza y decisión, y nadie en realidad merece nada de la gracia de Dios ni merece alguna

²³Más indicación de que no es correcto orar por los muertos se ve en el hecho de que David oraba intensamente por su hijo pequeño antes de que el hijo muera, pero después de que murió, David se levantó de la oración, y se bañó, se cambió de ropa, y «fue a la casa del SEÑOR para adorar . . . y comió» (2 S 12:20; cf. v. 23). David se dio cuenta de que una vez que el niño hubo muerto su tarea de orar por él se había terminado. Cuando hablo de «orar por los muertos» en esta sección, quiero decir orar que Dios cambie su estado o destino. Por supuesto que no hay nada de malo con agradecer a Dios por las vidas de las personas después de que han muerto.

²⁴Ver la consideración de estos versículos en el capítulo 27, pp. 618-624; ver también W. Grudem, *The First Epistle of Peter*, pp. 155-62, 170-72, 203-39.

oportunidad de oír el evangelio de Cristo; esto viene sólo debido al favor inmerecido de Dios. La condenación viene no sólo debido a un rechazo voluntario de Cristo, sino también debido a los pecados que hemos cometido y la rebelión contra Dios que esos pecados representan (ver Jn 3:18).

La idea de las personas tienen una segunda oportunidad de recibir a Cristo después de la muerte también destruiría la mayoría de la motivación para la evangelización y la actividad misionera hoy, y no es consistente con el intenso celo misionero que sintió la iglesia del Nuevo Testamento como un todo, y que fue especialmente ejemplificada en los viajes misioneros del apóstol Pablo.

El hecho de que hay castigo consciente para los no creyentes después de que mueren, y que este castigo dura para siempre, ciertamente es para nosotros una doctrina difícil de contemplar. Pero los pasajes que la enseñan parecen ser tan claros que parece que debemos afirmarla si afirmamos lo que la Biblia enseña. Jesús dice que en el día del juicio final les dirá a los que están a su mano izquierda: «Apártese de mí, malditos, *al fuego eterno* preparado para el diablo y sus ángeles», y dice que «Aquéllos irán al *castigo eterno*, y los justos a la vida eterna» (Mt 25:41, 46).²⁵

Estos pasajes muestran que no podemos aceptar como fiel a la Biblia la final del *aniquilacionismo*. Esta es una doctrina que dice que los no creyentes, bien sea inmediatamente a la muerte, o si no después de sufrir por un período de tiempo, simplemente dejarán de existir; Dios los «aniquilará» y ya no existirán más. Aunque la idea inicialmente nos suena atractiva, y evade la dificultad emocional conectada con afirmar el castigo eterno consciente de los malos, tal idea no encuentra afirmación explícita en ningún pasaje de la Biblia, y parece que la contradicen muy claramente los pasajes que conectan la bendición eterna de los justos con el castigo eterno de los malos (Mt 25:46) y que hablan del castigo de los malos extendiéndose día y noche para siempre (Ap 14:11; 20:10).²⁶

Aunque los no creyentes pasan a un estado de castigo eterno de inmediato a la muerte, sus cuerpos no serán resucitados sino hasta el día del juicio final. En ese día sus cuerpos serán resucitados y reunidos con sus almas, y ellos comparecerán ante el trono de Dios para que se pronuncie el juicio final sobre ellos en el cuerpo (ver Mt 25:31-46; Jn 5:28-29; Hch 24:15; y Ap 20:12, 15).²⁷

PREGUNTAS PARA APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Ha pensado usted mucho en la posibilidad de su propia muerte? ¿Ha habido un elemento de temor conectado con esos pensamientos? ¿Qué, si acaso algo, teme en cuanto a la muerte? ¿Piensa usted que estos temores han surgido de la influencia del mundo que le rodea o de la Biblia? ¿Cómo le animarían las enseñanzas de la Biblia a hacerle frente a esos temores?
2. ¿Ha cambiado de alguna manera este capítulo sus sentimientos en cuanto a su propia muerte? ¿Puede usted sinceramente contemplarla ahora como algo que le llevará más cerca de Cristo y que aumentará su propia confianza

²⁵Ver capítulo 56, pp. 1203-20, para una consideración del juicio final y la doctrina del infierno.

²⁶Ver capítulo 56, pp. 1213-15, para una consideración más extensa del *aniquilacionismo*.

²⁷Ver abajo, capítulo 56, pp. 1203-09.

en Dios y su fidelidad a él? ¿Cómo expresaría sus esperanzas respecto a su propia muerte?

3. ¿Piensa usted que tendría el valor para negarse a pecar aunque eso significara ser arrojado a los leones en un coliseo romano, o quemado en la estaca durante la Reforma, o echado en la cárcel por años en algún país extranjero hoy? ¿Piensa usted que los mártires cristianos en toda la historia habían pensado que tendrían suficiente valor cuando se vieran frente a la prueba? ¿Qué les sucedió que les equipó para este sufrimiento (lea 1 Co 10:13)? Si puede obtener una copia, tal vez quiera leer el relato del martirio de Policarpo, que es un penetrante testimonio de fe en Dios y de la fidelidad de Dios en el siglo II d.C.²⁸ ¿Ha resuelto usted en su propio corazón que la obediencia a Cristo es más importante que preservar su propia vida? ¿Qué le haría vacilar para creer esto o actuar según esta convicción?
4. Si ha sufrido la muerte de un creyente que era muy cercano a usted, ¿piensa usted que su reacción a esa muerte fue de tristeza mezclada con gozo? ¿Cómo ha influido este capítulo en la manera en que se siente en cuanto a esa situación, si acaso algo?
5. ¿Creía usted previamente en la doctrina del purgatorio? Si ya no cree en ella, ¿puede describir la manera en que la doctrina le hacía sentir, y lo que siente emocionalmente ahora en cuanto al hecho de esa doctrina no es verdad y que no hay un lugar llamado purgatorio?
6. Si la muerte mismo se ve como parte del proceso de santificación, entonces ¿cómo debemos ver el proceso de envejecer y debilitación en este mundo? ¿Es ésta la manera en que el mundo ve el envejecimiento? ¿Qué piensa usted?

TÉRMINOS ESPECIALES

aniquilacionismo

comunión de los santos

limbo

limbus patrum

muerte

purgatorio

sueño del alma

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1297-1306.)

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)

²⁸Una versión [en inglés] de *The Martyrdom of Polycarp* está disponible en *The Apostolic Fathers*, 2 vols., ed. Kir-sopp Lake, Loeb Classical Library (Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1913), pp. 307-45. También está disponible en *The Ante-Nicene Fathers*, ed. A. Roberts y J. Donaldson (10 vols.; Eerdmans, Grand Rapids, 1979 [reimpresión]).

- 1882-92 Litton, 543-78
- 1930 Thomas, 298-310, 508-21
- 2. Arminiana (wesleyana o metodista)
 - 1875-76 Pope, 3:371-86
 - 1892-94 Miley, 2:430-39
 - 1940 Wiley, 3:211-42
 - 1983 Carter, 2:1109-13
- 3. Bautista
 - 1767 Gill, 2:179-211
 - 1887 Boyce, 437-51
 - 1907 Strong, 982-1003
 - 1917 Mullins, 458-62
 - 1983-85 Erickson, 1167-84
- 4. Dispensacional
 - 1947 Chafer, 4:413-15
 - 1949 Thiessen, 333-36
 - 1986 Ryrie, 518-20
- 5. Luterana
 - 1917-24 Pieper, 3:507-15
 - 1934 Mueller, 613-19
- 6. Reformada (o presbiteriana)
 - 1724-58 Edwards, 2:26-36
 - 1871-73 Hodge, 3:713-70
 - 1878 Dabney, 817-29
 - 1889 Shedd, 2b:591-640
 - 1937-66 Murray, CW 2:401-3; CW 3:242-46
 - 1938 Berkhof, 668-94
 - 1962 Buswell, 2:304-23
- 7. Renovada (carismaática o pentecostal)
 - 1988-92 Williams, 3:400-401, 450

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

- 1. Católica Romana: tradicional
 - 1955 Ott, 445-50, 473-76, 482-85
- 2. Católica Romana: Post Vaticano II
 - 1980 McBrien, 2:1135-47

Otras obras

- Beckwith, Roger T. «Purgatory». En *NDT*, pp. 549-50.
- Cooper, John W. Body, *Soul and Life Everlasting: Biblical Anthropology and the Monism-Dualism Debate*. Eerdmans, Grand Rapids, 1989, pp. 81-103, 121-253.
- Davids, P. H. «Death». En *EDT*, pp. 299-300.
- Feinberg, John S. «1 Peter 3:18-20, Ancient Mythology, and the Intermediate State». *WTJ*. Vol. 48, no. 2 (otoño 1986), pp. 303-36.

- Grudem, Wayne. «Christ Preaching Through Noah: 1 Peter 3:19–20 in the Light of Dominant Themes in Jewish Literature». En *The First Epistle of Peter*. Tyndale New Testament Commentaries. Inter-Varsity Press, Leicester, y Eerdmans, Grand Rapids, 1988, pp. 203–39.
- Harris, Murray J. «Death». En *NDT*, p. 188.
- _____. «Intermediate State». En *NDT*, pp. 339–40.
- Hoekema, Anthony A. *The Bible and the Future*. Eerdmans, Grand Rapids, 1979, pp. 79–108.
- Smith, S.M. «Intermediate State». En *EDT*, pp. 562–64.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

Filipenses 1:20-24: *Mi ardiente anhelo y esperanza es que en nada seré avergonzado, sino que con toda libertad, ya sea que yo viva o muera, ahora como siempre, Cristo será exaltado en mi cuerpo. Porque para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia. Ahora bien, si seguir viviendo en este mundo representa para mí un trabajo fructífero, ¿qué escogeré? ¡No lo sé! Me siento presionado por dos posibilidades: deseo partir y estar con Cristo, que es muchísimo mejor, pero por el bien de ustedes es preferible que yo permanezca en este mundo.*

HIMNO

«Oh Cristo, yo te amo»

1. ¡Oh Cristo! Yo te amo, que mío eres sé;
Ya todo pecado por ti dejaré.
¡Oh Cristo precioso! por ti salvo soy;
Jesús, si te amaba yo te amo más hoy.

2. Me amaste primero y así te amo a ti,
Pues sobre el Calvario moriste por mí;
Por lo que sufriste mi vida te doy;
Jesús, si te amaba yo te amo más hoy.

3. Y mientras que viva yo en este vaivén,
En la hora final de la muerte también,
Yo te amaré siempre; cantándote estoy,
«Jesús, si te amaba yo te amo más hoy».

4. Al fin en tu gloria por gracia entraré
Y allí con los santos loor te daré;
Por siglos eternos a cantarte voy
«Jesús, si te amaba yo te amo más hoy».

AUTOR: WILLIAM RALF FEATHERSTON, TRAD. G. P. SIMMONDS
(TOMADO DE HIMNOS DE FE Y ALABANZA, #292)

Glorificación (Recepción de un cuerpo de resurrección)

¿Cuándo recibiremos cuerpos de resurrección?

¿Cómo serán?

EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA

Cuando Cristo nos redimió, no redimió simplemente nuestros espíritus (o almas); nos redimió como personas completas, y esto incluye la redención de nuestros cuerpos. Por consiguiente, la aplicación de la obra redentora de Cristo a nosotros no estará completa sino cuando nuestros cuerpos estén libres por completo de los efectos de la caída y llevados a ese estado de perfección para el cual Dios los creó. De hecho, la redención de nuestros cuerpos ocurrirá sólo cuando Cristo vuelva y resucite nuestros cuerpos de los muertos. Pero al presente, Pablo dice que esperamos «*la redención de nuestro cuerpo*», y luego añade, «Porque en esa esperanza fuimos salvados» (Ro 8:23-24). La etapa de la aplicación de la redención cuando recibimos los cuerpos de resurrección se llama *glorificación*. Refiriéndose a ese día futuro Pablo dice que «tendremos parte con él en su *gloria*» (Ro 8:17). Todavía más, cuando Pablo traza los pasos en la aplicación de la redención, el último que menciona es la glorificación: «A los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los *glorificó*» (Ro 8:30).

El día en que seamos glorificados será un día de gran victoria porque en ese día el último enemigo, la muerte, será destruido, tal como la Biblia lo predice: «Porque es necesario que Cristo reine hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte» (1 Co 15:25-26). En un contexto de una explicación de la resurrección de nuestros cuerpos cuando Cristo vuelva, Pablo dice: «Cuando lo corruptible se revista de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: «La muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» (1 Co 15:54-55). Cuando nuestros cuerpos sean resucitados de los muertos experimentaremos victoria completa sobre la muerte que vino como resultado de la caída de Adán y Eva. Entonces nuestra redención será completa.

Podemos entonces definir la *glorificación* como sigue: *La glorificación es el paso final en la aplicación de la redención. Tendrá lugar cuando Cristo vuelva y resucite los cuerpos de todos los creyentes de todos los tiempos que han muerto, y los vuelva a unir con sus almas, y cambie los cuerpos de todos los creyentes que están vivos, por ello*

dándoles a todos los creyentes al mismo tiempo cuerpos perfectos de resurrección como el suyo propio.

A. Evidencia del Nuevo Testamento para la Glorificación

El pasaje primario del Nuevo Testamento sobre la glorificación o resurrección del cuerpo es 1 Corintios 15:12-58. Pablo dice: «También en Cristo todos volverán a vivir, pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; después, *cuando él venga*, los que le pertenecen» (vv. 22-23).¹ Pablo considera la naturaleza del cuerpo de resurrección con algún detalle en los versículos 35-50, que examinaremos en la sección C más abajo. Luego concluye el pasaje diciendo que no todos los creyentes morirán, sino que cuando Cristo vuelva sus cuerpos serán cambiados instantáneamente en nuevos cuerpos de resurrección que nunca envejecerán, ni se debilitarán, ni pueden morir:

Fíjense bien en el misterio que les voy a revelar: No todos moriremos, pero *todos seremos transformados*, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al toque final de la trompeta. Pues sonará la trompeta y los muertos resucitarán con un cuerpo incorruptible, y nosotros seremos transformados (1 Co 15:51-52).

Pablo explica más en 1 Tesalonicenses que las almas de los que han muerto e ido a estar con Cristo volverán y serán reunidas con sus cuerpos en ese día, porque Cristo las traerá consigo: «¿Acaso no creemos que Jesús murió y resucitó? Así también Dios *resucitará con Jesús a los que han muerto en unión con él*» (1 Ts 4:4). Pero aquí Pablo afirma no sólo que Dios traerá con Cristo a los que han muerto; también afirma que «*los muertos en Cristo resucitarán primero*» (1 Ts 4:16). Así que estos creyentes que han muerto con Cristo también son resucitados para encontrarse con Cristo (Pablo dice en el v. 17: «seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire»). Esto sólo tiene sentido si son las *almas* de los creyentes que han ido a estar en la presencia de Cristo que vuelven con él, y son sus *cuerpos* los que son resucitados de los muertos para unirse con sus almas, y entonces ascienden para estar con Cristo.

Además de estos pasajes en 1 Corintios 15 y 1 Tesalonicenses 4, varios otros pasajes del Nuevo Testamento afirman la realidad de la doctrina de la glorificación. Jesús dice: «viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán de allí. Los que han hecho el bien *resucitarán para tener vida*, pero los que han practicado el mal resucitarán para ser juzgados» (Jn 5:28-29).² Jesús también dice: «Y ésta es la voluntad del que me envió: que yo no pierda nada de lo que él me

¹Murray J. Harris argumenta por la posibilidad de una noción alterna, basada en su comprensión de 2Co 5:1-10: de que los creyentes reciben su cuerpo de resurrección de inmediato al morir. Ver Harris, *From Grave to Glory: Resurrection in the New Testament*, pp. 207–10. Pero esa noción es excepcionalmente difícil de reconciliar con 1Co 15 y 1Ts 4; ver la consideración en D. A. Carson, «Unity and Diversity in the New Testament: The Possibility of Systematic Theology», en *Scripture and Truth*, pp. 85–86.

²Algunos creyentes evangélicos sostienen que los creyentes y los no creyentes serán resucitados al mismo tiempo (esta es la posición que toman los amilenialistas). Otros (especialmente los premilenialistas) sostienen que la resurrección de los creyentes ocurre antes del milenio y la resurrección de los no creyentes para el juicio ocurre mil años después, después del milenio. Ver capítulo 55 para una explicación de los asuntos relacionados, y de este versículo en particular.

ha dado, sino que *lo resucite en el día final*. Porque la voluntad de mi Padre es que todo el que reconozca al Hijo y crea en él, tenga vida eterna, y yo *lo resucitaré en el día final*» (Jn 6:39-40; cf. vv. 44, 54).

Pablo dice: «el mismo que levantó a Cristo de entre los muertos también *dará vida a sus cuerpos mortales* por medio de su Espíritu, que vive en ustedes» (Ro 8:11; cf. 2 Co 5:1-7). Él se da cuenta de que los creyentes deben vivir con anhelante expectación del retorno de Cristo y del cambio en nuestros cuerpos para ser como el propio cuerpo perfecto de Jesús. Dice: «En cambio, nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde anhelamos recibir al Salvador, el Señor Jesucristo. *Él transformará nuestro cuerpo miserable para que sea como su cuerpo glorioso*, mediante el poder con que somete a sí mismo todas las cosas» (Flp 3:20-21).

B. Respaldo del Antiguo Testamento para la glorificación

A veces algunos han aducido que el Antiguo Testamento tiene escasa evidencia, si acaso alguna, de esperanza en una *resurrección futura del cuerpo*, pero en realidad hay más evidencia en el Antiguo Testamento para esto que lo que incluso podamos darnos cuenta. Primero, incluso antes de que Jesús resucite de los muertos, el Nuevo Testamento indica que muchos judíos que vivían en el tiempo de Cristo tenían alguna esperanza de una resurrección corporal futura. Cuando Jesús vino a la casa de Lázaro después de que éste hubo muerto y le dice a Marta: «—Tu hermano resucitará», Marta responde: «—Yo sé que resucitará *en la resurrección, en el día final*» (Jn 11:23-24). Todavía más, cuando Pablo estaba sometido a juicio, le dice a Félix que tenía «en Dios la misma esperanza que estos hombres [los judíos que lo acusaban] profesan, de que *habrá una resurrección* de los justos y de los injustos» (Hch 24:15).

En cuanto a las creencias de los que vivieron en el tiempo del Antiguo Testamento Hebreos 11 nos dice que Abraham «esperaba la ciudad de cimientos sólidos, de la cual Dios es arquitecto y constructor» (Heb 11:10). También leemos que muchos de los santos del Antiguo Testamento «Todos ellos . . . murieron sin haber recibido las cosas prometidas; más bien, las reconocieron a lo lejos, y confesaron que eran extranjeros y peregrinos en la tierra. . . . [Antes bien, *anhelaban una patria mejor, es decir, la celestial*. Por lo tanto, Dios no se avergonzó de ser llamado su Dios, y les preparó una ciudad» (Heb 11:13-16). El autor incluso dice que «Consideraba Abraham que Dios tiene poder hasta para resucitar a los muertos» (Heb 11:19).

Cuando examinamos las enseñanzas reales del Antiguo Testamento mismo, hay indicaciones de que los autores del Antiguo Testamento tenían una fuerte expectación de la resurrección que vendría en el futuro. Job dice: «Yo sé que mi redentor vive, y que al final triunfará sobre la muerte. Y cuando mi piel haya sido destruida, todavía veré a Dios con mis propios ojos. Yo mismo espero verlo; espero ser yo quien lo vea, y no otro» (Job 19:25-26).³

³ Varias palabras en este pasaje son difíciles de interpretar, y hay debate académico en cuanto a si Job está esperando ver a Dios en esta vida (como lo hace en Job 42:5) o después de su muerte (nótese que Job espera que su Redentor se levantará sobre el polvo «al final», y espera ver a Dios «en mi carne» (RVR) pero esto será «cuando mi

Leemos en los Salmos: «Pero Dios me rescatará de las garras del sepulcro y con él me llevará» (Sal 49:15; cf. 73:24-25). Leemos en Proverbios: «No dejes de disciplinar al joven, . . . Dale unos buenos azotes, y así lo librarás del sepulcro» (Pr 23:13-14). Isaías dice: «*Pero tus muertos vivirán, sus cadáveres volverán a la vida*» (Is 26:19). Daniel tiene una profecía muy explícita de que «*del polvo de la tierra se levantarán las multitudes de los que duermen*, algunos de ellos para vivir por siempre, pero otros para quedar en la vergüenza y en la confusión perpetuas» (Dn 12:2). (Cf. también la visión de Ezequiel de los huesos secos en Ez 37:1-14).

Aunque los creyentes del Antiguo Testamento por cierto no tuvieron tanto detalle en cuanto a la naturaleza de la resurrección, o la manera en que tendría lugar mediante la resurrección del Mesías, y aunque no tenían una base tan clara para la confianza en la resurrección como nosotros tenemos en los acontecimientos reales de la resurrección corporal de Cristo, con todo había ciertamente, como hemos visto, una expectación de un futuro día de resurrección corporal. Los que por años habían meditado y creído en estas afirmaciones de la Biblia (tales como Marta en Jn 11:24) estaban preparados para recibir anhelantemente la enseñanza completa del Nuevo Testamento sobre la resurrección, porque simplemente proveía más detalle y más seguridad de lo que ya habían creído.

C. ¿Cómo serán nuestros cuerpos de resurrección?

Si Cristo va a resucitar de los muertos nuestros cuerpos cuando él vuelva, y si nuestros cuerpos serán como su cuerpo de resurrección (1 Co 15:20, 23, 49; Flp 3:21), entonces, ¿cómo será nuestro cuerpo cuando resucitemos?

Usando el ejemplo de sembrar una semilla en la tierra y después verla crecer en algo mucho más maravilloso, Pablo explica con más detalle cómo serán nuestros cuerpos de resurrección:

Lo que se siembra en corrupción, resucita en *incorrupción*; lo que se siembra en oprobio, resucita en *gloria*; lo que se siembra en debilidad, resucita en *poder*; se siembra un cuerpo natural, resucita un *cuerpo espiritual*. . . . Y así como hemos llevado la imagen de aquel hombre terrenal, llevaremos también la imagen del celestial (1 Co 15:42-44, 49).

El hecho de que nuestros nuevos cuerpos serán «incorruptibles» quiere decir que no se gastarán, ni envejecerán, ni estarán sujetos a ningún tipo de enfermedad o dolencia. Serán completamente saludables y fuertes para siempre. Es más, puesto que el proceso gradual de envejecimiento es parte del proceso por el cual nuestros cuerpos ahora están sujetos a «corrupción», es apropiado pensar que nuestros cuerpos de resurrección no tendrán ninguna señal de envejecimiento, pero tendrán todas las características de un ser humano joven pero maduro para siempre.

piel haya sido destruida»). Para un resumen de las cuestiones exegéticas así una defensa persuasiva de la noción de que Job espera una resurrección física después de que muera, ver Francis L. Andersen, *Job*, TOTC (Inter-Varsity Press, Leicester, 1976), pp. 193-94. La noción de que este pasaje mira hacia adelante para ver a Dios en esta vida se basa principalmente en las convicciones de algunos estudiosos de que la idea de una resurrección corporal futura no se hallaba en el judaísmo sino mucho después de que Job fue escrito (pero ver Heb 11:10, 19, que comenta sobre la fe de Abraham en la resurrección).

No habrá evidencia de enfermedad o lesiones, porque todos seremos hechos perfectos.⁴ Nuestros cuerpos de resurrección mostrarán el cumplimiento de la perfecta sabiduría de Dios al crearnos como seres humanos que son el pináculo de su creación y portadores apropiados de su imagen y semejanza. En estos cuerpos de resurrección claramente veremos la humanidad como Dios propuso que fuera.

Pablo también dice que nuestros cuerpos serán resucitados «en gloria». Cuando a este término se lo contrasta con «oprobio», como se hace aquí, hay una sugerencia de la belleza o atractivo de la apariencia que nuestros cuerpos tendrán. Ya no serán «oprobiosos» o sin atractivo, sino que se verán «gloriosos» en su belleza. Es más, debido a que la palabra «gloria» se usa tan frecuentemente en la Biblia para referirse al brillo y resplandor brillante que rodea la presencia de Dios mismo, este término sugiere que habrá también una especie de brillo o resplandor que rodeará nuestros cuerpos y que será evidencia externa apropiada de la posición de exaltación y gobierno sobre toda la creación que Dios nos ha dado. Esto también lo sugiere Mateo 13:43, en donde Jesús dice: «Entonces los justos brillarán en el reino de su Padre como el sol». De modo similar, leemos en la visión de Daniel: «Los sabios resplandecerán con el brillo de la bóveda celeste; los que instruyen a las multitudes en el camino de la justicia brillarán como las estrellas por toda la eternidad» (Dn 12:3, pasaje que habla de la resurrección final). Ahora bien, estas dos afirmaciones posiblemente se podían entender metafóricamente, y en ese caso no indicarían que un resplandor o brillo real rodean nuestros cuerpos de resurrección. Pero no hay razón en el contexto de ninguno de ellos que nos permita pensar como siendo metafóricos, y otras evidencias abogan porque no lo hagamos así. Los indicios de la edad venidera que se vieron en el resplandor de la gloria de Dios en el rostro de Moisés (Éx 34:35), y en una manera mucho mayor, la luz que brilló en la transfiguración de Jesús (Mt 17:2), junto con el hecho de que llevaremos la imagen de Cristo y seremos como él (1 Co 15:49), se combinan para sugerir que en verdad habrá un brillo o resplandor visible que nos rodeará cuando estemos en nuestros cuerpos de resurrección.⁵

Nuestros cuerpos también serán resucitados «en poder» (1 Co 15:43). Esto está en contraste a la «debilidad» que vemos ahora en nuestros cuerpos. Nuestros cuerpos de resurrección no sólo estarán libres de enfermedad y envejecimiento, sino que también les será dada plenitud de fuerza y poder; no poder infinito como el de Dios, por supuesto, y probablemente no lo que nosotros pensaríamos como poder «sobrehumano» en el sentido que poseen los «súper héroes» de los cuentos infantiles modernos, por ejemplo, pero con todo poder y fuerza humana plenos y completos, la fuerza que Dios quería que los seres humanos tuvieran en sus cuerpos cuando los creó. Por consiguiente, será fuerza suficiente para hacer todo lo que deseemos hacer en conformidad a la voluntad de Dios.

⁴El hecho de que las cicatrices de las huellas de los clavos de Jesús seguían en sus manos es un caso especial para recordarnos el precio que pagó por nuestra redención, y no se debe tomar como indicación de que algunas de nuestra cicatrices de lesiones físicas permanecerán: ver capítulo 28, p. 647.

⁵El cuerpo de Jesús no tuvo un brillo radiante que lo rodeaba inmediatamente después de su resurrección, sino cuando volvió al cielo y recibió de Dios Padre la gloria que le pertenecía por derecho, entonces «Su rostro era como el sol cuando brilla en todo su esplendor» (Ap 1:16). Jesús, en su transfiguración, les dio a sus discípulos solamente un breve vislumbre de la gloria que era suya por derecho y que sería de nuevo suya en el cielo.

Finalmente, Pablo dice que el cuerpo será resucitado como «cuerpo espiritual» (1 Co 15:44). En las epístolas paulinas la palabra «espiritual» (gr. *pneumatikos*) rara vez quiere decir «no físico» sino más bien «consistente con el carácter y actividad del Espíritu Santo (ver, por ejemplo, Ro 1:11; 7:14; 1 Co 2:13, 15; 3:1; 14:37; Gá 6:1 [«ustedes que son espirituales»]; Ef 5:19). La traducción de la VP: «Lo que se entierra es un cuerpo material; lo que resucita es un cuerpo espiritual», se presta a un mal entendido,⁶ y una paráfrasis más clara sería: «Se siembra un cuerpo *natural* sujeto a las características y deseos de esta edad, y gobernado por su propia voluntad pecadora, pero es resucitado un cuerpo *espiritual*, completamente sujeto a la voluntad del Espíritu Santo y que responde a la dirección del Espíritu Santo]». Tal cuerpo no es «no físico», sino que es un cuerpo físico resucitado al grado de perfección que originalmente Dios propuso.

En conclusión, cuando Cristo vuelva nos dará nuevos cuerpos de resurrección que serán como su cuerpo de resurrección. «Cuando Cristo venga *seremos semejantes a él*» (1 Jn 3:2; esta afirmación es cierta no sólo en sentido ético sino también términos de nuestros cuerpos físicos; cf. 1 Co 15:49; también Ro 8:29).

A pesar de este fuerte énfasis del Nuevo Testamento en cuanto a la similitud entre nuestros cuerpos y el cuerpo de Jesús después de la resurrección, algunos han objetado que no tendremos cuerpos físicos porque Pablo dice: «*el cuerpo mortal no puede heredar el reino de Dios*, ni lo corruptible puede heredar lo incorruptible» (1 Co 15:50). Esta es la misma sección en la que él ha estado hablando de la resurrección de los muertos. Pero es con certeza un malentendido decir que este versículo implica que no tendremos cuerpos físicos. Cuando Pablo dice: «*el cuerpo mortal no puede heredar el reino de Dios*», lo que quiere decir por «*el cuerpo mortal*» es *nuestra naturaleza humana presente* particularmente nuestros cuerpos físicos, que ahora existen en semejanza a Adán después de la caída; es decir, sujetos a debilidad, decadencia y finalmente la muerte. Este es el punto que recalca en los cuatro versículos previos (1 Co 15:45-49), en los cuales él ha estado contrastando a Adán y Cristo. Él explica: «Como es aquel hombre terrenal, así son también los de la tierra» (es decir, nosotros mismos en esta edad presente, 1 Co 15:48). Luego explica: «Y así como hemos llevado la imagen de aquel hombre terrenal, llevaremos también la imagen del celestial» (1 Co 15:49). Por «cuerpo mortal» aquí Pablo quiere decir «*carne y sangre en el estado presente de existencia* con un cuerpo como el de Adán después de la caída, cuerpo que está sujeto a la decadencia y muerte». No quiere decir que existimos en un estado no físico, porque todo el cielo y la tierra serán hechos nuevos y renovados para que vivamos en ellos (Ro 8:18-25), y nosotros mismos «*todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al toque final de la trompeta*» (1 Co 15:51-52). No dejaremos de existir en nuestros cuerpos físicos, sino que seremos transformados y tendremos un cuerpo imperecedero, «*Porque lo corruptible tiene que revestirse de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad*» (1 Co 15:53).

Todavía más, las repetidas instancias en que Jesús demostró a los discípulos que él tenía cuerpo físico que podía ser tocado, que tenía carne y huesos (Lc 24:39),

⁶Ver la consideración del uso de «físico» en 1Co 15:44 en el capítulo 28, p. 640, n. 3.

y que podía comer alimentos, muestran que el cuerpo de Jesús, que es nuestro modelo, era claramente un cuerpo físico que había sido hecho perfecto.⁷

¿Qué clase de continuidad habrá entre nuestros cuerpos presentes y nuestros futuros cuerpos de resurrección? ¿Se verán nuestros cuerpos exactamente los mismos y tendrán exactamente las mismas características, o serán de alguna manera diferentes, o serán diferentes casi por entero? Todavía más, ¿serán nuestros cuerpos de resurrección formados de las mismas moléculas en que consisten nuestros cuerpos terrenales, o serán una creación enteramente nueva de Dios, o serán una combinación de lo viejo y lo nuevo?

Varios pasajes indican que Pablo esperaba una considerable medida de continuidad entre nuestros presentes cuerpos terrenales y nuestros cuerpos futuros de resurrección. Pablo dijo: «El mismo que levantó a Cristo de entre los muertos también dará vida a *sus cuerpos mortales* por medio de su Espíritu, que vive en ustedes» (Ro 8:11). Dijo que Jesús «transformará *nuestro cuerpo miserable* para que sea como su cuerpo glorioso» (Flp 3:21). Y cuando Pablo habló de la naturaleza del cuerpo de resurrección dio un ejemplo de una semilla que se siembra en el suelo: «No plantas el cuerpo que luego ha de nacer sino que siembras una simple semilla de trigo o de otro grano. Pero Dios le da el cuerpo que quiso darle, y a cada clase de semilla le da un cuerpo propio» (1 Co 15:37-38). En este ejemplo, él echa mano del conocimiento humano común de que hay diferencias entre lo que se siembra y lo que brota (vv. 42:44), pero también hay continuidad; así como una semilla crece para ser una planta más grande, reteniendo la materia que había en ella pero tomando en sí misma otros materiales de la tierra por igual, así nosotros tendremos continuidad y diferencias también. En esta analogía podemos decir que *lo que sea que quede en la tumba de nuestros cuerpos físicos* Dios lo tomará y transformará y usará para hacer un nuevo cuerpo de resurrección. Pero los detalles de cómo esto sucederá siguen siendo oscuros para nosotros, puesto que la Biblia no los especifica; debemos afirmar esto porque la Biblia lo enseña, aunque no podamos explicar completamente cómo sucederá.⁸

Otra indicación de continuidad significativa entre nuestros cuerpos presentes y los cuerpos que tendremos se ve en el hecho de que los creyentes que permanecen vivos en el día en que Cristo retorne serán «transformados»; sin embargo, sus cuerpos no serán reemplazados: «No todos moriremos, pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al toque final de la trompeta. Pues sonará la trompeta y los muertos resucitarán con un cuerpo incorruptible, y nosotros seremos transformados. Porque lo corruptible tiene que revestirse de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad» (1 Co 15:51-53).

También debemos notar claramente que el propio cuerpo de resurrección de Cristo, aunque difería de alguna manera del cuerpo que tuvo antes de morir, de modo que los discípulos de inmediato no lo reconocieran en toda situación, fue similar lo suficiente en su apariencia para que los discípulos supieran quién era más

⁷Ver capítulo 28, pp. 639-44, para una consideración de la naturaleza del cuerpo de resurrección de Cristo.

⁸Alguien pudiera objetar que algunos cuerpos se descomponen por completo, son absorbidos en plantas, y con el tiempo en otros cuerpos, así que no se puede hallar nada del primer cuerpo. Pero en respuesta simplemente debemos decir que Dios puede rastrear lo suficiente los elementos de cada cuerpo para formar una «semilla» de la cual formar un nuevo cuerpo (ver Gn 50:25; Job 19:26; Ez 37:1-14; He 11:22).

bien rápidamente. Hubo algunos casos cuando ellos no lo reconocieron de inmediato, pero esto en parte se puede explicar por el hecho de que durante su vida y ministerio terrenal sin duda él había envejecido considerablemente, puesto que fue «varón de dolores, hecho para el sufrimiento» (Is 53:3). Después de su resurrección, Jesús habría sido restaurado a la fuerza y juventud plena y perfecta en su apariencia. Así como a veces nosotros no reconocemos de inmediato a algún amigo que ha envejecido considerablemente desde la última vez que lo vimos, así los discípulos pueden haber tenido dificultad inicial para reconocer a Cristo debido a que lo opuesto de envejecimiento había ocurrido.⁹ Por otro lado, continuidad significativa entre el cuerpo de Jesús antes y después de su resurrección se ve en el hecho de que incluso las huellas de los clavos en sus manos y sus pies, y la herida en su costado, permanecieron en su cuerpo de resurrección (Jn 20:20, 27).

Otro fragmento de evidencia que indica continuidad entre nuestro cuerpo terrenal y celestial, es el hecho de que al parecer las personas se reconocerán y conocerán unas a otras en el cielo. Jesús dijo que las personas vendrán del este y del oeste, y «participarán en el banquete con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos» (Mt 8:11). Todavía más, a Elías, que había sido llevado al cielo en su cuerpo terrenal, de alguna manera los discípulos lo reconocieron en el monte de la transfiguración (Lc 9:30, 33); por supuesto, los discípulos no habían conocido ni a Elías ni a Moisés en la carne, pero de alguna manera estos hombres retuvieron sus identidades personales de tal manera que los discípulos creyeron que ellos estaban allí y que eran tan reales como Jesús lo era (ver Lc 9:33). Finalmente, Mateo nos dice que cuando Jesús murió, «Se abrieron los sepulcros, y muchos santos que habían muerto resucitaron. Salieron de los sepulcros y, después de la resurrección de Jesús, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos» (Mt 27:52-53). El hecho de que los cuerpos reales de estas personas fueron resucitados, y el hecho de que aparecieron a muchos en Jerusalén, indica de nuevo que hubo continuidad entre sus cuerpos muertos que estuvieron en las tumbas y los cuerpos que fueron resucitados. Puesto que salieron de las tumbas «después de la resurrección de Jesús» podemos dar por sentado de que también fueron santos que habían recibido cuerpos de resurrección como una especie de bocado de prueba de la glorificación del día final cuando Cristo vuelva.¹⁰ El hecho de que estas personas «se aparecieron a muchos» sugiere que fueron reconocibles; que la gente supo quiénes eran. De nuevo, la evidencia es sugestiva antes que conclusiva, sin embargo apunta en dirección de la continuidad entre el cuerpo que existía antes de la resurrección y el que existió después de ella.

Hoy hay alguna vacilación de parte de muchos evangélicos para afirmar claramente que habrá una «resurrección del cuerpo», o por lo menos que el cuerpo que será resucitado será un cuerpo material, físico, que de alguna manera es continuidad del cuerpo que fue puesto en la tumba. En cierta medida esto se debe a un sentido de incapacidad para entender cómo Dios puede resucitar a los mismos cuerpos de la tumba, especialmente cuando algunos de esos cuerpos han estado

⁹Ver la consideración de por qué los discípulos no reconocieron a Jesús de inmediato después de su resurrección, en el capítulo 28, p. 640.

¹⁰Ver la explicación de este pasaje en D. A. Carson, *Matthew*, en EBC, 8:581-82.

muerdos por muchos siglos. Sin embargo, algo de esta vacilación probablemente se debe al continuo escepticismo de los no creyentes que cuestionan la noción cristiana exactamente con los mismos problemas que se acaban de presentar; ¿no parece esto una posición fantástica e increíble? ¿Cómo puede Dios hacer que tenga lugar algo así?

En ambos casos, sea que la vacilación surja del cuestionamiento sincero del creyente, o del escepticismo hostil del no creyente, debemos darnos cuenta de que nuestra ineptitud para comprender o explicar algo nunca debe ser razón para rechazarlo si la Biblia lo enseña claramente. Los muchos pasajes citados arriba que indican que Dios resucitará *nuestros cuerpos mortales de la tumba* tal como él resucitó de la tumba al cuerpo de Jesús, indican muy concluyentemente que habrá una continuidad definitiva entre nuestros cuerpos presentes y los cuerpos que tendremos en la resurrección. Y si eso es lo que la Biblia enseña, entonces, aunque tal vez no entendamos exactamente *cómo* Dios hará que esto tenga lugar en cada caso, con todo debemos creerlo. El Dios que creó el universo y nos creó a cada uno de nosotros, y que soberanamente gobierna sobre todo fragmento de esta creación en todo momento, y que sustenta todas las cosas por la palabra de su poder, por cierto puede rastrear las partes de nuestros cuerpos físicos que él desea preservar y usarlas como «semilla» de la cual hará un nuevo cuerpo.

Es importante insistir en la resurrección de un cuerpo real, físico, no sólo por las razones indicadas arriba, sino también porque esto provee una clara afirmación de la bondad de la creación física que Dios creó. Viviremos en cuerpos que tendrán todas las cualidades excelentes que Dios nos creó para tener, y por consiguiente seremos para siempre prueba viva de la sabiduría de Dios al hacer la creación material que desde el principio fue «muy buena» (Gn 1:31). Viviremos como creyentes resucitados en esos nuevos cuerpos, y entonces seremos apropiados para habitar «un cielo nuevo y una tierra nueva, en los que habite la justicia» (2 P 3:13).

D. La creación entera será renovada por igual

Cuando Adán pecó, Dios maldijo la tierra debido a él (Gn 3:17-19), así que ella produjo espinas y cardos, y produciría alimento útil para el hombre sólo mediante el sudor y dolor. Pero Pablo dice que «la creación misma ha de ser liberada de la corrupción que la esclaviza, para así alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Ro 8:21). Él explica que esto sucederá cuando recibamos nuestros cuerpos de resurrección; es más, dice que la creación de alguna manera anhela ese día: «La creación aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios, . . . Sabemos que toda la creación todavía gime a una, como si tuviera dolores de parto. Y no sólo ella, sino también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente, mientras aguardamos nuestra adopción como hijos, es decir, la redención de nuestro cuerpo» (Ro 8:19, 22-23). En esta creación renovada no habrá más cardos ni espinos, no más inundaciones ni sequías, no más desiertos o selvas inhabitables, no más terremotos o huracanes, no más serpientes venenosas, ni avispas que piquen, ni hongos que maten. Será una tierra productiva, una tierra que florecerá y producirá alimento abundantemente para nuestro disfrute (ver capítulo 57 para más explicación de la tierra renovada).

E. Los no creyentes muertos serán resucitados para el juicio en el día del juicio final

Aunque el énfasis de la Biblia recae en el hecho de que los creyentes experimentarán una resurrección corporal, hay algunos pasajes que indican que los *no creyentes* también serán resucitados de los muertos, y que ellos enfrentarán el juicio final en el momento en que son resucitados. Jesús claramente enseña que «los que han practicado el mal *resucitarán para ser juzgados*» (Jn 5:29); Pablo también dijo que él creía «que habrá una resurrección de los justos y *de los injustos*» (Hch 24:15; cf. Mt 25:31-46; Dn 12:2). (Ver capítulo 56 para más explicación del juicio final de los no creyentes).

PREGUNTAS PARA APLICACIÓN PERSONAL

1. Pablo dice que la expectación de una resurrección corporal futura es la «esperanza» en la que fuimos salvados (Ro 8:24). ¿Es la esperanza de una resurrección futura en su cuerpo una de las cosas principales que usted espera en el futuro? Si no, ¿por qué no? ¿Qué podría aumentar su esperanza en la resurrección futura del cuerpo?
2. Tan fuerte era el anhelo de Pablo por el futuro día de la resurrección, y tan consciente estaba él de las adversidades que todavía sufriremos en esta vida, que él pudo decir: «Si la esperanza que tenemos en Cristo fuera sólo para esta vida, seríamos los más desdichados de todos los mortales» (1 Co 15:19), y, «Si los muertos no resucitan, “comamos y bebamos, que mañana moriremos”» (1 Co 15:32). ¿Tiene usted un gran anhelo de la resurrección futura que le da este tipo de sentimiento en su corazón por igual? Si no, ¿por qué no tiene la misma perspectiva de la resurrección del cuerpo como Pablo la tenía?
3. A su modo de pensar ¿qué podría ocurrir en su vida para darle un mayor anhelo de la resurrección de su cuerpo? Si tiene un abuelo o abuela, u otro amigo anciano o pariente, que ha muerto e ido a estar con Cristo, ¿cómo piensa que se verá esa persona en el día de la resurrección? ¿Puede imaginarse cómo será reunirse con esa persona de nuevo y volver a familiarizarse con ella? ¿Cómo será diferente su relación de lo que fue en esta vida?

TÉRMINOS ESPECIALES

cuerpo espiritual
glorificación

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1297-1306.)

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)
 - 1882-92 Litton, 585-91
2. Arminiana (wesleyana o metodista)
 - 1875-76 Pope, 3:401-11
 - 1892-94 Miley, 2:448-58
 - 1940 Wiley, 3:320-38
 - 1960 Purkiser, 561-67
 - 1983 Carter, 2:1116-18
3. Bautista
 - 1767 Gill, 2:211-30
 - 1887 Boyce, 454-61
 - 1907 Strong, 1015-23
 - 1917 Mullins, 472-78
 - 1983-85 Erickson, 997-1002, 1194-1200
4. Dispensacional
 - 1947 Chafer, 3:366-69
 - 1949 Thiessen, 376-83
 - 1986 Ryrie, 517-18
5. Luterana
 - 1917-24 Pieper, 3:534-39
 - 1934 Mueller, 625-30
6. Reformada (o presbiteriana)
 - 1559 Calvin, 2:987-1008 (3.25)
 - 1861 Heppe, 695-712
 - 1871-73 Hodge, 3:771-89
 - 1878 Dabney, 829-41
 - 1889 Shedd, 2b:647-58
 - 1937-66 Murray, CW 2:403-13; RAA 174-81
 - 1938 Berkhof, 720-27
 - 1962 Buswell, 2:324-46
7. Renovada (o carismática o pentecostal)
 - 1988-92 Williams, 3:397-413

Secciones en teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

1. Católica Romana: tradicional
 - 1955 Ott, 488-92
2. Católica Romana: Post Vaticano II
 - 1980 McBrien, 2:1147-50

Otras obras

Gaffin, Richard B., Jr. *Resurrection and Redemption: A Study in Paul's Soteriology*. Formerly, *The Centrality of the Resurrection: A Study in Paul's Soteriology*. Presbyterian and Reformed, Phillipsburg, N.J., 1978.

- Grider, J. K. «Glorification». En *EDT*, pp. 442–43.
- Gundry, Robert H. *Soma in Biblical Theology*. Cambridge University Press, Cambridge, 1975.
- Harris, Murray J. *From Grave to Glory: Resurrection in the New Testament, Including a Response to Norman L. Geisler*. Zondervan, Grand Rapids, 1990, pp. 185–287.
- _____. *Raised Immortal: Resurrection and Immortality in the New Testament*. Eerdmans, Grand Rapids, 1983.
- _____. «Resurrection, General». En *NDT*, pp. 581–82.
- Hoekema, Anthony A. «The Resurrection of the Body». En *The Bible and the Future*. Eerdmans, Grand Rapids, 1979, pp. 239–52.
- Murray, John. «Glorification». En *Redemption Accomplished and Applied*. Eerdmans, Grand Rapids, 1955, pp. 174–81.
- Schep, J. A. *The Nature of the Resurrection Body*. Eerdmans, Grand Rapids. 1964.
- White, R. E. O. «Resurrection of the Dead». En *EDT*, pp. 941–44.

PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR

1 Corintios 15:42-44: Así sucederá también con la resurrección de los muertos. Lo que se siembra en corrupción, resucita en incorrupción; lo que se siembra en oprobio, resucita en gloria; lo que se siembra en debilidad, resucita en poder; se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual. Si hay un cuerpo natural, también hay un cuerpo espiritual.

HIMNO

«Por mil arpas»

1. Por mil arpas y mil voces
Se alcen notas de loor;
Cristo reina, el cielo goza,
Cristo reina, el Dios de amor.
Ved, su trono ocupa ya, solo el mundo regirá:
¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! Amén.
2. Rey de gloria, reine siempre
Tu divina potestad;
Nadie arranque de tu mano
Los que son tu propiedad.
Dicha tiene aquel que está destinado a ver tu faz.
¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! Amén.
3. Apresura tu venida
En las nubes, oh Señor;
Nuevos cielos, nueva tierra,
Danos, Cristo, por tu amor.
Aureas arpas de tu grey «Gloria», entonen a su Rey.
¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! Amén.

Unión con Cristo

¿Qué significa estar «en Cristo» o «unido a Cristo»?

EXPLICACIÓN Y BASE BÍBLICA¹

Aunque ahora hemos completado nuestro estudio de los pasos en la aplicación de la redención, otro tema se menciona tan frecuentemente en la Biblia y tan ampliamente variado en su aplicación a nuestras vidas que merece una consideración separada aquí. Es el concepto de la unión con Cristo. Como veremos más abajo, *todo aspecto* de la relación de Dios a los creyentes de alguna manera está conectado a nuestra relación con Cristo. Desde los consejos de Dios en la eternidad pasada antes de que el mundo fuera creado, a nuestra comunión con Cristo en el cielo en la eternidad futura, e incluyendo todo nuestro aspecto de nuestra relación con Dios en esta vida, todo esto ha ocurrido en unión con Cristo. Así que en cierto sentido todo el estudio de la aplicación de la redención se podría incluir en este tema. Sin embargo, en este capítulo sencillamente podemos resumir las increíbles riquezas de la idea bíblica de la unión con Cristo. John Murray dice:

La unión con Cristo tiene su fuente en la elección de Dios Padre antes de la fundación del mundo y tiene su cumplimiento en la glorificación de los hijos de Dios. La perspectiva del pueblo de Dios no es estrecha; es amplia y es larga. No está confinada al espacio y el tiempo; tiene la expansión de la eternidad. Su órbita tiene dos enfoques: uno el amor que elige de Dios Padre en los consejos de la eternidad; el otro la glorificación con Cristo en la manifestación de su gloria. El anterior no tiene principio, el segundo no tiene fin. . . . ¿Por qué el creyente da cabida al pensamiento del consejo determinado de Dios con tanto gozo? ¿Por qué puede tener paciencia en las perplejidades y adversidades del presente? ¿Por qué puede tener seguridad confiada con referencia al futuro y regocijarse en la esperanza de la gloria de Dios? Es porque no puede pensar en el pasado, presente o futuro aparte de la unión con Cristo.²

Podemos definir *unión con Cristo* como sigue: *Unión con Cristo es una frase que se usa para resumir varias relaciones diferentes entre los creyentes y Cristo, por las que los creyentes reciben todo beneficio de la salvación. Estas relaciones influyen el hecho de que estamos en Cristo, Cristo está en nosotros, somos como Cristo, y estamos con Cristo.*

Como nuestra definición indica, del material bíblico se pueden especificar cuatro aspectos diferentes de nuestra unión con Cristo. Veremos cada uno de estos cuatro por turno:

¹El material para este capítulo es tomado de un ensayo escrito para Tyndale House Publishers (Wheaton, Ill.). Usado con permiso.

²John Murray, *Redemption Accomplished and Applied*, p. 164.

1. Estamos en Cristo.
2. Cristo está en nosotros.
3. Somos como Cristo.
4. Estamos con Cristo.³

A. Estamos en Cristo

La frase «en Cristo» no tiene un solo significado único, sino que se refiere a una variedad de relaciones, como se indica abajo.

1. En el plan eterno de Dios. Efesios 1:4 nos dice que: Dios *nos escogió en Cristo* «antes de la creación del mundo». Fue «en Cristo» que «fuimos predestinados . . . a fin de que nosotros . . . seamos para alabanza de su gloria» (vv. 1:11-12). Más tarde el «nos salvó y nos llamó por su propia determinación» y debido a la gracia que nos dio «*en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo*» (2 Ti 1:9).

Puesto que nosotros no existíamos antes de la fundación del mundo, estos versículos indican que Dios, mirando al futuro y sabiendo que existiríamos, nos consideró como que estábamos en una relación especial con Cristo. No nos escogió primero y luego decidió relacionarnos a Cristo. Más bien, al escogernos, al mismo tiempo nos consideró como pertenecientes a Cristo de una manera especial, como estando «en Cristo». Por consiguiente, pensó en nosotros a la larga teniendo el derecho de participar en las bendiciones de la obra de Cristo.

2. Durante la vida de Cristo en la tierra. En toda la vida de Cristo en la tierra, desde su nacimiento hasta su ascensión al cielo, para Dios nosotros estábamos «en Cristo». Es decir, lo que sea que Cristo hizo como nuestro representante, Dios lo contó como si fuera algo que nosotros hicimos, también. Por supuesto, los creyentes no estaban conscientemente presentes en Cristo, puesto que la mayoría de creyentes todavía no existían cuando Cristo estuvo en la tierra. Tampoco estuvieron los creyentes presentes en Cristo de alguna manera misteriosa, espiritual (como si, por ejemplo, las almas de miles de creyentes estuvieran de alguna manera presentes en el cuerpo de Cristo durante su vida terrenal). Más bien, los creyentes estuvieron presentes en Cristo *sólo en los pensamientos de Dios*. Dios *nos tomó* como si también hubiésemos pasado por todo lo que Cristo pasó, porque él fue nuestro representante.

Cuando Jesús obedeció perfectamente a Dios toda su vida, nos consideró como si también hubiéramos obedecido, también. «Por la obediencia de uno solo muchos serán constituidos justos» (Ro 5:19). Así que Cristo es nuestra fuente de justicia (1 Co 1:30; Flp 3:19).

Debido a que Dios nos consideró como estando «en» Cristo, también pudo considerar que nuestros pecados pertenecían a Cristo: «Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador» (2 Co 5:21), y «el SEÑOR hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros» (Is 53:6). Estos fueron pecados que

³A la unión con Cristo a veces se le menciona como la «unión mística». Esto se debe a que no entendemos plenamente el teje y maneje de estas relaciones con Cristo, y porque sabemos de ellas sólo mediante la revelación de Dios en la Biblia.

todavía no habíamos cometido, pero Dios sabía de ellos de antemano, y los tomó como si Cristo lo hubiera cometido. Así, fue correcto que Cristo muriera por nuestros pecados. «Él mismo, en su cuerpo, llevó al madero nuestros pecados» (1 P 2:24; vea también Ro 4:25; 1 Co 15:3; Col 2:14; Heb 9:28).

Pero no fue simplemente nuestros pecados lo que Dios tomó como pertenecientes a Cristo, sino nosotros mismos. Cuando Cristo murió, Dios nos tomó como si hubiéramos muerto. Nuestro viejo yo fue «*crucificado con él*» (Ro 6:6). «He sido crucificado con Cristo» (Gá 2:20). «Uno murió por todos, y por consiguiente todos murieron» (2 Co 5:14; ver también Ro 6:4-5, 8; 7:4; Col 1:22; 2:12, 20; 3:3; 2 Ti 2:11).

De la misma manera, Dios pensó de nosotros como habiendo sido *sepultados* con Cristo, con Cristo, *resucitados* con él, y *llevados al cielo* con él en gloria. «Y en unión con Cristo Jesús, Dios nos resucitó y nos hizo sentar con él en las regiones celestiales» (Ef 2:6; ver también Ro 6:4-11; 1 Co 15:22; Col 2:12-13).

Cuando Cristo volvió al cielo, por consiguiente, ganó para nosotros todas las bendiciones de la salvación. Dios consideró esas bendiciones como legítimamente nuestras, como si nosotros mismos las hubiéramos ganado. De todos modos, están almacenadas para nosotros en el cielo —en la mente de Dios, en realidad, y en Cristo, nuestro representante—, esperando que nos las apliquen personalmente (1 P 1:3-5; Col 3:3-4; Ef 1:3).

3. Durante nuestras vidas ahora. Una vez que hemos nacido y existimos como personas reales en el mundo, nuestra unión con Cristo ya no puede ser algo simplemente en la mente de Dios. También debemos ser traídos a una relación real con Cristo mediante la cual los beneficios de la salvación los puede aplicar a nuestras vidas el Espíritu Santo. Las riquezas de nuestra vida presente en Cristo se pueden ver desde cuatro perspectivas ligeramente diferentes:

1. Hemos muerto y sido resucitados con Cristo.
2. Tenemos la vida en Cristo
3. Todas nuestras acciones pueden ser hechas en Cristo.
4. Todos los creyentes juntos son un cuerpo en Cristo.

a. Muerte y resurrección con Cristo: La muerte, sepultura y resurrección de Jesús ahora tienen efectos reales en nuestras vidas. «Ustedes la recibieron al *ser sepultados con él* en el bautismo. En él también *fueron resucitados* mediante la fe en el poder de Dios, quien lo resucitó de entre los muertos» (Col 2:12). Aquí las referencias de Pablo al bautismo y a la fe indican que nuestro morir y resucitar con Cristo tienen lugar en esta vida presente, en el momento en que nos convertimos en creyentes.

Pablo ve esta muerte y resurrección presente con Cristo como una manera de describir y explicar el cambio que el Espíritu Santo produce en nuestro carácter y personalidad cuando nos convertimos en creyentes. Es como si el Espíritu Santo reprodujera la muerte y resurrección de Jesús en nuestras vidas cuando creemos en Cristo. Llegamos a dejar de responder a las presiones, demandas y atracciones

de nuestra manera previa y pecadora de vida, al punto que Pablo puede decir que estamos «muertos» a estas influencias, porque hemos muerto con Cristo (Ro 7:6; Gá 2:20; 5:24; 6:14; Col 2:20). Por otro lado, nos hallamos queriendo servir mucho más a Dios, y somos capaces de servirle con mayor poder y éxito, tanto que Pablo dice que estamos «vivos» para Dios, porque hemos sido resucitados con Cristo: «Por tanto, mediante el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó por el poder del Padre, también *nosotros llevemos una vida nueva*» (Ro 6:4). «De la misma manera, también ustedes considérense muertos al pecado, pero *vivos para Dios en Cristo Jesús*» (Ro 6:11; ver también 1 P 1:3; 2:24). Debido a que morimos y resucitamos con Cristo, tenemos poder para superar más y más el pecado personal (Ro 6:12-14, 19); hemos venido a la «vida» en Cristo (Col 2:10-13); es más, hemos llegado a ser una «nueva creación» en él (2 Co 5:17, con vv. 14-15), y debemos por consiguiente fijar nuestras mentes en las cosas de arriba, en donde está Cristo (Col 3:1-3).

b. Nueva vida en Cristo: Estos últimos versículos sugieren una segunda perspectiva de nuestro estar «en Cristo». Podemos pensar no sólo en términos de la obra pasada de Cristo de redención, sino también en términos de su vida presente en el cielo, y su continua posesión de todos los recursos espirituales que necesitamos para vivir la vida cristiana. Puesto que *toda bendición espiritual fue ganada por él y le pertenece a él*, el Nuevo Testamento puede decir que estas bendiciones están «en él». Así, están disponibles sólo para los que están «en Cristo», y si estamos en Cristo, estas bendiciones son nuestras.

Juan escribe: «Dios nos ha dado vida eterna, y esa vida está *en su Hijo*» (1 Jn 5:11), y Pablo habla de «la promesa de vida que tenemos *en Cristo Jesús*» (2 Ti 1:1). Leemos que «*en Cristo*» hay «la fe y el amor» (1 Ti 1:14; 2 Ti 1:13), «gracia» (2 Ti 2:1), «salvación» (2 Ti 2:10), «todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento» (Col 2:3) y las «gloriosas riquezas» de Dios (Flp 4:19). Pablo dice que se debe a la obra de Dios que los creyentes están «unidos a Cristo Jesús» (1 Co 1:30), y que «Dios, . . . nos ha bendecido en las regiones celestiales con toda bendición espiritual en Cristo» (Ef 1:3).

Es más, toda etapa de la aplicación de la redención se nos da porque estamos «en Cristo». Es «en Cristo» que somos *llamados* a salvación (1 Co 7:22), *regenerados* (Ef 1:3; 2:10), y *justificados* (Ro 8:1; 2 Co 5:21; Gá 2:17; Ef 1:7; Flp 3:9; Col 1:14). «En Cristo» *morimos* (1 Ts 4:16; Ap 14:13) y «en él» nuestros cuerpos *serán resucitados* de nuevo (1 Co 15:22). Estos pasajes sugieren que debido a que nuestras vidas están inseparablemente conectadas con Cristo mismo, el Espíritu Santo nos da todas las bendiciones que Cristo ha ganado.

c. Todas nuestras acciones pueden ser hechas en Cristo: Los cambios indicados en nuestras vidas individuales van acompañados por un cambio dramático en el ámbito en que vivimos. Llegar a ser creyente es entrar en lo nuevo de la era venidera, y experimentar hasta cierto grado los nuevos poderes del reino de Dios que afectan toda parte de nuestra vida. Estar «en Cristo» es estar en ese nuevo ámbito que Cristo controla.

Esto quiere decir que toda acción de nuestras vidas puede ser hecha «en Cristo», si se hace en el poder de su reino y de la manera que le rinda honor. Pablo *habla la verdad* «en Cristo» (Ro 9:1; 2 Co 2:17; 12:19), *se enorgullece* de su trabajo «en Cristo» (Ro 15:17; 1 Co 15:31), les recuerda a los corintios sus *camino*s «en Cristo» (1 Co 4:17), *espera* «en el Señor Jesús» enviar a Timoteo a Filipos (Flp 2:19), *se regocija grandemente* «en el Señor» (Flp 4:10), y «en el Señor» *ordena, ruega y exhorta* a otros creyentes (1 Ts 4:1; 2 Ts 3:12; Flm 8). Dice: «*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*» (Flp 4:13).

Pablo también escribe a los creyentes sobre sus acciones «en Cristo». Les recuerda a los Corintios «que su *trabajo* en el Señor no es en vano» (1 Co 15:58). Es «en el Señor» que los hijos deben *obedecer* a sus padres (Ef 6:1), las esposas deben *someterse* a sus esposos (Col 3:18), y los creyentes deben *fortalecerse* (Ef 6:10), *animarse* (Flp 2:1), *regocijarse* (Flp 3:1; 4:4), *ponerse de acuerdo* (Flp 4:2), *estar firmes* (Flp 4:1; 1 Ts 3:8), *vivir una vida santa* (2 Ti 3:12) y tener *buena conducta* (1 P 3:16). «En el Señor» ellos *trabajan arduamente* (Ro 16:12), *tienen confianza* (Flp 1:14) y *son aprobados* (Ro 16:10). La esperanza de Pablo para los creyentes es que ellos *vivan en Cristo*: «Por eso, de la manera que recibieron a Cristo Jesús como Señor, *vivan ahora en él*, arraigados y edificados en él» (Col 2:6-7). Entonces Pablo conseguirá el objetivo de su vida de «*presentarlos a todos perfectos en él*» (Col 1:28). Juan, de modo similar, anima a los creyentes a «*permanecer en él*» (1 Jn 2:28; 3:6, 24), haciendo eco de las palabras de Jesús: «El que permanece en mí, como yo en él, dará mucho fruto» (Jn 15:5).

d. Un cuerpo en Cristo: No estamos en Cristo simplemente como individuos aislados. Puesto que Cristo es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia (Ef 5:23), todos los que están en unión con Cristo también se relacionan unos a otros en su cuerpo. Esta unión nos hace «un solo cuerpo en Cristo, y *cada miembro está unido a todos los demás*» (Ro 12:5; 1 Co 10:17; 12:12-27). Así, «Si uno de los miembros sufre, los demás comparten su sufrimiento; y si uno de ellos recibe honor, los demás se alegran con él» (1 Co 12:26). Los vínculos de comunión son tan fuertes que los creyentes pueden casarse sólo «en el Señor» (1 Co 7:39). En este cuerpo de Cristo desaparecen las viejas hostilidades, las divisiones pecaminosas entre personas se derriban, y los criterios del mundo de posición ya no se aplican, porque «Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús» (Gá 3:28; cf. Ef 2:13-22).

Debido a que somos un cuerpo en Cristo, iglesias enteras pueden estar «en Cristo» (Gá 1:22; 1 Ts 2:14). Y la iglesia universal, la iglesia constituida de todos los verdaderos creyentes, está colectivamente unida a Cristo como un esposo está unido a su esposa (Ef 5:31-32; 1 Co 6:17). El propósito de Cristo es perfeccionar, limpiar y purificar a la iglesia, para que ella pueda reflejar más completamente lo que él es y por ello darle gloria (Ef 5:25-27).

Sin embargo, se usa otra metáfora en 1 Pedro 2:4-5, en donde se dice que los creyentes, al acercarse a Cristo, son como piedras vivas, edificados en una casa espiritual (ver también Ef 2:20-22). De este modo, están unificados y para siempre

dependientes unos de otros, así como las piedras de un edificio están unidas unas a otras y dependen unas de otras.

Pero la analogía más audaz que todas la usa Jesús, que ora por los creyentes «*para que todos sean uno*. Padre, así como tú estás en mí y yo en ti, permite que ellos también estén en nosotros» (Jn 17:21). Aquí Jesús ora que nuestra unidad será como la unidad perfecta entre el Padre y el hijo en la Trinidad. Esto es un recordatorio para nosotros de que nuestra unidad debe ser eterna y perfectamente armónica (como lo es la unidad de Dios).

Pero esta analogía con los miembros de la Trinidad es muy importante por otra razón: nos advierte que no pensemos que la unión con Cristo en algún momento se tragará nuestras personalidades individuales. Aunque Padre, Hijo y Espíritu Santo tienen unidad perfecta y eterna, sin embargo permanecen como personas distintas. De la misma manera, aunque un día alcanzaremos *unidad perfecta* con otros creyentes y con Cristo, sin embargo para siempre permaneceremos *personas distintas* por igual, con nuestros dones, capacidades, intereses, responsabilidades, círculos de relaciones personales, preferencias, y deseos individuales.

B. Cristo está en nosotros

Jesús habló de una segunda clase de relación cuando dijo: «El que permanece en mí, *como yo en él*, dará mucho fruto» (Jn 15:5). No es sólo verdad que estamos en Cristo; él también está en nosotros, dándonos poder para vivir la vida cristiana. «He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo sino que *Cristo vive en mí*» (Gá 2:20). El factor que determina si alguien es creyente es si Cristo está en él (Ro 8:10; 2 Co 13:5; Ap 3:20). El plan sabio de Dios, escondido como misterio por generaciones, fue salvar a gentiles tanto como a judíos. Por consiguiente, Pablo puede decirles a sus lectores gentiles que el misterio de Dios es «Cristo en ustedes, la esperanza de gloria» (Col 1:27).

Es importante mantener, en base a estos versículos, que hay un morar real y personal de Cristo en nosotros, y que esto no quiere decir que meramente convenimos con Cristo o que sus ideas que están en nosotros. Más bien, *él* está en nosotros y permanece en nosotros por fe (Ef 3:17; 2 Co 13:5).⁴ Soslayar esta verdad sería descuidar la gran fuente de fuerza espiritual que tenemos dentro de nosotros (1 Jn 4:4). Recordarla destruye nuestro orgullo, nos da un sentimiento constante de honda dependencia en Cristo, y nos da gran confianza, no en nosotros mismos, sino en Cristo obrando en nosotros (Gá 2:20; Ro 15:18; Flp 4:13).

Este morar de Cristo afecta nuestra respuesta a los necesitados. Lo que sea que hagamos para ayudar a un hermano o hermana en Cristo, lo hacemos a Cristo (Mt 25:40). Guardar los mandamientos de Jesús es una indicación de que él está en nosotros, y el Espíritu Santo también nos da testimonio de que Cristo está en nosotros (1 Jn 3:24).

⁴Ver capítulo 26, pp. 584-85, sobre la manera en que la naturaleza divina de Cristo es omnipresente, pero su naturaleza humana no lo es.

C. Somos como Cristo

Un tercer aspecto de unión con Cristo es nuestra *imitación de él*. «Imítenme a mí, como yo imito a Cristo», escribe Pablo (1 Co 11:1). Juan nos recuerda: «El que afirma que permanece en él, debe vivir como él vivió» (1 Jn 2:6). Así que la unión con Cristo implica que debemos imitar a Cristo. Nuestras vidas deben reflejar lo que fue su vida al punto de darle honor en todo lo que hacemos (Flp 1:20).

De este modo, el Nuevo Testamento muestra la vida cristiana como una de procurar imitar a Cristo en todas nuestras acciones. «Por tanto, acéptense mutuamente, *así como Cristo los aceptó a ustedes*» (Ro 15:7). «Esposos, amen a sus esposas, *así como Cristo amó a la iglesia*» (Ef 5:25). «*Así como el Señor los perdonó*, perdonen también ustedes» (Col 3:13). «Jesucristo entregó su vida por nosotros. Así también nosotros debemos entregar la vida por nuestros hermanos» (1 Jn 3:16). En todas nuestras vidas debemos correr la carrera que tenemos por delante, fijando «la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe» (Heb 12:2; ver también Ef 5:2; Flp 2:5-11; 1 Ts 1:6; 1 Jn 3:7; 4:17). En contraste, desobedecer a Cristo es exponerlo a la vergüenza pública (Heb 6:6).

Nuestra imitación de Cristo se evidencia especialmente en el sufrimiento. Los cristianos son llamados a enfrentar con paciencia el sufrimiento, «porque Cristo sufrió por ustedes, dándoles ejemplo para que *sigan sus pasos*» (1 P 2:21). La meta de Pablo es «participar en sus sufrimientos y llegar a ser *semejante a él en su muerte*» (Flp 3:10; ver también 2 Co 1:5; 4:8-11; Heb 12:3; 1 P 4:13).

Todavía más, nuestro sufrimiento se conecta con participar en la gloria de Cristo cuando él vuelva: «pues si ahora sufrimos con él, también tendremos parte con él en su gloria» (Ro 8:17). Esto probablemente se debe a que es mediante el sufrimiento y la dificultad que Dios nos hace más semejantes a Cristo y nos hace crecer a la madurez en Cristo. (Stg 1:2-4; Heb 5:8-9). También, puesto que Cristo obedeció perfectamente a su Padre aun frente a gran sufrimiento, lo mismo nuestra obediencia, confianza y paciencia en el sufrimiento muestra más completamente cómo es Cristo, y también le da más honor a él. Nos da gran consuelo saber que sólo estamos experimentando lo que él ya ha experimentado, y que por consiguiente comprende lo que estamos atravesando, y escucha con simpatía nuestras oraciones (Heb 2:18; 4:15-16; 12:11). Como resultado de una vida de obediencia podemos participar de la gloria de Cristo: «Al que salga vencedor le daré el derecho de sentarse conmigo en mi trono, como también yo vencí y me senté con mi Padre en su trono» (Ap 3:21).

No se debe pensar que nuestra imitación de Cristo es solo hacer mímica de las acciones de Jesús, sin embargo. El propósito más hondo es que al imitarle estamos llegando a ser más y más semejantes a él: *cuando actuamos como Cristo llegamos a ser como Cristo*. Crecemos en madurez en Cristo (Ef 4:13, 15) conforme «somos transformados a su semejanza con más y más gloria» (2 Co 3:18). El resultado final es que llegaremos a ser perfectamente como Cristo, porque Dios nos ha predestinado «a ser transformados según la imagen de su Hijo» (Ro 8:29; 1 Co 15:49), y «cuando Cristo venga *seremos semejantes a él*» (1 Jn 3:2). Cuando esto suceda, Cristo será plenamente glorificado en nosotros (2 Ts 1:10-12; Jn 17:10).

Sin embargo, en todo esto nunca perdemos nuestra personalidad individual. Llegamos a ser perfectamente *como* Cristo, pero *no nos convertimos en Cristo* ni somos absorbidos en Cristo, ni nos perdemos para siempre como individuos. Más bien, es como individuos reales que seremos conocidos como somos conocidos (1 Co 13:12); y somos nosotros los que le veremos tal como él es (1 Jn 3:2); somos nosotros los que le adoraremos, y veremos su cara, y tendremos su nombre en nuestras frentes, y reinaremos con él para siempre jamás (Ap 22:3-5).

Tal como el Padre, Hijo y Espíritu Santo son exactamente uno como otro en carácter (Jn 14:7, 9), y sin embargo siguen siendo personas distintas, así nosotros podemos llegar a ser más y más como Cristo y seguir siendo individuos distintos con diferentes dones y diferentes funciones (Ef 4:15-16; 1 Co 12:4-27). Es más, mientras más llegamos a ser como Cristo, más llegamos a ser verdaderamente nosotros mismos (Mt 10:39; Jn 10:3; Ap 2:17; Sal 37:4). Si nos olvidamos esto tendemos a descuidar la diversidad de dones de la iglesia, y a querer que todos sean exactamente como nosotros mismos. También tendemos a negar toda importancia última para nosotros mismos como individuos. Una perspectiva bíblica apropiada permitirá a todo creyente decir no solamente: «Nosotros los creyentes somos importantes para Cristo», sino también: «Yo soy importante para Cristo: él sabe mi nombre, él me llama por mi nombre, él me da un nuevo nombre que es sólo mío» (Jn 10:3; Ap 2:17).

D. Estamos con Cristo

1. Comunión personal con Cristo. Otro aspecto de la unión con Cristo tiene que ver con nuestra comunión personal con él. Hay escasa diferencia si decimos que estamos con Cristo o que Cristo está en nosotros, porque ambas frases representan la misma verdad. Cristo prometió: «donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18:20), y: «estaré *con ustedes* siempre, hasta el fin del mundo» (Mt 28:20). De nuevo, puesto que el cuerpo humano de Jesús ascendió al cielo (Jn 16:7; 17:11; Hch 1:9-11), estos versículos deben hablar de su naturaleza divina estando presente con nosotros. Sin embargo es todavía una presencia muy personal, en la cual nosotros *obramos* junto con Cristo (2 Co 6:1), le *conocemos* (Flp 3:8, 10), él nos *consuela* (2 Ts 2:16-17), él nos *enseña* (Mt 11:29), y vivimos todas nuestras vidas *en su presencia* (2 Co 2:10; 1 Ti 5:21; 6:13-14; 2 Ti 4:1). Llegar a ser creyente es ser «llamado a *tener comunión* con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor» (1 Co 1:9). Sin embargo esta comunión puede variar en intensidad, puesto que la bendición de Pablo a los creyentes: «El Señor sea con todos ustedes» (2 Ts 3:16; cf. 2 Ti 4:22) puede expresar solamente una esperanza para una comunión todavía más íntima con Cristo y una consciencia más honda de su presencia.

Todavía más, en cierto sentido todavía imperceptible para nosotros, cuando venimos a adorar ahora venimos al mismo cielo, «a millares y millares de ángeles, a una asamblea gozosa, a la iglesia de los primogénitos inscritos en el cielo. Se han acercado a Dios, el juez de todos; a los espíritus de los justos que han llegado a la perfección; a *Jesús*, el mediador de un nuevo pacto» (Heb 12:22-24). Esta participación en la adoración celestial es lo que el credo de los apóstoles llama la «comunión

de los santos», y lo que el himno familiar llama «comunidad mística y dulce con aquellos cuyo descanso se ha ganado». ⁵ Hebreos 12 no parece sugerir que nos percatamos conscientemente de estar en la presencia de la asamblea celestial, sino que puede indicar que los que ahora están en el cielo presencian nuestra adoración y se regocijan en ella, y ciertamente implica que podemos tener una conciencia gozosa de que nuestra alabanza está siendo oída en el templo de Dios en el cielo.

En todas nuestras oraciones ahora nos oye Jesús y tenemos comunión con él (1 Jn 1:03), nuestro gran sumo sacerdote, que ha entrado «en el cielo mismo, para presentarse ahora ante Dios en favor nuestro» (Heb 9:24; 4:16). Nuestra comunión con él será más grande todavía cuando muramos (2 Co 5:8; Flp 1:23; 1 Ts 5:10), e incluso mayor todavía cuando Cristo vuelva (1 Ts 4:17; 1 Jn 3:2). Nos da gran gozo saber que Cristo en realidad desea tenernos con él (Jn 17:24).

Nuestra comunión con Cristo también nos lleva a comunión unos con otros. Juan escribe: «Les anunciamos lo que hemos visto y oído, *para que también ustedes tengan comunión con nosotros*. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1:3).

2. Unión con el Padre y con el Espíritu Santo. Este último versículo sugiere un aspecto final de la unión con Cristo. Debido a que estamos en unión con Cristo en estas varias relaciones, también somos llevados a unión con el Padre y con el Espíritu Santo. Estamos *en el Padre* (Jn 17:21; 1 Ts 1:1; 2 Ts 1:1; 1 Jn 2:24; 4:15-16; 5:20) y *en el Espíritu Santo* (Ro 8:9; 1 Co 3:16; 6:19; 2 Ti 1:14). *El Padre está en nosotros* (Jn 14:23) y *el Espíritu Santo está en nosotros* (Ro 8:9, 11). Somos *como el Padre* (Mt 5:44-45, 48; Ef 4:3; Col 3:10; 1 P 1:15-16) y *como el Espíritu Santo* (Ro 8:4-6; Gá 5:22-23; Jn 16:13). Tenemos comunión *con el Padre* (1 Jn 1:3; Mt 6:9; 2 Co 6:16-18) y *con el Espíritu Santo* (Ro 8:16; Hch 15:28; 2 Co 13:14; Ef 4:30).

Estas relaciones adicionales no se amalgaman en un éxtasis sin distinción y místico, sin embargo. Ahora y en la eternidad nos relacionamos al Padre en su papel distinto como nuestro Padre celestial, al Hijo en su papel distinto como nuestro Salvador y Señor, y al Espíritu Santo en su papel distinto como el Espíritu que nos fortalece y continuamente nos aplica todos los beneficios de nuestra salvación.

PREGUNTAS PARA APLICACIÓN PERSONAL

1. Antes de leer este capítulo, ¿había pensado usted de sí mismo como estando unido con Cristo desde el punto en que Dios lo escogió desde antes de la fundación del mundo al punto de ir a estar con él para siempre en el cielo? ¿Cómo cambia esta idea la forma en que usted piensa de sí mismo y de su propia vida? ¿Cómo afecta esto la manera en que usted piensa en las dificultades que tal vez pueda estar atravesando en este tiempo? ¿De qué maneras las ideas de haber muerto con Cristo y haber sido resucitado con él pueden ser un estímulo en sus esfuerzos presentes de vencer el pecado que permanece en su vida?

⁵Esta frase se toma de la letra en inglés del himno «El único fundamento de la iglesia», compuesto en 1866 por Samuel J. Stone

2. ¿Ha pensado usted previamente en hacer «en Cristo» las acciones que hace todos los días (ver Flp 4:13)? Si pensara en leer «en Cristo» lo que está leyendo este momento, ¿cómo cambiaría eso su actitud o perspectiva? ¿Qué diferencia habría al pensar en hacer su trabajo diario «en Cristo»? ¿Qué tal en cuanto a las conversaciones que sostiene con amigos o parientes? ¿O comer, o incluso dormir?
3. ¿Cómo puede la idea de unión con Cristo aumentar su amor y comunión con otros creyentes, tanto en su iglesia como los de otras iglesias?
4. ¿Se percata usted en su vida día tras día de que Cristo vive en usted (Gá 2:20)? ¿Qué cambiaría en su vida si tuviera una consciencia más fuerte de que Cristo vive en usted todo el día?
5. Por uno o dos días, trate de leer alguna sección de los Evangelios y pregúntese cómo podría imitar mejor a Cristo en su propia vida. ¿Qué efecto tendría en su vida la idea de seguir los pasos de Cristo (1 P 1:21) y de andar como él anduvo (1 Jn 2:6)?
6. ¿Puede usted mencionar algunos momentos en sus vidas cuando percibió una comunión personal íntima con Cristo? ¿Cómo han sido esas ocasiones? ¿Puede pensar en algo que le llevó a esa comunión íntima con Cristo? ¿Qué puede hacer para aumentar la intensidad de su comunión diaria con Cristo?
7. En su experiencia personal, ¿se relaciona en forma diferente con Dios Padre, con Jesucristo, y con el Espíritu Santo? ¿Puede describir esas diferencias, si acaso hay alguna?

TÉRMINOS ESPECIALES

comunión de los santos

«en Cristo»

morir con Cristo

ser resucitado con Cristo

un cuerpo en Cristo

unión con Cristo

unión mística

BIBLIOGRAFÍA

(Para una explicación de esta bibliografía vea la nota sobre la bibliografía en el capítulo 1, p. 40. Datos bibliográficos completos se pueden encontrar en las páginas 1297-1306.)

Nota: Este tema no ha recibido consideración explícita en muchas teologías sistemáticas, pero los temas mencionados en este capítulo han sido considerados de varias maneras bajo diferentes temas.

Secciones en Teologías Sistemáticas Evangélicas

1. Anglicana (episcopal)

1882-92 Litton, 328-30

2. Arminiana (wesleyana o metodista)

(ninguna consideración explícita)

3. Bautista

1907 Strong, 795–809

1917 Mullins, 409–16

1983–85 Erickson, 948–54

4. Dispensacional

1949 Thiessen, 278–82

5. Luterana

(ninguna consideración explícita)

6. Reformada (o presbiteriana)

1878 Dabney, 612–17

1937–66 Murray, RAA 161–73

1938 Berkhof, 447–53

Secciones en Teologías Sistemáticas Católicas Romanas Representativas

(ninguna consideración explícita)

Otras obrasBaker, J. P. «Union With Christ». En *NDT*, pp. 697–99.Gordon, Adoniram Judson. *In Christ; or the Believer's Union with His Lord*. 1872; reimpresión, Baker, Grand Rapids, 1964. (primero publicada en 1872).Murray, John. «Union with Christ». En *Redemption Accomplished and Applied*. Eerdmans, Grand Rapids, 1955, pp. 161–73.

Poythress, Vern. «Using Multiple Thematic Centers in Theological Synthesis: Holiness as a Test Case in Developing a Pauline Theology». Manuscrito no publicado disponible en Campus Bookstore, Westminster Theological Seminary, P.O. Box 27009, Philadelphia, PA 19118.

Smedes, Lewis B. *Union With Christ: A Biblical View of the New Life in Jesus Christ*. 2ª ed. Eerdmans, Grand Rapids, 1983.Walvoord, J. F. «Identification With Christ». En *EDT*, p. 542.**PASAJE BÍBLICO PARA MEMORIZAR**

Gálatas 2:20: *He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí.*

HIMNO

«Salvo en los tiernos brazos»

1. Salvo en los tiernos brazos de mi Jesús seré,
Y en su amoroso pecho dulce reposaré.
Este es sin duda el eco de celestial canción,
Que de inefable gozo llena mi corazón.

2. Tiende Jesús los brazos, bríndame su amistad:
A su poder me acojo, no hay para mi ansiedad.
No temeré si ruge hórrida tentación,
Ni causará el pecado daño en mi corazón.

3. De sus amantes brazos, la gran solicitud,
Me libra de tristeza, me libra de inquietud.
Y si tal vez hay pruebas, fáciles pasarán;
Lágrimas si vertiere pronto se enjugarán.

4. Y cruzaré la noche lóbrega, sin temor,
Hasta que venga el día de perennal fulgor.
¡Cuán placentero entonces con Él será morar!
Y en la mansión de gloria siempre con Él reinar.

AUTOR: DESCONOCIDO (TOMADO DE HIMNOS DE FE Y ALABANZA, #213)